



EL FILÓN

Imprenta de Corchero y C.^a

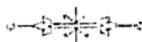
R. 41. 733

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



El Filón 576

(novela española)



ADMINISTRACIÓN
Florida 3, 3.º—Madrid
1904

ES PROPIEDAD

I.

Si al mediar de una tarde de principios de Junio, una tarde calurosa como la más calurosa de la canícula, se hubiese el lector encontrado en la huerta del *Limón* ó en la de *Marrubiales* allá en la sierra de Córdoba, hubiera podido oír un diálogo singularísimo. Sostenían el diálogo, un viejo y una joven; él, de cabellos blancos y ojos negros, pequeñines, muy vivos; ella, de cabellos castaños y ojos negros hermosos—como la tierra cordobesa los sabe dar—y rostro ovalado, blanquísimo, con una mezcla de candidez y malicia, que hubiera vuelto loco al más prudente observador. El viejo tendría setenta años, la joven dieciocho. El viejo parecía de un humor horrible; la joven estaba alegre, como el sol cuando brota después de la

lluvia. No se ha visto jamás, contraste mayor entre un hombre y una mujer.

El viejo vestía como un labrador acomodado de la sierra; la joven una *toilette* de gusto exquisito, propia del campo y de la estación. En los ademanes, lo mismo que en las palabras, el viejo era rudo, viril, á pesar de sus años; la joven mostrábase altiva y risueña á la vez; no obstante su juventud, nadie hubiera dudado en tomarla por una gran señora, sin estorbar para esto, el candor de aquel rostro de blancura ideal, y la malicia de aquellos ojos que relampagueaban de vida é inteligencia. Veíase en uno al burgués orgulloso de su vida de trabajo y de su obra terminada, y en la otra la tranquila desenvoltura de una damisela de salón, flor exótica en la sierra cordobesa, donde tantas y tan hermosísimas flores crecen. Conocíase al punto; los dos estaban en la sierra, pero no estaban los dos en su sitio.

—¿Y el diálogo?—preguntará el lector.

Va inmediatamente; pero antes quisiera añadir... Aunque están juntos el viejo y la joven, están separados; el viejo está en

el fondo de la huerta del *Limón*; la joven está en el fondo de la huerta de *Marrubiales*; los separa una tapia, esta tapia, separa las dos huertas... Dos huertas que son dos portentos de arte natural, de flores que hacen sonreír y de infinita hermosura que hace pensar en Dios... ¡Oh, sierra de Córdoba, sultana de Occidente, maravilla del mundo!

El viejo vivía siempre en su finca del *Limón*; la joven estaba por vez primera en su finca de *Marrubiales*... El viejo era un maestro de obras muy popular en la sierra cordobesa y en Córdoba y aún en toda la provincia; la joven, cierta marquesita, muy pagada de sus pergaminos, huérfana de madre y de cuyo padre se tendrá noticia cuando precise. El viejo era propietario de una gran fortuna, y aunque parezca mentira, la adquirió haciendo casas, después de la Revolución durante la República y en los primeros años del reinado de Alfonso XII, casas que hacía y vendía con productos de un mil por ciento; ella era riquísima también, fortuna heredada de padres á hijos durante muchas generaciones, y administrada siem-

pre por milagroso don con una equidad que ya no se usa. La joven se llamaba Matilde y era un partido soberbio; el viejo se llamaba... *el tío Claudio*, y era un ricachón corriente y campechanote.

El diálogo adquiere interés grandísimo; no es ya diálogo, es disputa acalorada; tú juzgarás lector, por lo que oigas;—pero quisiera repetirte todavía, que las posesiones están juntas y que se limitan por un bonito tapial, de caballete revestido de azulejos, tapizados á su vez, de hiedras.

El viejo, de pie, junto á un banco rústico, de la huerta del *Limón*, se apoyaba en una muleta de que solía acompañarse, por costumbre más que por necesidad—pues era un viejo bien resuelto y erguido,—ó accionaba con ella cuando le parecía, chispeantes de cólera los ojillos negros, de enormes cejas grises. La joven, subida en una escalera de manos, se asomaba desde su propiedad á la del viejo, dejando ver su cabeza gentil y parte del primoroso busto; y así, asomada, hablando y riendo, era la desesperación de su vecino. ¡Reía la joven, reía de todo corazón oyéndole! Ella, riendo en su huerta, en su plinto y me-

dio oculta por la tapia; él vociferando en la suya, exasperadamente; él, abajo, ella arriba; el uno con sus cabellos blancos y su humor negro; la otra con sus cabellos castaños finísimos y su risa sonora, formaban, como dije, singular contraste..., y para realzamiento de las dos figuras, en un lado y otro de la tapia—en la finca de la aristócrata, y en la finca del burgués—árboles frondosos, bancos rústicos, artísticos pabellones de hojas verdes, fresquísimas fuentes que murmuran, arroyos que serpentean, y flores en todas partes, muchas flores... ¡Oh, flores! ¿Qué almas divinas son las vuestras, que sabéis haceros querer á una, por toda esa humanidad, que solo cambia entre sí rencores y desprecios?

La marquesita exclamó de pronto, entrecortadamente, porque la risa le impedía hablar:

—¡Lo que es eso, lo veríamos!

El tío Claudio, creciendo en indignación y accionando con la muleta, repitió coléricamente:

—Lo veríamos, sí; yo conseguiré que no figonee usted más mi huerta.

—Haré lo que se me antoje,—repuso la marquesita con esfuerzos graciosísimos para aparecer iracunda.—¡Para eso estoy en la mía!

—¡Levantaré más esa tapia!

—¡Pondré la escalera más alta para asomarme!

—¡La levantaré más todavía!,—gritó el viejo.

—¡Haré alargar la escalera!,—contestó la marquesita, imitando cómicamente la voz y los ademanes del tío Claudio.

—¡Es escandaloso! ¡Intolerable!

Y el viejo, golpeaba la pared con la muleta. La joven, como si temiese exasperar demasiado á su enemigo, añadió en tono conciliador y mimoso:

—Pero ¿qué culpa tengo yo, pobrecita de mí, de que le hayan robado á usted sus claveles? ¿Por qué ha de pegar usted conmigo?

—¿Le gustaría á usted que le robasen sus tulipanes?—preguntó el viejo, como si arrojara al rostro de su rival una razón suprema.

—De ningún modo; pero no pegaría con usted si me los robaran.

—Según; porque si usted sospechara de mí, ya procuraría hacerme blanco de sus iras.

—¡Cómo! ¡Con que es de mí de quien usted sospecha! ¡Con que presume usted que yo soy la ladrona de sus claveles!

Y ahora fué cuando la joven rió de verdad; era una risa tan franca, tan argentina, tan sin asomo de concluir que desconcertó al viejo completamente. Pero no era hombre el tío Claudio para dejarse vencer á las primeras acometidas; reponiéndose, mientras ella desahogaba su acceso de hilaridad, añadió en tonillo impertinente, peor que todos los insultos:

—No hay que trabajar mucho para presumir y hasta para convencerse de *ciertas cosas*, con una vecindad tan poco aprensiva como la que tengo. Si no fuera por esa vecindad, más tranquilo viviría yo.

Matilde reía más; al concluir el tío Claudio, oyóse una tosecilla singular, y asomó por la tapia, próximo á Matilde, una cabeza y un busto de hombre, de un hombre viejo, seco, solemne, bien portado, que dijo con una tranquilidad y flemma aborrecibles, para el caballero del *Limón*

sobre todo, que tenía la sangre y el corazón de fuego.

—Oiga usted, señor mío, ¿qué tiene usted que decir de su vecindad? Porque yo tengo que decir mucho de la mía..., y calló prudentemente.

—¡Pero qué á punto está el señor marqués para oír lo que le interesa... y para asomarse á figonear!

—Estoy en mi casa y puedo hacer lo que se me antoje ¿está usted enterado, señor mío?

Matilde dejó de reír de pronto, y apoyó á su padre con cómica gravedad: «Eso, estaban en su casa y podían hacer todo lo que se les antojase.»

—¿Otra vez con la monserga de la casa y de sus derechos sobre la casa?—gritó el tío Claudio;—pues bien; voy á tomar una determinación. Yo conseguiré que esto termine. Veremos ahora.

—Ea, veremos ahora—gritó también la marquesita, parodiándole.

El marqués, con cierto viso de inquietud, preguntó desdeñosamente:

—¿Y qué piensa usted hacer, señor mío...? ¿Se digna usted manifestármelo?

—Es muy sencillo; mandaré echar la tapia á tierra.

—¡Qué risa, tío Claudio!—Y Matilde empezó á reir de nuevo. Reía también el marqués como si la ocurrencia del tío Claudio le hubiese parecido felicísima. Y con la risa de los dos, hacía concertante la voz del viejecillo... «¡Era escandaloso! ¡Increíble! ¡Y que fuera él tan bueno, que no intentase apartar de sí aquella *plaga!*»

—¡Plaga!—repitieron el marqués y su hija mirándose con asombro cómico. Y añadió Matilde; pero Dios mío, ¿que dice de plaga, este buen hombre!

El buen hombre revolvióse iracundo; no sabía de donde sacar argumentos para confundir á sus enemigos; sus ojillos echaban chispas; sus labios temblaban.

—Déjalo ya papá;—dijo Matilde, encojiéndose de hombros con una impertinencia que hizo enloquecer al viejo.—Déjalo y vámonos.

—Sí, vámonos; es lo mejor.—Y el tío Claudio estalló entonces, diciéndoles:

—¡Gracias á Dios, que hablan ustedes de irse!

—Por que es nuestra voluntad, que de otro modo, nadie nos arrancaría de aquí. ¿Se entera usted? Nadie—Habló así el marqués, enfáticamente; y la marquesita, añadió como el eco, con una petulancia horrible:

—¡Nadie!

—Sí, ya lo sé,—repuso el viejecillo malignamente,—ahora viene el resto de la cantilena—y añadió, parodiando el tono de la marquesita con endiabladas gesticulaciones: «Nadie; porque estamos en nuestra casa; porque estamos en nuestra huerta» ¡La casa de los señores marqueses.! ¡La huerta de los señores marqueses!... ¡Ay Dios, yo sí que río!»

—¿Lo duda usted acaso?—gritó el marqués iracundo.

—¡Yo dudar!—Y el viejo reía ahora hasta desternillarse.—¡Yo dudar! Cuando empiece á caer la tapia veremos quién se opondrá! Seguramente, se sabrá en esa ocasión quién es el verdadero amo.

—¿Qué dice usted?—exclamó la marquesita, extrañándose de la seguridad con que el caballero del *Limón* hablaba.—Y como el tío Claudio siguiera riéndose, se

volvió hacia el marqués; él no la miró, diciendo apresuradísimo:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

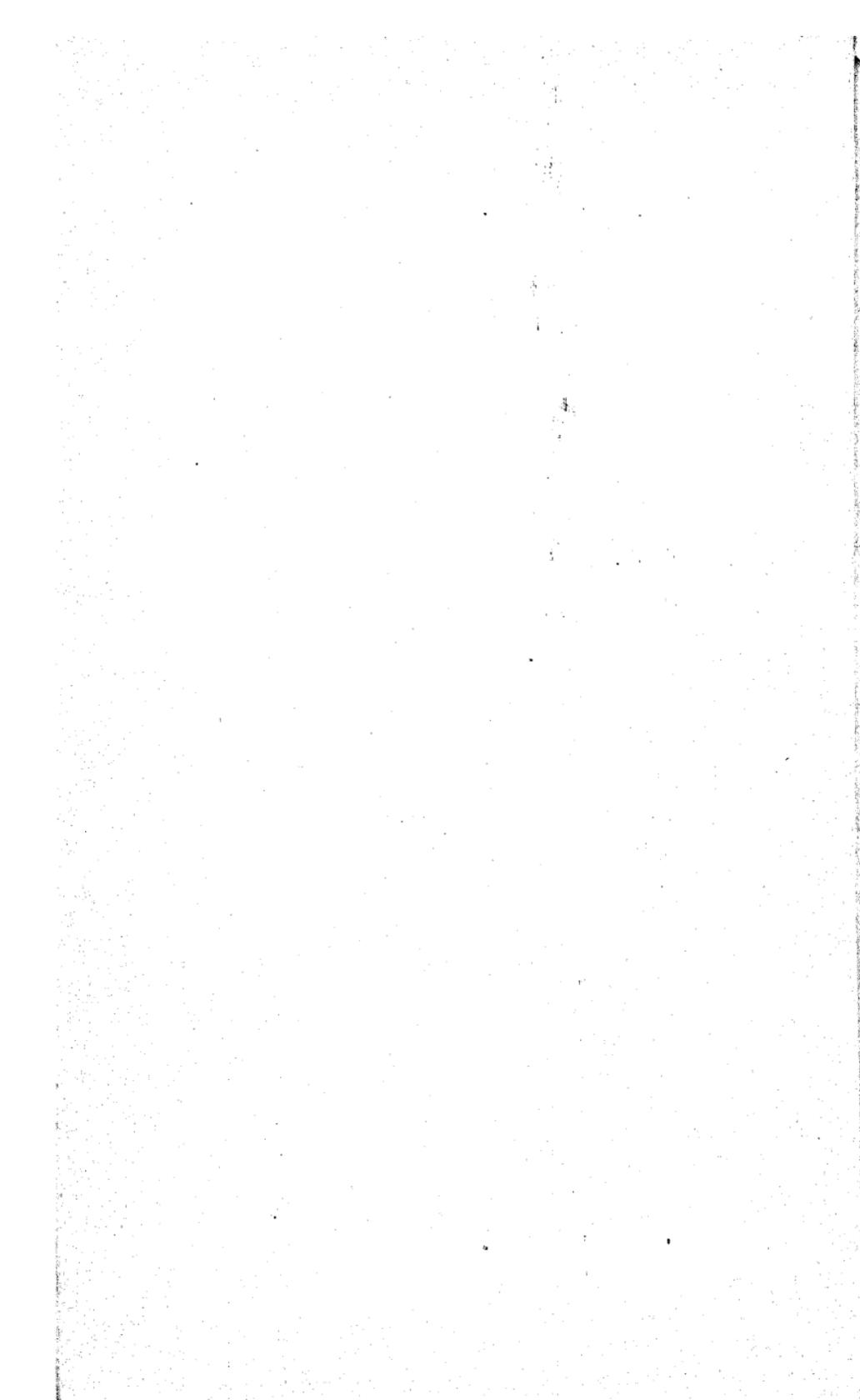
—Sí, vamos, repitió Matilde.—Y extendiendo los puños con gracioso ademán de amenaza, gritó, imitando por última vez, afectadamente, la voz y el ademán de su irascible vecino:

—¡Nos veremos, tío Claudio!—Y desapareció tras la tapia. El marqués la siguió, pero no fué sin arrojar antes esta última despedida.

—Adiós, hombre incivil.

El tío Claudio, no pudo aguantar y se lanzó á la tapia, acometiéndola con la muleta. «¡Ah, si hubiera sido aquella pared entonces la cabezota gris y antipática del marquesillo insustancial, cuanto fuera el gozo del caballero del *Limón!*» Y golpeaba el pobre muro con delirante complacencia, como si en efecto hubiese tenido al odioso personaje bajo su muleta para satisfacción y desahogo de sus iras.





II.

Mientras el tío Claudio dedicábase cumplidamente, á la ruda labor de apalear el muro, decía de un modo entrecortado, á medias palabras, porque la cólera, el despecho y la fatiga, impediánle hablar siquiera:

—No, señor; no aguanto más á estos marqueses de mis pecados. ¡No quiero sufrirlos! Pero ¡qué insolencia! Pero ¡qué osadía! Yo... Yo tengo la culpa; yo, que me quedo así, como un bobalicón, teniendo en la mano el remedio para calmar todos mis males. Yo tengo la culpa... Yo. Yo...

Sonó en esto una risilla sutil, y el tío Claudio, interrumpióse de repente, levantando la cabeza; el asombro... el terror, podría decirse, paralizaron su sangre; es-

taba allí otra vez el temible enemigo. Era la marquesita. Estaba allí, diciéndole:

—Pues aplíquese usted ese remedio, pronto, prontito, que está usted muy echado á perder, tío Claudio.

¡Qué burlón, qué risueño, qué dulce, qué bondadoso en fin, era el semblante de la marquesita, entonces! Reía, reía siempre, con una franqueza, con una malicia, que hubiesen hecho enternecer á otro viejo menos testarudo: ¡Ah, ya lo dije; no se vencia de cualquier modo al viejecito del *Limón!* Pareció tomar fuerzas súbitamente, cuando la muchacha hubo acabado de hablar y dijo en tono de mofa, para atacar sin duda con otra clase de armas á un contrincante de tanto cuidado:

—¡Con que se burla usted de mí, señora marquesal! Voy convenciéndome de que no habrá modo de meter á usted en cintura.

Ella respondió con mucha seriedad:

—Volví otra vez sin que me viese mi padre, porque quería quitar á usted la rabieta; porque quería hacer las paces con usted; pero voy convenciéndome también: no hay modo de que sea usted más comedido.

—Yo soy... lo que soy—exclamó el viejo destempladamente.

—Eso; ahora lo ha dicho usted: usted es... lo que es: ¡Un oso de la Siberia disfrazado de hombre!

—Y usted un figurín intrigante, huero y quebradizo, con apariencias de mujer.

—¡Gracias! ¡Qué respetuoso con las señoras!

—¡Gracias, digo yo! ¡Qué respetuosa con la ancianidad!

—¡Y qué modales!—añadió la joven con deliciosa pedantería.—¡Sangre plebeya al fin! No lo negará usted.

El viejo no podía resistir que aquel lindo pimpollo sin años y sin experiencia del mundo, le devolviese con prontitud aterradora, golpe por golpe.

—¡Sangre plebeya, sí! ¡Sangre colorada!—respondió con terrible explosión, arremetiendo á la tapia otra vez con la muleta, como si alancease á su enemigo.—¡Sangre colorada... y muy caliente..., aunque mis cabellos estén blancos! ¡Sangre colorada y no como la de usted, que es azul! ¡De añil! ¡De lo que usa mi lavandera para blanquear la ropa!

—¡Horror!—gritó la marquesa ante aquel tiro, asestado cruelmente á su orgullo de dama linajuda.—¡Páselo usted bien, señor mío!

—¡Abur... y hasta nuncal

La marquesa, indignadísima, había desaparecido detrás del muro; pero cuando el viejo empezaba á disfrutar el encanto de su victoria, asomó de repente otra vez la linda cabeza, con gesto de burla y gran expresión de risa, y gritó como un estallido:

—¡Monstruo!

El tío Claudio levantó la muleta, como para defenderse de aquella deliciosa y trágica visión; pero la cabeza había desaparecido, oyéndose detrás de la tapia aquella risa del diablo, como un tropel de notas sonoras.



III.

Poco antes de que Matilde hubiese desaparecido, se había presentado donde estaba el viejo otra persona; era Agustín, su criado de confianza. Este Agustín era viejo también y vestía como el tío Claudio, con poca diferencia. En la casa se le amaba y respetaba por su bondad y su buen humor constantes. La servidumbre decíale *Padrecito*; he de advertir que la servidumbre era antigua en la casa, tan antigua casi como su dueño. El tío Claudio, conviene advertirlo también, pedía poco á su servidumbre; que se hablara siempre de su difunta mujer como de una santa, lo que á las buenas gentes les era facilísimo, porque la pobre muerta fué, en realidad, una santa en vida; y que se pensase en el hijo único que su mujer le

había dejado como se piensa en un sér sobrenatural que esté por encima de nosotros; tal era la adoración del viejo hacia su hijo; pero la gente de la casa tampoco tenía reparo en poner al hijo en los cuernos de la luna, porque el hijo era un portento. En realidad, el tío Claudio fué mimadísimo por la suerte; reunió grandes riquezas con lo que otro se hubiese estrellado, por mucho saber y actividad que desplegara; había tenido una mujer de educación perfectísima, de gustos exquisitos, que amaba al esposo y al hogar, que adoraba á su hijo, en quien supo inculcar en hora oportuna sentimientos de honor y principios de saber, preparando su inteligencia de niño y de adolescente para estudios graves, á los que se lanzó en su juventud con verdadera vocación y avidez de sabio. El tío Claudio, que era ante todo hombre cabal y honradísimo y de un talento superior, que sabía disimular muy diestramente con su gramática parda, sufrió el dolor de la pérdida de su mujer, pero hasta en eso le mimó la fortuna; porque la honrada esposa, modelo de inteligencia y de virtud, se alejó de su lado para

siempre cuando Alfonso, el hijo adoradísimo de los dos, tenía ya en su sangre la savia divina que ella, prudente y noble, hábale sabido prestar. Fué una madre como no abundan. Dió á luz un hijo y luego supo dar á la sociedad un hombre.

Muerta la mujer, lanzado el hijo á su carrera, viajando, estudiando, trabajando siempre, haciendo, en fin, su nombre famoso, el feliz viejo pasaba en el *Limón* la vida, acordándose siempre de su mujer como si viviese, soñando en aquel hijo á quien adoraba, y derramando favores á manos llenas entre aquellos que á su casa llamaban, y aun los que no llamaban, porque sabía acudir oportunamente—que es una gracia milagrosa.—allí, donde las grandes desdichas estuvieran, para remediarlas pronto y bien, con *enérgicos* reactivos.

Su amistad, su distracción, era Agustín; con él charlaba de su mujer; con él charlaba de su huerta, de sus flores, de los triunfos de su hijo, de sus proyectos para cuando el hijo volviese—aquel hijo, sabio ya, é ingeniero de gran renombre. —Agustín era, por último, el depositario

de sus cuitas desde hacía algún tiempo... ¡Desde que se presentó en la huerta de *Marrubiales* la linda marquesita que tanto le hacía padecer!

Estaba Agustín delante del viejo, sin hablar, limitándose á oírle, respetuoso y afable. El tío Claudio quedó con los ojos fijos en la tapia, como hablando aún con Matilde, después que ésta hubo desaparecido. «¡Echarle en cara á él su condición plebeya! Porque eso, y nada más que eso, era lo que acababa de hacer la impertinente damita. Bien. ¿Y qué? Con aquella condición humilde y sin faltar á nadie, había sabido hacerse hombre... Y se atiborró de dinero... Eso; dinero honradamente ganado, para hacer después muchos beneficios á los pobres. Y para dar de comer á muchas familias...» ¿Es verdad, Agustín?

Y Agustín sonreíase con bondad, asintiendo silencioso.

—¡Porque no soy un mano muerta! Porque lo que es mío es de los demás, y no estos hidalgotes que se envuelven en su túnica de papeluchos viejos para tratarnos con la punta del pie... ¡Vanos! ¡Egoístas!

Más útil he sido yo á la humanidad, cargándome los ladrillos á cuestras, en mis obras, que todos esos gentiles cargándose la conciencia de pecados, en otras obras— ¡y no pías!—de que no quiero hablar siquiera. ¿Es verdad, Agustín? No, y eso no lo digo yo solamente... Lo dice él también: ¡mi Alfonso! ¡Mi gran hombre!

Las últimas palabras las pronunció el tío Claudio temblorosamente; el recuerdo de su hijo bastaba en cualquier ocasión para calmar su ira, si estaba iracundo; para hacerle desistir de un mal pensamiento, las poquísimas veces que su conciencia honrada lo abrigase.

—Del señorito quería hablar á usted,— exclamó Agustín prontamente, con la esperanza de que se calmara del todo.—¿Qué habitaciones va á ocupar? ¿Las de la planta baja ó las que ocupó hace dos años, junto á las de usted?

—¡Conmigo, conmigo siempre!

Y el tío Claudio estremecíase de felicidad, pensando en lo cerca que iba á tener á su hijo después de dos años de ausencia, y de los grandes triunfos que había recientemente conquistado. Pero no

habiéndosele ido aún del pensamiento aquella cabecita risueña y burlona, que poco antes desapareció de la tapia, añadió por lo bajo con viva expresión de encono, única vez que estuvo de mal humor en su vida después de haber pensado en su hijo:

—¡No sabes tú, cabecita loca, lo que vale la nobleza de un plebeyo!

El cuarto de arriba, ¿oyes?,—prosiguió después prontamente, volviéndose hacia Agustín.—No hay más que quitar un poco el polvo, porque se limpia con frecuencia. Sus libros, sus armas de caza... Que todo quede tal como ha estado desde que él se marchó.

Retirábase Agustín, pero el tío Claudio le encargó todavía con grandes miramientos:

—¡Sobre todo, hijo, la caja del *stradivarius*! ¡Que no se le toque, por Dios!

Y con una volubilidad propia de la infancia y de la vejez solamente, añadió conmovido:

—Dí, Agustín: ¿te acuerdas de cuando su pobre madre le daba la lección de música?

—Ya lo creo;—respondió Agustín sus-

pirando;—¡era una gran profesora!... en el violín particularmente.

—¡Y la afición que sacó el chiquillo!,— exclamó el tío Claudio orgulloso.—¡Si es un portento! ¿Te acuerdas del vals de la vida!

—¡Qué música!—murmuró Agustín moviendo la cabeza.—¡Y cómo tocaba el vals el señorito Alfonso! ¡Y qué inspiración la de la señora, que en el cielo está, cuando lo compuso!

—¡Como que lo compuso para su hijo! *El vals de la vida*, ora la vida misma de aquella santa, como encarnándose en el corazón del muchacho...

El tío Claudio no pudo seguir; sus ojos se humedecieron. Agustín afectadísimo, decía, enjugándose los ojos con un enorme pañuelo:

—No, pero en estos dos últimos años, pocas ganas habrá tenido el señorito Alfonso de música.

—Cállate... Cállate y no me lo recuerdes!,—murmuró el viejo como si el alma le faltase.—¡Y yo sin saber!...

—¡Es un hombre..., todo un hombre! —añadió Agustín, y siguió enjugándose las lágrimas fieramente.

—Pero mira, Agustín,—saltó de pronto el tío Claudio.—¿Te parece bien que dos hombres como nosotros se echen á llorar ahora como dos mozolejillas? Hablemos de otro asunto. ¿Dónde está ese mozo de cuadra que hemos admitido anoche?

—En Córdoba; no tardará.—Y Agustín guardaba el pañuelo con rostro seráfico.

—Bien; cuando venga, le dices que estoy esperándole; un encargo le haré, y como lo haga á conciencia, quizás descubriremos al ladrón de los claveles antes de mucho; todas las noches están faltándome los claveles; luego todas las noches entran aquí para llevárselos. ¿Sí? Pues verás; esta noche pongo unas trampas y cae... ¡Y que no sepa yo quién es! Es cosa de perder el juicio. De ahí al lado—añadió reflexivamente, aludiendo á la huerta inmediata—no puede ser el ladrón... Porque yo querré poco á esa marquesilla insubstancial y frívola, pero no hasta el punto de caer en una sospecha así, sin desecharla inmediatamente.

El tío Claudio siguió haciendo deducciones: «Si no era la marquesita, ¿no podría ser alguien de su casa?»

Hablaron bastante aún... Se fué Agustín, y el tío Claudio, sentándose nerviosamente, sacó una carta del bolsillo del pecho. ¡Era una carta del *gran hombre!* Iba á leerla por centésima vez. Aquel rincón de la huerta estaba silencioso, un silencio dulce, interrumpido vagamente por el murmullo del agua y el susurrar de las hojas. Allá fuera, el campo parecía arder; las cigarras cantaban con furia.

Por un instante creyó que aquellos murmullos imperceptibles casi del agua y de las hojas era la respiración contenida de Matilde, que se asomaba otra vez al bardal. Volvió la cabeza con inquietud y respiró tranquilamente; no, no había nadie. Preparóse á leer; la quietud era entonces absoluta; nada se oía, ni el murmullo de la fuente—así lo creyó el viejo,—ni el canto de las cigarras, ni el susurrar de las hojas siquiera; pero el tío Claudio miró otra vez atrás; la tapia era su pesadilla; tenía siempre clavada en el corazón, como un puñalito de oro, la mirada risueña y maliciosa... No, en la tapia no vió á nadie. En aquel momento detúvose un pajarillo en el caballete, allí, donde es-

tuvo apoyado el pecho de la marquesita, y el tío Claudio se tranquilizó del todo. El pájaro, con sus ojillos negros y brillantes, de cuentecillas de cristal, y su piquito á medio entreabrir, parecía decirle gravemente:

—Vaya, hombre, empieza á leer, que yo estoy alerta.



IV.

Pero no leyó aún; quedóse con la carta en la mano, profundamente reflexivo. «¡Dos años de ausencia... y en los dos años, cuántas zozobras al pensamiento de que podría morir sin ver más á su hijo! ¡Si le pudiera ver su madre! ¡Pero estaría viéndole!» El viejo confiaba. «Hay un mundo mejor para las almas buenas; un mundo divino donde todo se vé... Donde todo se sabe...» Interrumpiendo su monólogo, miró la carta y continuó después en alta voz, con alegría de niño:

—Aquí está... No me canso de leerla... ¡La carta de mi ingeniero! ¡De mi inventor! ¡De mi gran hombre! ¡Al pensar alguna vez que *ese hijo* es hijo mío, se me figura que voy á morir de orgullo!

Como había leído la carta mil veces, le

yó ahora al azar en el primer párrafo en que sus ojos se fijaron: «Y gracias á Dios, podré abrazarte ya, dentro de unos días.»

—¡Unos días que están pareciéndome siglos!,—exclamó el viejo;—pero todo llega y llegará también la hora del abrazo.

Leyó otra vez: «Terminantemente prohibido venir á Córdoba á recibirme: y como mi señor padre es un poco testarudo, no diré el día de mi llegada; de modo que me presentaré en el *Limón*, Dios mediante, como llovido del cielo.»

—Sí, eso,—murmuró el tío Claudio compungidamente,—y yo aquí, penandito, sin saber qué hacerme. Vamos, leeré, que es mejor, porque si lo pienso mucho voy á enfadarme otra vez, y bastante me enfadé ya con esa muñequita de biscuit.

Miró á la tapia con recelo, pero la cabeza luminosa de la muñequita no estaba allí; allí sólo vió al centinela, con su picquillo entreabierto y las cuentecillas brillantes de sus ojos.

«No, no vayas á la estación; quiero que nuestro primer abrazo sea en nuestra casa, en nuestro hogar, rodeado de tus flores y de mis recuerdos, viejo mío. Quiero be-

sar tus canas por vez primera, después de dos años increíbles de lucha, ahí, donde nació y murió mi madre, donde pasé mi niñez, mientras tú trabajabas como un negro para asegurar el porvenir de tu hijo...»

El viejo no podía más; se ahogaba; por las mejillas llenas de arrugas caíanle unos lagrimones como puños.

—¡Vamos,—dijo,—leer estas cosas es morirse de alegría!

Se enjugó las lágrimas temblorosamente, y siguió leyendo: «¡Qué lucha! ¡Qué triunfo! Descubiertó el filón, á mí solo me cupo esa gloria... ¡Y cuando ya nada esperabal ¡Si no lo hubiese conseguido! ¡Me aterra el pensarlo! Yo era responsable de todo... Hubiera muerto, créelo... ¡Tantos capitales comprometidos! ¡Se hubieran arruinado muchas casas!... ¡Sí, mi muertel... Mi deshonra... Y sin el consuelo tuyo, para más amargura, porque nada te decía. No quise que participaras de mis terrores. Pero vencí... Vencí, porque pensaba en mi padre; porque recordaba el ejemplo de su perseverancia y de su fe. ¡A tí te debo mi triunfo!... ¡Triunfa también conmigo, viejecito adorado!»

No pudo continuar; el papel le temblaba entre los dedos; el llanto cegábale los ojos; aunque tantas veces leyó la carta, en ocho días—desde que llegó á su poder,—siempre le produjo su lectura igual impresión... En tal estado hallábase cuando sonó detrás de él cierta risita que le hizo el efecto de una campanada tremebunda. Después de la risa, salió una voz... ¡Ay, cómo conocía el viejo aquella voz antipática! Sí, era la voz de Matilde, la odiosa marquesita, que estaba allí otra vez para su tormento. El tío Claudio miró desoladamente á la tapia. No era ficción; Matilde estaba allí; el pajarillo había volado... ¡Ah, traidor! ¿Era eso lo que habías prometido?

Guardó la carta y enjugóse el llanto calmosamente. La voz resonaba implacable; el puñalito de oro hundíase hasta la cruz. ¡Dios mío, qué tono de admiración burlona el de la damita de *Marrubiales!*

—Pero ¿qué es eso?... ¿Está usted llorando?... Pero ¿usted llora también?

—No debe extrañarle,—respondió el viejo, con una dignidad que le sentaba á maravilla.—Eso de llorar es cosa muy plebeya y baja; el llanto, el verdadero llan-

to, es de gente inferior. Si usted... con la pureza de su sangre, llorara alguna vez, lo ocultaría por orgullo; mis lágrimas puede verlas quien quiera, lo que tal vez no diría yo á todos, y á usted mucho menos, es el motivo de ellas.

El viejo había hablado de todo corazón; la joven mirábale sin sorpresa; conocíase que estaba acostumbrada á estos discursos de su enemigo; pero lo que el viejo no podía observar, era el interés afectuoso que había siempre detrás de aquel tonillo burlón de aparente frivolidad que le indignaba tanto.

—¡Qué cosa más rara!,—díjole con mucho mimo.—¿Y por qué á mí me lo diría usted menos que á nadie?

—Porque no lo merece usted... Porque una niña que se burla de un viejo, no tendrá corazón bastante para llorar con ese viejo sus penas ó sus alegrías.

—¡Burlarme yo!—repuso la joven, ocultando difícilmente la emoción que le produjo la voz conmovida del tío Claudio. —¡Pobre viejecito mío! ¿Vé usted? Pues ahora mismo le diría yo á usted un secreto de buena gana.

«¡Viejo mío!» ¡Así le decía el *gran hombre*! El tío Claudio se afectó profundamente: aquella cabecita de luz que asomaba por la tapia, no le pareció entonces tan odiosa; pero disimuló también y dijo agriamente:

—Yo no soy confesor; guárdese usted su secreto para esos frailecitos de la grandeza, que os educan sin enseñaros un lenguaje del cielo: el lenguaje del corazón.

—Vaya, tío Claudio, lo mejor es irme.

—La joven no reía ya; su voz era de niña voluntariosa y mimada.

—Usted lo pase bien.

Hizo Matilde demostración de bajar la escalera; descendió un peldaño: iba á desaparecer; veíase solamente el rabito del moño detrás de la tapia; pero cambió de idea, sin duda, porque apareció la cabeza otra vez rápidamente, y amonestó así al viejo en una lamentación cómica:

—Pero hombre, ¿por qué no dice usted que me quede?

—Porque no la necesito á usted para nada.

—Ea; pues voy á quedarme contra la

voluntad de usted... Y voy á decirle... Pues voy á decirle que tiene usted muy mal genio.

Y no reía, no; su voz era como antes, mimosa y dulce. El viejo pensó irse á la casa, pero deteníase á su pesar, sugestionado, sin comprenderlo.

—Sí, señor,—seguía ella,—un genio muy malo; por eso reñimos á cada instante; verá usted lo que me pasa: cuando reñimos, me separo de usted irridadísima, creyéndole una fiera sin domar; y me prometo no mirarle á usted más á la cara; pero pasa tiempo, un poquitín, sólo un poco; y ya va usted pareciéndome de otra manera; creo entonces que la voz de usted se suaviza, que la mirada de usted se endulza... y no sabe usted de lo que me acuerdo. ¡Lo que son las distancias! Pero me aproximó á usted otra vez, como incauta mariposilla... y sus primeras frases ¡ay! me prueban que todo ha sido un sueño.

Y al hablar así, había que ver el mimo, la coquetería, la expresión adorable de aquel rostro juvenil, aquella mirada, acariciadora y pura, de aquella boca, como tierno capullo de flor entreabriéndose. El

viejo murmuró taimadamente, casi vencido:

—¡No, lo que es á gitana, no hay quien le gane!

Matilde había callado; pero inmediatamente, acordándose quizás de sus últimas palabras, añadió entre un suspiro, mitad cómico, mitad serio:

—¡Ay... soñar!

—¡Qué!...—preguntó el viejo muy admirado.—¿Suspíritos ahora?

—Tío Claudio,—añadió la marquesita con verdadero ensañamiento.—¿Y si yo le dijera que es usted quien me pone á soñar algunas veces?

—¡Demoniol... ¡Si se habrá enamorado de mí esta loca!

Y el tío Claudio, al tener esta ocurrencia, se echó atrás asustadísimo.

—Tío Claudio..., ¿usted cree en los presentimientos?

—¿Ahora sale usted con esa tontería?

—Pero hombre, para usted todo es tonto y frívolo. Yo quisiera que me explicase usted qué entiende por sensatez y qué entiende por seriedad.

—No se lo explico á usted, porque no se enteraría.

—Gracias,—respondió Matilde con un principio de aquella risita burlona que tanto exasperaba al tío Claudio.—Eso será como el llanto del plebeyo... Como si cada criatura del mundo, los de arriba... ó los de abajo, aristócrata... ó plebeya, rica... ó pobre..., no tuviese su corazón en su sitio... para reír... y para llorar... y para perder la cabeza.

El viejo oía y miraba á la joven como dudando, pero después tuvo que rendirse á la verdad; el acento de la marquesita quiso aparecer al pronto indiferente, pero á las dos ó tres palabras se hizo tembloroso, luego entrecortado... Concluyó de hablar. ¡Dios!, ¿era ficción lo que el viejo veía? ¿No era llorar aquello? ¡Sí, llorar! ¡Llorar! El tío Claudio tomó glorioso desquite, exclamando en tono de burla, exageradamente admirativo:

—Pero ¿qué es eso, señora marquesa? ¿Está usted llorando? ¡Usted también llora!

—¿Quién... yo? ¡Llorar yo!,—dijo la joven riendo y enjugándose las lágrimas.—¡Qué tontería! Pero ¿de dónde sacó usted eso, tío Claudio?

El viejo gritó entonces ufanamente:

—¿Lo vé usted? ¿Lo vé usted? ¡Oculta usted que llora! ¡Eso, eso es vanidad! Y detrás de ella, todo lo que sigue en las grandes damas de hoy:

Y poniéndose las manos en la boca á guisa de pantalla, como para decirlo misteriosamente, añadió marcándolo mucho:

—Ignorancia... y mojigatería.

Y golpeando en el suelo con la muleta, se alejó en triunfo.

—¡Qué viejecito éste!,—exclamó Matilde compungida.—¡Es una bala rasa!

Y alzó la voz para decir suplicante:

—¡Tío Claudio, se porta usted muy mal conmigo!

El viejo se alejaba sin volver la cabeza, y la marquesita clamó otra vez, desoladamente:

—¡Pero... tío Claudio! ¡Tío Claudio!



V.

El tío Claudio sintióse de pronto con deseos de afirmar su triunfo; volviéndose á Matilde, la interrogó elocuentemente, entre burlón y airado:

—¡No me porto bien con usted! ¿Por qué? ¿Porque á su orgullo no le llamo dignidad? ¿Porque á su ignorancia no le llamo ilustración? ¿Porque no llamo á su mojigatería beatitud?

—Vamos,—dijo Matilde de muy mal humor.—¡Cuando yo digo que me pone usted á soñar! Bueno, puede usted ya irse.

—¿Sí?,—gruñó el viejecito, pegando en el suelo fuertemente con su muleta.—¡Pues ya no me voy!... No me voy, no; y si la pongo á usted á soñar, no será, sin duda, por el afecto que yo la inspire.

El rostro de la joven se dilató con una

sonrisa deliciosa; sus labios moviéronse para decir mimosamente, como una verdadera niña:

—¡Y usted qué sabe! Vamos á ver,—añadió en el mismo tono;—dígame usted por qué estaba llorando y yo le diré... mi secreto.

—Pues bien: lloraba de satisfacción..., porque tengo un hijo, ¿usted lo sabe?; tengo un hijo que es mi orgullo y mi alegría. Un hijo á quien estoy aguardando de un momento á otro, después de dos años crueles de ausencia.

Y el viejo hizo entonces esfuerzos grandes, que no se le escaparon á Matilde, para no llorar otra vez.

—¡Un hijo!,—exclamó ella muy admirada,—será como usted..., ¡con unas manazas llenas de vellos!... ¡Con unas espaldotas para cargarse á cuestras los ladrillos!... ¿Es verdad, tío Claudio?

Y Matilde se echó á reir con mucha bondad, quitando con la dulzura de su entonación lo que sus palabras pudieran tener para herirle.

Pero el viejo no entendía de argucias; se indignó nuevamente. «¡Era el colmo!

¡Burlarse de su hijo! ¿Y no había de conseguir que aquel diablo de marquesita, hinchada y vanidosa, se las pagase juntas?» Quedó mirándola un momento, como si con los ojos la hubiera querido matar, y gritó de repente volviéndole la espalda:

—¡Usted lo pase bien!

—¡Ay... espere usted, tío Claudio! ¡Espere usted, por Dios!,—gritaba Matilde en voz lamentosa.—¡Venga usted, que ya no lo haré más!

Y le tendía los brazos desde la tapia, riéndose.

—Vamos, ¿qué ocurre?

Y el viejo se aproximó otra vez receloso. «¡Haberse burlado de su hijo!»

—Quiero decirle á usted...,—añadió ella con mucho misterio, cuando le tuvo próximo... Pero con una flexibilidad sorprendente, que hubiera aturdido al hombre de más calma, cambió de entonación y agregó quejumbrosa:

—¡Pero hombre de Dios, sea usted galante! ¡No me tenga usted así, en la escalera, que se me clavan los pies en estos palosafiladísimos! Invíteme usted amablemente..., así, verá usted:

Y añadió en tonillo pedante, de dignidad y mesura, como para enseñar al viejo formas de sociedad:

—Señora marquesa, estará usted incómoda; pase usted á mi huerta..., á mi casa, que es la suya; yo tendré mucha satisfacción en hacerle los honores...

Se hubiese reído cualquiera de la seriedad cómica—así puede decirse—con que la marquesita habló y accionó para aleccionar al viejo; pero éste, desde que volvió atrás, llamado por la joven, parecía preocupadísimo por algún pensamiento tenaz; notábase bien, porque no lo disimulaba. Cuando ella acabó su discurso, mostróse satisfecho de repente, como si hubiese dado al fin con la solución de algún grave problema. No se sabe de dónde sacó el viejo de pronto una actitud y un tono tan dignos, tan amables, tan llenos de caballerosidad y cortesanía.

—Señora marquesa,—dijo inclinándose,—perdone usted las extravagancias de un pobre viejo; somos vecinos desde hace dos meses, y cometí la falta—¡que no tiene perdón!—de no haberla visitado para ofrecer á usted mis respetos... Mis achaques

sean mi disculpa... y la buena fe con que le brindo este modesto rincón... ¿Sería usted tan generosa que quisiera favorecerlo?

A medida que el tío Claudio hablaba, iba Matilde manifestando exageradamente su asombro y satisfacción; cuando acabó él, empezó ella á palmotear gritando y riendo:

—¡Ay..., pero... qué bien le ha salido á usted! ¡Si parece increíble! ¡Digo, y sin ensayarlo ni nada!

—¡Señora marquesal,—gritó el viejo, furioso.—¿Usted necesita un payaso para su recreo, ó una persona de educación para su sociedad? Pues ha de saber usted que nosotros, los que pasamos una vida entera de trabajo, tenemos tiempo, generalmente, de aprender también formas cultas; y entre vosotros, los del privilegio divino, habrá alguno que aprenda educación, es posible; pero á trabajar no aprende nadie.

—¡Bravo! ¡Bien, tío Claudio!—exclamó la joven en tono que no puede decirse si era burlón ó serio...—¡Y gracias por la invitación...! Ya verá usted... Ya verá. Voy á vestirme; luego, á Córdoba; y cuando

vuelva de Córdoba le haré mi visita.
¡Cuando yo le digo que va usted á ver!
¡Adiós, tío Claudio! ¡Adiós, hasta luego!
¡Un beso...! ¡Otro! ¡Otro! ¡El último!

Dejando de reir de pronto, las mejillas encendidas, flotándole suavemente las guejotas de las sienes, húmedos los ojos de vida y juventud, radiante, luminosa, le arrojaba besos con ademanes llenos de gracia. Le arrojó el último. El encanto deshízose inmediatamente. La visión había desaparecido.

—¡Anda con Dios, cabecita de pájarol
¿Pensabas què el pobre viejo iba á ser la distracción de tus ocios sin tomarse su desquite? ¡Ya verás...! ¡Ya verás lo que yo te preparo! ¡Ya verás, muñequita de marfil y rosas! ¡Qué mujeres y qué razal ¡Y de estas muñequitas de cristal y de esos lechuginos esmirriados de los salones, ¿vá á venir la generación que nos redima?

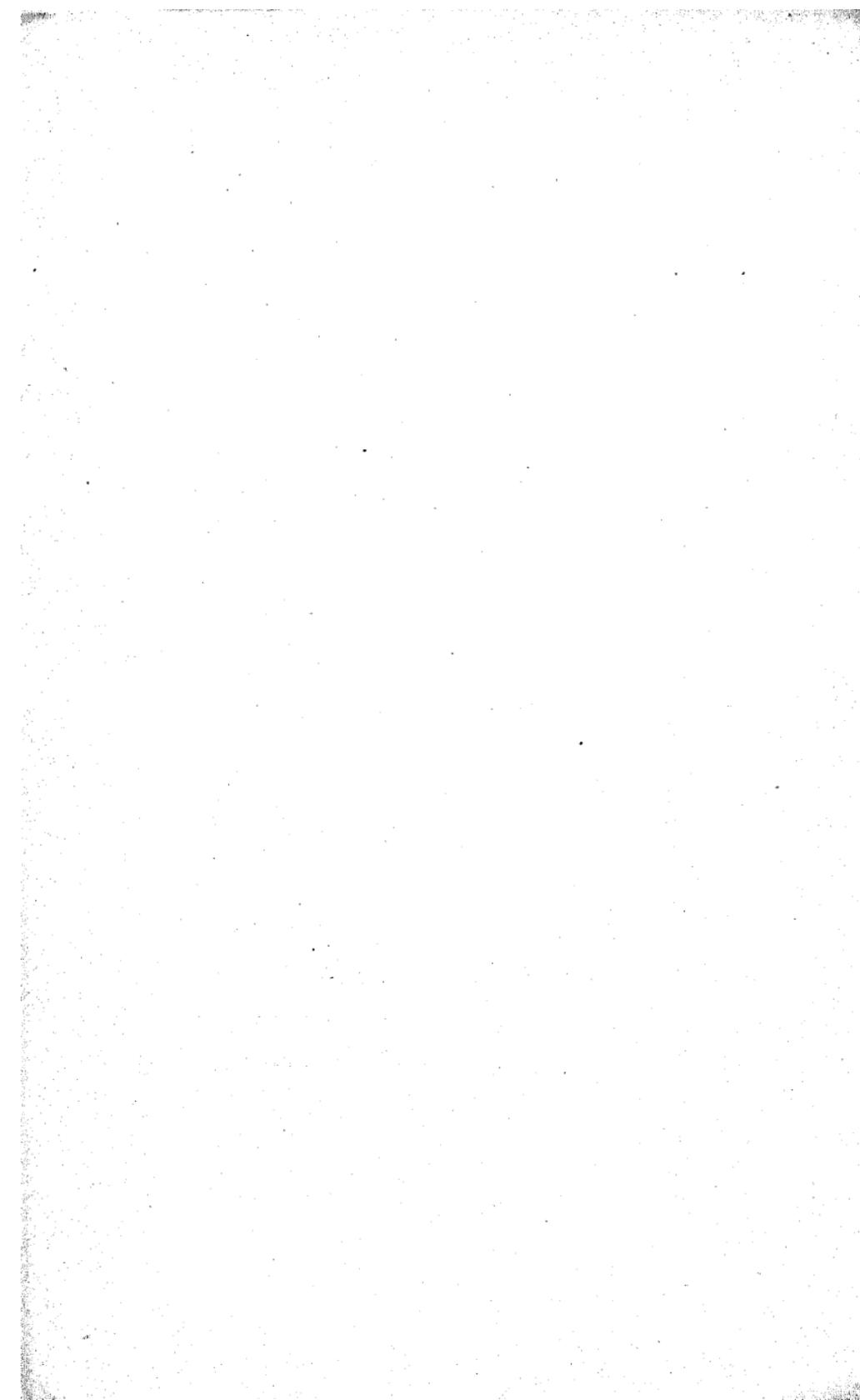
El viejo movía la cabeza melancólicamente en sentido de duda.

—Y es lástima,—añadió preocupado;— está muy malita; ya tuve ocasión de observarla; padece de sangre azul, y mojiga-

tería aguda. ¡La epidemia de los poderosos! ¡Pobres! ¡Si supieran el daño que hacen á los demás y el que se hacen ellos mismos! Pero no; dicen que el mal lo hacemos nosotros... los liberalotes; los bárbaros; los renegados. ¡Renegar yo, Dios misericordioso! — murmuró apagadamente, fija la mirada en el cielo, rebosando ternura y emoción.— ¡Renegar yo de tí, que me colmas de felicidades y que me bendices en mi hijo!

Quedó así un momento, en actitud grave, llena de melancolía. No se acordaba de Matilde; pensaba en su mujer y en su hijo, uniéndolos, como dos suaves y serenas figuras luminosas.





VI.

De aquel grave y silencioso recogimiento, le sacó la presencia de un singularísimo personaje. El tío Claudio le miró con sorpresa; había motivo; nada más opuesto que la persona que se había presentado, por su cabeza enorme, su frente estrechísima, de idiota, sus ojos grises, saltones, su bocaza descomunal de perro de presa y su cuerpo grandullón y destartalado, con aquellas dos figuras unidas por un nimbo de luz, donde tenía puesta su alma el viejecito del *Limón*, cuando tan importunamente le interrumpieron.

—¿Qué *mandasté*, mi amo?—preguntó el individuo, con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña,—*man* dicho que viniera... y vengo.

Pero la sorpresa del tío Claudio se disipó inmediatamente; era un hombre templadísimo y muy cabal; solo le disgustaban é impacientaban sus odiosos vecinos, aquellos aristócratas de *mala muerte*.

—¡Hola, ¿eres tú!—dijo, muy afable;—tenemos que hablar... Pero, á todo esto, tú ¿de dónde eres?

—¿Yo? *Pos* de Cabra. ¿*Osté* se entera? Ya me lo preguntó el *señó Ajustín* anoche. ¿*Osté* se entera?

—Sí que me entero. ¿Y qué hacías en Cabra?

—*Tamién* me lo preguntó el *señó Ajustín*. ¿*Osté* se entera?

—Sí que me entero; y yo te lo pregunto ahora. ¿Qué hacías allí?

—*Pos rabiá... y aluego encima...*—Detúvose el personaje en su discurso, como si no supiera qué decir, arrugado el entrecejo, chispeantes los ojillos grises como dos cuentecillas microscópicas, y apretados los puños.

—Y *aluego encima*, ¿qué te pasó? Vamos á ver: dílo con franqueza. ¿Qué hacías allí?

—¿Allí?... *pos...*, *pos...* ¿*Osté* se entera?

—Lo que es ahora no me entero de nada.—Al tonillo irónico del viejo camastrón, alzó el hombre la cabeza, confuso y encontraronse las dos miradas.—Estarías sirviendo, ¿es verdad?

—*Pos* sí, que estaba.

—¿Te echaron ó te viniste?

—*Pos* me echaron.

—Muy bonito... ¿Y por qué te echaron?

El hombre abrió una bocaza descomunal, para sonreirse y contestó modestamente:

—¡Por bruto...! ¡Ya *vosté!* ¡Yo bruto!

—¡Qué injusticia!—declamó el tío Claudio muy grave.—¿Y qué hiciste para que te echasen? ¿Qué brutalidad fué?

—¡*Pos... pos... pos denguna!* ¿*Osté* se enterá?

—Todavía no; tú, vé explicándote.

—*Pos verasté:* yo estaba en la noria sacando agua.

—¿Sacando agua?

—*Pos* sacándola; y me dijo mi amo el señó *Caistoba*; me dijo... dice:—Mira, anda vé *ar* molino del *Roquete* y dile á la *Josefica* é mi parte que la *aspero* esta noche, sin que *naide* lo sepa en la *cañá* é

*las pita. ¡Qué ya eya sabe! Pero que déjel recao mu bien daito...—*Interrumpióse de pronto el narrador, y preguntó al tío Claudio en tono fiero, enarbolando los puños. —*¿Y por qué me echó á mí er señó Cristoba, vamo já vé?*

El caballero del *Limón* que parecía escucharle embobado, respondió tranquilamente:

—Ahora lo veremos. Lo que es tú darías el recado; ¿es verdad?

—*Pos mu bien que lo dí. ¿Osté se entera? ¡Y las fatiguitas que pasé! ¡Como que había llovío mucho la noche ante... Venía el río... que daba mieo; y lo que es la sua estaba tapá toítica. Er molino se veía jayá... ayá! ¡Mu lejo! Y yo, en la oriya sin poé dir. Y la Josefica ayá tamién, en la puerta er molino... y la puerta er molino atestaíta gente que tampoco poía venirse á la partacá. Y yo, como que tenía que dá mi recao, ¿á que no sabosté qué pesqui tuve?*

—*¿Esperaste á que bajara el río?*—preguntó el viejo calmosamente.

—*¡Quiá!*

—*¿Se lo dijiste á la Josefica por señas?*

—¡Quiál

—¿Te echaste á nado?

—¡Quiál *Pa* que se enterara bien la *Josefica*, saqué *resueyo*, y le dí el *recao* con *toa* mi *gana*; *asina*; *verasté*—y el individuo de *Cabra* se puso las manos al rededor de la boca en forma de embudo, y tomando *resuello*, fieramente, como lo hizo sin duda en la orilla del río, á la *partacá*, gritó con toda su alma y con todos sus pulmones. «¡*Joseficáaa!* De parte mi amo *er señó Cristoba*, que *vayasté* esta noche á la *cañá é las pita*, sin que *naide* se enterre... ¡Que ya *osté sabeee!*

—¿Pero no te encargó tu amo que nadie se enterara?

—¡*Mia éste!*—exclamó el de *Cabra*, triunfante y resollando como una fiera, por el anterior esfuerzo;—encargó que *naide* se enterara, *pa* la *Josefica* *dir*, pero á mí no me encargó *er secreto pa dá* el *recao*.

El viejo del *Limón* estuvo considerando un instante á su nuevo mozo de *cua*dra; su primer pensamiento fué romperle la *muleta* en la cabeza; iba ya á levantarla, para asestar el golpe, cuando otro pensamiento vago detúvole de re-

pende. ¿Por qué extraña anomalía, al considerar silencioso y admirado aquella cara inconcebible de imbécil, aquel hombre brutal y grosero, pensó en la muñequita de nieve y rosas, en aquel delicioso enemigo, dechado perfecto de inteligencia, malicia y donosura?

—Perfectamente, — dijo, impasible;— la verdad es que tu amo se portó muy mal con un servidor tan listo como tú.

—¡Pero ha visto *osté!*—exclamó el de Cabra dolientemente.—*¡Míosté* que echarme á mí por bruto!

—Bueno; volvamos á lo de antes, ¿qué hacías en Cabra?

—*¿Ayí?*... *Pos* tiraba de la noria.

—Hombre; pero ¿qué oficio es ese?

—*Osté* verá; como oficio yo era hortelano; pero no había en la *guerta*, na más que una *cabayería*.

—¿Y eras tú la caballería?—preguntó el viejo gravemente.

El individuo soltó una risa descomunal, estupenda, increíble; una risa como un trueno, que trepidó formidable en los cielos y en la tierra.

—¡No! ¡Yo era otra!,—exclamó en las

últimas convulsiones de la risa.—*E decí: yo era yo. ¿Osté se entera?—Y acabó de reir con un largo jipío.—Pero no había na más que un mulo, que servía pa tó; po la mañana, pa yevá la hortaliza al mercao; ar mediodía, pa dí po agua la á fuente; po la tarde, pa sacá á paseo ar señorito .. ¿Osté se entera? Y como la hora de sacá el agua pa regá, era la de salí er señorito, pos yo tiraba... y er señorito salía...*

—Muy bien; tiras... digo, hablas de un modo maravilloso.

—¡Ay, con mi amor!

Y el sujeto, soltó otra vez su espantosa risotada.

El tío Claudio estaba reflexivo; sin duda, algo muy grande bullíale en el cerebro; miraba al mozo, como si el mozo fuese un grave problema que estuviese resolviendo en aquel instante.

—¿Y hace mucho tiempo que estás en Córdoba?—preguntó abstraidamente.

—Poco; *mu poquiyo*. *Fartó* en Cabra el trabajo... y me vine.

—¡Con que muy poco tiempo! Vaya, hombre; pero mira, después hablaremos; una cosa te voy á preguntar antes

que se me olvide. ¿Sabes poner trampas?

—*Pa* qué, ¿*pa* cogé gorrione?

—No, para coger granujas.

—¡Ay, con mi amo!

El mozo lanzó su risa estupenda; encontraba al amo graciosísimo; pero el amo añadió impasible, tan impasible como fuera de sí había estado algunos minutos antes:

—¿Sabes ó no? Porque Agustín no entiende de eso.

—*Pos* ya se vé que sé.

—Bien; tú te las arreglas como puedas. Á Agustín le pides lo que haga falta. Ven, ven por aquí,—prosiguió, precediéndole hasta el plantel de claveles;—mira, ¿ves este plantel?, pues alrededor quiero que pongas las trampas. Me quitan claveles todas las noches y no quiero que me los quiten más. ¿Te enteras?

—Sí que me entero, mi amo; *osté* verá.

Y reía... reía, abriendo como nunca su gran boca de túnel. El tío Claudio contemplábale absorto; en aquel punto no le preocupaba la idea del ladrón de los claveles; tenía su alma, su corazón, todas sus

facultades, en fin, puestas en aquel hombre, aborto de la naturaleza. Sin duda aquel plan que se elaboraba desde hacía un rato en su cerebro emprendedor y astuto, iba alcanzando forma, iba madurándose; su boca entreabríase con una risilla sutil; sus ojillos negros resplandecían de inteligencia y resolución.

—Bueno, hombre, bueno,—y se frotaba las manos alegremente.—Con que hace *mu poquiyo* que estás en Córdoba?—Volvió al banco y sentóse.

—*Mu poquiyo*,—repetía el de Cabra, siguiéndole y riendo sin percatarse de la poca hilación de las ideas del tío Claudio en aquel momento, al pasar así de las trampas de su plantel á otra cosa tan diferente.

¡Ah, pero no era tan mentecato el viejecito de *Limón!* Aunque pareciese de otro modo, jamás sus ideas habían estado más acordes; era precisamente que las trampas en que pensaba para guardar su plantel, habíanle sugerido la idea de una trampa superior á todas, inmensa, estupendísima, no para guardar claveles, sino para otro más elevado y singular asunto

de que tendrá el lector noticias circunstanciales en lugar y hora oportunos.

—Y si llegaste anoche,—proseguía pensativamente,—es claro que no conocerás á la señorita de la huerta inmediata, ni ella te conocerá á tí.

—¿A mí? ¡A mí no!

Y el mozo de cuadra soltó por cuarta vez su risa, tan espantosa, tan fuera de tino, que el mundo pareció hundirse.

—Pero, desgraciado, ¿por qué te ríes de ese modo?—preguntó el viejo.

—¡Es mi mañal!

—Vaya con la mañita, hombre; pero dime: ¿tú cómo te llamas?

El mozo lanzó un horrendo *jipío* para atajar la risa y contestó muy ufano:

—¿Yo?... ¡*Pos Troncho!*

—¿Qué dices, criatura?

—Y por mal nombre, Frasquito.

—Bien, prefiero el mal nombre: mira, Frasquito, escucha lo que voy á decirte, que es cosa de muchísima gravedad: tú, eres mi hijo...

El viejo no pudo seguir; *Troncho* había echado de rodillas, como un costal

á sus pies, gritando lastimosamente con las manos en cruz:

—¡Ay, Dios de mi corazón, quién había de figurárselo! ¡Yo hijo *dosté!* ¡Qué diría mi padre si se enterara!

—Levántate y déjame hablar, hombre.

Se levantó Frasquito, y fué calmándose cuando el tío Claudio se explicó; no era que fuese su hijo, sino que quería que pasase por tal á los ojos de la marquesita; y le explicó muy bien quién era la marquesita. Además, Frasquito iba á fingir que llegaba de fuera, del extranjero.

—¿Oyes bien? ¿Entiendes?—Insistió el tío Claudio, mareándolo mucho:—del extranjero. Y, en fin, vas á declararte á ella

—¿Y qué es *eclarase?*—preguntó Troncho intrigado.

—Hacerla el amor; decirle que te quieres casar.

—¡Ah, *güeno, güeno!* Echámela por novia.

Y Troncho, muy divertido con el papel que iba á representar, soltó su risa, aquella gran risa, que siguió su curso hasta concluir en el famoso *jipío*.

—Eso, eso mismo,—díjole el tío Claudio cuando terminó;—echártela por novia, y

á ver cómo te conduces, que luego tendrás una gran propina.

—Pero, ¿*eya* quedará?—preguntó *Troncho* apuradísimo.

—¿A tí qué te importa? Tú haces lo que te dije y será suficiente.

—¿Y tengo que *dí* á su casa?,—preguntó de nuevo, con no menor apuro.

—No, que vendrá ella aquí; cuidado con descubrirme ni descubrirte; que esa señorita no te vea ni por casualidad hasta que llegue la ocasión; yo te diré lo que debes hacer...

Apareció Agustín de pronto, inquieto, preocupadísimo, con aire de misterio; andaba de puntillas, indicando á la vez por señas que la marquesita llegaba; que estaba ya muy próxima.

—Agustín,—axclamó el viejo apresuradísimo;—lleváte á éste y vístemelo al instante de caballero; pero un caballero que tire de espaldas.—Y le hacía gestos furtivos, como queriéndole inculcar así su idea.—¿Entiendes?

—¡Vaya si entiendo!—Y Agustín tiraba de *Troncho* como un energúmeno, porque temía que Matilde se presentase.

El viejo añadía aún, dirigiéndose á Agustín, con el ademán, con la palabra y con sus ojillos chispeantes:

—Cuando concluyas te pones donde no te vea la marquesita, pero que tú nos veas á nosotros; en haciendo yo una seña disimuladamente con el pañuelo, me llamas con mucho apuro, como si fuera cosa urgentísima.

—Bueno; bueno.—Y Agustín tiraba, y el tío Claudio decíale, en fin, á *Troncho*:

—Yo me iré cuando Agustín me llame; se quedará la señorita sola y entonces apareces tú. ¿Te has enterado bien?

—Sí, sí, mi amo.

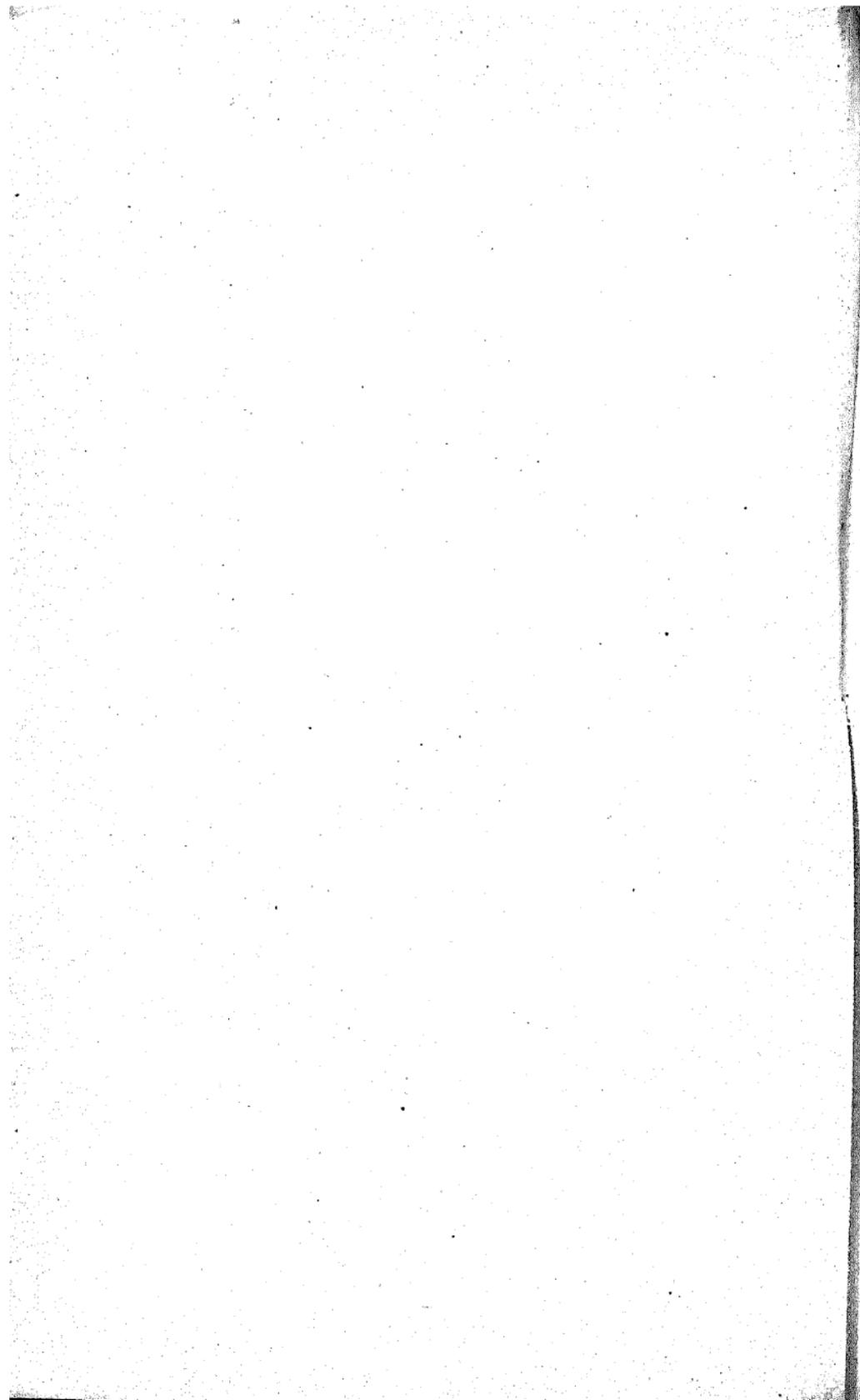
—¿Te acordarás de todo?

—Sí, sí, mi amo.

—Vete; llévatelo, que ya está ahí... ¡Anda, que viene!

Se fué Agustín, tirando de *Troncho*. Poco después apareció la marquesita. El tío *Claudio* salió á su encuentro galantemente.





VII.

¿Qué tramaba el tío *Claudio* contra su temible enemigo?... Como en estos momentos el lector se expone á extraviarse en la opinión que pueda formar de mi heroína, conviene decirle, para guiar su juicio, algo de importancia.

Matilde nació en Córdoba, de padres nobles, pero de gran riqueza; perdona, lector, ese *pero*, que te parecerá ahí descabellado; en Córdoba, con algunas salvedades, naturalmente, decir noble es lo mismo que decir ruina. Sería un libro muy curioso y de mucha enseñanza el que se escribiese de las grandes casas y los grandes nombres arruinados de este país hermosísimo, donde, como en ninguno de la nación, se ve la decadencia de las razas privilegiadas. El autor conoce... ha cono-

cido algunos de estos hogares: entró en ellos, hizo curiosas observaciones de esas espantosas caídas, que producen vértigo, no ya en los mismos desgraciados que las sufren, sino en el pensador que las estudia y reflexiona en el destino de ciertos seres; podrían citarse casos inauditos, desde el título, grande de España, de primera clase, que agoniza y muere en el mal lecho de inmundo tabuco, debido á la caridad de alguna pobre mujer, vecina de la misma plaza donde levántase la gran casa solariega del mísero—en poder ya de otro dueño,—hasta la pudibunda, altiva educanda de convento aristocrático, de sangre ilustre, orgullo y preza de los salones, que carece de pan, que se queda sin comer un día y otro, que tiene hambre... ¡hambre feroz!, y que se prostituye para no morir.

¡Qué espanto! ¿Cómo llegué á este punto? De casas grandes arruinadas hay ejemplos frecuentes; los otros que hacen estremecer, son contadísimos, y aun así, puede decirse que esos ejemplos aterradores se evitarían con el gran sistema del *tío Claudio*: «¡La educación de la mujer!» Pero ¿es, en

resumen, que á todo desequilibrio, á toda desdicha, á todo desastre nacional, social, individual, hay que decir tristemente, como único remedio para prevenirlo, para evitarlo, eduquemos á la mujer?

¿A qué seguir? ¿Un viejo y una niña deben ser motivo para estas elucubraciones? Porque Matilde, marquesita de Nervión, era una niña adorable y leal, con grandes y hermosas ideas, que hacían enorgullecer. Estableciéronse sus padres en Madrid cuando ella tenía diez años, y unió la suerte en ella, para más gala, el pronto gracejo andaluz y el finísimo donaire madrileño. Empezaron á educarla en un convento... ¿Cómo era posible de otro modo, tratándose de la hija de un matrimonio rico y aristócrata? El destino de Matilde quiso, no obstante, que saliese del convento cuando su educación no estaba, ni con mucho, concluida. Este gran suceso se efectuó por una causa muy triste: por la muerte de su madre cuando hacía tres años á lo sumo que la joven entró de educanda. Murió la marquesa, y una ley misteriosa y fatal que influyó extraordinariamente sobre el destino de

Matilde, hizo que el marqués, al morir su esposa, creyérase solo en el mundo; lejos de consagrarse á su hija, como un piadoso tributo rendido á la mujer á quien tan locamente amabá, apartábase de ella con repulsión que no podía reprimir. Al poco tiempo, como si la presencia de Matilde le fuese del todo insoportable, le dió por viajar; cuando estaba en su casa algún tiempo—muy poco siempre—no hablaba, no miraba á su hija, aquel sér indefenso, á quien, á vivir la marquesa, hubiese adorado. ¡No la quería! Su dolor extravagante encontraba repulsivo lo que otro hombre hubiera tomado como un consuelo de Dios. ¡Aquella niña le recordaba demasiado á su mujer! Lo creereis absurdo, pero era así. Acaso la existencia, los pensamientos, las acciones de la generalidad de los seres, los seres mismos, ¿no son, en resumen, un continuado y estupendísimo absurdo? Al fin, después de arreglar sus negocios como quien está convencido de una muerte próxima, salió de su casa con ánimo resuelto de no volver más. Por fortuna, en medio de sus extravagancias, tuvo un instante feliz: fué el instante en

que dispuso dejar al frente de sus negocios y al cuidado de su hija, á un antiguo servidor en quien tenía confianza absoluta. Desapareció, pues, sin que volviese á saber nadie de su interesantísima persona en mucho tiempo. De tarde en tarde, al principio daba fe de vida al viejo servidor, interesándose, de un modo frío, como de paso, por la salud de Matilde.

No he de hablar de las murmuraciones de los parientes, que eran muchos aunque no muy próximos, cuando supieron que el marqués había preferido confiar su hija á un criado, por bondadoso y leal que fuera. El hombre á quien el marqués confió tan grave empresa había sido mucho tiempo mayordomo de la casa y habíase retirado dueño de una pequeña fortuna que quería disfrutar tranquilamente con su mujer durante los últimos años de su vida. Aceptó el legado, y al encontrarse el viejo servidor padre, puede decirse, de una linda marquesita de trece Añiles, creció en él el amor que ya de antiguo le profesaba, sintiendo á la vez gran zozobra por la responsabilidad que había contraído. No era, no, un pobre diablo; tenía

instrucción, y más aún que instrucción, un buen sentido admirable. Sirvió á los marqueses treinta años en calidad de mayordomo, y amaba á sus señores con verdadero amor; de una sencillez, de una probidad, de una rectitud incomprensibles en estos tiempos egoistas de baldón y miseria, entendía perfectamente en toda su extensión la palabra *deber*, y dió toda su imponente solemnidad al deber que contraía aceptando la misión que el marqués le confiara. Después de pensarlo mucho y viéndose dueño de hacer su voluntad, la niña fué sacada del convento, con grave escándalo de los parientes, sin que nadie se pudiera oponer. ¿Qué iba á aprender la niña con las monjas? Se enteró bien el hombre. Perfectamente: pues aquello mismo que lo aprendiera en su casa con maestros famosos, teniendo él así facilidad inconcebible para estar siempre al cuidado de la educación de su niñita.

Salió del convento sin desolarse, en contra de lo que dicen que ocurre á estas jóvenes, cuando vuelven al hogar después de recibir educación en esos santos retiros.

Tal vez los *teólogos* conceptúen esta tranquilidad de Matilde, al salir del convento, como pecado gravísimo; pero sumisamente, por mi gran respeto á las cosas de Dios me atreveré á decir en descargo suyo que merecía indulgencia. Con seguridad, hubiese sufrido mucho al alejarse de las monjas, de haber estado más tiempo con ellas, y en otra edad en que ciertas amistades... ciertas afecciones tienen más ocasión de ser verdaderamente cimentadas.

No quiere decir esto que no se afligiera un poco; pero inmediatamente mostróse en su espléndida casa, como una reinecita, feliz de su poder, teniendo como sus esclavos más sumisos á los venerables ancianos que la habían visto nacer en Córdoba la famosa.

No fué refractaria al estudio; lo hizo de buena fe; si en alguna ocasión tenía pereza, la voz del viejo, haciéndola cargo de su responsabilidad si su hijita no resultaba un portento de ilustración, era tan dulce, tan humilde, que la muchacha, por complacer á su amigo, se aplicaba al estudio con nuevo afán. Algunas veces pedía al viejo que le pagase el trabajo de estu-

diar que por él se tomaba, á fin de que su honra de *tutor* no padeciera; y para cobrar..., ponía la mejilla graciosamente. El viejo la besaba llorando.

El respeto, la grave sumisión de todos en aquella gran casa llena de servidores, hiciéronla comprender y apreciar lo ilustre de su cuna; por otra parte, pasaba el *tutor* junto á ella muchos ratos, contándole la historia de su familia, para que la joven la conociese y por hallar motivo de enseñanzas, que desterrasen de Matilde todo orgullo, con ejemplos de aquella misma historia que el viejo siempre sabía encauzar de modo que resultasen en el plinto la modestia y el honor. Le hablaba mucho también de su madre, muerta tan joven, con la pena profunda de dejar á la niñita huérfana y sola... ¡Sí, sola! Lo afirmaba el *tutor*:—no hay compañía para un hijo si su madre le dejó para irse al cielo.

Los parientes, porque no podía ser de otro modo, mordían, rabiando, al *tutor*—mote que, por burla habíanle aplicado,—pero Matilde oíalos en calma perfecta, compenetrándose lo suficiente para poder admirar ciertas cosas... Los viejos humil-

des y su parentela de grandes personajes fueron, por decirlo así, el primer capítulo que pudo leer, con triste admiración, del libro de la vida; capítulo que le enseñó á deslindar, con tristeza, sí, pero por suerte suya, lo malo de lo bueno.

Fué, en fin, la joven, que ya conocéis. Llegó á los diez y ocho años sin haber sufrido una pesadumbre; lo dejaba comprender en su calma plácida, en aquella dulce jovialidad perenne, que era su más fino encanto. No por eso vayáis á creer que desconocía el dolor del mundo; el viejo amigo había hecho pasar por su corazón, susceptible del bien, el espectáculo humano, con toda su miserable tramoya, prudentemente, con tacto feliz, y vivía sin desconfianzas, pero con un sentimiento de prevención, centinela vigilante que siempre iba á su lado. En su carácter, frívolo en apariencia, había un fondo de seriedad y rectitud, tal vez no comprendido ni apreciado por todos... El viejo *tutor*, á su manera, había sido un mentor muy severo, sencillamente, sin afectación, con una humildad de efecto singularísimo en el ánimo de Matilde. Si Matilde cometía

una ligereza propia de sus pocos años y de una niña que sabe que todos sus caprichos han de realizarse, el *tutor* no la reprendía, pero ella adivinaba en la tristeza del viejo una reconvención tan dulce, que le hacía bastante más efecto que un castigo durísimo.

Su educación fué muy esmerada, sin que esto sea decir que la que le daban las monjas no lo fuese también .. De la santa casa trájose con ella, aunque sólo estuvo allí tres años y aunque sólo tenía trece, un orgullo desmedido de su nacimiento. No supo el *tutor* á qué atribuirlo, como no fuese al trato con las otras niñas. Confío, sin embargo, en que esta propensión al orgullo del linaje desaparecería con el tiempo junto á él, pensando —y tú juzgarás, lector, si con poca ó mucha cordura— que lo que más ennoblece á un poderoso es la sencillez y el olvido completo de su condición privilegiada en el trato con sus inferiores. Con secreta alegría vió su afán realizado; podía creerlo así, ante aquella tranquila posesión de sí misma que empezó á demostrar la joven, en aquella calma jovial que no le hacía perder su condición

de gran señora, en su trato sencillo y en su corazón franco, propenso á la lealtad y á la ternura. No era una romántica, ni una modernista; era una mujer. ¡Oh, dulce nombre, que tan gran tesoro de armonías encierras en tí!

Pero llegó un tiempo en que la influencia del *tutor* sobre la joven no fué tan directa ni sugestiva. Matilde se lanzó al gran mundo—era lógico;—lo pensó el viejo suspirando; estaba en la edad. Entre sus parientes había una duquesa viuda, joven, hermosísima, oráculo de la moda en ese gran mundo, la más altiva, la más bella, la más admirada y envidiada mujer de Madrid. Presentó la duquesa á Matilde, y Matilde alcanzó un gran triunfo; no lo extrañéis; Matilde, por su gran fortuna, era un partido soberbio para los egoístas; pero lo era también para los hombres de corazón por sí misma, aparte de su mucha riqueza y su gran nombre. Había algo indefinible, pero que atraía lentamente, hasta subyugar, en su cuerpo menudito y esbelto, de formas purísimas; en su rostro oval, blanco, con una blancura que tenía algo de celeste; en aquellos ojos grandes,

negros, de transparencias inconcebibles en su misma negrura, como esos lagos tranquilos en cuyo fondo, allá, muy profundo, se ve copiado el cielo, y en aquella boca primorosísima de donde jamás salió palabra dura para rico ni para pobre, valvulilla misteriosa y admirable, dispuesta siempre á dejar irse aquel dulce humorismo de su inteligencia profunda, velada por una tranquila modestia, sin alardes estúpidos, en donde veíase á leguas la marca especial del viejecillo *tutor*, que tan cumplidamente lo había sabido hacer.

Pero llegó una hora bien crítica para Matilde; se debió este instante psicológico al influjo grande que empezó á ejercer en su ánimo la duquesa de que ya tenéis noticia, contrarrestando la del *tutor*; fué un pugilato increíble, del que nadie se percataba, el que se entabló entonces entre el *tutor* y la gran señora. Supo hacerse ésta indispensable al lado de Matilde; en todas partes las vieron juntas, en los teatros, en los salones, en los paseos, en las iglesias; á la una, con su aire frío y desdeñoso, mirando desde su carruaje, desde su palco—desde el primer lugar siempre—á los

demás humanos como un Faraón á las multitudes; la otra, bella, serena, con su cuerpo de tallo de flor, su mirada profunda y dulce y su calma plácida de angel y de mujer.

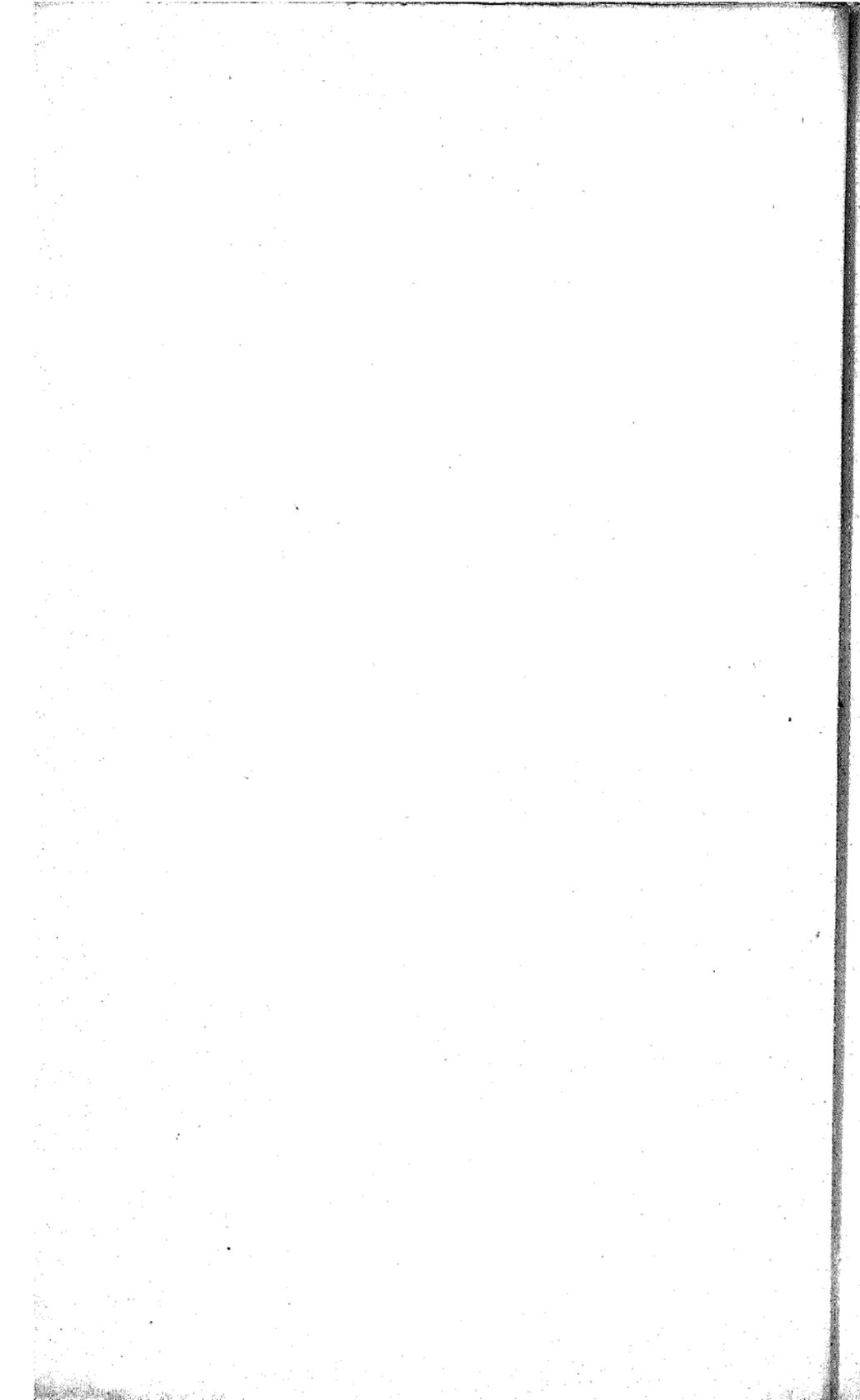
Se unieron de tal modo, que los pobres viejecitos casi estaban olvidados; nunca el *tutor* había hecho uso de su autoridad para con Matilde y le hubiera sido muy penoso hacerlo entonces; pero observó con dolor que su obra paciente y sufrida la estaba destruyendo aquella gran dama, que creía que Dios hizo el mundo expresamente para que ella lo esclavizase. ¡Gran Dios! ¿Y no podía decirse que la pobre niñita era para la soberbia señora un esclavo más? El viejo lo veía con tristeza profunda; Matilde, sin perder nada aún de aquel fondo de sencillez y rectitud, dejábase influir demasiado por la duquesa; la duquesa se burlaba finamente de su elevación de pensamiento, de la jovialidad tranquila, que era su más dulce adorno, de aquella propensión á la sencillez, particularmente en el trato con seres inferiores, que era en lo que el *tutor* había puesto principal ahinco; todo, en fin, lo

que embellecía y engrandecía su carácter fué asunto de sátira en su parienta y amiga, pareciéndole cosa baja y de mal gusto. ¡No fué estéril la obra de gusano en la fruta sanísima! Matilde hallóse en ese gran momento crítico de su existencia, llevado á él por dos fuerzas impulsoras bien aquilatadas: la de la duquesa y la de su *tutor*. Hallábase Matilde como un viajero ágil, fuerte, ansioso de ver mundo, detenido en una senda que se bifurca de pronto y no sabe cual de los dos nuevos caminos ha de seguir, época peligrosísima que el viejo *tutor* lloraba silencioso con lágrimas de sangre. De aquellas dos nuevas sendas, una, la que había seguido hasta entonces, era la mejor; así lo pensaba el viejo dolorido; otra, la mala, la que tan sencillamente iba á emprender, cogida de la mano de la mujer funesta que en mal hora se atravesó en su camino. Los dos primeros alarmantes retoños que el *tutor* aterrado vió brotar en aquella finísima rama llena de jugo y hermosura, fueron aquel orgullo del linaje que ya el viejo había tenido ocasión de observar otra vez, y una afición que él encontraba irritante

á las cosas de iglesia, amalgamadas, como en el gran mundo se estila, con las diversiones de teatros, bailes y otros variadísimos *sports*, que son á la iglesia y aun á las cosas de iglesia, lo que á Dios el diablo.

¡Cuán verdad es que, para el estudio de un carácter no habría suficiente en ocasiones con varios volúmenes! Todo lo que dejo dicho no son más que apuntes, en fin; pero creo que bastan para que el lector forme idea justa del estado moral de Matilde. Matilde era el imán donde venían á converger las oscilaciones de aquella gran batalla, misteriosa y singularísima, que entablaron la arrogante duquesa y el modesto *tutor*... ¿Qué camino seguiría Matilde? ¿De quién sería el triunfo?





VIII.

Por este tiempo y al cabo de siete años el marqués empezó á hacerse más asequible; primero, una carta muy breve con sellos de la China ó de la Cochinchina... del fin del mundo. Afirmaba en el pape-lito que había alguna novedad en su im-portante salud y anunció vaga, muy va-gamente, como algo nebuloso la probable vuelta. A don Mariano—este era el nom-bre del mayordomo,—no le extrañó la noticia; hablando con verdad, la esperaba hacía algunos meses. Es lo fijo que el *tu-tor* veía largo hasta más no poder, aunque no lo pareciera y, unido esto á su gran corazón, bajo un exterior casi rústico, ha-cían de él un hombre inapreciable. Había imaginado la cosa con mucha calma, sin hacer á nadie revelación de sus maquina-ciones. Había puesto un cebo al marqués,

y el cebo, precisamente, fué Matilde, aquella pobre Matilde á quien tanto desvío tuvo el fantástico señor desde un principio. El mayordomo había ido inclinando el ánimo de Matilde hacia su padre de tal manera, cuando empezó á darse cuenta de la vida, que brotó de ella misma el impulso de escribirle. El marqués fué sorprendido con una carta que le produjo efecto muy hondo, sin que pudiese analizar si aquel efecto había sido favorable ó contrario. Recibió otra después y después otra, acostumbrándose al fin á las cartas de Matilde; hallaba en ellas un aroma extraño de originalidad y ternura que le hacía conmover unas veces y sonreír otras. El *tutor* estaba al tanto de lo que la muchacha escribía, sin decir una palabra en pro ni en contra; dejábalo ya todo á su gran instinto de mujer y á la inspiración de su juicio sereno. En su correspondencia con el marqués, respetuosa y breve, no aludía nunca el mayordomo á las cartas de Matilde. ¡El marqués contestó al fin! La primera carta de su padre fué para Matilde un triunfo; su lectura produjo un estallido de risas y

lágrimas; no vayais á creer por esto que el marqués se había extendido en su epístola; no había más que tres renglones de letra inconcebible por lo dificultosa y descomunal, para decir que le eran agradables sus cartas y que podía seguir escribiéndole. ¿Por qué el marqués había resuelto escribir á su hija? Fué consecuencia de una astucia del viejecillo *tutor*; y fué esta astucia indicar á Matilde, como al descuido, que tal vez las cartas si eran frecuentes podrían turbar al señor marqués y distraerle de sus *muchas ocupaciones*. Matilde, sin explicarse la razón de aquellas palabras de su viejo amigo, lloró á solas y no escribió más á su padre. Entonces escribió el marqués. Había empezado á echar de menos aquel dulce aroma de inocencia y amor de las cartas de su hija. Cuando ella, loca de felicidad, mostraba orgullosamente al mayordomo lo que su padre había escrito, diciéndole: —¿Ves? ¿Ves como no le molestaban mis cartas? ¿Lo ves? ¿Lo ves, viejo tonto?— el viejo tonto alejábase sonriendo y pensando muy ufano:—¡Ya le cogió! ¡Ahora es cuando viene!

Detrás de la primera carta del marqués llegó otra, aunque fué muy esperada por la muchachita; sucediéronse después con intervalos más tranquilizadores; por último, todas las cartas de Matilde fueron contestadas con exactitud, normalizándose así una correspondencia que vino á demostrar al padre, en resumen, que había cometido un error abandonando á esta criatura encantadora, de corazón inmenso, de voluntad firme y de juicio grave y sorprendente para considerar el mundo y las cosas del mundo; y la hija, que no era todo insensibilidad en aquel padre á quien sus parientes, con mucha razón si se reflexiona, querían hacérselo ver como un desnaturalizado; pero el *tutor* estaba allí para contrarrestar con su prudencia y ternura las malas semillas que en el corazón de la muchacha pudiesen germinar.

Esta noble evolución que iba operándose en aquellos dos corazones, no impedía ni menguaba la sugestión peligrosa que la gran duquesa ejercía sobre el espíritu de Matilde; por eso el *tutor* ambicionaba con gran ahinco el momento suspirado de que el padre regresara.

Es lo cierto que un día inesperadamente se presentó el marqués en su palacio de Madrid, á los ocho años de ausencia, y Matilde creyó que moría de felicidad al verse en brazos de aquel padre tan querido. El marqués estaba viejo, muy viejo; la vida en realidad no le había sido grata; aquella cabeza blanca prematuramente no era nuncio para Matilde y el mayordomo de que la felicidad del marqués hubiese sido mucha, en su ausencia de tantos años. Pero nadie tuvo la indiscreción de aludir á la misteriosa ausencia; hallábanse los tres demasiado contentos con el presente dichosísimo: Matilde, por hallar un padre, no como el *tutor*, sino un *padre verdadero*; el marqués, porque veíase de pronto acompañado en su soledad inmensa, y el mayordomo, porque era feliz con la felicidad de aquellos tan amados señores. Es la vida: aspirar á la felicidad siempre; creer que se encuentra alguna vez; no tenerla nunca.

La casa del marqués adquirió un movimiento y animación extraordinarios; pero el marqués apareció melancólico siempre, abstraído; solo conseguía animarle, ha-

ciendo brillar en sus ojos y en su sonrisa un destello de luz, la figura mágica de Matilde. Grandes inquietudes parecían combatir la existencia de este hombre, bueno en el fondo, pero fatalmente equivocado siempre. Ya lo dije: su único acto feliz había sido pensar en el viejo mayordomo para que cuidase de aquel tierno sér, abandonado en edad peligrosa, cuando más necesitaba de protección y cariño. Hacíale morir de un profundo terror la idea de que hubiese podido estar desacertado en escoger al pobre viejo para la misión delicadísima y abrazábale, henchida el alma de gratitud, por su abnegación y desinterés. Quería consolarse pensando que su indiferencia para con Matilde fué aparente; que había escogido al mayordomo para compañero de su infancia y su juventud, si no con mucha meditación, con secreto instinto de que no se equivocaba. Quería disculparse también del abandono en que dejó á su hija alegando el amor inmenso que á su mujer tuvo y el dolor que le producía la contemplación de aquel pequeño angel, por su parecido singular con la adorada mujer; pero con

estos sofismas que resolvió angustiado no pudo descargar su conciencia de una acción vituperable. Bien. ¿Y qué logró en aquellos ocho años de inercia, de abandono absoluto de su hogar, de sus negocios, de todo contacto, en fin, con la humanidad civilizada? Hacíase esta pregunta constantemente y era otro motivo secreto de terror y cavilaciones. Encerrábase con el *tutor* largas horas; de estos conciliábulos salía el mayordomo con la frente sombría, y el marqués pálido y taciturno, hundiéndose entonces en un mutismo desconsolador. Matilde, feliz con tener á su padre, no profundizó más, ni pensaba en otros asuntos; tanto el marqués como el mayordomo disimulaban como se hallase presente; por otra parte, la gran duquesa habíase apoderado otra vez de Matilde, lo que traía al viejecito *tutor* bastante entristecido.

Tomó de pronto la vida del marqués nuevo rumbo: su melancolía y taciturnidad aliviáronse un poco; salió de casa con más frecuencia; rió ya y bromeó con Matilde; su corazón parecía haberse abierto á la esperanza; una actividad feliz fué

apoderándose de él; llegó al fin al punto de dejarse ver en las horas de la comida solamente en aquel viejo palacio donde Matilde pasó su niñez y su juventud sola como una lucecita de amor. El pobre marmordomo no parecía satisfecho de la nueva faz que presentaba el carácter del marqués. Al verle salir, de prisa, preocupadísimo, movía la cabeza suspirando; y al ver luego, solas, desanimadas, en silencio profundo las habitaciones de Matilde que vivía siempre bajo la dura garra de oro de la gran duquesa, un sentimiento mortal apoderábase de aquel viejo corazón esclavizado como todo su sér al amor de sus señores.

Pero Matilde se mostró de pronto muy preocupada; algunos accesos de melancolía á los que siempre fué refractario su temperamento igual y equilibradísimo llenaron de inquietud el corazón del *tutor*; esto duró un mes; de repente aquel estado de preocupación y melancolía entró en un período que pudiéramos llamar agudo, y Matilde se encerró en sus habitaciones, sin ganas de hablar con nadie, ¡oh caso estupendísimo!, ni á la gran du-

quesa tampoco; ni á esta sin igual señora que había logrado ser el alma, el pensamiento, la esencia, en fin, de la vida de Matilde. Inútil es decirlo que la resolución de Matilde fué un alivio para el viejo *tutor* dentro de la gran alarma que aquel estado de ánimo de la marquesita logró inspirarle.

El marqués estaba ausente; había marchado á París dos días antes á asuntos urgentísimos. Como Matilde pareciese decidida á no salir de sus habitaciones, el *tutor* creyéndola enferma, tembloroso, tímido, con lágrimas de amor y ternura, le propuso llamar al médico... Matilde contestó sonriéndose:

—No, no.

—¿Pero qué te pasa entonces?

Y el viejo la contemplaba admirado.

—Me pasa que quiero irme á esa huerta de Córdoba que tantas veces he oído á usted alabar y que no conozco. Y yo,—añadió mirándole con maliciosa coquetería,—como soy tan obediente, en cuanto usted me lo mande arreglo las cosas para partir mañana mismo con la madrecita—

la madrecita era la mujer del *tutor*—si usted no puede acompañarme.

—¿Pero qué es ésto?—repitió don Mariano, cuya alarma crecía.

—Lo que ya le dije.—¡Corriendo, corriendo, mándeme usted que me vaya á mi huerta de Córdoba! ¡Pero ande usted y no se quede así como caído de las nubes!

Y Matilde, al hablar, reía de un modo adorable, el medio más seguro y rápido de que el *tutor* la complaciera.

—No me dices por qué quieres abandonar á Madrid,—exclamó él, preocupado;—respeto tu silencio, pero júrame que este viaje no obedece á cosa alguna seria que luego nos hagamos sentir... No, no, he hecho mal, añadió de pronto muy conmovido, perdóname. Confío en tí.

Matilde repuso gravemente:

—Haría el juramento, pero es mejor decirte la verdad y cumplo así mi deber contigo, diciéndote lo que tal vez no le diría á mi padre.

Le echó los brazos al cuello, y añadió muy bajo y en voz temblorosa algunas palabras que el viejo oyó conmovido.

La besó después en la frente, diciéndole:

—Hija mía, mañana te irás á tu huerta de Córdoba.

Al otro día se presentó la duquesa como un torbellino en casa de Matilde. Iba á arrancarla de su clausura—frase textual.

—El *tutor* salió á su encuentro, é inclinandose profundamente, exclamó en tono helado que cortaba como un cuchillo:

—La señora marquesa se ausentó esta mañana de Madrid por bastante tiempo.

—¿Adónde fué?—preguntó la gran señora soberbiamente.

—No lo ha dicho.

Miráronse un momento los dos mantenedores...; ella, feroz de orgullo; él, rebotando alegría. Volvió ella la espalda de pronto y salió sin hablar. Volvió él la espalda asimismo, frotándose las manos de satisfacción y murmurando en tonillo de triunfo:

—¿Y ahora? ¿Y ahora?





IX.

Hasta mucho más tarde no se supo qué secreto fué el que Matilde reveló á su anciano amigo. No tenía casa en Córdoba, y dirigióse desde la estación á *Marrubiales*. Las fincas del *Limón* y *Marrubiales* estaban juntas, pero aisladas las dos en la sierra. La vecindad de Matilde era sólo la del *tío Claudio*, y aún no le satisfizo; hubiera deseado un aislamiento total, como si su alma necesitara reposo absoluto.

No tenía así trato con nadie; la esposa de su *tutor*, excelente mujer que la amaba con delirio, no pecó nunca de comunicativa; su doncella limitábase á desempeñar sus funciones. Los criados que allí había hablaban con pocas personas, sin que llegase *el eco* á oídos de Matilde, como supondréis. Le agradó mucho esta soledad,

que contrastaba tanto con su anterior existencia, agitadísima.

Necesariamente tuvo que conocer al *tío Claudio*, por estar las dos huertas unidas, limitadas sólo por una pared de poca altura. La curiosidad femenil pudo más que su deseo de aislamiento; una tarde se asomó á la tapia, y con quien primero tropezaron sus ojos fué con el *tío Claudio*. Matilde se acordó inmediatamente del *tutor*; era el *tío Claudio* un viejecito venerable como él, pero sin la timidez, sin la dulzura de su fiel amigo. En los ojitos negros, de vivo mirar, del *tío Claudio* en la decisión de sus ademanes, en su palabra breve y segura, halló ella un atractivo que fué cautivándola poco á poco. Bien distinto del *tutor* era el *tío Claudio*, pero no podía pensar Matilde entonces hasta qué punto iba á ser el uno continuador de la obra del otro.

Cuando se conocieron, el *tío Claudio* tenía ya noticias de ella; sabía que en Madrid estaba *el ama de Marrubiales*, una damita que nunca salió de la corte—para visitar á Córdoba, á lo menos,—lo que era ya para él un precedente malísimo. «Quien

no guarda amor en su alma por la tierra en que nace, no merece nacer». Este cargo que el viejo le hacía ya sin conocerla, era precisamente lo que menos podía preocupar á Matilde, y mucho menos entonces, acabada de salir de manos de la soberbia tía. . ó prima—no se conoce bien ese detalle,—que tan tristes gérmenes había sabido arrojar en aquel surco, barro dispuesto, que no les fué posible moldear del todo á las benditas monjas porque se interpuso el *tutor*; que no acabó de moldear el *tutor* por haberse interpuesto la duquesa; que no acabó de moldear la duquesa por un suceso misterioso, de gran importancia en la vida y el destino de Matilde.

El tío *Claudio* había intentado por segunda mano comprar á *Marrubiales*, pero halló siempre una negativa seca, y no contribuyó poco esto á que la damita le pareciese más antipática.

Marrubiales estaba en poder de un jardinero. No iba nadie nunca, á no ser algún curioso, á quien se le diera permiso para visitar aquella admirable posesión, cuya huerta constituía su más hermoso y prin-

cipal atractivo; aquella huerta donde se admiraban flores maravillosas, mucho más que los tulipanes de que ya oísteis hablar, que eran la desesperación del *tío Claudio*. — ¡Ay, él había tenido ocasión de ver estas flores varias veces, lo que no es de extrañar, siendo vecino y residiendo siempre en el *Limón*.

Si él estaba prevenido contra la damita de *Marrubiales*, no quiero decir nada cuando la marquesa, después de haber tenido con él el primer encuentro, y haber obtenido de él un saludo frío y ceremonioso, supo que era un ricacho, antiguo maestro de obras; ¡ella, que estaba tan acostumbrada á los obsequios y adulaciones de todo el mundo! Ni el apellido del buen señor se sabía... ¡Ni hacía falta! ¡El *tío Claudio!!!* Llamábanle así solamente, sin que ningún nacido se cuidase de otra cosa... ¡Y que no mostraba el viejo mucho orgullo porque le llamasen así! «Era un nombre que no lo había heredado de nadie. Se lo conquistó él solo».

Se halló Matilde bien en la sierra. Al principio, sus discusiones con el *tío Claudio* fueron una distracción; después, una

necesidad. Encontraba en el viejo un atractivo inexplicable; un poco aficionada á indagar el por qué de las cosas, aquella inclinación al *tío Claudio* solamente podía atribuirle á su completa soledad, y á ser el viejo la única persona de su trato desde que llegó á la huerta.—Quería encontrar otra causa, en el parecido, hasta cierto punto, del *tío Claudio* con su *tutor*, á quien ella amaba sinceramente.—Lo que no podía resistir eran las ideas espantosas de radicalismo que el viejo complacía en esparcir á los cuatro vientos con osadía feroz y desdén absoluto á todo cuanto tuviese que ver con privilegios de raza y demás puntos relacionados con divinos orígenes. ¡Vaya un tonito agrio y ferozmente irónico el del viejo contumaz refiriéndose á tan sagradas cosas!

Menudearon las entrevistas, y el lugar de sus encuentros fué siempre el mismo: la tapia, el viejo en su huerta y la joven asomada á la tapia de la suya. Concluían siempre por tirarse los trastos á la cabeza, asustada la joven de aquel jacobino furioso (así llamaba al viejo), y el viejo indignado contra aquella almita dañada

con el virus de preocupaciones aborrecibles.

Lo que en primer lugar combatió el *tío Claudio*, sin saber el juego singular que al *tutor* hacía, fué aquel *mal retoño* de rancios privilegios—palabras del *tío Claudio*—que la duquesa acababa de reverdecer en el corazón de Matilde. La odiosa muñequita feudal—así la llamaba también el *tío Claudio*—hallábase completamente desahuciada; era un fruto podrido. Matilde oyó los primeros días estas cosas, y retirábase de la tapia, haciéndose cruces, muerta de horror; pero volvía otra vez... para oír lo mismo y retirarse con gran enojo, sin perjuicio de volver de nuevo y volver siempre, para oír la eterna cantinela que tanto la horrorizaba y tanto la atraía.

Concluyó por hallar una diversión en aquellas rociadas tremebundas del viejecito, y alejábase riendo cuando le había hecho rabiar á su gusto. ¡Ah, no se daba cuenta, de este modo, de lo que el *tío Claudio* iba llevando con lentitud, insensiblemente, al parecer, á su corazón; pero fué, en resumen, la última y más portentosa de las *obras* de este maestro!

Eran horrores tan espantosos los que el *tío Claudio* lanzaba algunas veces, que la muchachita echábase á temblar, y se santiguaba con una devoción, para vista y no para que se explique, lo que hacía estallar toda la máquina nerviosa del viejecillo. Entonces había que oírle. Ella reía, poníase á meditar luego á solas, y se acordaba, al fin, riéndose de nuevo, de su intransigente parienta. «A propósito, la tengo que escribir,» pensaba sin apelación en estos momentos; y siempre sin apelación también dejábalo para otro día. No la escribió nunca.

A todo esto, de la vuelta á Madrid no se hablaba. Contra lo que la buena esposa del *tutor* figuróse al principio, la estancia en la huerta iba á prolongarse no poco. Matilde no pensaba en Madrid, ni en sus fiestas, ni en ninguno de los atractivos que allí la podrían llevar.

Se levantaba y hacía su visita al viejo; oía siempre la andanada feroz y ya tenía tema para meditar ó reír, según estuviese su ánimo. Lo repito; había una simpatía misteriosa en el corazón de Matilde para aquel viejo que tan cruelmente la fustigaba. ¿Qué tenía su vecino, para que ella

le considerase y estimase de un modo tan extraordinario, cuando tan poco hacía él para merecerlo? Esta misma pregunta hacía Matilde y concluyó por no estar satisfecha de las razones que se daba para justificar su inclinación misteriosa.

De noche, encerrada en su habitación era cuando solía entregarse á sus melancólicas abstracciones. Cierta sorpresa agradable interrumpió aquella vida anormal y monótona. El marqués se presentó una mañana como llovido del cielo. «Iba á reunirse con su hija porque no podía estar más tiempo separado de ella; quería ver *Marrubiales*, donde no había estado desde el fallecimiento de la marquesa; pensaba hacer allí reformas que habían de encantar á Matilde: iban á vivir allí juntos siempre, si ella deseaba más la tranquila existencia de *Marrubiales*, que el artificio y ajeteo de la Corte». Hablaba alegre, animadísimo; pero Matilde no cayó en el lazo; aquella alegría y animación exageradas diéronla mucho que pensar; todo era fingido, todo era estudiado, para que ella no penetrase algún oculto dolor de su cora-

zón. En efecto, la animación del marqués duró poco; vióse acometido de aquella huraña tristeza, de tal modo, que Matilde concluyó por notarlo. Una honda preocupación, la misma de otros días, más exaltada y cruel ahora, estaba hiriéndole. Sintió Matilde en lo hondo de su sér aquella herida que adivinaba en su padre, y que no le era posible cicatrizar. Le consoló, sin embargo; su naturaleza confiada y noble la hizo alentar, observando que el marqués se reanimaba... que tenía momentos de feliz expansión. Indudablemente *Marrubiales* era una panacea; la compañía de Matilde no ayudó poco á que el buen señor recobrase de vez en cuando la animación de otro tiempo. Al oír hablar á su hija de la vecindad de aquel *tío Claudio* originalísimo, deseó conocerlo. No se visitaron; el marqués tenía muchos humos, y no los tenía menos el *caballero del Limón*... *aquel* hijo de *sus obras*. Matilde encontraba un singular placer en oír las reyertas que exasperaban á los dos viejos; las fomentaba algunas veces; aquéllas distraían á su padre, y era la verdad que el *caballero del Limón* no se encontraba á

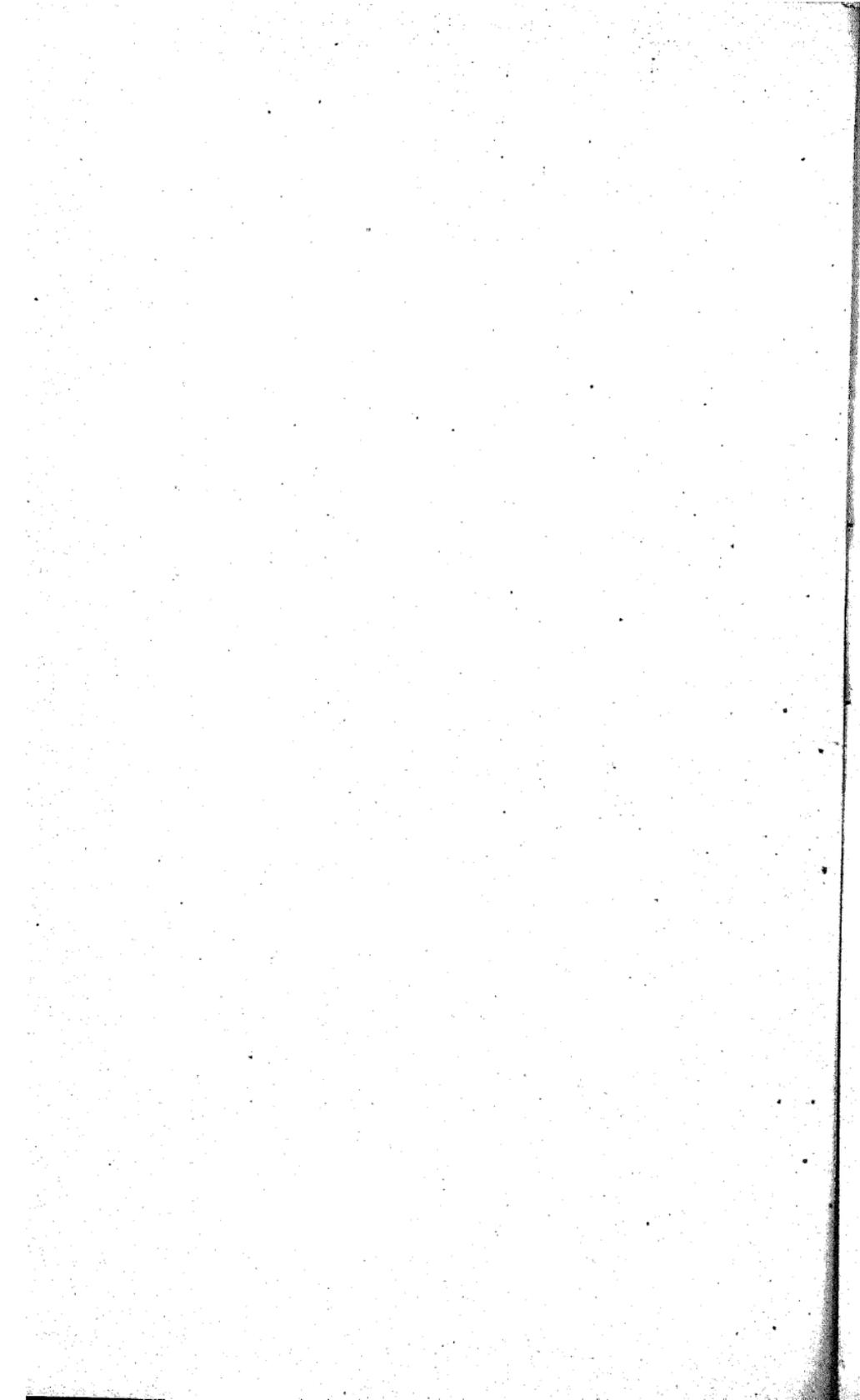
gusto como transcurriesen dos días si-
quiera *sin alboroto*.

Un suceso de que no habían tenido noticia el marqués ni el *tío Claudio* ocurrió una semana antes del día en que los habeis conocido. Matilde, al leer unos periódicos, púsose pálida como un muerto; la buena señora que le había servido de madre algunos años, la esposa del *tutor* estaba á su lado; vió que desfallecía y corrió á ella. Matilde la abrazó para no caer, y así, abrazadas, permanecieron un momento. Después la acometió una crisis nerviosa; salió de ella llorando mucho... Después nada; guardó los periódicos cuidadosamente, y siguió en su vida de la sierra tan monótona al parecer, con el aliciente único de sus polémicas con el *inaguantable* vecino.

Desde el día de los periódicos y la crisis misteriosa, pareció buscar Matilde con más insistencia el trato del vecino, como si quisiese olvidar de este modo algo secreto y anormal que la agitara. Hacíale rabiarse, mareábale, aturdiábale, concluyendo por conseguir que el pobre *tío Claudio* diese el estallido.

El viejo no estuvo nunca en *Marrubiales*, ya lo dije; no la había visitado; era lógico que Matilde no fuese tampoco al *Limón*. Pero aquella misma tarde se había propuesto Matilde *estrechar* las distancias, valiéndose de todos los medios que su imaginación le sugiriera. Ya visteis que lo consiguió. Yo también conseguí, con mucho trabajo, dar todos esos detalles que creía precisos. Perdóname, lector, si no fui más breve. No pude. No supe.





X.

Nunca, hasta entonces, había visto el *tío Claudio* á su sensible enemigo tan cerca; le examinó con curiosidad y pronto aquella curiosidad convirtiése en admiración; nada más gracioso y señoril que aquella damita blanca y risueña, de ojos negros, dulcísimos, acariciadores y serena frente. Observábase tanta nobleza y majestad en su cuerpo de niña, tanto candor y dulzura en su boca perfecta, de sonrisa ideal, que el *tío Claudio* sin dar á entender sus impresiones en un gesto ni en una mirada, sintióse bien junto á ella. Ella mirábale tranquila y feliz, como si aquel paso dado para obtener la intimidad del viejo lo considerara cual una grande aspiración que se realiza.

Aunque no se lo demostrasen el uno al

otro, ella por su orgullillo de hembra linajuda y él por su soberbia de plebeyo, que es la más terrible soberbia que se conoce, cuando se trata de un plebeyo encumbrado por *sus obras*, establecióse entre los dos una atracción inexplicable, esa afinidad que une con frecuencia las almas de los viejos y de los niños.

El gestillo irónico, imperceptible casi, de la marquesita, apareció nuevamente, al decir al *tío Claudio*, con su voz de timbre delicioso:

—Accedí á su atenta invitación... y aquí me tiene usted.

—¡Gracias... señora marquesa! ¡Aquí, siéntese usted aquí!—y el viejo la llevó hasta un banco que había á la sombra de unas acacias; el sitio era delicioso, una brisa juguetona parecía salir como soplo fresco de las verdes enredaderas de campanillas blancas y azules y de los frondosos árboles; el agua caía en el pequeño pilar de mármol de la fuente, bulliciosa como nunca, destrenzando al caer sus cordones de cristales, como de regocijo de contemplar á Matilde,—aquella flor delicada de estufa,—y desbordándose del pi-

lar, deslizábase por la canalilla del apisonado arrecife, como ancho festón de plata con que se ornamentara el suelo.

—No dirá usted que me hice rogar... — dijo ella, echándose á reír.

Pero no se sentó. No acabó de expresar tampoco su pensamiento; quedóse como suspensa al ver en aquel instante, entre un macizo de claveles, unas cuantas matas tronchadas, y añadió, con un airecillo impertinente de burla, pero tan suave, tan sutil, que el *tío Claudio* que las cogía al vuelo, como suele decirse, quedó dudoso.

—¡Ah! ¿Aquellas matas tronchadas son las de los claveles que le han quitado á usted?

—Aquéllas, sí,—repitió el viejo con los ojillos chispeantes, conteniéndose á duras penas.—¡Tres! ¡Tres noches seguidas!

—¡Jesús..., que lástima!... ¡Pero mire usted que es atrevimiento!

—¡No, atrevimiento no; robo! ¡Un robo indigno!—Al pobre *tío Claudio* le faltaba poco para estallar.

Y la terrible niña, disimulando su malicioso juego, con una capa de candor

y de inocencia, añadió en tono admirativo:

—¡Le parece á usted!

«¡Estará burlándose!» pensó el viejo con ganas de disparar de repente y de una vez todas sus baterías.

Pero Dios tuvo piedad de Matilde inspirándola el buen pensamiento de mudar enseguida de conversación.

—¡Ay, qué violetas!..., ¡qué cosa tan linda!,—dijo de pronto, verdaderamente admirada, fijándose en un macizo de violetas que había junto al plantel de claveles.

—No tanto como los tulipanes de usted... ¡Esas, esas sí que son flores!,—contestó el viejo suspirando,—¡yo no las tengo así!

—Son muy hermosos; pero ¿qué hace usted?

El *tío Claudio* habíase aproximado á las violetas, é inclinándose, cogía algunas, mientras hablaba.

—¡Violetas!,—añadió, contestando indirectamente á la pregunta de Matilde;—símbolo de la modestia, de la ternura y de la seriedad.—Había hecho un disminu-

to *bouquet*, y se aproximaba á Matilde,—yo me complazco en ofrecer á usted estas humildísimas flores... Acójalas usted, aunque sea un viejo quien se las ofrece... y aunque el orgullo, la dureza de corazón y la frivolidad... de usted, contrasten con tan delicado símbolo.

«¡Anda, pensó el viejo, por si era burla!»

Matilde había escuchado sonriente hasta donde el lector puede suponer; pero cuando el viejo disparó su cañonazo á quema ropa, dió un salto, como si la tierra fuese á estallar, y exclamó enojadísima:

—¡Pues me ha puesto usted de oro! ¡Y cuando menos lo creía!

Y con una sal y un desparpajo propios de andaluz, ingerto en madrileño, añadió seguidamente:

—¡Hijo..., pero usted las da traperas!

Y el *tío Claudio* repuso con una risita de garduño, relamiéndose:

—Quien quiera honra que la gane.—Y le alargaba el ramo.

—¡Dígol, ¿le parece á usted? ¡*Tío Claudio*, que me voy á enfadar! ¡*Tío Clau-*

dia, que va á haber aquí una muy sonada!

Y el *tío Claudio* seguía con el brazo extendido y las violetas en la mano... Ella le miró un instante, y añadió riendo francamente:

—Y sin embargo, para que vea usted: tomo sus flores... Con tanto reñir, es la verdad que he concluido por tener á usted afecto.

—Y no es eso lo peor,—murmuró el viejecillo aparte, ya desarmado,—sino que á mí me pasa lo mismo.

Matilde, aspirando distraidamente el perfume de las violetas, quedó como absorta en un pensamiento melancólico; fué un minuto en que pareció olvidarse de cuanto la rodeaba; inconscientemente, sin pensar que había próximos, muy próximos, dos ojillos astutos debajo de unas enormes cejas grises espiándola atentos, imperceptible casi dejó escapar un suspiro.

—¿Suspiritos ahora?,—preguntó el *tío Claudio* con su feroz risilla.

Recobró ella su jovialidad de costumbre y repuso en tonillo de queja:

—¡Lo raro es que no haya dicho usted ya que solo suspiran los pobrecitos plebeyos!

—Lo iba á decir.

—Pero entonces, ¿usted cree que yo soy un alma estóica?, ¿una inteligencia nula?, ¿un sér inútil? ¡Ay, viejecito mío, qué equivocado está usted!

Y el tono de Matilde se hizo lamentoso y desconsolado, con un mimo y una pedantería adorables.

—Usted mismo va á juzgar. ¡Ea!, le voy á contar á usted minuto por minuto mi vida de Madrid.

—¡Vaya, vamos á ver!... Porque la vida de usted en Madrid será cosa interesante de verdad.

Y el viejo deslizaba aquella risita que hubiese desconcertado á otra que no fuera la damita de Nervión.

—Despierto á las siete.

—¡Hombre, buen principio!

El viejo la contempló admirado. Efectivamente, para él era cosa de admirarse. ¡Un aristócrata despertando á las siete de la mañana!

Ella prosiguió en tonillo doctoral, que

contrastaba con su personita delicada y juvenil:

—Llamo, me traen el desayuno, lo tomo en la cama..., y para digerir bien el desayuno otro sueñecillo hasta las diez...

El viejo la miró compungido. «¡Y él que había empezado á elogiarla!»

Matilde seguía hablando:

—A las diez no despertaba nunca; era cuidado de su doncella el hacerla despertar. Perfectamente: levantábase á las diez. ¿Qué menos de una hora para la *toilette*? A las once, á misa á las Calatravas... A la misa era imposible faltar: ¿qué hubieran dicho los buenos padres de las Calatravas? A las doce, de vuelta, en casita... Otra vez á la *toilette*... Estaba en su tocador hasta las trece...

—¡Hasta las trece!,—repitió el viejo admirado.

—La una, hombre, la una; pero ¡qué atrasadísimo se vive en estos montes!

—¡Ah! ¿Pero usted también trastocó sus horas?,—exclamó el viejo impasible.

—¡Parece mentira!. . ¡Usted que nunca se sale de su esfera!

Matilde se echó á reir. ¡Vaya con el viejecito, si era malo!

—Verá usted; á las trece, el almuerzo; después, lectura de alguna novela..., de algún periódico de modas... Un poco de piano... No sabe usted lo insensiblemente que llegan las catorce. A las catorce y media, poco más ó menos, al tocador otra vez... A vestirme... pero sin correr mucho... El coche está esperándome... Alguna visitita..., algo de paseo, un ratito de sermón en la iglesia donde predique el fraile de moda. ¡Curas no, nada de eso!... Pero la misa por la mañana y el sermón por la tarde, si lo hay, lo que es eso no ha de faltar... ¡Lo primero es cumplir con nuestros deberes religiosos!

—¡Oh, sí!,—declamó el *tío Claudio*, admiradísimo.—Pero ¡qué religiosidad tan digna de ejemplo la de algunas damitas españolas!

—¡Qué algunas, *tío Claudio!*,—repuso la marquesa con perfecto candor, como si no hubiese comprendido;—¡todas absolutamente!

El viejo mirábala con la boca abierta.

Prosiguió Matilde con aquel aire cán-

dido que tan inquieto ponía á su enemigo:

—Con esto, llega la hora de la comida; después de la comida, los teatros, las reuniones, según.., morder allí á todo bicho viviente... A casita luego... A la cama... ya tarde, muy tarde... En fin. ¿Y qué más? Dígame usted si una existencia puede estar más ocupada.

El pobre *tío Claudio* quedó mudo, absorto, como si esperase oír algo todavía. Pero como ella quedó también silenciosa, mirándole, exclamó sarcásticamente:

—Bien, me parece muy bien. ¿Y eso es todo?

—¿Pues qué más quiere usted?—preguntó la marquesa sorprendida.

Y el viejecillo contestó airadamente:

—¡El argumento! ¡Eso es lo que ignoro!
¡El argumento, que no ha salido todavía!

Se echó á reír la joven, y el viejo añadió amargamente:

—¡Es verdad!, ¡qué voy á pedir! Las señoras del gran mundo no tienen argumento; si lo tuvieran, algo más valdríamos los de arriba y los de abajo; en esta sociedad no es el hombre el que forma á

la mujer; es la mujer la que forma al hombre. La mujer, con mucho corazón quizás, pero sin inteligencia generalmente, equivoca su destino.., y vuelvo á lo de antes: la superstición, la ignorancia, son su rémora; con la mejor buena fe se abandonan á exterioridades deslumbradoras que las cautivan; y este abandono de sus nobles facultades de pensar y de sentir, se refleja en todo lo que á su alrededor vive; en el hogar, en el esposo, en los hijos. Con la doble impulsión de su idea errónea—porque todo error es apasionado—y de su influjo indiscutible de mujer, de esposa y de madre, esta influencia, pesando primero sobre la familia, imprime después su sello en la sociedad. Viéndose todo desde un punto equivocado, la nación marcha arrastrándose sobre su pecho, como si sobre ella hubiese caído la maldición que Dios lanzó á la serpiente tentadora...

El *tío Claudio* interrumpióse de pronto para pensar en su mujer; sus ojos llenáronse de lágrimas, que no pudo ni quiso ocultar. Pensó en su hijo, aquel joven dueño de la vida, por su gran ciencia, y

la despreocupación que su madre le supo infundir de todo lo que no fuese la idea de Dios de verdad... ¡de Dios y el trabajo!, y dijo tristemente, para concluir:

—¡Oh, sabios!... ¡Oh, pensadores del mundo! Bueno es, si queréis regenerarnos, que hagáis todo lo que á vuestros grandes talentos les sugiera para conseguirlo; pero haced una cosa ante todo: educad, seguid que se eduque á la mujer.



XI.

Matilde no pareció haberle oído; olía, como absorta, las violetas. Sin ser un gran observador, notábase al instante cuán lejos estaba entonces de allí su pensamiento. El *tío Claudio* sorprendióse de no haber oído la contestación pronta, rebatiendo aquellas que, sin duda, la muñequita feudal consideraba como herejías. Quedó mirándola un instante, y cambiando de idea, preguntó súbitamente:

—¿Por qué no se casa usted?

Matilde, á esta pregunta intempestiva, se puso encarnada hasta el blanco de los ojos y miró al viejo con cierta vacilación.

—*Tío Claudio*, que se quemá usted,—dijo después riéndose.—Que va usted á dar con mi secreto antes que yo se lo revele.

—¡Ah, con que aquel secretito!... ¡Vaya, hombre, vaya!

—¡Ah, *tío Claudio*, si usted supiera!

Y Matilde clavó en él sus ojos hermosísimos, acariciadores, tímidos, llenos de encanto y luz, nuncios de la fuerza física y moral de aquella vida.

—¿Qué voy á saber yo?, —preguntó el viejo con cierta alarma, pensando otra vez en cosas estupendas...

Ella pareció sumergirse en su absorción anterior. Miró vagamente á todas partes, como buscando con los ojos alguna cosa que el alma ambicionara, y dijo bajo, muy bajito, sin mirar al viejo y aspirando dulcemente sus violetas:

—¡Ay, *tío Claudio* de mi corazón!... ¿Querrá usted creer que si no me caso es porque no me quieren?

«¡Eso, sí—iba á decir el *tío Claudio*.— A usted no la querrá nadie por burlona y páfida; porque vive usted de añejas tradiciones en este principio de siglo de trabajo y de luz, en que los ojos y el corazón siempre miran hacia adelante.» Pero la miró cuando iba á decir todo esto, la miró... y díjose á sí mismo: «No, la ver-

dad es que será un pillo ese que no la quiere.»

—Al salir de la iglesia una tarde, con los ojos muy bajos..., advertí que me miraba. Aquella tarde le ví por vez primera. ¡Qué gallardo!, ¡qué apuesto! Le ví después otras veces; hablamos... ¡Oh, estoy segura! Mi corazón no se equivoca, ¡era un alma leal! Con una ilustración vastísima. ¡Con una distinción que sólo puede observarse en ciertas razas, por más que usted lo dude, viejecito mío! ¡Qué amenidad en su trato! ¡Qué pensamientos! ¡Qué alteza de miras! ¡Oh, sí..., no lo dude: quedó bien prendida en la red la muñequita feudal, *tío Claudio!*

Matilde hablaba lentamente, como absorta en un pensamiento penoso, mezcla de dolor y ternura; no miraba al *tío Claudio*: olía las violetas ó jugueteaba con ellas entre sus dedos; los ojos, húmedos entonces de emoción, se fijaban, sin ver, en la temblorosa trenza de cristales del arroyo que corría con ruidillos sutiles...

—Estas florecitas traen á mi imaginación sus últimas palabras..., también me dió un manojito de violelas... No—añadió

de pronto con su graciosa coquetería de niña,—pero no me dijo al dárme las lo que usted me dijo dándome éstas, viejecito malo... Verá usted. Parece que estoy oyéndole.

El tono de Matilde tomó una inflexión dulce de vaguedad y melancolía, como imitando el de la persona á quien estaba refiriéndose.

—«Matilde: una gran empresa me obliga á marchar; se juega mi porvenir en ella... Más que eso; se juega mi honra..., y tengo que alejarme de usted... en el preciso momento en que sus ojos me dicen que no parta...»—Y era verdad—añadió ella en un tonillo, mitad cómico, mitad serio, sin poder ocultar la gran emoción de su alma en aquel instante.—Era verdad que yo le decía aquello con los ojos... ¿Ha visto usted?...

—¿Dice usted que una empresa?—preguntó el tío *Claudio* con interés, á su pesar, porque se había propuesto hacer el desdén cuando llegase la hora del secreto.

—¡Colosal! Por los periódicos lo supe hace una semana; que lo que es él, si te

ví no me acuerdo. Ni me dió explicación ninguna, ni me ha escrito... Yo sólo sé que al darme las violetas y al decirme lo que usted ya sabe, acababa de tocar un vals que me había vuelto loca. ¡El vals de la vida! Sus palabras, el tono en que las pronunció, hicieron lo restante... Aquel vals y aquellas sencillas violetas decidieron mi suerte, *tío Claudio*.

Y la pobre muñequita feudal, se echó á reír con los ojos llenos de lágrimas.

Recogióse en sí, de pronto, como turbada. Tal vez se le ocurrió pensar en lo importuno de aquella relación al viejo... Quedó mirándole, temerosa, inquieta. Una burla hubiera sido entonces para ella peor que la muerte..

Pero ¿por qué hizo aquella revelación á un hombre que tal vez no la sabría comprender? He ahí una pregunta á la cual el autor no sabe contestar; le queda el consuelo de que Matilde no hubiera sabido contestar tampoco.

—Siga usted... ¿Qué más?,—preguntó vivamente el *tío Claudio*.

—¡Cómo!,—exclamó ella admirada.—
¿No me riñe usted? ¿No halla usted en lo

que le he dicho asunto para una reprensión grave?...

—¿Quién piensa en eso? Pero siga usted, ¿qué más? ¿Qué clase de empresa era la de ese genio... nunca visto?,—repitió el viejo ardientemente.

—Empresa de minas..., pero una cosa monumental, atroz. Dicen que hay allí tesoros inconcebibles.. ¡Y en cobre! Figúrese usted... ¡En calderilla! ¡Para que vea usted el valor que tienen algunas cosas!

¡Pobre Matilde! Quería en vano dar á sus palabras en aquel momento su expresión jovial de costumbre; pero del fondo de su corazón subían á sus ojos destellos de pasión y lágrimas, mal velado todo con su frivolidad aparente. Siguió así, con gran entusiasmo:

—Ha hecho enloquecer á medio mundo con las dichosas minas. ¡Un triunfo! ¡Un delirio! Pero ¿ha visto usted? Un hombre..., un solo hombre, con su inteligencia soberana..., con su voluntad poderosa, hacer que surjan de una tierra mezquina, estéril, fuentes inagotables de riqueza. Porque descubrirlas,—añadió, chispeantes los ojos de entusiasmo y alegría,—es lo

mismo que hacerlas brotar, ¿no es cierto, tío Claudio?

—Sí, cierto,—repitió el viejo anhelante.—Gracias á Dios que pensamos una vez del mismo modo...

Pero Matilde no le escuchaba, no le veía, en el paroxismo de su felicidad. Seguía hablando, como si el viejo no hubiese dicho una palabra...

—¡Luchar contra todo! ¡Vencer obstáculos que aterrarian al más batallador!... ¡Y sobreponerse! ¡Y subir! ¡Subir á la cumbre!

—¡Eso, eso!,—gritó el viejecillo, con frenética alegría.—Subir á la cumbre, tremolando su bandera! ¡La bandera de los hombres libres! Porque esos triunfos los arranca sólo quien lucha desde niño; quien cultiva su entendimiento sin vanidades ni preocupaciones. ¡Libre el corazón! ¡Libre la voluntad!... Pero ¿qué está usted haciendo? ¿Se ha vuelto usted loca,—exclamó el tío Claudio interrumpiendo su discurso y quedándose con la boca abierta.

Fué una transición tan rápida la de la ardiente peroración del viejo y su pregunta á la muñequita feudal, que hubiera he-

cho reir con toda el alma al hombre más hurraño.

Lo que hacía la marquesita era una cosa muy usual en ella; la aprendió en el convento con otras muchas cosas *utilísimas*, y no había podido ni querido desechar tan sana costumbre.

Era esta costumbre la de santiguarse siempre que leía ó se pronunciaba al lado suyo la palabra *libertad* y aun cualquiera de sus derivadas. Figuraos el efecto que produjo en el *tío Claudio* verla santiguarse con gran devoción cuantas veces sus labios pecadores deslizaron la dichosa palabra y cuando vió que la boquita de flor movíase para decir á cada signo de la cruz con ligera modulación nada más, pero que el viejo lo entendía como si lo lanzaran con todos sus más horribles sonos las trompetas del Apocalipsis: «¡Pecado! ¡Pecado!»

Se apagó de pronto la hoguera entusiástica del caballero del *Limón*. Quedó frío, suspenso. Matilde respondió á su pregunta con gran reposo:

—¡Dice usted unas cosas! ¿Qué tiene que ver *eso* de *libres*... ni de *libertad*—y se santiguó dos veces la muy taimada, y

dijo dos veces más «¡Pecado! ¡Pecado!», muy contrita—con lo que yo estaba hablando del triunfo del... minero?

Y después, exaltándose:

—*¡Tío Claudio*, va usted derecho á los profundos!

—*¡Señora Marquesal*,—gritó el *tío Claudio* con un arranque feroz.—*¡Es usted insufrible! ¡Usted lo pase bien!*

Volvió la espalda y alejóse sin hablar más.

—*¿Pero me deja usted así, tío Claudio? ¿Así... y en su misma casa?*,—exclamó Matilde consternadamente.—*¡Tío Claudio, tío Claudio!*

Y el *tío Claudio* gritaba, sin dejar de andar y sin volver el rostro:

—*¡No quiero conversaciones con cabezas hueras!*

¡Se iba..., se iba de verdad! Matilde gritó entonces en tono mimoso de diablillo juguetón:

—*¡Venga usted, tío Claudio!... ¡Venga usted...*, que ya no lo haré más!

¡Y el viejo se iba... se iba!... Y Matilde añadió de veras, como con ganas de llorar:

—¡Tío Claudio!... ¡Pues ya no le diré lo más importante de mi secreto!

—Ni falta,—gritó el viejecillo, inquebrantable ahora como nunca.—¡Con lo que ha dicho usted... y ha hecho, tengo suficiente!...

Pero ¿qué dijo entonces Matilde? ¿Qué palabras fueron aquellas y qué modulaciones dió á sus palabras, que hizo volver el rostro al viejo, que le hizo detenerse después, que le hizo retroceder al fin, admirado ahora de verdad, conmovido, abortado? Sí, estaba seguro. ¿No era aquello el alma de Matilde, desbordándose de sus ojos en lágrimas divinas y de su boca en frases como gritos ahogados de amor, de fe y ternura? ¿Arrullos dolorosos de ave-cilla solitaria, quejas suaves de corza moribunda que espira sin tener á su lado al amante fiel que bese sus heridas?...

—¡No, no, tío Claudio! ¡Ya no le diré mi secreto! ¡Ya no le digo que si me pone usted á soñar algunas veces, es porque usted, sin pensarlo, sin quererlo, trae á mi corazón la memoria de aquel hombre genial y fuerte! ¡Que le oigo hablar á usted, aunque sea con su tono gruñón y ca-

vernosos, y me acuerdo de su voz! ¡Que he venido aquí, á mi huerta de la sierra de Córdoba, donde nadie me viera, donde á nadie viera yo, para que nada ni nadie me conturbe ni pueda substraerme de su recuerdo..., á vivir á solas con su imagen y con sus promesas, que no viene á cumplir... Y para olvidarle, si me es posible... —Olvidarle ya, puesto que él me olvida,— y es aquí cuando con más insistencia le recuerdo. ¡Que quiero olvidar..., olvidar siempre, hablando con usted, única persona con quien hablo, aparte de mi padre y la buena mujer que me acompaña desde que estoy en la sierra, y es precisamente cuando menos olvido! ¡Que deseé venir aquí, á su misma casa, por distraerme tal vez de los pensamientos que me torturan, y es aquí donde más me combate el misterioso enemigo! ¡Aquí, donde me parece que le tengo más cerca!... Como si esta casa... y este jardín... y esos ojos de usted, que me miran burlones y maliciosos..., y hasta las matas tronchadas de sus claveles... y hasta las violetas que me dió usted... (¡y usted, siempre! ¡Usted, antes!... ¡Usted, cuando me las daba!... ¡Usted, ahora),

contribuyesen más á la tortura de mi ánimo... y á que no olvidel... ¡A que recuerdel ¡A que recuerde más!... ¿Crée usted que los pobres..., los desgraciados, son los que lloran de veras?... ¿Y yo?... ¿No soy yo desgraciada?... ¡Sin madre!... ¡Sola siempre!... ¡Tan solita en el mundo!... ¡Ya ve usted... ya vé usted cómo también lloro! ¡Ya ve usted cómo no oculto mis lágrimas! ¡Ya ve usted cómo no soy tan dura ni tan frívola!

Su voz extinguiáse; lloraba, lloraba ahogadamente... Tenía los brazos extendidos... El viejo llegó hasta ella, la cogió en los suyos y sólo dijo, porque las lágrimas impedíanle hablar también:

—¡Pobre!... ¡Pobre!... ¡Y yo que la creía sin corazón!...



XII.

¡Oh, cuán lejos estaba el *tío Claudio* de las complicaciones que llevaría á su hogar la dichosa damita de *Marrubiales*! ¿Qué era aquello? Porque era imposible la duda. Aquel á quien Matilde se refería..., aquel á quien amaba, era su hijo... ¡Su Alfonso, su gran hombre! Y el orgullo y la emoción le volvían loco. Se había hecho amar de Matilde, de aquella marquesita preciosa, de aquel diablo sin igual, superior á todos los ángeles... ¡Ah, no le pareció entonces Matilde la marquesilla insubstancial y frívola! La muñequita feudal desapareció un instante de sus ojos, para ver en ella solamente una dulce niña enamorada y amante, que había dejado su existencia de fausto deslumbrador en el gran mundo, donde era la más adorada

y la más envidiada, para vivir con su recuerdo, adorando la imagen de aquel Alfonso—de aquel hijo, que era su orgullo, —adorándola en su corazón, guardándola, conservándola allí como una luz bendita y perenne. El viejo se explicaba la grandeza de aquel corazón de Matilde, quizás mejor que ella misma. Explicábase lo mismo aquella inclinación de Matilde hacia él, por una secreta afinidad cuyo lazo era el amor de su hijo. ¡La sangre, el alma, el pensamiento del uno, que era el del otro!...

«Sí, sí, pensaba el *tío Claudio*. ¿Acaso mi hijo y yo no somos un mismo sér, una vida misma?...»

Llevó á Matilde al banco rústico donde antes estuvo sentada; la colocó suavemente, y mientras, otros pensamientos asaltáronle de pronto. «¿Sería de verdad su hijo el hombre á quien la marquesita amaba?» ¿Lo creeréis? Y al pensamiento de que no fuera su hijo, poníase ya de un humor negro. «Bien; ¿y si era su hijo, efectivamente, y él no correspondía á este amor, como la muñequita feudal necesitaba y era justo? Nuevas zozobras é

inquietudes del *tío Claudio*. Y todo esto se le borraba de la imaginación para preguntarse: «Y si se unen, ¿serán felices?»

Ella enjugábase el llanto silenciosamente, con la cabeza baja, como si no se atreviera á arrostrar después de su confesión la presencia del *tío Claudio*. Pero hubo un momento en que alzó los ojos, velados aún de lágrimas; las dos miradas encontráronse, y Matilde exclamó entonces, queriendo reír como de costumbre:

—¡*Tío Claudio!*..., ¿ha visto usted?

Pero lo que al *tío Claudio* le removi6 de veras las entrañas, en una conmoción terrible, fué el tono con que añadió la muñequita feudal, sonriéndose melancólicamente:

—¡*Tío Claudio*, qué cosa más buena será tener madre!

Se contuvo, limitándose á decir en un tonillo de gravedad cómica, que logró reanimar á la joven:

—¡Con que tan solita!...

—¡Tan solita!... Para que usted vea...

Y se echó á reír del rostro que presentaba el viejo. Pero no era hombre el *tío Claudio* á quien duraba mucho el senti-

mentalismo, lo que se comprende en un sugeto tan práctico de la vida. Bien pronto empezó el nuevo trabajo de exploración á que quería entregarse en el alma de la muñequita feudal. Arduo se presentaba el negocio .. Eran muchos los puntos adonde aquella exploración tenía que dirigirse.

—Vamos á ver,—preguntó con aire de inocencia,—¿y cómo se llama... ese gran hombre?

—Alfonso.

«¡Vaya una noticia!», pensó el viejo, y dejando ver aquella risilla malvada, preguntó nuevamente:

—¿Y qué más?

¡Aquel sí que fué un trance amargo para Matilde! ¡Y qué más!... Bajando los ojos, como ruborizada por lo vulgar del apellido de su héroe, contestó con modestia:

—¡Jiménez!

Pero no conformándose con aquel estúpido Jiménez, añadió al punto con volubilidad y pedantería extraordinarias:

—Yo no sé, pero debe de ser un Jiménez de Cisneros ó cosa por el estilo... Por

que Jiménez á secas... ¡Ya ve usted..., un hombre de tanto mérito no va á ser un Jimenillo de cualquier clase!

—¡Eal,—gritó el viejo, dado á todos los demonios.—¡Ya salió con sus humos! ¿De modo que ha de ser aristócrata por fuerza? Nada, que no hay medio de corregirla. Pero ¿no le he dicho á usted mil veces que el apellido del hombre toma lustre ó se denigra por sus actos solamente? Mire usted: yo soy el *tío Claudio*; nadie conoce mi apellido—y el *tío Claudio* clavó en Matilde sus ojillos brillantes y escudriñadores—y si conocen mi apellido, no se acuerdan de él... ¿Usted lo oyó en boca de alguien?

Matilde, sonriéndose, movió la cabeza en sentido negativo.

—Pues bien,—añadió el viejo en tono de triunfo,—pregunte usted en la sierra y en Córdoba y en toda la provincia por el *tío Claudio*, mondo y lirondo, y lo que le digan á usted cuando pregunte por mí, eso..., eso precisamente es lo que *ilustra* y lo que honra á *este tío*.

Como Matilde moviera la cabeza de nuevo en ademán de duda, añadió el *tío*

Claudio, resignadamente al parecer, pero siguiendo en su exploración disimulada:

—¿No se convence usted? Bueno; pero es la verdad que usted, como todo el mundo, se conforma con mi nombre histórico «*tío Claudio!*» ¡Pero qué bien sueña!, ¿es verdad? Vamos á ver: ¿á que no ha necesitado usted todavía oír mi apellido para apreciarme un poco... y hasta para quererme también, aunque tanto le haga rabiar?

Matilde se echó á reír.

—*Tío Claudio*,—dijo,—¿va usted á darse importancia ahora?

—¿A que no tuvo usted necesidad de saber mi apellido?,—insistió el viejo imperturbable.—Porque usted no lo conoce, ¿no es así?

Y le clavó en el corazón sus ojillos agudos, ansiosos de la verdad.

—Cierto, *tío Claudio*,—respondió Matilde inocentemente.—No lo pregunté ni hablé con nadie por casualidad que pudiera decírmelo. Esta es la ocasión para que usted me lo diga.

—¿Ni cuando estuvo usted en Córdoba ó en la sierra en otras ocasiones?,—añadió

el viejo taimado insistiendo en su pregunta, como si no hubiese oído á Matilde.

—¿Pero no sabe usted que yo nunca estuve en Córdoba, y que no había estado nunca en la sierra cuando vine?

Así habló la muñequita feudal, y añadió después volviendo inconscientemente á la idea que la esclavizaba:

—Nací en Córdoba; fuí con mis padres á Madrid, chiquita..., muy chiquita. Murió mi madre; se fué mi padre lejos, allá, muy lejos... Muchos..., muchos años... Viví siempre al lado del *tutor*, que es un viejecito como usted, ya se lo dije muchas veces,—como usted de presencia, que lo que es de genio, ya quisiera usted igualársele...—hasta que vino mi padre..., y hasta que conocí... al gran hombre. Entonces, cuando le conocí, fué cuando me acometió el deseo de venirme á mi huerta de la sierra. Se fué... el minero. Yo esperaba..., esperaba siempre noticias suyas... Pero como no supe del dichoso minero por ninguna parte y tenía siempre muchas ganas de llorar, «Adiós, Madrid», dije, se quedó Madrid sin gente y yo me vine .. á honrar la sierra cordobesa.

—¿Y por qué no se casó usted con otro?

—¡Y dale!,—repuso Matilde con impaciencia.—No crea usted..., los pretendientes, así.

Y para expresar bien la multitud de pretendientes, unía y separaba con rapidez las puntas de sus delicados dedos, que semejaron bulliciosos duendecillos de nieve.

—Muchos..., muchos aspirantes, sí... Pero ¿y *el minerito*? ¡Seis meses de esta manera! ¡Ingrato! Esos son los hombres. ¡Ay, viejo de mi vida!,—exclamó de pronto con desolación cómica:—¡No se case usted nunca con ningún minero!

—Vamos, y usted... ¿se casaría?

—¿Que si me casaría?

La muñequita bajó los ojos, y así, con los ojos bajos, añadió, bajo al igual, muy bajito:

—¡No lo sabe usted bien!

Y el viejo decíase, mirándola de reojo: «¡Pero qué guapaaa!... ¡No, y lo que es como partidol!...»

—Vamos á ver,—exclamó el pérfido muy lenta, muy dulcemente:—¿Y si el

gran hombre fuera... así... como yo, vamos, de sangre colorada?...

—¡Qué cosas tiene usted!,—contestó la marquesita.

—Pero... ¿y si lo fuera?

—Yo le digo á usted que no es posible.

—¡Quién sabe!

—¡Que no lo es; yo se lo digo!

—¡Pues lo es, eal,—gritó el viejo coléricamente.

—¿Qué..., qué dice usted?... ¿Usted le cenoece? ¿Usted sabe á quién yo me refería?

Y Matilde le miraba anhelante. De pronto, como si una rápida idea cruzase por su cerebro, añadió abatida:

—¡Pero qué tonta!... ¡El *tío Claudio!*...

—¡Es verdad, no le conozcol,—repuso él, pasando de su cólera á un sentimiento amargo que conmovió á la joven.—Un pobre viejecillo que pasó la vida acarreado mezcla, no va á conocer y tratar á esos señorones de la sangre y del saber.

—No se enoje usted, *tío Claudio*.

Y Matilde sonreía para calmarle.

—¡Yo enojarme? ¡Yo! ¡Si es una verdad!

Diciendo esto el *tío Claudio*, compungidamente, pensaba:

«¿Pero cómo le daría yo una lección que no la olvidase nunca?»

Se acordó entonces de Frasquito; de lo que habló con él. ¡Ah, y lo había olvidado! Con más motivo que antes, resolvió llevar á término lo que se propuso. Pensó que Agustín y Frasquito estarían esperando la señal suya... y á la vez que contestaba á Matilde, sacó el pañuelo indiferentemente.

—¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!,—gritó Agustín al punto.

—¡Ay!,—exclamó el viejo al oírse llamar;—con esta conversación tan tirada... y con *las historias* de usted, no le dije que mi hijo había venido...

—¡Cómo!—Y Matilde le miró sorprendida.—¿Vino ya?

—Llegó cuando usted se retiraba de la tapia..., casi al mismo tiempo. No almorzó siquiera; le hice acostar porque venía muy cansado. Se levantó quizás y me busca.

—¡Ah, me voy entonces, me voy! Pero ¿por qué no me lo advirtió usted, tío Claudio?

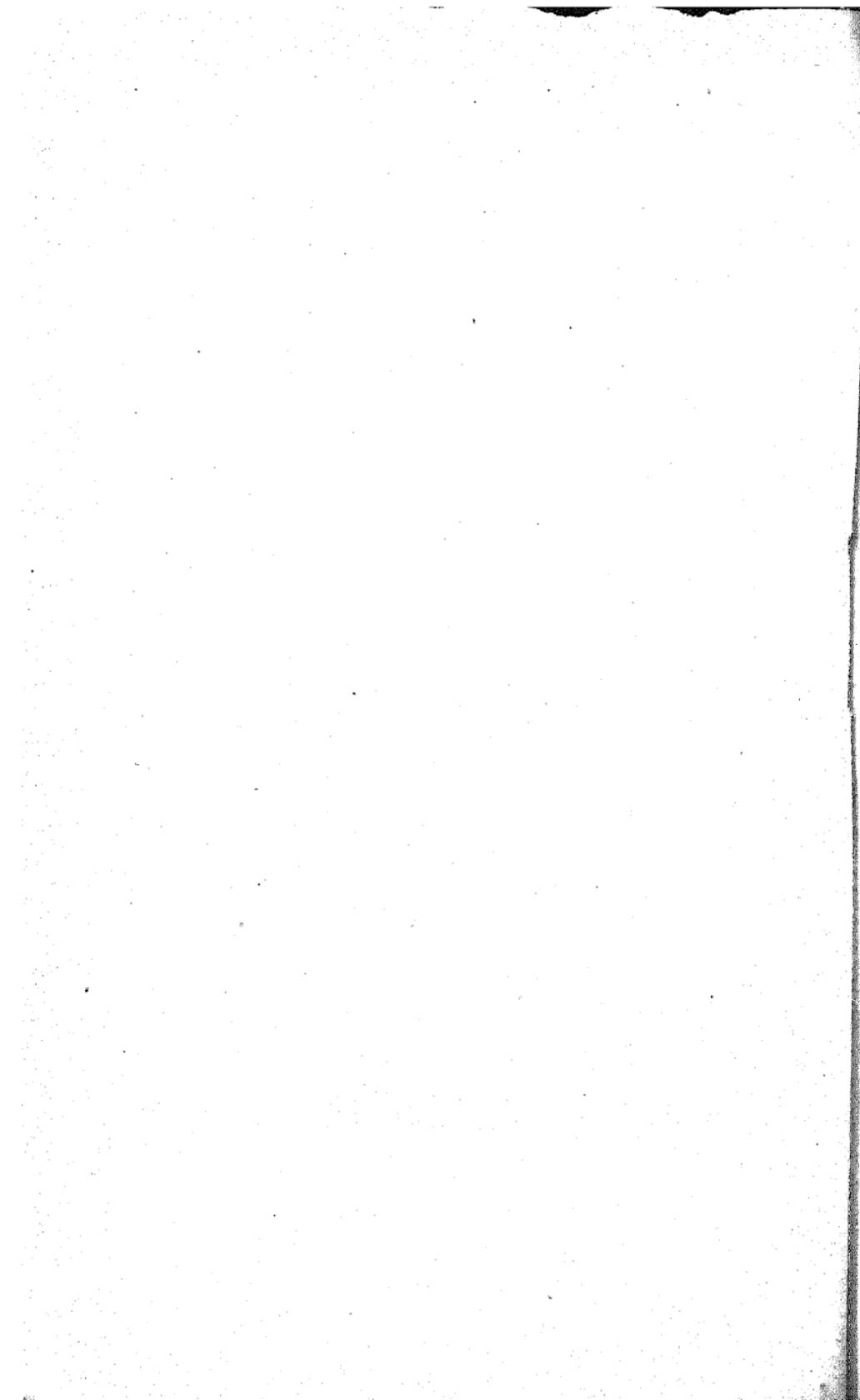
—De ningún modo, no se vaya usted... Volveré al momento... Le hablé de usted...

Dice que la conoce... Quizás anda por ahí y no se atreve á presentarse. ¡Es tan tímido! Vuelvo, vuelvo.

Y se alejó... se alejó, pensando:

«¡Anda, muñequita feudal, anda, que yo te daré humos!»





XIII.

Se alejaba el *tío Claudio*, y Matilde decía, viéndole ir:

«¡Pobre viejo! ¡La verdad es que le tomé cariño sin saber cómo!»

Y cumpliéndose una ley de la vida,—la más humana de todas las leyes, la de la ingratitud,—el *tío Claudio* cometía mientras con la pobre muñequita feudal una horrible traición. ¡Ah, mónstruo, si Matilde lo hubiera sabido!

¡Y que no hubo obstáculos de ninguna clase! ¿Qué será que sólo las acciones honradas presentan inconvenientes en su desarrollo? No, el plan inicuo seguía desarrollándose en la sombra con suavidad siniestra. Apareció *Troncho*!

¡Y qué *Troncho*, cielos piadosísimos! Era un *Troncho*, de pantalón ancho hasta

lo inconcebible, que le llegaba, no obstante *su capacidad*, á los tobillos solamente; de botas negras, de becerro, con muchos respuntes, y corchetes negros también, que iban con el roce poniéndose dorados; botas sin rival, las mismas que *Troncho* usaba los días de fiesta,—que le habían parecido á Agustín las mejores,— chaquet de moda atrasadísima, corto de faldón, corto y estrecho de mangas, de bordes ribeteados con cintas; chaleco de piqué, amarillo, largo, tan largo como la cola de la otra prenda era corta, teniéndose con esto que allá se iban en majestad las dos históricas prendas; corbata roja, que parecía un incendio, sobre la pechera blanca de la camisa, debajo de aquella gran carota negruzca, y sombrero, que no se pudo descubrir jamás cómo había llegado á la huerta del *Limón*. Las grandes manoplas de *Troncho*, saliendo de aquellas mangas—cómo pudieron entrar es otro problema—parecían más grandes aún. El *padrecito*, poseyéndose de su papel de ayuda de cámara, adobó muy singularmente la carota estúpida y grandaza, de labios gordos y dientes enormes, blan-

quísimos, de tal modo, que hacía la cara *pendant* muy notable con la ropa y con el tipo de aquel bruto perfecto.

¡Allí estabal ¿Habeis pensado bien lo que parecería esta figura al lado de la de Matilde?

Ella no le vió; al volverse para seguir con la vista al viejo, había dado la espalda á *Troncho*. Entró él, cautelosamente, y con grandes esfuerzos para no lanzar su espantosa risotada, pensó relamiéndose:

«¡Ahora..., ahora es la mía!»

Tengo que contar la escena que siguió; no hay más remedio; algo daría por poder seguir la dulce costumbre de los noveladores de á cuartillo de real, cuando afirman muy serios, en los trances dificultosos, que no hay pluma para describirlos...

Decir *Troncho* «¡ahora es la mía!» y avanzar hacia Matilde, todo fué uno; pero verla un poco de perfil solamente,—no la había visto hasta entonces, como sabeis,—y quedarse parado como un bruto, más bruto aún de lo que ya era, todo fué uno también; había que verle: altos los hombros, la cabeza hundida entre ellos, los

labios contraídos apretadamente por la admiración y saliendo hacia fuera de un modo horrible; los brazos, como dos listones rectísimos, pegados al cuerpo; las manos abiertas, los dedos tiesos, abiertos también, los ojos salientes, el sombrero hacia atrás, el chaquet flotándole con pérvida coquetería, la corbata echando fuego, y relamiéndose él, en fin, con la descomunal lengua de buey, diciendo muy bajito:

—¡*Mareeeee... qué jeeeeeeembraaaa!!!*

Aproximóse de pronto á Matilde; dándole un empujón con el codo, abrió á la vez la exclusiva de su risa y salió ésta despeñándose y atronando los espacios.

Matilde, asustada, se retiró vivamente. Miró entonces al que se había permitido tan descortés acción, y contuvo con gran trabajo un grito de miedo á la vista de aquel mónstruo. Pudo dominarse y el miedo fué dejando paso á la admiración.

—Señor mío, pero ¿usted quién es?— preguntó con poca seguridad.

Y le miraba de arriba abajo, una vez y otra, sin acabar de comprender que aquello era un hombre.

—¿Que quién soy?,—contestó *Troncho* placentosamente, dejando ver con la sonrisa su dentadura de perro de presa.—
¿Pero *osté* no me lo conoce en la cara?

—No... no tengo el gusto.

Y la pobre *Matilde* no sabía ya qué hacerse.

—*¡Andosté* ya!... *¡Paese* mentira que me *digasté* esas cosa!

Fué á dar otro cariñoso empujón á *Matilde*, pero ella pudo evitarlo, retirándose prontamente.

—Pero ¿de *vera* que no *sabosté* quien yo soy?

—Ya le dije que no, señor mío.

Troncho disparó la ametralladora de su risa, y exclamó entrecortadamente, entre el convulso reír:

—*¡Pos* yo... *Pos* yo soy yo!

—Enhorabuena; quedo enterada.

—Yo... yo soy... *¡Pos* el hijo!

—*¡Ah!*—exclamó *Matilde* de repente:—
¿Usted es el que ha venido? ¿El hijo?

El estupor impedíale hablar, como á *Troncho* se lo impedía la risa.

Matilde, entonces, no pudo resistir; fué una tentación tan loca de reír á su vez la

que le acometió, que hubiera estallado si no se contiene con violencia. Reíase hasta llorar... Lloraba de risa realmente. No había razón ni poder que la contuviese. Iba á concluir, y empezaba de nuevo con más brío. A *Troncho* no le pareció mal esto, y reía doblemente al ver la risa de Matilde. Reía también, reía como un demonio, retorciéndose, descoyuntándose, con las manos en las rodillas unas veces, y en el vientre otras; y á su risa hueca, tonante, cavernosa, acompañada del resoplido de buey, uníase siempre, como dulce compañera, aquella otra risa de Matilde, sonora, de timbre delicioso.

Se sentó ella rendida, pero siguió riendo aún. *Troncho*, calmándose un poco, y viéndola reir con tanto ardor, díjose aparte:

—¡Cómo se ríe! ¡Me *paese* que estoy dando golpe!

«¡Pobre *tío Claudio!*, pensaba Matilde, calmándose también al fin. ¡Tan orgulloso de su hijo!... Pero ¿es posible que el amor paternal ciegue de esa manera? No, añadió mirando á *Troncho* más atentamente. ¡Si es que pasa de la raya!»

«¿Qué estará mirándome?», pensó *Troncho*, mirándose también de arriba abajo, como Matilde lo hacía.

Ella le miraba entonces con un sentimiento de piedad, no por él precisamente, sino por el *tío Claudio*, persona á quien profesaba afecto. «No, en adelante no le daría más bromas con su hijo; era necesario respetar las desdichas ajenas... Porque realmente, un hijo como aquél, ¿no era una desdicha?»

Y entretanto, viéndose objeto de una atención tan profunda, *Troncho*, relamiéndose el hocico, pensaba ufanamente:

«¡Pero cómo me mira! ¡Si siempre me pasa lo propio en cuanto le echo el ojo á una!»

—¿Con que ha venido usted ya?,—exclamó la marquesita afablemente.

—Sí..., sí que vine.

—Perdón, señor... ¿Tuviera usted la bondad de decirme su gracia? Se me olvidó preguntárselo á su señor padre.

—¿Qué gracia?

—Su nombre, quise decir.

—¿Mi nombre? *Pos yo me yamo...*, me *yamo... Pos Troncho.*

—¿*Troncho*? ¡A vermaría purísima!

Matilde no quería reir más. Pero *Troncho* no era de la misma opinión, y soltó por cuarta vez su andanada, pensando al mismo tiempo:

—¡Se está *queando* tonta *na* más que de vermel

—¡Con que dos años de ausencia! ¡Y tantos viajes! Porque habrá usted viajado mucho... Si yo fuera hombre, sería un *tuorista* furioso.

—¿Un *tu...* *qué?*

—*Tourista.*

—¿Qué será eso?—pensó *Troncho* apuradísimo.

—Pero siéntese usted aquí, á mi lado,—añadió ella, invitándole graciosamente.

Fué hasta el banco rústico y tomó asiento, haciéndole sitio al mozo. Él, pensaba, resollando fuerte como nunca, y haciéndosele la boca agua, como suele decirse:

—¡Anda, anda, que me *asiente* á su vera!

Y Matilde, como si adivinase el pensamiento, de *Troncho*, exclamó muy gentil:

—Para que vea usted que le trato sin ceremonia.

Ante cuyas palabras el gran *Troncho* lo pensó confuso: «¡*Na*, que no había más paraje que *isí arguna cosa fina pa queal bien!*» Quiso hacerlo como lo pensaba; quiso hablar, y empezó su discurso en esta forma:

—*Pos... pos... pos.*

Comprendiendo Matilde que no iba á salir nunca el sin par *Troncho* de su interesante *pos* como ella no le ayudase, dijo sencillamente:

—Tiene usted para poseer mi confianza un título muy hermoso: el de la amistad... el cariño que profeso á su señor padre.

—¿Qué padre?—preguntó él cándidamente.

—¡Pero hombre, su padre de usted!

—¡Ah, sí!—Y soltó su gran risa.

—¡Qué atrocidad!,—pensaba Matilde,—no se acuerda de que tiene padre!

Miró á *Troncho*; parecía muy agitado; movíase convulso, resoplando como una fiera.

—Pero ¿qué es eso?—preguntó Matilde, no sabiendo ya si reir ó asustarse.

Troncho contestó ingenuamente:

—*Na*, que estoy *jecho ascua*.

«Válgame Dios, pero ¿qué hombre era aquél?»

—¿Se siente usted mal?—preguntó aún, observando aquella exaltación del hijo del tío *Claudio*.

—*Cá*, no *señora*,—respondió él valerosamente;—es que de *está* tan á la vera... tan á la verita *dosté*, me da un gusto... un gusto, que hasta me *tiembran* las *patas*.

«¡Gran Dios qué requiebro!»

La pobre Matilde no sabía ya lo que decir, ni lo que hacer; tenía miedo de hablar, de levantarse, de irse; por otra parte, sus tentaciones de reir no habían concluído. Miraba ansiosa, con la esperanza de que el tío *Claudio* se presentase.

Troncho, después de sus palabras, quedó muy satisfecho. Decíase con orgullo:

—*La caío... la caío* bien.

—¿Y de dónde viene usted ahora?... ¿De Madrid?—preguntó Matilde, irresoluta, por hablar algo.

—*Cá*, no *señora*, de *Madri* no,—respondió *Troncho*, sujetando la risa con el *jipío* para poder hablar.—Vine... *pos* de *Cabra*... Es *decí*...

Quería decir del extranjero, como le



indicó el *tío Claudio*, pero no acordándose de aquella palabra, quedó pensativo, con un dedo en la boca, sin ocuparse de Matilde.

«¿Pero de dónde..., de dónde me dijo que dijera?»

—¿Y qué hacía usted en Cabra?

«Hombre,—pensó *Troncho* un poquito amostazado;—¡que *to* el mundo ha de *queré* enterarse de lo que yo hacía en Cabra!»

—Recuerdo que en Cabra hay un buen instituto. Estudiaba usted, ¿es verdad?

—¿Yo? No, *señora*; yo no hacía eso; yo... *poz* sembraba nabos... Y coles... Y *to* lo que caía... Y tiraba de la noria.

Matilde no pudo contenerse y exclamó muy afable:

—Pues siga usted tirando, señor mío... ¡Qué hombre tan original!—añadió, disponiéndose á salir.—En mi vida ví otra cosa.

Hizo una inclinación pronunciadísima, como si se hallase en un besamano... y *Troncho* quedó mirándola suspenso.

Salía ya Matilde, é interponiéndose él, de repente, exclamó confundido:

—Pero ¿se *vasté á dí*?

—A no ser que usted me detenga,—contestó Matilde con una graciosa sonrisa;—

pero le creo á usted bastante amable para no hacerlo... Ya tendrá usted la bondad de despedirme de su señor padre.

Dió un paso; pero *Troncho*, sin entender *aquel galimatías*, cerrándole el paso dijo consternadamente:

—Pero ¿se *vasté á di* de *verdá* ahora que iba yo á *decile asté* una cosa tan *güena*?

—¿Que va usted á decirme una cosa buena?,—repitió ella sorprendida.

—¿A que se la digo *asté*?

Soltó su gran risa, y riéndose añadió, meciendo los brazos cadenciosamente:

—¡Que se lo digo *asté*! ¡A la una!... ¡A las *dó*!

«¡Pero qué hombre!, pensaba Matilde hecha un mar de conjeturas. ¿Y de qué me conocería á mí *esto*?»

—¿Pero no *ma* entendió *osté* *toavía*?—preguntó *Troncho* de repente llevándose las manos al corazón y mirándola con horribrosos visajes.

«¡Dios mío!... ¿estará loco?—decíase Matilde.—¡Y no me deja salir!... ¡Y el *tío Claudio*, que no viene!»

Troncho había entrado en situación, y caminaba muy á gusto en su machito.

Quería hablar pero se ruborizaba como si fuese de veras.

—*Mirosté*, lo que es yo...

Tomó resuello, acordándose de pronto de la propina que le ofreció el *tío Claudio*, y se lanzó con esta declaración á quemarropa, de carretilla; en tonillo de ciego de romance:

—En fin, *po ayá* voy: *dende* que la vi *asté*, siento una cosa que me *jase cosquiya* y que me trae medio muerto. *¿Osté quié casase* conmigo? Yo voy con *güen fin*.

—¡Insolente!, —gritó Matilde encendida de cólera. — ¡Déjeme usted pasar!

—¡*Ay co nesta!*, —dijo Troncho muy picado. — ¿Es que no *ma salió* bien? *Po lo jaré é* nuevo.

—¡Quítese usted de mi vista!

—¡*Andosté*, *so escastá!*

Iba á ampujarla galantemente al decir esto, pero ella se retiró de un salto como si fuera á tocarla un bicho inmundo.

—¡Esto es bochornoso! —Gritó con lágrimas de rabia: — ¡*Tío Claudio!* ¡*Tío Claudio!*

Seguía Troncho, con sus amantes y fieles protestas, sin dejarla salir. Quizá el

desdichado se excediera un poco, porque Matilde gritó de nuevo angustiosamente:

—¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

El viejo pérfido presenciaba la escena escondido detrás de unos ramajes. Hizo apurar á Matilde la copa todo cuanto pudo. Pero creyendo, con razón, que era peligroso dejar al admirable Frasquito en su papel de Adonis, acudió apresuradamente á los últimos gritos de Matilde.

—¿Qué es eso?—preguntó pacíficamente.

Hizo como que veía á *Troncho* y añadió muy satisfecho:

—¡Hola..., conque estabas aquí! ¡Hombre, apenas si te hemos buscado!

Matilde exclamó entonces, hermosísima de soberbia:

—¡Tío Claudio, tiene usted un hijo que le honra extraordinariamente! Con razón está usted orgulloso.

—¡Ha visto usted!—contestó el viejo muy ufano fingiendo no comprender el tono en que ella le hablaba.

—¡Páselo usted bien!—gritó Matilde, y dé usted á su señor hijo lecciones de urbanidad, alternadas con sus graves estudios... alrededor de la noria.

Fué tremenda la ironía con que pronunció estas palabras; las pronunció gozando anticipadamente del efecto que iban á producir; pero se confundió, se exasperó doblemente cuando oyó decir al viejo, con honda satisfacción, muy conmovido:

—Gracias, señora marquesa; continuaré amaestrándole para que pueda seguir alternando con personas tan ilustradas como usted.

Era atroz aquel hombre. ¿Pero estaba loco ó había entontecido también de la felicidad de tener á su lado al portento de su hijo después de tan larga ausencia?

El viejo añadía en tono que pareció por primera vez á Matilde de una ironía espantosa:

—¿Ha visto usted? ¡Qué gallardo! ¡Qué noble! ¡Oh..., es el consuelo y la gloria de mi vejez! ¡Y qué lenguaje tan expresivo!

—¡Muy expresivo!—contestó Matilde airadamente—¡Expresivo sobre todo!

Pensaba, roja de indignación, en los achuchones de *Troncho*.

—¡Ha visto usted!

Y el *tío Claudio*, al repetir aquella frase, estaba á punto de llorar de dicha.

—Pero *tío Claudio*,—gritó ella loca de coraje,—¿hasta cuando vá á durar esta burla? Su hijo de usted es un animal feroz. ¡Eal.

—Vamos--repuso el viejo calmosamente con su risita fisgona--¡Quién sabe las vueltas que puede dar el mundo!

Matilde avanzó hasta él, sin saber lo que hacía.

—Pero ¿está usted en su juicio, *tío Claudio*?—exclamó desesperada.

Y el viejo contestó con una flemma que estuvo á punto de volver loca verdaderamente á la muñequita feudal:

—¡Quién sabe si no se casará usted todavía con mi pri...mo...gé...ni...to!

—Pero ¿lo dice usted de verdad, *tío Claudio*?

Matilde comprendió al fin que era una locura sostener aquella conversación en serio. Las últimas palabras del viejecito habían disipado su cólera; fué un viento fuerte que barrió todas las nubes; nunca, ni en los momentos más terribles de cólera, le había parecido el viejo tan gracioso. Pero el viejo contestó á su pregunta con un estoicismo admirable:

—¿A que se casa usted con mi hijo?

Estas locas palabras fueron así como otro gran barrido de nubes que el *tío Claudio* le dió al cielo entoldado del buen humor constante de la muñequita feudal. Al fin apareció el sol; al fin brotó la risa, iluminándolo todo.

—¿Pero va usted á casar á su hijo con una aristócrata? ¿Va usted á rebajarse y á rebajar á su hijo hasta ese extremo?

—¿A que se casa usted con él, y á que me suplica usted antes que lo consienta?

—¡Ay, Dios mío!... ¡*Tío Claudio*..., pero usted nunca me ha hecho reir como esta tarde!

Efectivamente: ¡quién le hubiera dicho á Matilde hacía un momento, que iba á reir tanto aún y que tendría fuerzas, después de lo que la hizo reir el sin par *Troncho*! Pero el *tío Claudio* prosiguió como un augur singularísimo:

—Y aunque usted me lo suplicará, estoy seguro!, ¿á que no daré mi permiso, mientras usted no ofrezca solemnemente renunciar á todas esas antiguallas de la sangre?... ¿Mientras su espíritu no se liberalice?...

—¡Pecadol—exclamó la muñequita santiguándose con rapidez asombrosa.

—Mientras no pronuncie usted conmigo, però despacio, muy despacio, para que yo las entienda bien, estas hermosas palabras: «¡Vi...va la li...ber...tad!»

—¡Pecadol ¡Pecadol ¡Pecadol

Y santiguóse Matilde otra vez, velozmente.

—Lo veremos, muñequita feudal.

Y la voz de la muñequita feudal sonó armoniosa y dulce, pero con un feroz de-
jillo burlesco:

—¿Y tardará mucho la boda, *tío Claudio*?

—¡Quién sabe! ¡Quizás sea muy pronto!

—¡Vaya..., pues lo veremos! ¡Usted lo pase bien, viejecito mío!

Y como un refinamiento de crueldad puramente femenil, añadió al alejarse, poniendo el dedo en la más dolorosa de las llagas:

—¡Y memorias á sus claveles!

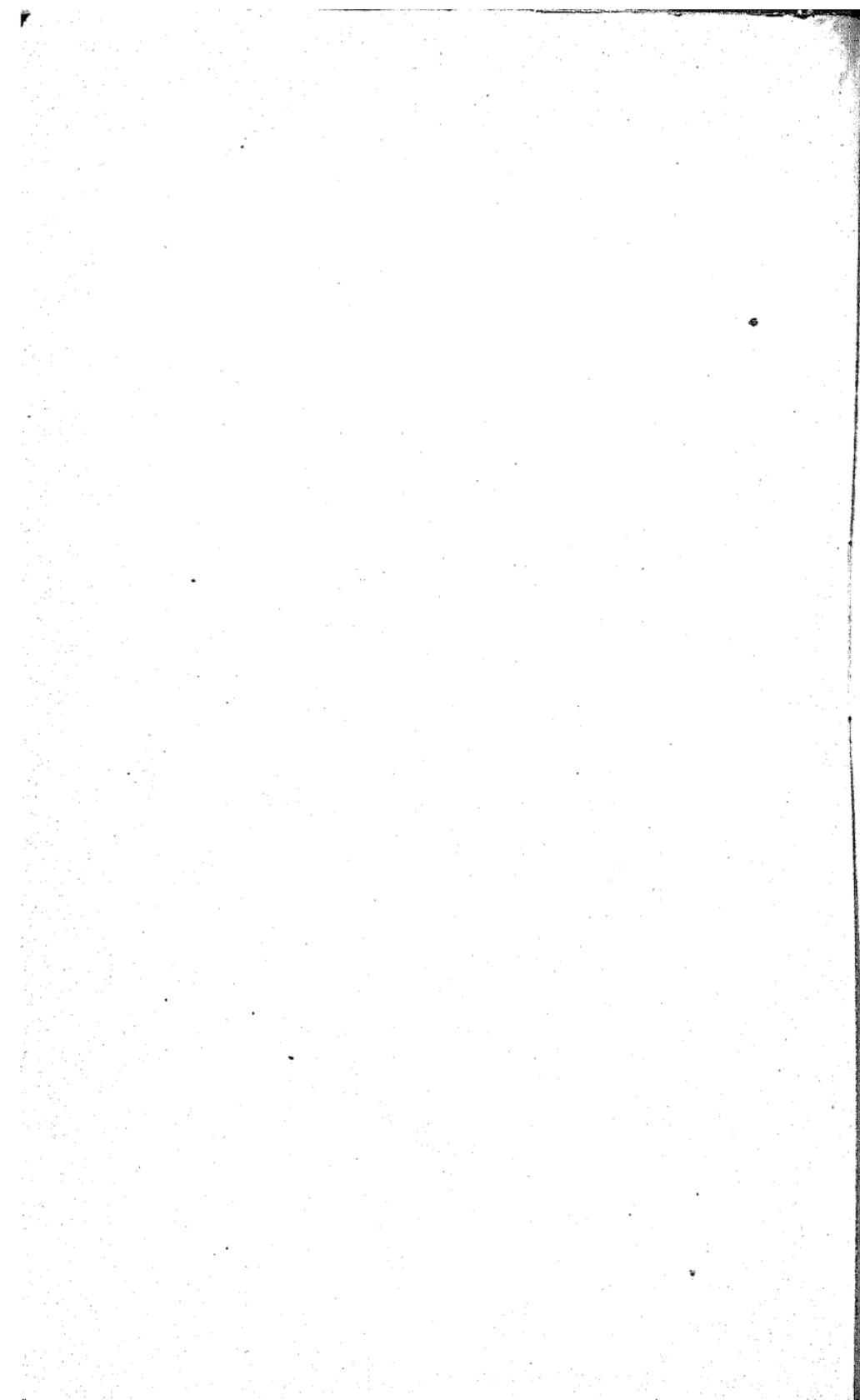
—¡También veremos eso!—gritó el *tío Claudio* encolerizándose de pronto.

Matilde reíase y se alejaba.

—¡*Tío Claudio*, buenas tardes!

—¡Buenas tardes, querida... nueral
Sonó á lo lejos la última risa; las notas
alegres iban perdiéndose en los aires, y la
muñequita feudal se alejaba por el camino
enarenado, destacándose su silueta gentil
entre los verdes bojes, como con líneas vi-
gorosas de luz. Allá iba... Allá iba... y se
perdió al fin... Se perdió como una raya
de oro fundida de repente en el sol que
caldeaba los campos.





XIV.

Fué una tarde de Junio, ardiente—ya lo dije,—como la más ardiente de la canícula; el viejo, sin arredrarse por el calor, iba de acá para allá, muy feliz por la lección que había empezado á dar á la muñequita, y más feliz aún por lo que restaba. Pero toda su satisfacción por ese motivo, no era suficiente para calmar la inquietud nerviosa que le produjo el recuerdo de los claveles, evocado por la odiosa personita. ¿Era, en resumen, que las hostilidades se habían roto otra vez?

Se sabe positivamente que apenas perdió á Matilde de vista, llamó á Frasquito, el mozo de cuadra, y que Frasquito, con cierta confianza presuntuosa, preguntó á su amo, cuando estuvo en su presencia:

—¿Me porté bien, mi amo?

A lo que el viejo contestó iracundo:

—Si no te quitas de mi vista, te rompo la cabeza.

—¿Pos qué queríasté?—repuso Frasquito con gran decoro, porque la ofensa le llegó alma—¿que apretara de *verdá*? ¡Po... por qué no lo dijosté!

—¡Silencio!

—*Guéno*, me *cayo*.

—¡Silencio he dicho!

—¡Pero si yo no digo *na*!

—Hombre... ¿No te digo que calles?

—¡Pero *po* la *Vigen* santísima, mi amo, si yo no digo una *palarba*!

—Vamos—pensó al fin el viejo resignadamente;—cederé yo, porque de otro modo no se acabará nunca.

Y dijo á *Troncho* con cierto tonillo de misterio.

—Te acordarías de mi otro encargo, ¿es verdad?

—¿Pos no había de *acordame*?—contestó *Troncho* ufanamente;—puse *laz trampa*, pero *mu* requetebién, sin que me viera ningún *nasío*: están con mucho *isimulo*, mi amo, *naide* *jurgará* en lo *clavele*, sin que caiga en *arguna*.

—*Troncho*... ¿puedo fiarme?

—¡*Vengasté, vengasté!*

Siguió el *tío Claudio* á *Troncho* hasta el macizo de los claveles y le enseñó las trampas; eran como á especie de cepos, con resortes á propósito, que al más leve contacto cerrábanse cogiendo apretadamente aquello que las había movido; máquinas muy primitivas que, dicho sea sin ofender, cogen bonitamente del mismo modo á un animal que á una persona. Había buen número de las infernales máquinas alrededor del macizo. Era lo que decía *Troncho*:

—*Mirosté* con qué *cuidao* están á *to el reor*; y como *encima* es de noche cuando el ladrón viene..., *pos* no se ve. Si esta noche viniera, cae, mi amo, yo le digo *asté* que cae.

El *tío Claudio* quedó satisfecho; encargó mucha reserva á *Troncho*, que se la ofreció cumplida. Entretuvo esto al buen señor algo, pero le abrasaba el deseo de que llegase la noche. Desde que recibió la carta de su hijo anunciándole su próxima presencia en el *Limón*, no podía resistir á nadie, ni resistirse él mismo; sus polémi-

cas con la muñequita feudal distraíanle un poco de aquella tensión nerviosa, pero se necesitaban emociones muy fuertes para absorber un poco aquellas energías. Era un viejo de complexión poderosa.

Declinó al fin la tarde. El sol iba á su ocaso; allá, en el cielo, como rozando con la cúspide del breñoso monte, parecía una gran bola de oro detenida en la coronación por milagro y próxima á rodar la vertiente para incendiar la sierra; frescas brisas empezaron á orear las flores, estremeciéndolas de placer al soplo vivificante; oíanse en el fondo de las cañadas las esquilas de los rebaños ó los cantares de algún pastor; allá en la altura resonaban también, de vez en cuando, una caracola; las golondrinas volaban á cobijarse en sus nidos, y el soplo fresco, embalsamado con los perfumes campestres, parecía traer hasta el *Limón* y *Marrubiales* ecos vagos de campanas de otras regiones misteriosas.

De pronto, pareció que algunos de aquellos sonos vagos de campanas se fundían con otros más agudos y argentinos, viniendo en el aire sus alegres notas; creció

aquel ruidillo mágico, creció más; el oído sutil del viejo apreció ya las notas alegres como sonos de campanillos muy lejanos; aquellos campanillos serían seguramente de los collares de unas mulas; aquellas mulas tirarían con seguridad de un coche; en aquel coche vendría tal vez... El *tío Claudio* sintió una cosa fría en la sangre... Quedó inmóvil, sin voz, sin aliento... «¿Y por qué no había de ser?» Sus labios temblaban ligeramente cuando se hizo esta reflexión. El rumor de los campanillos aumentaba. ¡Qué repiqueteo, Dios grandel Pero ¡qué prisa llevaban las mulas... ó lo que fueran! Se oyeron ya las herraduras con el sonar de los campanillos; se oyó también el rodar de un coche... Pero ¿sería posible? Señor, ¿es cierto que hay dichas que hacen sufrir, como los dolores más hondos? ¿Era, pues, la hora de sufrir aquella dicha?... Y el *tío Claudio* no se movió, no pudo; sus músculos habíanse aflojado; quizás por primera vez en su vida, se apoyó aquella tarde en la muleta que siempre le sirvió de adorno... Un sudor helado bañaba sus sienes. «¿Y si no era?... ¡No, no era!» Y de pronto, sin que

el coche se hubiese detenido aún, pero escuchándose muy cerca herraduras, campanillos, rodaje y restallar de látigo—de pronto, dije—una voz nerviosa, la voz de Agustín, que gritaba:

—¡Ay!... ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y el *tío Claudio* creyó sentir una fuerte mano en el cuello, apretádoselo para que no hablara. Y la voz de Agustín repetía desencajadamente:

—¡Que es verdad! ¡Que es verdad!

¿Dónde? ¿En qué lugar de la finca resonaba aquella voz? Quería ponerse entonces el *tío Claudio* á dilucidar aquello... Pero no fué posible; su pensamiento no le obedecía, se le desmandaba. Permaneció inmóvil aún, sin hablar, sin respirar... El coche se detuvo; se oyeron voces conmovidas de los sirvientes; después, pasos rápidos y otra voz, otra voz vigorosa, de hombre en la plenitud de la vida; otra voz que pareció resucitar al viejo, como la de Jesús resucitó á Lázaro:

—¡Padre! ¿Dónde estás, padre?

—¡Aquí, hijo, aquí!—respondió el *tío Claudio* apagadamente.

Lanzóse hacia él Alfonso con los brazos

tendidos, extendió los suyos el padre, y apoyándose sobre el robusto pecho la venerable cabeza blanca, permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos. Agustín algo apartado, se enjugaba las lágrimas; la servidumbre detrás de él, permanecía silenciosa. La luna inundaba la sierra con pálida luz.

Después de una solemne pausa, separó el tío *Claudio* la frente del pecho de Alfonso y exclamó con grave acento:

—Bien venido á este hogar que santificó una madre y una esposa buena, que hoy lo ennoblece el hijo... Un sabio y un hombre de bien.

—¿Y tú, padre?—contestó Alfonso ardentemente.—Sin tí, ¿qué sería de este hogar... y de este hijo? Sin estas canas venerables que eran mi sostén y mi amor, ¿hubiese yo triunfado?

Y como había ofrecido en la famosa epístola, las besó religiosamente.

—Déjanos ahora, Agustín—dijo el viejo en voz ahogada.

—¡Bien venido!—exclamó Agustín queriendo besar las manos de Alfonso; pero él las retiró riéndose y le dió un abrazo.

El viejo decía impaciente:

—Ven, siéntate... Siéntate aquí... Quiero hablarte, quiero oírte.

Agustín se fué con los otros, y el *tío Claudio*, tirando con suavidad de su hijo, condújole á un banco—el mismo precisamente donde aquella tarde estuvo sentada la muñequita feudal.—Miró con orgullo aquel rostro noble, de rasgos acentuados, que se destacaban perfectamente á la luz de la luna. Alfonso decía:

—¿Qué me quieres oír y qué he de decirte? Te lo conté todo en mi última carta. Lo que no te conté, te lo habrás figurado.

—¡Y no habérmelo dicho!

El viejo habló en un tono de queja tan dulce, que conmovía.

—Porque tu tranquilidad ora para mí antes que todo. Cuando yo, con los datos que me habían dado, visité detenidamente los terrenos, cuando hice mis experiencias y sostuve que estaba la riqueza allí, ¡entonces, entonces empezó mi calvario! Yo estaba convencido; yo tenía fe... Pero ¿cómo llevar la fe, la convicción al alma y al cerebro de los demás? Poner en práctica mis planes por mí solo, era imposible;

mi fortuna personal, la que heredé de mi madre, hubiera sido una gota de agua en el mar inmenso.

—¿Y no me tenías á mí?

—Hubiera sido una gota más, padre... Y desde el primer momento, me había jurado no turbar tu reposo en esta gran lucha que iba á sostener. Era preciso, primeramente, adquirir aquellas inmensas planicies; después, máquinas de todas clases, con todas las perfecciones; mantener, por último, á una inmensa familia obrera, Dios sabía cuánto tiempo, un mes, un año... ¡Quién lo hubiera podido decir! Hasta que el filón se hallase; hasta que la tierra pródiga compensara con su producto el trabajo ímprobo, las infinitas penalidades y zozobras de quien tuviera valor para arrosarlo todo. Era necesario, en fin, la reunión de muchos capitales para emprender la gran obra.

—¡Hijo mío! Hiciste bien en no contarme nada; hubiera muerto de inquietud pensando en tí.

Y al pobre *tío Claudio* parecía un sueño, un dulce sueño, que todo hubiese pasado ya, y que su hijo estuviera allí,

en el *Limón*, rodeado de flores, como en sus cartas de cía.

—Sin embargo—había añadido Alfonso cuyo acento vibraba nerviosamente al recordar aquellas horas de enconadas luchas—no fué eso lo más difícil; convencer á un hombre, á dos, á ciento, reunir todas esas voluntades, hacer sentir á estos hombres todo lo que yo sentía, hacerles confiar en todo lo que yo confiaba, ese trabajo no es de hombres, es de colosos, ahora lo sé, padre... Pero se consigue... Se consigue como Dios quiera; pisando zarzas... Dejándose en las zarzas el corazón, las energías... Pero se consigue. ¿Qué importa dejarlo todo, si las creencias, la fe, van siempre con uno?

—¡Bien, hijo, bien!—exclamó el tío *Claudio* henchido el corazón de lágrimas.

—¡Yo lo conseguí!—añadió Alfonso;—pero cuando estuvo conseguido, empezó la segunda parte, la parte más gigantesta de la lucha; la lucha contra la envidia, contra la calumnia, contra la indiferencia, porque la indiferencia, padre, yo te lo digo, es el mayor, el más temible obstáculo de las aspiraciones nobles. ¡El filón!... ¡El

flón hacía falta!—añadió Alfonso, chispeantes las pupilas de poder y fiereza. El flón era mi único argumento, mi arma única para vencer... Yo la buscaba, y mientras tanto, el enemigo esgrimía todas las suyas. Mientras tanto, aquellas galerías inmensas, aquellos fosos profundos, eran abismos donde iban hundiéndose las fortunas de los seres que se habían confiado á mí. Yo pedía *más*... ¡Siempre *más*! Y más se me daba. Y todo y más se hundía en los abismos insondables. El enemigo, mientras, revolvíase feroz sin tener enfrente á nadie que le contrarrestara. Y mi continuo grito «¡Más!... ¡Más!» era como puñal que yo mismo hundiera en mi cuello al lado de los que contra mí combatían. Se inició con esto la duda, empezó la desconfianza, y á mi grito doloroso respondiódome ya con la mofa y con el insulto... ¡Oh, padre! ¡Y yo estaba convencido! Allí, bajo mis pies, al alcance de mis manos, las entrañas de la tierra, estériles hasta entonces, iban á convertirse en raudal infinito de tesoros. ¡Y ya no tenía á nadie! ¡Con nadie contaba ya! ¡Solo! ¡Era el descrédito!... ¡Era la muerte!... ¡Algo peor que la muerte! La

deshonra, padre, la deshonra, en la cual yo pensaba, loco de terror, atravesando, como una visión maldita, con la lámpara en una mano y la piqueta en otra, aquellas galerías solitarias, en lúgubre silencio... Aquellas galerías, donde antes resonaba imponente la voz del trabajo como la voz de Dios... Y allí, en mi soledad, en el corazón de la tierra, corría frenético pensando en mi madre, pensando en tí, pensando en otra visión dulce que parecía deslizarse, silenciosa, delante de mis ojos..., y pensando en todo ésto, y en mi deshonra, y en mi muerte, veía girar en torno mío la felicidad, el amor, el trabajo, figuras simbólicas que nunca hasta entonces había yo entrevisto en mis sueños, y golpeaba furioso, desesperado, y saltaban las chispas del acero al chocar contra el terruño, como de mis ojos hubiera yo querido que saltase fuego para abrasar á la tierra que me repelía... ¡Y entonces lo conseguí!... Lo conseguí porque la fe, porque la perseverancia, no me abandonaron. ¡Era el filón! ¡El manantial inagotable! ¡La espada vencedora que al fin podría ser esgrimida para destruir de un solo golpe la calumnia,

la envidia, la indiferencia! ¡Para destruir los desalientos y las desconfianza! ¡Para destruirlo todo! ¡Era el filón! ¡Era la verdad! ¡Allí estabal! Y después, la fortuna, el poderío!... ¡Y mi honra, padre! ¡La honra de tu hijo, que quedó incólume y subió alto, muy alto, cuando iba á morir sepultada, en la última, en la más honda capa de la tierra!

Habíase levantado y accionaba fieramente como en la hora inmensa del combate, descubierta, erguida la cabeza, brillando en su frente poderosa y pálida y en sus ojos avasalladores, la inspiración y la verdad. Pero sus últimas palabras, fueron secas, desgarradas, como crugir de tronco que el rayo hiende por en medio. Al decirlas, cayó en brazos de su padre como sin vida. Le acogió el viejo sin decir nada entonces; ni una palabra, ni un ademán, ni un suspiro. ¡Todo, hasta la misma demostración de su sentimiento, le hubiera parecido una impiedad en aquel instante; la naturaleza pareció callar también todos sus misteriosos ruidos ante aquel grupo hermoso, representación de la vida; las flores inclinábanse en sus ta-

llos, como misteriosos, diminutos seres, ávidos de oír aún en la boca del hombre aquel himno ardiente al trabajo, Dios grande que le redimo; las brisas parecieron oír también, calladas, entre las frondas, aquel canto singular nunca oído; hasta las aguas del pilar borbotaron y deslizábanse por el diminuto canalillo con recogimiento para no interrumpir el solemne reposo de aquellas dos almas que se fundían. La luna, en la inmensidad silenciosa, apagando con su brillo el de los otros mundos lejanos, vertía su luz sobre la tierra como una bendición; y los montes, los arroyos, los árboles, la naturaleza, en fin, parecían doblar la frente alabando á Dios con esas mil plegarias misteriosas del silencio.



XV.

—¡Ea, no hay que sufrir por lo pasado!
—exclamó el viejo calurosamente.—¿Será
preciso inspirarte valor ahora?

—No, padre, no—contestó Alfonso, co-
mo si saliere de un sueño penosísimo,—
tienes razón; ya pasó todo.

—Bien; hablaremos de este asunto aún;
puedes suponer que no voy á satisfacer-
me tan pronto. ¡Eal Ahora á cenar, y lue-
go á dormir. Estarás muy cansado... Ma-
ñana te enseñaré la huerta; verás que
flores... Mira--añadió de pronto con mucha
naturalidad:—ahora que me acuerdo te
haré una pregunta... Es cosa de mucha
importancia, no creas.

—Me pones en cuidado. ¿Qué es ello?

—No es tampoco para alarmarse; pero
oye: en tu historia entrecogí algunas pa-

labras... «Una peregrina visión, como otro imposible, iba deslizándose ó escondiéndose delante de tí, en los rincones y las encrucijadas, como el genio misterioso de las minas».

—¡Oh, padre!,—murmuró Alfonso confundido.

—¿Hay, pues, en el mundo una mujer que es para tí tanto como la vida, cuando en trances tan supremos piensas en ella?

—No te engaño, es verdad,—contestó Alfonso apenadamente.

—¿Por qué esa pena? ¿Tanto la amas?

—No sé decírtelo; pero el triunfo, la misma vida, todo es inútil para mí sin ella... ¡Y ella...

—¿Qué ibas á decir, muchacho? ¿Que ella no te quiere? No seas tonto. A un hombre como tú le quiere todo el mundo,

Y el viejo se echó á reír pensando en la singular coincidencia que le hacía tener en sus redes á los dos más bellos tórtolos que cantaran amor en el mundo.

El *gran hombre* decía reflexivo:

—Tengo mis dudas; no todos han de pensar de mí como tú, padre... Se trata de un espíritu superior... Bajo una apa-

riencia frívola, hay allí un carácter pensador y fuerte.

Y el viejo, mirando con disimulo hacia la tapia, murmuró, aludiendo á Matilde:

—¡Ya verás!... ¡Ya verás, muñequita!

Alfonso continuaba:

—Pero hay algo que me atormenta, padre: orgullosa de su nacimiento, no es lógico que quiera unir su destino al mío. No sabes hasta qué punto la absorbe esa estúpida preocupación de las razas.

—¡Dímelo tú á mí!—exclamó el viejo ingenuamente.

—¿Qué dices?—preguntó Alfonso admirado.

—Nada, nada, continúa,—repuso el viejo con fingida impasibilidad, disimulando así su indiscreción.

—Sin embargo,—prosiguió Alfonso, absorbiéndose otra vez en su pensamiento,—creí entrever al despedirme de ella una conexión tácita; la ví llorar y me lo dijo besando unas flores que yo acababa de darle.

—Sí, el ramito de violetas,—exclamó el viejo sin poder contenerse.

—Pero, padre, ¿qué dices?

Le miró su padre aturdido, de un modo tan cómico, que hubiese hecho reír á cualquiera en aquel momento. Pero el *tío Claudio*, sin ganas de reír, renegando interiormente de sus indiscreciones, añadió con mucha candidez:

—Bueno, sigue, anda.

—¡Pero es que fué un ramo de violetas lo que la dí!

—¡Ah, con que fueron violetas!

¡Vaya un apuro el del viejo! Salió de él añadiendo admirativamente:

—¡Para que veas... lo que es la experiencia de un viejo! Hasta adiviné la clase de flores que le diste... Vamos, anda... ¿Qué te dijo?

Le pareció al *gran hombre* que la experiencia de su padre era ya mucha; pero sin fijarse más en este detalle, exclamó melancólicamente:

—¡Me parece oírlo! «Tenga usted fe; vencedor ó vencido, le espera un alma honrada con alegrías para sus alegrías, con lágrimas sinceras de pesadumbre para sus pesadumbres».

El *tío Claudio* pensó al oír lo que antecede:

«¡Digo, supo engancharmelo la muy gitana!»

—En medio de mis triunfos,—prosiguió Alfonso, entregado á sus recuerdos,—contigo iba ella en mi corazón y en mi memoria. No me atrevía á escribirla unas veces... No pude otras, en el mortal conflicto en que vivía... La busqué ansioso al regresar á Madrid y no pude verla; me recibió un antiguo servidor de la casa; creí morirme cuando me dijo que estaba ausente... Aunque le ví vacilar no quiso indicarme su residencia. ¡Ella se lo encargaría, es seguro! Inútilmente he buscado... ¡Ya ves, padre! Si al despedirnos pude abrigar alguna esperanza, lo que es á mi regreso, no puede estar peor el asunto... No, no me es posible vivir en esta incertidumbre. Me aguardabas y he venido; pero eres bueno y me dejarás ir otra vez; me dejarás ir en su busca,—añadió exaltadamente,—me dejarás cumplir mi gloria, ¡padre!, buscando ese otro filón más bello y más rico que ninguno... Agua cristalina, de la que mi corazón sediento quiere beber para ahogarse.

—¡Muy bonito!,—exclamó el tío Clau-

dio, en el tono que usaba para hacer rabiar á Matilde.—Esto es lo malo que tienen los grandes hombres. señor; en enamorándose, son unos simples como todos los demás.

—Sí, sí, padre, ya lo sé... Pero me dejarás ir, ¿no es cierto?

—¡Calma, hombre, ten calma..., que ya parecerá *tu marquesa!*

—¿Qué dices?,—clamó el pobre ardentemente.—Repítelo... ¡Habla por Dios! ¿Por qué has dicho *mi marquesa?*... ¿Por qué lo has dicho en ese tono?

—Pero, ¿dónde vas á parar, muchacho? Dije tu marquesa porque es lo menos que tú te mereces. Lo que es por mí, ni con una reina tendrías bastante.

Alfonso quedó abatido; el viejo proseguía animándole:

—¡Ea, á cenar ahora, y á descansar seguidamente! Mira, antes que te duermas iré á darte un ratito de compañía como en otros tiempos.

—Sí..., sí,—dijo el *gran hombre*, resig-nándose.

Se dieron otro abrazo. El joven alejándose.

—Y no te apures,—añadió el *tío Claudio* socarronamente.

—¡Pero me admiras, padre!,—gritó Alfonso deteniéndose como sobrecogido.

—¡Silencio!

—Pero ¿qué pasa? ¿Quiéres explicármelo, por Dios?

Y volvía otra vez hacia su padre.

—¡Silencio... y á la camita en cuanto cenes!,—contestó el *tío Claudio* en tonillo que intrigaba al *gran hombre* de un modo profundo.

—Bien, hasta luego.

Y alejábase otra vez resignadamente.

—Tardaré poco; mientras doy algunas órdenes nada más.

Y prosiguió en seguida, alzando la voz, porque Alfonso estaba ya algo distante:

—En tu cuarto hallarás una cosa de muy dulces recuerdos.

—¿De dulces recuerdos?,—repitió Alfonso como si tratase de adivinar y deteniéndose nuevamente.

—¡Tu *Stradivarius*! ¡El regalo de la pobrecita que murió!

—¡Ah..., voy..., voy!,—gritó Alfonso conmovido.

Y avanzó apresuradamente hacia la casa. El *tío Claudio* le habló aún.

—¿Te acuerdas del *Vals de la vida*?

Y se oyó lejana la voz de Alfonso, dejando en el silencio de la noche un eco dulce, de suspiro:

—Me lo enseñó mi madre... ¿Quiéres que lo haya olvidado? ¡Ya verás! ¡Ya verás!

Necesitaba el viejo quedarse solo para reflexionar bien en aquel asunto magno en que se había metido; no era de cualquier cosa, era de la felicidad de Alfonso de lo que se trataba. Sin creer en augurios, aquella coincidencia que había reunido allí á la muñequita feudal y al *gran hombre*, tenía encantado; por lo pronto, lo primero que pensó, no menos feliz, fué que el *gran hombre* correspondía al amor de Matilde noble y lealmente, como era de esperar por su índole caballerosa, y por merecerlo ella. ¿Eran dignos el uno del otro? ¿Serían felices?... El *tío Claudio* no estaba intranquilo. Bajo el exterior de aquella joven ligera y bulliciosa, sabía él demás, había un alma fuerte y pura. ¡Ah, su hijo la conocía

bien! Las preocupaciones de Matilde, referentes al nacimiento, le inquietaban un poco; pero concebía cierta esperanza pensando que Matilde no pasó junto á él algunos meses inútilmente; llevó muy duras lecciones; y el carácter de la muñequita no era de los que dejan pasar las lecciones sin aprovecharlas. Inspirábase desde luego bastante tranquilidad la lección última, cuyos resultados iba á saber muy pronto; puesto que su hijo estaba ya en el *Límón*. ¿Qué diría Matilde cuando supiera que el hombre de su amor, el genial, el fuerte, el alma generosa, el *gran hombre*, en fin, admiración de su época, era el hijo del *tío Claudio*? Comparó la figura monstruosa de *Troncho*, envuelto en su ridícula indumentaria, con el tipo noble de Alfonso, su belleza varonil, sus ademanes llenos de gracia y distinción, y gozaba como un niño al pensar en el efecto que la estupenda nueva iba á producir á la odiosa muñequita.

Paseábase absorto en sus reflexiones. «Pero ¿cómo dispondría las cosas para el primer encuentro? Era importantísimo prepararlo bien; que pareciese todo muy

natural. Era la prueba grande y única á que el amor de Matilde iba á ser sometido».

Detúvose en esto junto al macizo de claveles; se acordó entonces de las trampas. Si hubiera dado un paso más cae. Para evitar este peligro sentóse en un banco. Pensó en los claveles... ¿Quién sería el ladrón? Estaría bueno que se presentara aquella noche.

La noche era hermosísima; un vientecillo húmedo, saturado de perfumes, henchía los pulmones del viejo, alegrándole y rejuveneciéndole. Sonreíase de su fortuna; confiaba siempre en Dios.

Cerró los ojos un momento y pensó en su mujer; las figuras de Matilde y Alfonso uniéronse á ella en su cerebro, girando allí como chispitas brillantes.

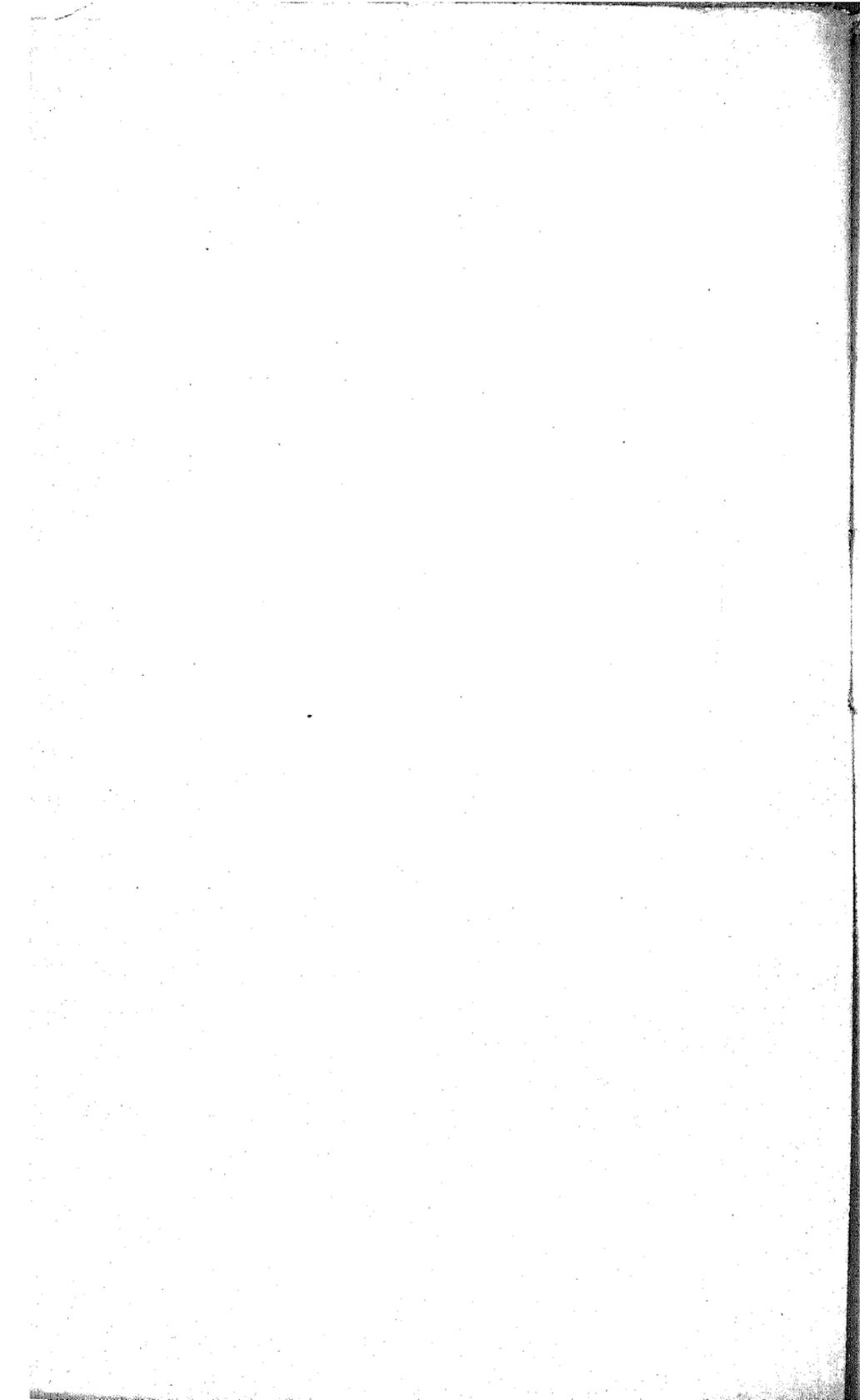
«¡Qué noche!,—pensó profundamente conmovido.—Llegan hasta mi corazón, fortificándole, estas brisas balsámicas de nardos y claveles; induce á los pensamientos graves esa inmensidad silenciosa poblada de mundos... Esa luz de la luna, ¡de eterno misterio!... El ruiseñor canta».

—¡Oh, sierra, sierra cordobesa mía!,—

dijo, descubriéndose y mirando al cielo con inefable quietud.—A estas horas, y en tus solitarias cumbres, es cuando mejor se comprende la grandiosa comunidad de Dios con el hombre.

Y en el silencio misterioso, los ruidillos del agua borbotando del pilar, parecieron decir suavemente una vez y otra: «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!»





XVI.

A la hora en que se pronunciaron estos *amenes*, soltó Matilde la pluma; acababa de escribir una carta, era para el *tutor*, contestando á otra que había recibido aquella tarde.

¿Qué hora sería?, miró el reloj; las diez. Las diez de la noche en el corazón de la sierra, es una hora que no se concibe; nadie la conoce; á esa hora el mundo duerme... En *Marrubiales* á lo menos, dormían todos, á excepción de Matilde.

Abrió una puertecita del fondo del comedor, y descendiendo dos ó tres peldaños, hallóse en la huerta. Anduvo hacia la tapia famosa, y conforme iba aproximándose, su paso se hizo más sigiloso. Tendidas al pie de la tapia había dos pequeñas escaleras de mano; las apoyó jun-

tas en el muro, subió lentamente por una y se asomó á la huerta del *Limón* despacito, con gran cuidado... «Qué, ¿me venderás tú?», pensó, mirando á la luna; y la gran cara de madrota complaciente sonreíale sin hablar. Si la luna la vendía, ¡buena la iba á hacer entonces! Subió otro peldaño y detúvose para observar... ¡Si no hubiese tenido que escribir aquella noche! Si se hubiese asomado antes, ¡cuántas cosas, gran Dios, hubiera descubiertol

No vió á nadie. El banco donde el viejecito estaba aún, no se distinguía, medio oculto por una pared de enredaderas, que daban sombra y frescura á este sitio.

Quedó un momento como indecisa; inclinóse después de pronto; cogió la otra escalera, y pasándola al *Limón*, sin el más ligero roce en el caballete, sin el menor ruido, la apoyó bien sobre la tapia, encontrándose, hecho esto, en el minuto verdaderamente peligroso de tener que pasar ella asimismo. ¡Qué apuro! Latíale el corazón con rapidez; en aquel momento sentía una inquietud regular, como si de veras fuese á cometer un robo. Salió al fin del empeño con menos trabajo del que

hubiera podido pensarse. ¡Ah, muñequita! Conociábase bien; no era la vez única que había pasado aquel Rubicón. No se había sentido ni el roce siquiera de la falda.

Descendiendo por la escalerita, entregábase á reflexiones muy graves, temblando y sonriente; gozando con anticipación del mal humor del viejo al otro día, y temerosa de que la sorprendieran. No sabía explicárselo aún, pero llegó á tomar verdadero cariño al *tío Claudio*, ¡aquel viejecito de arranques tan feroces... y corazón tan bondadoso!... Le divertía hacerle rabiar como se les hace rabiar á los niños: para colmarles después de caricias. Sí, aquella noche se los llevaba también y serían los más hermosos; los había visto perfectamente por la tarde. Acabó de bajar y anduvo con gran cuidado el trecho que la separaba de los claveles... Pero al otro día, muy tempranito, cuando estuviera el viejo con el sofoquín, le mandaría los tulipanes, todos aquellos tulipanes que á él tanto le gustaban, y un billete muy perfumado, diciéndole: *Obsequio á su mortal enemigo*. Y la firma: *La ladrona de sus claveles*.

Le faltó poco para soltar la risa, pensando en la escena; pero contúvose á tiempo. Se había detenido junto al macizo, en la espesa sombra formada por unos árboles. ¡Ah, muñequita feudal! Ella no sabía que un momento de descuido puede perder al batallador más famoso. «¡Ea! ¡Manos á la obral» Dió un paso... Dió otro paso... En el silencio augusto de la noche, únicamente sentíase el ruidillo del agua, borbotando del pilar... ¿Estaría diciendo amenes todavía? ¿Estaría tal vez aconsejando á la incauta que retrocediera?

Dió otro paso... ¡Cielos! La punta del menudo piececillo tocaba ya una horrible trampa de aquellas... Pero quedó inmóvil, extática, con una palidez de muerte. Había llenado los aires de pronto un raudal divino de notas. Eran las notas de un violín... No, no fué la seguridad, la maestría de la mano que arrancaba aquellas notas, lo que la dejó paralizada como muerta, trastornando en un segundo todas sus facultades; fué la música. ¡Era *El vals de la vida!* ¡Dios poderoso! ¿Había enloquecido de repente? ¿Qué le pasaba? ¡Era el vals, sí, aquel vals tocado por Alfonso en otra

ocasión; aquel vals compuesto por una madre para su hijo, que solamente su hijo lo sabía, que su hijo solamente lo tocaba! Pero ¿no era un delirio aquello? Quedó transpuesta, sin respirar, con las manos en el corazón... Sí, era el vals, no dudaba... ¡Ay!... ¿Pero quién podía tocar allí, en la casa del *tío Claudio*, con tanta precisión y ternura?... ¿Y quién podría tocar aquel vals, escrito por una santa mujer ya muerta y sólo conocido por Alfonso, que estaba cumpliendo entonces su gran misión redentora, de trabajo, en cualquier parte, la más lejana tal vez del mundo?... ¡Oh, Alfonso, Alfonso!... Pero ¿qué zozobras eran aquellas?... ¿Qué presentimientos los de su alma?... Y el vals seguía mágico, sugestivo, enloquecedor, imponente de tanta hermosura, más imponente y más bello en la quietud santa de la noche. Las notas llenaban el espacio, sollozantes, risueñas, como ansias sin realizar, como gritos ardientes de amor á la vida y al mundo... ¡Oh, mujeres! Aquel vals fué primero el himno lanzado por una mujer joven que espiraba, y después de muerta, la madre saliendo de su tumba para llorar de amor junto

al hijo adoradísimo... El vals seguía... seguía... Pero de pronto se oyó un grito inmenso; la música cesó súbitamente, como copa finísima que se quiebra; el *tío Claudio* empezó á dar voces; dentro de la casa oyéronse voces también; el jardinero abrió su ventana para disparar desde ella; fué una confusión espantosa. Alfonso, desde un balcón, llamaba á su padre alarmado. «¡El ladrón! ¡El ladrón!—decía el viejo—¡ya ha caído!»... Corría todo el mundo... Agustín se presentó con una espada formidable; *Troncho*, con un tranco como un demonio... El *gran hombre*, lanzóse también á la huerta... Y en aquel concertante singularísimo, se destacaba la voz llorosa de la muñequita feudal, pidiendo clemencia al caballero del *Limón*. ¡Ay, sí! La pobre muñequita, que al primer movimiento que hizo cayó, porque era inevitable, en la emboscada que el viejo había preparado al ladrón de sus claveles.

—¡*Tío Claudio!* ¡*Tío Claudio!*

Y la muñequita feudal gemía desolada.

¿Qué era aquello? ¿Quién nombraba al *tío Claudio*?

Se aproximó el viejo cautelosamente al macizo, y soltó una risa estrepitosa. ¡Había conocido al ladrón!

—¡Tío *Claudio*—decía ella—que no lo haré más! ¡Sáqueme usted de aquí! ¡Sáqueme usted, por Dios!

—¡Con que era usted! Digo... ¡Y la carita mansa que ponía esta tarde hablando de mis pobres claveles! ¡Ah, pérfida!

—¡No, no soy pérfida, *tío Claudio*!—clamaba la culpable en tonillo mimoso y doliente.—¡No soy pérfida! ¡No le dije á usted la verdad cuando le hablaba de mí! ¡Era todo broma, como esto de robarle los claveles! ¡Yo no duermo tanto!... ¡Ni paseo tanto!... ¡Ni estoy en el tocador tanto!... ¡Ni hablo tan mal de nadie!... ¡Yo trabajo mucho en mis labores!... ¡Yo estudio mucho! ¡Yo hablo mucho de cosas útiles con mi padre... Y con el *tutor*, el otro viejecito bueno!... Me gusta más eso que todo lo que le dije. ¡Ay, *tío Claudio* de mi alma! ¡Pero por Dios, sáqueme usted de aquí, que si yo venía en broma por sus claveles, ya era la última vez, y mañana muy tempranito iba á descubrirme yo misma y á mandar á usted todos, todos

mis tulipanes. ¡Ay, tío Claudio! ¡Tío Claudio! ¡Sáqueme usted de aquí!

—La saco á usted, pero con una condición... ¿Se casará usted con mi hijo?

—¡Oh, eso nunca!—exclamó la muñequita feudal horrorizada.

—Pero ¿qué ocurre aquí? ¿Qué es esto?—decía Alfonso llegando apresuradamente.

—¡Alfonso!—gritó Matilde (le reconoció al instante)—¡Dios..., Dios mío!, ¿qué pasa aquí esta noche?

Fué ésta una exclamación inmensa: el asombro y la alegría estuvieron á punto de volverla loca.

«¡Divinos cielos!... ¡Y sin que la sacasen de allí! ¿Qué iba á pensar el *gran hombre*?... Pero el *gran hombre*, ¿qué hacía en la huerta del *Limón*? ¡Ay, sí!...» ¡Enloquecía! Figuraos por otra parte lo que pasó por Alfonso al conocer á Matilde, la criatura adorada á quien tan lejos y tan oculta creía.

—¡Matilde!... ¡Matilde!

Y estrechaba las manos que ella le abandonó inconscientemente, con un feliz aniquilamiento de todas sus facultades.

—Pero ¿qué hace usted aquí, Matilde?

—Cállate—díjole el *tío Claudio* á parte.

Alfonso detúvose mudo de sorpresa; y el viejo, hablando entonces á la muñequita feudal, añadió riendo con pavorosa perfidia:

—¿Se casará usted con mi hijo?

«¡Pero padre!,» iba á gritar Alfonso.

¡Ay!, no pudo; le quitó el habla y aun el aliento la respuesta de Matilde.

—¡Horror! ¡Nunca!—había gritado prontamente la triste damita de *Marrubiales*.

¡De buena cosa le iban á hablar ¡Y estando allí él!... ¡Su adorado Alfonso! ¡Era feroz aquel viejecillo!

El *tío Claudio* reía... reía delante de la muñequita feudal con toda su alma, como ella había reído por la tarde, delante de Frasquito Cruz. Matilde miraba ahora á la tapia, consternadamente, con temor tal vez de que su padre despertase, miraba al *tío Claudio*, con elocuencia dolorosísima, para que no la abrumara delante del *gran hombre*, que se había presentado allí, como surgido de la tierra..., y miraba al *gran hombre*, en fin, henchida el alma de ternura... «¡Ay, Alfonso!» El *gran hombre*,

á su vez, los miraba á los dos, atónito, confuso, suspenso, convencido enteramente de encontrarse en tal hora en otro mundo... En el mundo sin igual de las quimeras.



XVII.

Temprano ciertamente despertó al otro día el *gran hombre*, pero la muñequita feudal no durmió. Había sido mucho aquello. Lo enorme, lo terrible no era precisamente que la hubiese sorprendido el *tío Claudio* en aquel instante cruel, sino que se hubiese presentado también el dichoso minero en tal punto. ¡Muy esperado era en verdad, pero llegó cuando menos falta hacía! No tuvo tiempo la muñequita ni para volver en sí de su sorpresa, por lo pronto que el *tío Claudio*, sin más explicaciones, interrumpiendo su risa, hizo repartir guardias, no sin ofrecer antes para el día siguiente muy grandes cosas. «¿Qué grandes cosas eran aquellas?»

—Mañana será otro día—exclamó el viejo marrullero—señora marquesa, figúrese

usted que no ha pasado nada; figúrese usted que no hemos cogido al ladrón de los claveles; el señor don Alfonso y yo nos vamos al punto; la dejamos á usted sola, para que se marche cómodamente por el mismo sitio que hasta aquí la trajo: porque la verdad, ahora, no es posible volver por otro...—¡Y cómo reía el viejo malvado explicándose!—Buenas noches, señora marquesa.—Y el otro, como embebido, sin decir una palabra... Y allá se fueron... Y así quedó todo. Vamos á ver: con estas cosas, ¿cómo le hubiera sido posible dormir á la muñequita feudal? La impaciencia la hacía morir. «¡Gran Dios, qué noche!»

Madrugó Alfonso mucho; bajó al jardín muy temprano; llevaba ya una carta en el bolsillo y tenía el propósito firme de hacer que llegase á la muñequita feudal inmediatamente, á costa de lo que fuera. ¡Qué carta! La tenía escrita desde la noche antes; la escribió en el punto en que, forzosamente y sin más explicaciones, tuvo que separarse de Matilde, después de haberla dado libertad, él mismo, *desahaciendo dulcemente* los hierros. Le parecía

soñar... Un sueño inconcebible, de voluptuosidad y ternura, cuando, sin pensar sus dedos rozaron temblorosos los lindos pies del ídolo, mientras aflojaba las pavorosas trampas.

Sí, tuvo que marcharse con su padre; irse de allí... Dejarla sola, en aquel rinconcillo delicioso del vergel del *Limón*; dejarla con su sorpresa, con sus confusiones, con su inquietud. Encerrado en su cuarto, escribió aquella carta, nervioso, febril, como hundido en un sueño y rodeado de quimeras. Escribió la carta y tuvo fortuna, digo, porque logró su intento de hacerla llegar á su destino inmediatamente.

Apoyó sobre la tapia la escalera del jardinero, y se asomó á la huerta de *Marrubiales*. No pudo entonces formarse idea del bello cuadro que se presentó á sus ojos, de árboles frondosísimos, de arbustos raros, de artísticas fuentes, de estátuas maravillosas, de misteriosos pabellones, todo riente, fresco, fragante, como despertando con el alba á nueva vida. El sol no había apuntado aún; el rocío inundaba las verdes hojas, las figuras de piedras, los

bancos rústicos, los cristales y los techos de colores, las yerbecillas que bordaban el suelo como sutil, invisible manto de hadas ornamentándolo todo, en fin, con temblorosos encajes cristalinos. Allá, algo lejos, había una elegante marquesina, sobre la misma hermosa fachada; en la menuda arena mecedoras y algunos sillones en desorden; apoyada en un gran jarrón una preciosa sombrilla... ¡prenda de Matilde, indudablemente! Hasta le pareció distinguir las señales de los pies del ídolo sobre la fina arena.

Abstrájole de su recogimiento extático la súbita aparición de un lindo muñequillo de *biscuit*... de una muchacha bajita y pizpereta, de ademanes sueltos y mejillas encarnadas; un tipo singularmente acabado de doncellita de casa grande. Alfonso no la conocía, no la había visto en otra época en casa del marqués; pero se hizo cargo al punto; era la doncella de Matilde. Sin andar con rodeos, la llamó, siseando misteriosamente. Al volver la niña la cara, la indicó que se aproximase; acudió con presteza, y el *gran hombre* le entregó su carta, más listo aún, diciéndole:—Para tu

señorita; ahora mismo.—Y desapareció de la tapia, dejando al muñequín con la boca abierta por el estupor y con la carta en la mano.

A la media hora no sabía ya Alfonso qué hacer; parecíale que había pasado una eternidad desde que entregó su carta; hizo doscientas mil cosas en aquellos treinta minutos... creyó que las había hecho; no se explicaba que el tiempo pudiese andar tan despacio. Recorrió toda la huerta diez veces; se metió en la casa y salió de ella otras tantas; como último recurso, desolado, muerto de ansiedad é inquietud, se asomó á la tapia de nuevo. Vió otra vez á la doncella... ¡Ay!... ¡Entonces comprendió su locura! Matilde estaría descansando aún. La doncella ni le habría entregado la carta.

—¿Cómo?, ¿es usted?—exclamó la muchacha, acercándose ligeramente como un cervatillo.

—¿Te sorprende verme aquí otra vez?

—No, no señor;—y la muchacha reíase picarezcamente.

—¿No habrás podido dar la carta todavía?...

—¡Digo! La entregué al punto .. La señorita estaba ya levantada; es muy madrugadora, pero lo que es hoy ha madrugado como nunca.

Alfonso creyó que se caía la escalera, que se caía la tapia, que se caía él... «Matilde estaría leyendo... habría leído ya tal vez las locuras que él había escrito la anterior noche!» La muchacha seguía charlando: «¡Cómo había madrugado su señorita! ¿Estaría esperando la carta?»... —¿Vá usted á darme otra?—preguntó de pronto, relamiéndose el hociquito.

—No, hija; con una es bastante,—contestó el *gran hombre*, alarmadísimo.

—Es que mi señorita recibió la carta muy contenta.

«Menos mal», pensó Alfonso con horrible inquietud. Y le preguntó candorosamente:

—¿Estás segura?

—¡Vaya! Le dije de parte de quién era.

—Pero ¿tú sabes quién yo soy?

—¡Ya lo creo! De parte de un caballero guapísimo, que se asomó á la tapia... Y por eso, como le ví á usted asomado otra vez, creí que iba usted á darme otra.

Iba á contestar Alfonso y la muchacha no le dejó, añadiendo prontamente:

—La señorita está en la huerta, pero no se vé desde aquí. Aguárdese usted un momento que corro á avisarla. Verá usted, verá usted,—y se alejó.

No creía Alfonso que iba á tener tanta fortuna; lo que faltaba era que el caballero guapísimo tuviese arrojo para continuar allí hasta que la marquesita fuera. Y se lo preguntaba interiormente con mucho temor. «¿Querría ir?» Entonces, de pronto, un pensamiento que venía mortificándole desde la noche antes, se arraigó en él con más fuerza. «Su padre le había prohibido en absoluto que hiciese mención á Matilde, si hablaba con ella, del lazo que los unía». Matilde no estaba al tanto de que el *tío Claudio* era su padre y dependían además intereses muy serios de que no lo supiera mientras no levantara la singular prohibición... «¡Ni en broma quería Alfonso negar á su padre!» «¡Ni aunque él mismo se lo pidiera!» Fortuna que sería por unas horas solamente, según aseguró el viejo; y el viejo no era hombre de faltar de ningún modo

á una palabra. «Pero ¡qué compromiso! ¿Qué le iba á decir á Matilde cuando hablase con ella? Lo mejor era no hablar... evitar estudiadamente toda clase de explicaciones hasta que el viejo levantase la extraña prohibición...» Iba—con muy gran sacrificio—á retirarse de la tapia, pero quedó allí, como enclavado, al sentir una vocecita de timbre de oro, diciendo entre enojada y risueña:

—Buenos días, señor mío. .

—¡Matilde!,—murmuró tembloroso;—perdone usted el atrevimiento.—Se había olvidado de la huerta, de su padre, de la prohibición de éste, de sus propósitos de no hablar con Matilde.

—¡Buena estoy con usted para otorgar perdones!—exclamó la damita muy picada...—Pero ¡qué sorpresa! ¡Cuán lejos estaba yo de pensar que íbamos á encontrarnos de aquel modo!

El *gran hombre* sintió un escalofrío. «Iban á empezar las preguntas, como si lo viera». Pero tuvo ánimo para decir:

—Tan lejos de usted estaba mi imagen!

—¡Cuidado con lo que se habla! Prohibido en absoluto tergiversar las cuestio-

nes. ¡Yo sí que debiera estar quejosa! ¡Si no es por casualidad,—¡una casualidad inconcebible!,—no hubiese tenido el honor de cruzar otra vez mi palabra con la del *gran hombre!*

—La ironía sienta mal en usted, yo se lo digo.

—No, no es ironía; es la verdad, sencillamente.

Inclinando el busto sobre la tapia, para acercarse más á Matilde, díjola con sinceridad que hizo conmover á la joven:

—¡Si usted supiera! Cuando regresé á Madrid estuve en su casa al punto. La convicción de que se había usted marchado, de que no me dirían en su casa el lugar de su residencia, duro golpe fué para mí. Todas mis indagaciones resultaron inútiles.

—Era de usted de quien menos esperaba ya una visita,—repuso ella ruborizada. —Le dí ya por perdido. ¡Tanto tiempo!... La consigna no hubiera rezado con usted... créalo.—Y añadió, con el mismo tono de antes, arrugadillo el ceño:

—Me vine á mi huerta de Córdoba... Sí, señor; á llorar aquí, *solita*, mi desen-

gaño... ¡A meditar sin testigos, en la mala condición... en la falsedad de algunos hombres!

—¿Falso yo, Matilde!

De tal modo pronunció el *gran hombre* estas palabras, que ella sintió latir su corazón apresuradamente... Mirándole, sonriéndole con candor de niña, añadió temblorosa:

—La carta de usted me complace mucho; lo he comprendido... Lo he perdonado todo.

—¿Y qué más?—preguntó él, respirando apenas.

—¡Que estoy contenta! ¿Qué más quiere usted?

Alfonso estaba más animado; conociéronse sus alientos, en que pudo expresarse con más facilidad. Lo dijo como lo pensaba: «En lo sucesivo, se acordaría siempre de aquella hora, como de una hora en que, para mirar al cielo, no tuvo que dirigir la vista arriba; que miraba abajo, abajo, y cuanto más miraba, más hermoso creía ver el cielo, más azul y más puro.»

Ella escuchábale riente. «Si el cielo estaba abajo, entonces los diablos ¿anda-

rían por las alturas?... Ella conocía alguno...»

—Diablo soy, sí, lo que usted quiera. Un diablo hechizado; un diablo convertido... Un diablo loco por un angel... Un diablo que está dispuesto á *descender* del infierno al cielo ahora mismo... si usted se lo permite...—y añadió de pronto, con íntima dulzura, inclinándose mucho sobre la tapia—porque no resulta bien decir á usted á voz en grito, todas estas cosas... y otras muchas que le quiero decir, callada, muy calladamente.

—¿Son de gran urgencia?—preguntó la muñequita feudal, con gestillo burlón, queriendo así ocultar las conmociones de su alma.

—¡Son... de muerte ó vida!

—¡Qué miedo!

—¿Consiente usted?

—Va á salir mi padre.

—Con más motivo; le saludaré cuando salga; él... y usted, saben el gusto que tendré en ello.

—Diablo y tentación todo es uno...

La muñequita feudal reía...

Alfonso agregó afectadamente:

—Ya el *tío Claudio* me hizo ciertas confidencias, no crea usted... Por estas escaleritas...

Pero Matilde le interrumpió, para exclamar roja de vergüenza:

—¡Con que el *tío Claudio* le habla á usted de mí! ¡Malo! ¡Malísimo! Por supuesto, cuando llegue la hora, se ajustarán las cuentas.

Se echó á reir de pronto, al ver la tenacidad del gran hombre...

—Por estas escaleritas que se quedaron anoche aquí... y por donde tantas veces subía para hacer rabiar al *tío Claudio* la ladrona de sus flores, yo bajaría ahora para *hacerla rabiar á ella...* digo, si ella me lo permitiese.

—¿Le digo á usted una cosa?

—Ya oigo.

—Pero en confianza.

—Se lo agradezco; venga.

—Que le llevo una ventaja al *tío Claudio*.

—¿Una ventaja?—Y el *gran hombre* quedó suspenso de curiosidad, por lo que iba á saber, y de admiración por la seductora malicia que se transparentaba en aquel rostro franco y riente.

—Sí, una ventaja... y muy regular: la de que, si usted bajase, no rabiaría yo... sino todo lo contrario.

Alfonso creyó morir de alegría; trepó la tapia con rapidez y descendió por la escalera, cómplice de la ladrona de los clavetes. Matilde decía en su tonillo, burlón y bondadoso:

—¡Me figuraré que entró usted por la puerta...! ¡Y como tiene usted que decirme tantas... tantísimas cosas...! Además, mi padre le verá á usted con gusto... Sólo que... no le diremos por donde ha entrado usted.—Concluyó, así, confusa, emocionada, dejando sus manitas en las del *gran hombre*, que había llegado ya hasta ella y las besaba tiernamente.

—¡Oh, Matilde! ¡cuánto suspiré por este minuto inmenso para mí!... ¡Por estar junto á usted! ¡Por estrechar sus manos como las estrecho hoy! Yo quisiera saber expresar ahora lo que tantas veces dije en mi soledad, durante aquellos días de combate desesperado. Pero no puedo. Delante de usted parece que la voz me falta. No es gratitud sólo lo que le debo á usted por esta indulgencia suya; le debo también la

vida... ¡Le debo también el honor, que vale más que la vida!... Porque era usted aquella silenciosa, dulce imagen... Porque era usted aquel genio misterioso de las minas, que aparecía en mis horas desveladas de terror y desaliento, para decir: «¡Adelante!» Y yo seguía adelante, adelante siempre; revolviéndome como un titán que tuviera sobre su pecho un mundo... Revolviéndome, para arrojarlo de mí. ¡Para correr en busca de mi visión adorada; de mi luz salvadora; de mi virgen peregrina; del agua pura, transparente, donde el espíritu sediento se anegase!

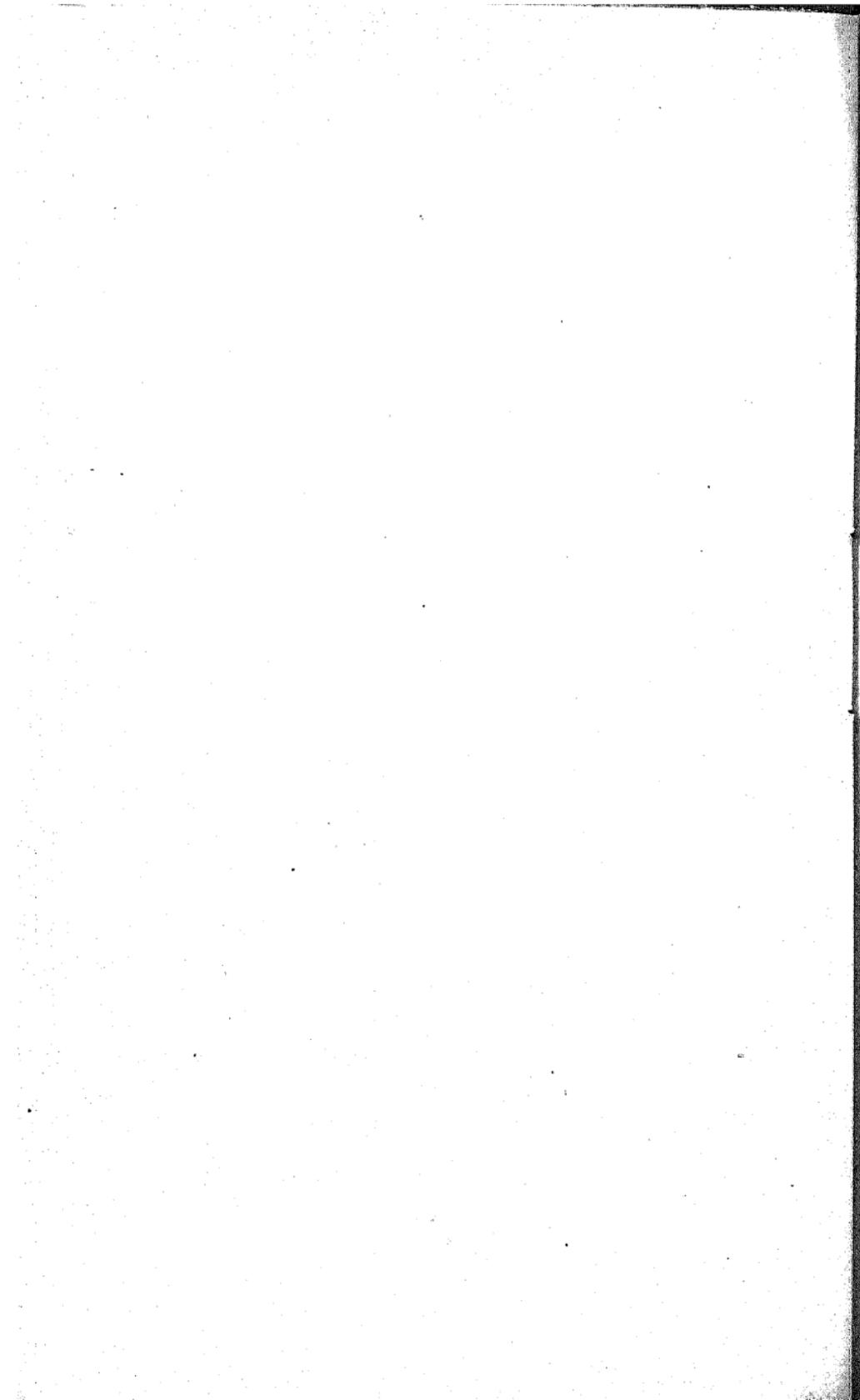
Matilde había ido inclinando la cabeza; escuchaba con religioso recogimiento; sus ojos humedecíanse con lágrimas de amor y ternura... Calló Alfonso, mirándola anhelante, como si la vida le fuese á faltar... Calló Alfonso y ella permanecía aún con el rostro inclinado, sugestionada, rendida, como si una gran voz del cielo estuviera repitiendo lo que el *gran hombre* acababa de decir. Alzó la frente, pálida, temblorosa; encontráronse sus ojos con los del hombre, que la miraba siempre, anhelante, hermoso, pálido también, conocía-

se jugaba su vida Alfonso en aquel momento.

—Alfonso,—dijo ella al fin, en voz apagada, alargándole la mano con un temblor que no podía reprimir;—Alfonso; no es usted un hombre de genio solamente; es más todavía, es usted un hombre de corazón... y fuera para mí una pena grande... ¿lo entiende usted? una pena muy grande... si algún obstáculo se opusiese á la realización de *nuestro sueño*. Esta es mi mano. En vida y en muerte.

—¡Oh, Matilde!—El *gran hombre* no pudo hablar ya. Estrechábanse las manos y mirábanse... ¡Fundíanse sus corazones! En aquel minuto supremo, piaron las golondrinas, lanzándose de sus nidos. Las violetas, los claveles, las mil galanas flores de los arriates y los macizos, estremecíanse de felicidad. Salía el sol.





XVIII.

Oyeron de repente en lo alto de la tapia una voz cascadilla y socarrona hasta lo indecible:

—Buenos días, señores.

La muñequita feudal lanzó un grito de sorpresa. Al *gran hombre* le sentó malísimamente la interrupción. Alzaron los ojos y encontráronse con el *tío Claudio*. ¡Ah, sin que se hubiesen mirado, ya sabían ellos quien era el importuno! Lo habían conocido en la primera modulación, solamente, de aquella vocecilla, que sajava la carne.

—*Tío Claudio*,—exclamó Matilde con mucho enojo;—es usted horrible; es usted feroz; es usted espantoso como una pesadilla... la pesadilla más negra que se pueda imaginar.

—Pero no me meto en la propiedad de otro á tomar lo que no es mío;—repuso el viejo, impasiblemente.

—*¡Tío Claudio, empezamos ya!*

—No, no... y me callo... Era al señor don Alfonso. . á mi huésped—añadió el viejo, acentuando las anteriores palabras y mirando á su hijo con intención para que no las desmintiera.—Pero señor don Alfonso; ahora me explico sus grandes triunfos, con esa actividad tan *filonera* que observo en usted siempre! ¡Vaya un modo de *minar!* Madruga usted de un modo extraordinario.

—Sí, que madrugo,—contestó Alfonso, sin darse cuenta de lo que decía;—me asomé á la tapia por casualidad... ví aquellos nidos de golondrinas... ¡pchst! y bajé por este lado para verlos mejor.

—¿Y se ha caído alguna del nido?—preguntó el viejo gravemente.

Aunque la cosa mereciera la pena, Matilde no rió; impedíasele el asombro que le causaba la confusión del *gran hombre*. «La verdad, no habían sido sorprendidos en ninguna acción indigna, para que el *gran hombre* se intimidase de aquella ma-

nera.» Alfonso, por su parte, miraba al *tío Claudio* con desesperación cómica, como queriéndole decir:—Si no te marchas inmediatamente descubro tu secreto.

El viejecillo pareció comprender. Se oyó su risita páfida y añadió con intenciones malvadas.

—Pueden ustedes continuar; yo me marchó... Señor don Alfonso, cuidado con los nidos... hay que contemplarlos, admirarlos, pero sin hacerlos caer... Hasta luego, señora marquesa... y cuidado con las minas.. Yo sé la historia de una *mina* que estalló. Le contaré á usted esa historia.

—*Tío Claudio* — gritó la marquesita, furiosa;—le detesto á usted.

No contestó nadie. Oíase la risilla páfida. El *tío Claudio* había desaparecido. El *gran hombre* estaba furioso también contra el viejo. Después de lo ocurrido, no tenía más remedio que marcharse al punto, para evitar la conversación que sin duda, vendría, en la cual hallábase seguro de antemano, de no saber qué decir. Pero no pudo despedirse; no halló ocasión. La muñequita díjole al punto riéndose... Riéndose, sí, no lo extrañéis; tratándose

del *tío Claudio* no podía estar enojada ni un minuto seguido:

—¿Ha visto usted que oportuno? Debe ser sino de esa familia importunar á todas horas. Pero ¡qué originales son! ¿Conoce usted á su hijo?

«¡Dios Padre!—pensó Alfonso, temblando;—ahora es ella!»

—Eso no es un hombre,—decía Matilde, riendo aún al acordarse de *Troncho*;—es un fenómeno sin igual.

--Bueno, pero usted ¿de quién habla?--preguntó el *gran hombre* un poco amostazado.

—¡Del hijo del *tío Claudio*, hombre! ¡Se lo estoy á usted diciendo! No ví nunca un salvaje mayor.

—No tanto, Matilde, no hay que exagerar las cosas.

—¿Cómo?—exclamó Matilde muy admirada.—¿Usted también le defiende?

—Lo que es como defenderle...—Quedóse parado sin saber que añadir... «Pero ¿en qué demonio de enredo le había metido su padre...?»—Sólo sé... que se habla bien de él... Que se le distingue.

—¿A quién? ¿Al hijo del *tío Claudio*? ¿A esa acémila?

—Pero ¿qué dice usted, Matilde?

—Una ácemila... una caballería... un buey... ¡Cómo que tira de la noria y todo!

—Pero Matilde, ¿usted conoce bien al hijo del *tío Claudio*?

—¿No lo he de conocer? ¡*Troncho!* ¡El ínclito *Troncho!* ¡El que habla á empujones! ¡El de la risa tremebunda! ¡*Troncho!* ¡El que tira de la noria! ¡El que siembra coles y todo lo que cae! ¡Si supiera usted la declaración que me hizo!—Y añadió cómicamente, imitando con sin igual gracejo, los ademanes y la voz de *Troncho*: —«*Dende* que la ví *asté* siento una cosa, una cosa...»—No pudo continuar: la interrumpió la risa.

Cuando se hubo calmado un poco aquel acceso, prosiguió alegremente:

—Le digo á usted que es divertidísimo; se declaró á mí, si señor, pero no es eso todo, sino que el *tío Claudio*, empezó á sostener que la pretensión de su hijo no era descabellada.

—¡Ah...!—decíase Alfonso muy preocupado;—«de manera que mi padre le ha hecho creer que su hijo *no es su hijo*... Que es otro hijo... Y que tiene otro hijo,

que no es su verdadero hijo... ¿Pero qué lío es éste y como lo habrá podido mi padre levantar... y dónde habrá buscado ese nuevo hijo que *tanto favor* me hace?» Dirigiéronse hacia la marquesina. Caminaban lentamente. Dijo ella con cierta timidez:

—Se ha quedado usted así, un poco pensativo.

—Supóngase usted; la noticia no es para menos... Tengo un rival.

—¿Le daría á usted cuidado de que me quisieran casar con otro?—preguntó ella malignamente.

—Si ese rival es como usted lo pinta, la verdad, no debiera yo tener celos.—De pronto, como por un impulso noble, de amor y fe, añadió apasionadamente:

—Y aunque fuera mi rival superior á mí; aunque lo fuera mil veces, yo sé que Matilde, ¡mi Matilde!, no hubiera alimentado mi esperanza... No hubiera traído la paz á mi corazón, sin estar segura de sí misma; sin comprender que un paso atrás ahora por su parte, sería para mí peor que la muerte.

—Me hace usted justicia — exclamó

Matilde sintiendo otra vez aquella gran conmoción Empezaba el sol á molestar; resguardáronse bajo la marquesina. Ella, apenas llegó, hizo sonar un timbre. Se presentó al momento la doncella, á la que preguntó si el marqués se había levantado. Contestó afirmativamente. Matilde, tendió sus dos manos al *gran hombre* y dijo-le muy conmovida:

—Es un capricho de niña voluntariosa; quiero hablar con mi padre antes que ustedes se vean. ¿Ve usted allá el invernadero?—Y le indicaba un hermoso pabellón que se distinguía entre los árboles —Vaya usted; vea usted mis plantas; vea usted mis flores; todas le conocen á usted, porque todas tienen mi alma; todas tienen mis pensamientos. ¿Irá usted? Mi padre viene... Espéreme usted allí. Yo iré en su busca... Tardaré muy poco.

—Adiós, Matilde —murmuró él con gran emoción.—¿Defenderá usted mi causa?

—Es la mía;—contestó ella sencillamente.

Se alejó Alfonso por una hermosa senda que acababa en el invernadero. Iba muy despacio, queriendo analizar lo que

pasaba en su alma. Su felicidad, su alegría, eran indecibles. Pero había un punto obscuro que le perturbaba. ¿Qué conspiración era la que su padre había fraguado contra la muñequita feudal? ¿Qué maquinaciones eran las del viejo astuto y hasta dónde las llevaría? ¿Qué hijo era aquel de quien Matilde le habló? ¿Qué haría, qué diría Matilde cuando supiese que el *tío Claudio*, aquel viejecillo extravagante cuyo corazón inmenso, cuya generosidad y grandeza, tal vez no habían tenido los señores de *Marrubiales* ocasión de comprender, era su padre? ¿Se volvería atrás Matilde, cuando supiese que era hijo de aquel viejo rudo, maestro de obras primeramente, campesino sin pretensiones después, que se burlaba de todo cuanto no fuera pueblo y del pueblo?... ¡Ella, la aristócrata, endiosada con sus títulos y privilegios, envanecida hasta la necedad, intolerante y ciega contra todo lo que no fuese de noble origen! Pero pensó, de pronto, que la ofendía juzgándola así. Lejos de amarla doblemente por la nueva y adorable faz que había encontrado en la educación, en el temperamento de aquella cria-

tura privilegiada, embebíase en dudas amarguísimas, tan contrarias á lo que era Matilde en realidad. El hecho solo, delicadísimo, de no haber ella intentado, ni por soñación, hablar una palabra de la familia... del origen del hombre de su amor ¿no constituía una prueba real de que para Matilde la felicidad, la verdadera soñada felicidad, estaba exclusivamente en él, sin otras desdichadas vanidades que nada son para entendimientos sensatos y que á ningún bien práctico conducen? ¿Qué vió en ella desde que observaba aquel día, sin querer, intuitivamente, sus acciones, sus palabras, hasta sus más insignificantes gestos? Aquella misma amistad con el *tío Claudio*, aquel sentimiento por el viejecito del *Limón*, engendrado con el trato... con el trato que hubiera podido evitar Matilde fácilmente ¿no era un ejemplo singularísimo de sencillez? ¿De que fraternizaba con todos, con los de arriba y los de abajo? La misma escena de que él fué testigo la noche antes, junto á la tapia del *Limón*, al ver á Matilde metida en aquella trampa guardadora del plantel de claveles y todos los detalles que

hubiesen dado lugar á aquella escena, día por día, y que, con su cerebro maravilloso, creía entrever, entre la muchacha y el viejo, ¿no eran otras tantas pruebas de que la muñequita feudal tenía un gran corazón? A ella misma ¿no la había oído aquella mañana, hacía unos minutos? Podía darse más juicio, más sensatez, más espontaneidad, más entusiasmo juvenil, más indiferencia á todo lo que no fuese lo inmortal, lo impalpable del espíritu, la vida, con todos sus fuegos misteriosos y todos sus ímpetus engendradores, pero la vida del alma, el alma siempre, en fin?... ¡Oh Matilde, adorada y calumniada criatura! ¡Cuán amada eras por *el gran hombre!* ¡Y cuán deseoso le tenías de pedirte perdón arrodillado!



XIX.

Ahora vereis, si merecía Matilde aquellos grandes pensamientos que Alfonso le dedicaba.

—¿Cómo... y Alfonso?—Había preguntado el marqués, buscando con extrañeza. Matilde le miraba sin hablar—¿Y el recado que me mandaste?—prosigió admirado.

—Papá, tengo que decirte... muchísimas cosas—advirtió ella riendo.

—¿Pero donde está Alfonso?

—Allá, allá... ¿Lo ves?—Y señalaba Matilde la silueta del *gran hombre*, cerca del invernadero.

«De verdad que la cosa no podía ser más extraordinaria ¿Dónde iba aquel buen joven, solo, por medio de la huerta, cuando acababa de llegar á *Marrubiales*, á ver sin duda á sus amigos, después de tanto tiempo?»

Matilde reía, un poco irresoluta. Le costaba algún trabajo empezar á explicarse. El marqués la miró sorprendido. ¿Qué era aquello? Por un instante, las dos miradas cruzáronse y se mantuvieron la una en la otra con tenacidad increíble... Aquella mañana, en aquel momento, á la luz espléndida y vigorosa de aquel sol cálido de estío, observó el marqués por vez primera, un segundo de vacilación é inquietud en su hija. Olvidó entonces las secretas tristezas que parecían combatirle, para pensar solamente en lo que á su hija pudiera affigir; lo olvidó todo, aquel padre indulgentísimo hasta la ceguedad, que solo vivía y alentaba para ella, como queriendo con su amor apasionado hacerse perdonar el largo tiempo de abandono en que la tuvo.

—¿Le ves?...—repitió Matilde, apartando ya la mirada de su padre, y fijándola con inmensa ternura en la altiva y varonil silueta que iba alejándose.

—Pero ¿por qué se va solo, dejándote á tí sola... y porque se va, cuando yo iba á salir? ¿Quieres explicármelo?

—Vendrá cuando se le avise,—repuso

ella, con un gracioso mohín;—tiene que hacer unos estudios importantísimos de botánica... Necesita soledad... ¿Lo ves? Ya entra en el invernadero.

—¿Pero estás loca, muchacha?

—Ven, ven conmigo.—Y cogiendo á su padre de la mano, le llevó con dulzura; entraron en la casa, é inmediatamente en una preciosa habitación baja de la derecha, con amplio ventanal, desde donde podía abarcarse el mismo horizonte casi que desde el sitio que habían dejado.

—Siéntate; aquí estaremos mejor.—Le hizo sentar é inútil es decirnos el asombro del viejo.

—Bien,—continuó la muñequita, muy gentil;—el señor marqués ¿me concede ahora su vénia?—Y saludó pomposamente cogiéndose la falda con gravedad cómica.

—Asunto gravísimo tiene que ser, cuando tú empiezas de ese modo.—El marqués parecía muy preocupado.

—¡Ay, papá!—repuso ella, sentándose junto á él.—¡Qué conocidos somos en casa!... No puedo engañarte: es lo mismo que si tú, con muchas y muy alegres demostraciones, me quisieras probar que no

te encuentras preocupadísimo desde hace algún tiempo, sobre todo desde que estás en *Marrubiales*.

—Es verdad, Matilde; y vas á conocer, puesto que es la ocasión, la causa de mis preocupaciones.

—No, nada de eso; ahora me toca á mí: quiero saber tus penas, si las tienes,—añadió suspirando;—pero antes quiero que sepas mis alegrías.

—¿Tus alegrías?

—¡Vaya!...

—Pero ¿qué asunto traes entre manos?

—Un asunto que no tiene espera, que no puede aguardar... ¡Ay, papaito!—añadió con gesto de exasperación cómica, que hizo reír al marqués—¡como que hace ya dos años que está pendiente! En fin, allá va el secreto.

—¿Sabes, Matilde, una cosa?

—Verá usted; ¿á que resulta que estás tocando casi, con las manos, mi gran secreto? Yo no sé lo que tienen estos viejecitos que siempre han de vivir casi, casi enterados, cuando se trata de asuntos transcendentales de gente nueva. ¿Voy bién, señor marqués?

—*Casi, casi...* Porque hay muchachas, que en lo tocante á malicia, dan tres y rayas al viejo más empedernido.

—Favor que el señor marqués dispensa á una humildísima joven.—Se levantó y saludó otra vez ceremoniosamente.

—Pero oye.

—¿Qué... qué?

—Lo que me extraña mucho, es otra cosa.

—¿Qué... qué?

—Que tu asunto urja tanto, que hayas tenido que enviar á Alfonso á estudiar botánica para que lo tratemos, sin esperar sencillamente á que nuestro amigo se marche.

—Es verdad; ya ves que no te ando con evasivas.

—Y haces lo que debes—exclamó el marqués, sin recordar los años de abandono en que su hija estuvo;—haces bien tratándose de un padre que tanto te ama.

—En fin, todo lo dicho servirá de exordio... Pero, al concluirse el exordio está ocurriéndoseme...

—Vamos, qué?

—Está ocurriéndoseme... que es más di-

fcil de lo que yo creía, entrar de lleno en el asunto.

—Pero ¿tan grave es?

—¡Tan grave!—contestó ella ingenuamente—¡Como que me quiero casar! ¡Ay!--añadió de pronto, poniéndose muy colorada—¡pues mira que pronto salí del pasol ¡Digo, papá, tan difícil como me parecía!

—Bien, esa aspiración es muy natural en una joven; pero falta saber ahora si me has dejado la elección de tu futuro, ó has elegido tú misma.

—¡Pues elegí yo!—repuso ella prontamente, con un lindo gesto;—la verdad es, que tú tampoco te has tomado mucha prisa. Si te dejo elegir á tí, me quedo para vestir santos.

Estas palabras, dichas con la ingenuidad y gracejo de costumbre en la muñequita feudal, hicieron una impresión tremebunda en el alma de su padre; su rostro pálido, de pómulos salientes y rasgos duros y altivos, adquirió una lividez mortal, que hubiera alarmado grandemente á su hija, si le hubiese observado ella; pero estaba Matilde en unas regiones deliciosas, encantadas, de donde le era difícil descender

en aquel instante. El marqués la observó sin contestar, como si hubiese querido inquirir si ardía algún sentimiento oculto de agravio y protesta contra él, en el fondo de aquellas palabras, alegres y frívolas; pero, inmediatamente, dejó de pensar así, como avergonzado de su mala idea, al suponer que una criatura tan encantadora y dulce pudiese ocultar sentimientos repulsivos. Un pesar profundo agovió su corazón, encontrándose culpable. Matilde fijaba en él sus ojos límpidos, esperando, con una especie de ansiedad dolorosa. Hallábase bien lejos de pensar en la injusticia de su padre. Creía más bien, que aquel segundo de silencio, era de reflexión penosa, considerando que la hija á quien tanto amaba, iba á pertenecer á un hombre, iba á compartir con un extraño su cariño, sus ternuras, iba á separarse de él para siempre; y en el fondo de su corazón generoso, se hizo la promesa solemnísimá de consagrarle, aún después de casada, más atención y solicitud que nunca, bien lejos de recordar, que su padre la había tenido tanto tiempo, y en su edad más crítica, abandonada en poder de extraños. El

marqués, dijo al fin, con un suspiro penoso:

— ¡Cuán verdad es, Matilde, lo que has dicho! ¡Cuán verdad es que nunca te hubiera hablado yo de casamiento!

Iba á continuar; por un instante, creyó Matilde que su padre descubriría sus ocultas penas: pero él se repuso prontamente, y añadió en tono que quiso hacer más ligero:

— Vamos á lo que importa; estoy deseosísimo de conocer á ese fénix que logró interesar el corazón de la señora marquesa. ¿Cuál es su nombre?

— Alfonso Jiménez, — dijo ella muy turbada, mirando á su padre con ojos pediguñeos de indulgencia y amor...

— ¡Alfonso Jiménez! — repitió el marqués admirado. — Pero Matilde ¿de quién estás hablándome?

Y ella contestó con una ingenuidad y malicia, que hubiesen hecho reir al marqués, á no encontrarse tan absorto en sus pensamientos:

— De aquel... papá... De aquel que está por allí... por el lado del invernadero, *estudiando botánica.*

—¡Alfonso Jiménez!—volvió á decir el marqués, irguiéndose con orgullo... —Pero ¿Jiménez de qué?...

—Pues no se lo he preguntado.

Ante la tranquilidad seráfica con que la muñequita dió su respuesta, el viejo pareció mortificadísimo.

—Matilde ¿qué es esto?—exclamó seriamente:—¿es posible que así hayas olvidado lo que te debes á tí misma? ¿Lo que debemos á nuestra sangre y á nuestra raza?

—La verdad, papaito mío; no olvidé eso, al contrario, me preocupó mucho al principio; pero no le encuentro ya tanta gravedad como antes. Así y todo, con mi orgullo de raza y mi gran abolengo, cuando me has dicho irónicamente «Jiménez de qué?...» y estuve para contestarte con calor, con muchísimo calor, con un calor como el que voy sintiendo ahora mismo, al decirte lo que creo que debo decirte: «¿Jiménez de qué? Jiménez de su talento maravilloso y aplaudido; Jiménez de su carrera brillantísima; Jiménez de su corazón grande, de su poder soberbio en la lucha por el vivir; Jiménez de su triunfo noble, ruidoso; Jiménez de su éxito y su

poderío... y ya ves, padre, que todo eso que ilustra un nombre tan vulgar, es mejor, muchísimo mejor que una rancia aristocracia, no ilustrada con actos de vida nueva, maravillosa y esplendente.

Acabó con ímpetu sin igual en aquella complexión fina de hoja de flor; y después de todo lo dicho, añadió aparte, para ella sola jovialmente, en uno de aquellos giros de su cerebro sano y bien equilibrado:

—¡Santa Madre!, si me oye el *tío Claudio*, se vuelve loco de alegría!

El marqués, inclinada la cabeza sobre el pecho, quedó callado y reflexivo; una gran batalla parecía librarse en su corazón.

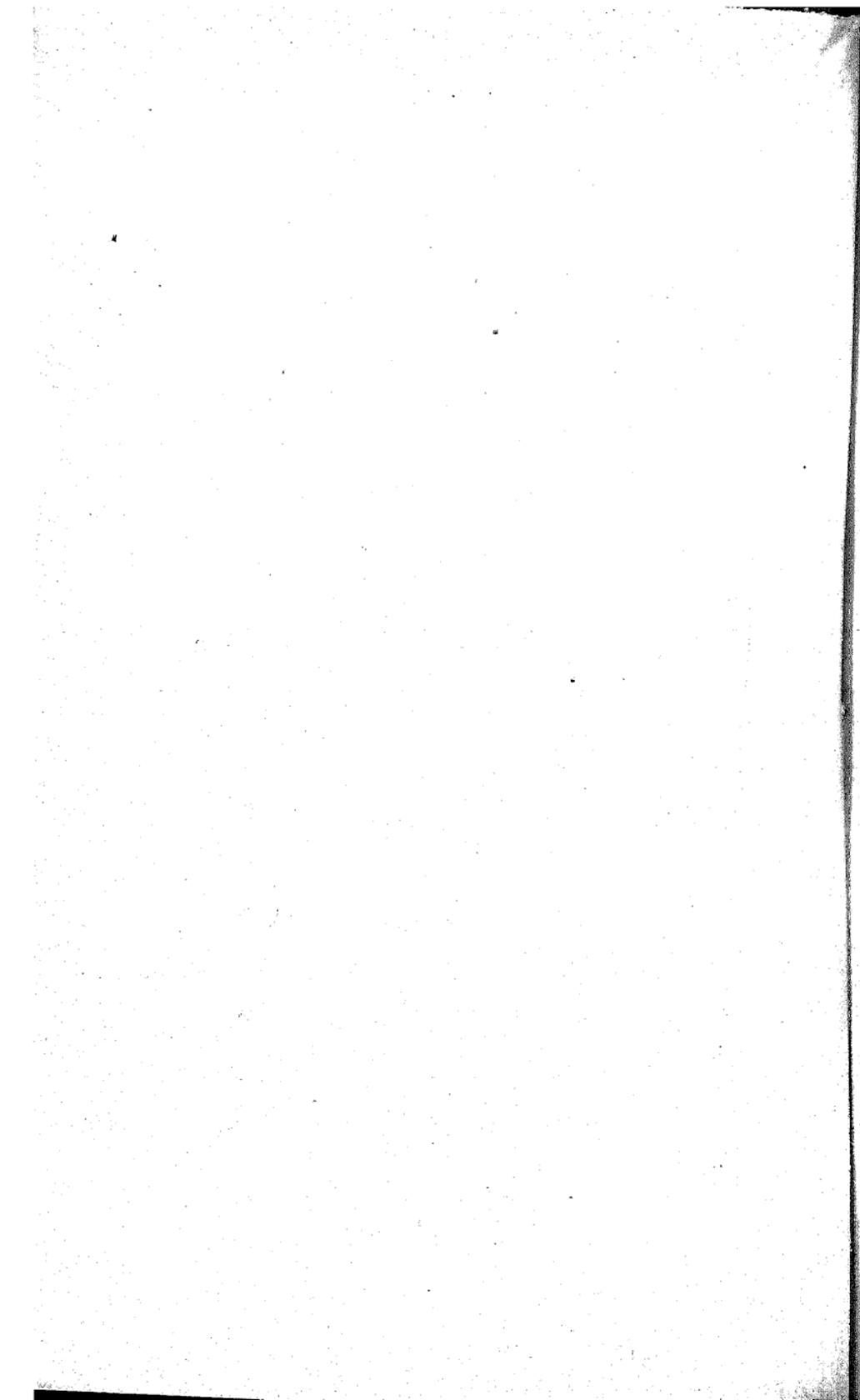
—No, no pienso como tú, Matilde—dijo al fin, lentamente—ni creo tampoco que tú piensas de verdad en lo que has dicho. Es cierto que los hombres son hijos de sus obras, pero hay algo siempre que está por encima de todo; está Dios que concede en su alta sabiduría misteriosos privilegios á los hombres, en los que tiene su origen el equilibrio humano.

—Bueno, bueno—repuso ella, mimosamente, dejándole apenas acabar.—Pero de

toda esa filosofía, papaíto de mi alma ¿saldrá algo provechoso para mí?

El viejo la miró complacido, acarició riéndose sus finos cabellos castaños.—Saldrá una cosa en resumen,—contestó más animado;—que sin pensar como tú del todo, pienso que *ese Jiménez* á quien tuve tiempo de tratar en Madrid antes de su marcha á las minas, es un espíritu verdaderamente privilegiado; pienso, hija mía, que es un hombre de honor; pienso, señora marquesa, que es un magnífico partido... Pienso en fin que, á pesar de todas mis preocupaciones, tratándose de él, no te será difícil quedar vencedora.

—¡Ah padre, padre, que alegría!—exclamó ella, arrojándose en sus brazos.—Porque estoy contenta. ¿Sabes? ¡Muy contenta! Nunca en la vida me has dado una satisfacción mayor... Voy á llamarle... ¿Me lo permites? Voy á contárselo. Un abrazo... Otro abrazo... ¡Voy, voy!...—Se alejó con rapidez; pero volviendo de repente, aproximóse al viejo; púsole las manos en los hombros, y mirándole con sus ojos húmedos de pasión y ternura, exclamó gravemente:—¡Gracias, padre!



XX.

Y el padre quedó hundido en gran desaliento. No sabía explicar qué inquietudes eran aquellas, de su espíritu. Había vivido hasta entonces en un error, y los errores se pagan siempre.. , con más ó menos usura, pero se pagan. A escepción de Mariano, el fiel y modesto amigo, nadie sabía su secreto, y era á Mariano, precisamente, á quien menos podía quejarse, porque fué el único que le quiso evitar las amarguras del porvenir; de un porvenir ¡ay! que ya era presente; el presente con todo su negro horror... Quedó meditabundo, sin fuerzas para dirigir la vista al camino por donde Matilde alejábase, como una visión dorada. «Había hecho un daño y le era imposible aplicar el remedio. ¡Y el daño, se lo había hecho á su propia hi-

ja! Bien pagaba aquel primero y más grande error, de separarse de Matilde, á la muerte de su mujer... De separarse de Matilde precisamente, por lo que más debió retenerla junto á sí; ¡por el gran parecido de Matilde con su madre! Lejos de considerar aquello como un gran alivio en medio de su cruel pesadumbre por la pobre muerta, le combatió, le hirió, le anadó. No pudo resistirlo... Se alejó de su hija, como se hubiese alejado de un abismo. Comprendía ahora, después de tantos años, que la triste hija abandonada, hubiera sido desde el fatal golpe, el consuelo de su corazón, evitándole también aquellos años de inercia, que tan útilmente hubiera podido emplear para aquella misma hija adorada. Ya era tarde... Tarde... y era preciso hablar á Alfonso; hacerle su confesión... á él antes que á nadie... ¡Ah, si aquel casamiento se hubiese podido realizar!»

De sus hondas meditaciones le sacó un criado. Parecía confuso: «escusábase por no haber tenido más remedio que molestar al señor. Acababa de presentarse un hombre que quería hablar con su excelen-

cia. Habiéndosele dicho que la hora no era oportuna, se echó á reír, asegurando desdeñosamente, que para entrar en *Marrubiales* hasta el señor marqués, era siempre hora oportuna. No se había visto mayor orgullo... Pedía permiso para arrojar al viejo... Porque era aquel viejo chillón de la huerta inmediata... El *tío Claudio*.»

Levantó el marqués la cabeza vivamente. ¿Qué podía haber de común entre aquel hombre testarudo y ordinario, y el señor de *Marrubiales*, para que se permitiese tal violencia? Un pensamiento vago, de zozobra le hirió en aquel momento; pero pudo recobrase pronto también, pensando, que no era por allí por donde llegaría el gran peligro que esperaba siempre. «Sí, era lo mejor; que pasara; que pasara el *tío Claudio*.»

Salió el sirviente, y el marqués seguía pensativo. ¿Qué quería el viejo, en fin? Se encogió de hombros, desalentado. Aquel viejo, con sus ojillos negros, brillantes, sus cejas cerdosas y su risilla pérfida, causábale una impresión de malestar; la impresión que nos produce un enemigo por-

fiado, aunque estemos seguros de nuestra superioridad sobre él.

Ordenó al criado que le hiciese pasar, porque, sobre todas sus impresiones, había puesto la de su curiosidad, al saber que *solicitaba* una entrevista... Y su curiosidad aumentaba por la forma *dulce* en que se había presentado. «No, no era miedo. ¿Al viejecillo del *Limón*? ¿Por qué?» Interiormente, repetíasele así, con secreta inquietud, como para desechar los verdaderos temores que le conturbaban.

Una voz burlona, fría, agresiva, exclamó en aquel punto, á dos pasos de él:

—¿El señor marqués permite que este humildísimo aborto de la plebe, se honre dirigiéndole la palabra unos cuantos minutos?

—Unos cuantos y los que tenga usted por conveniente. Le advierto que está usted en mi casa, lo que significa que es usted sagrado para mí. Basta, pues, de ironías. Tome usted asiento y dígame en qué puedo serle útil.

Mientras el marqués pronunció estas palabras, en un tono mesurado y digno, el viejo del *Limón* clavaba en él sus oji-

llos felinos y escudriñadores. Quedó callado un momento, como si todavía esperase algunas palabras del marqués, y exclamó al fin, con tremenda ironía, sentándose lentamente y apoyándose en su muleta al sentarse, mucho más de lo que á su cuerpo fuerte y acartonado le era preciso.

—¡Vaya, pues no me resulta ahora el señor marqués tan orgulloso!

—Señor mío; le acogí en mi casa con la cortesía que corresponde á mi sangre y á mi nacimiento. Pero si viene usted en son de guerra, es lo mismo; tampoco le rechazo.

—Perfectamente,—contestó el viejo con gran calma.

—Lo que le dije, señor... ¿En qué puedo serle útil?

—La verdad, tanto como poder serme útil, no sé lo que le diga al señor marqués; pero en fin, no hay que salirse de punto: todos en la vida estamos para servirnos, y Dios, el gran padrazo, para servirnos á todos...

—¿De qué se trata?—preguntó el marqués impaciente.

—Pues se trata... es cosa muy sencilla: de casar á mi hijo.

El marqués contempló al *tío Claudio* suspenso; éste sostuvo su mirada con una calma y una indiferencia irritante. Miráronse un rato así los dos viejos, y el marqués exclamó encogiéndose de hombros con una flema digna solamente de la del *tío Claudio*.

—¡Pues cáselo usted!

—El señor marqués ¿conoce á mi hijo?
—preguntó el viejo del *Limón*, socarromamente.

—Como si lo conociera: ¿no es el sin par y nunca bien alabado *Troncho*? Me habló mi hija de él; de su persona, de su educación, de su amenidad; me hizo su retrato, rasgo por rasgo..., detalle por detalle.

El *tío Claudio* pareció muy satisfecho. Le convenía mucho que el marqués estuviese perfectamente informado de las esclarecidas dotes que adornaban á *Frasquito*. Con visible placer, pronunció algunas palabras que parecieron de cortesía: «Retratado su hijo por la señora marquesa, estaba seguro; le conocería el señor marqués como si lo hubiera pa..., es decir, como si lo hubiera visto. Le ahorra por lo tanto la presentación...»

«¡Quería presentármelo!—pensó el marqués;—era lo único que me faltaba!... pero ¿á qué habrá venido aquí este hombre?»

Hubo una pausa larguísima: el *tío Claudio*, como si aguardase alguna contestación del marqués; el marqués, indiferente, como si estuviese solo. Al fin, como el *tío Claudio* nada decía, el viejo señor, mientras alargaba la mano para cojer un periódico, deslizó estas palabras:

—Con que... ¿casar á su señor hijo?

—Esa es mi intención.

—Bueno;—dijo encogiéndose de hombros y como con ánimos de ponerse á leer.

El *tío Claudio*, contra lo que hubiera sospechado el otro, permaneció impassible, mirándole con sus ojillos astutos. Y mirándole así, añadió con la mayor calma:

—El pobre está enamorado... Muy enamorado... ¿Por qué no complacerle? De modo que me he dicho: ¡Pues que se case!

—¡Pues que se case!—repitió el marqués en un tono encantador de impertinencia. El *tío Claudio* sonrió benévola-mente y afirmó con aire candoroso y satisfecho:

—Y en efecto; he venido á pedir al señor marqués la mano de su hija.

¡Ah, que buen desquite consiguió el viejecillo del *Limón*, si estaba en su ánimo el desquite, por la anterior impertinencia y frialdad del señor de *Marrubiales*! Su cara resplandecía, sus ojillos chispeaban con increíble fulgor, debajo de sus cejas empinadísimas; el marqués habíase levantado lentamente, trémulo de cólera; su rostro, pálido poco antes hasta parecer cadavérico, había ido encendiéndose en su actitud, en su tono; en su mirada, descubríase la indignación, el desprecio, el asombro que le producían las palabras que acababa de oír—que consideraba como viles—y la presencia de aquel hombre, más vil aún, por haberse atrevido á pronunciarlas.

—*Tío Claudio*,—dijo entrecortadamente, porque la cólera le impedía hablar;—nuestra desdichada aproximación en este laberinto de la sierra, me obliga á tolerarle algunas cosas; pero su estúpido atrevimiento pasa de la raya. Repórtese usted y comprenda al fin, de una vez para siempre, que *un hijo de usted* no es como un

hijo mío; y que entre nosotros no cabe lazo alguno, ni más alusión á esto... ni conversación siquiera de ninguna clase.

—Bien, no hay que tomarlo tan á pecho. Dicen que la calma... que la sangre fría, son muy propias de los grandes señores...—y era horrible la sangre fría... la calma del viejo al hablar.—Ya ve vuecencia, cómo yo trato el asunto. Parece vuecencia el *tío Claudio* y yo el gran señor... ¡Ni que hubiéramos cambiado los papeles!

—Tiene razón—pensó el marqués sentándose;—no debo preocuparme de este hombre; me pondría en ridículo.—Bien, *tío Claudio*,—añadió con aparente tranquilidad;—puesto que ya hemos resuelto ese asunto y no creo que tenga usted otro...

—Puedo irme por donde he venido ¿No es así, señor marqués? Pero todavía he de permanecer un poco, solo un poco. Hay otro asunto.

—¿Será posible?

—Sí, señor marqués, es posible; y muy grave, aunque vuecencia haya usado ese tonillo de burla... y aunque es tan gra-

ve, ha de notar vuecencia con qué sencillez se lo expongo; es lo siguiente: Como la vecindad de vuecencia—con perdón de vuecencia—solo me produce disgustos, y como mi hijo, desengañado el pobre, no podría resistir la presencia de la señora marquesa, *he dispuesto*—y recalcó sus palabras de una manera pavorosa—que se marchen ustedes de *Marrubiales*, quedándome yo tranquilo y satisfecho en mis dos huertas... ¿Se levanta vuecencia otra vez? ¿Toca vuecencia el timbre para que venga un criado y arroje de aquí á este loco? Perfectamente; pero hay la pequeña dificultad de que *este loco* no es loco, sino cuerdo y avisado... un poco más avisado de lo que el señor marqués se figura. Sencillamente, sin rodeos, sin ambajes: vuecencia está arruinado, completamente arruinado; vuecencia lo sabe; sus deudas superan con mucho á la fortuna que posee. ¡Desastre espantoso!... Pero la catástrofe, la espantosa y verdadera catástrofe, aunque la esperaba vuecencia, no pensó nunca que se pudiese presentar en la figura odiada y repulsiva del *tío Claudio*. Señor marqués—añadió de pronto, en voz seca

y autoritaria;—aquí tiene vucencia todos los créditos... de todos sus acreedores; todos, absolutamente todos, están adquiridos por mí. ¡Todos vencieron! ¡Qué paciencia, qué tenacidad, qué astucia para llegar al logro de mis afanes, que era el de adquirir estos créditos! Y figúrese vucencia la carga de millones que podrá llevar sobre sus espaldotas plebeyas, el pobre diablo á quien vucencia quería arrojar de *Marrubiales*, poco menos que á puntapiés, cuando ha podido desde su rincón de la sierra enterarse del estado de sus negocios, entenderse con todos sus acreedores y ser, con estos créditos vencidos, dueño, pero dueño absolutamente, de vucencia. ¿Qué? ¿Hablo con claridad? ¿Quiere vucencia que vaya repitiéndoselo?

En aquel momento apareció un criado; el marqués; de pie, inmóvil, le miró vagamente como si acabase de perder la memoria; como si no le conociera, ni se hiciese cargo del lugar en que se encontraba, ni de la presencia de su temible enemigo. Al fin, como si empezase á recobrar sus facultades de sentir y pesar—dijo con lentitud:—Véte, no era nada.

El marqués volvió pausadamente hasta la mecedora donde antes estuvo sentado. Respiraba con dificultad. Parecía abrumarle una gran fatiga. Los ojillos relucientes, clavábanse en él como garras de fuego. El sol empezaba á caldear la tierra; el aire cálido, pasaba por las frondas, cogiendo sus caricias húmedas, del rocío de la noche; las flores cerraban sus cálices... A lo lejos, se recortaban en un horizonte de azul intentísimo las crestas agudas de las cumbres, que resplandecían besadas por el sol con duro brillo metálico.

Oíanse allá por la parte del invernadero, risas sonoras.



XXI.

—No,—dijo al fin el marqués, con una calma, de que el mismo viejo del *Limón* tuvo que admirarse—no es preciso que lo repita; sé lo que me ha dicho usted y presiento lo que falta.—Y añadió con ironía tremenda que hirió al viejo con más dolor que cien puñales bien afilados.—Su baja estofa le ha hecho concebir una idea absurda: la de ennoblecer con sus millones al hijo imbecil, comprándole una mujer de mi raza, que, por no morir de hambre, moriría de horror seguramente, al lado de ese mónstruo.

Al principio el *tío Claudio* tuvo idea de lanzarse sobre aquel orgulloso viejo; pero pensó de repente que no era del *gran hombre* de quien el marqués hablaba, que era de Frasquito, y una secreta alegría

contúvole; estaba resuelto á realizar sus propósitos. «Se las tenían que pagar allí; la hora del desquite, ¡del gran desquite! había llegado». Por eso, á las palabras ofensivas del marqués, repuso tranquilamente:

—No quiero discutir; quiero saber una respuesta. ¿Se casan ó no?

—Nunca.

—En ese caso, si á vucencia le queda algún pariente, algún amigo generoso que le ampare, acuda á él en el acto. Yo no puedo conceder á vucencia nada más que el tiempo que la ley le concede... Porque vucencia lo sabrá; se lo habrán escrito... Su palacio de Madrid, todas sus otras fincas, hipotecadas, esta huerta, todo lo que en todas sus fincas hay, todo me pertenece; hasta el último cuadro, hasta la última alhaja, reliquia de familia, hasta el último juguete de *biscuit* de la linda marquesa de Nervión.

El marqués inclinó la frente; estaba abrumado, vencido, muerto del dolor y vergüenza. «¡Hallábase á merced del tío Claudio!...» ¡De aquel hombre!

—Sí,—dijo:—abusa usted de mi desgra-

cia y serían inútiles las súplicas.—El *tío Claudio* respondió ásperamente.

—¿Para qué las súplicas?—Vuecencia á á su negocio; yo al mío; mi negocio es que los muchachos se casen. ¿Se casan? Bien. Yo devuelvo á vuecencia sus créditos, todos sus créditos ¿lo entiende vuecencia?... ¡Y por Dios que el *tío Claudio* será generoso! Porque esos créditos representan una gran fortuna. . Pero sé hacer las cosas y no me parece bastante aún; doto á la novia como á una reina y no cuento lo que el muchacho aporte al matrimonio, que será otra fortuna tan grande ó mayor que la que vuecencia recupera con los créditos. ¿No se casan? Entonces, nada hay que hablar. Es muy justo que nuestras relaciones cesen y nuestra vecindad acabe.

¡Qué honda súplica, que sinceridad tan triste tuvieron entonces las palabras del marqués!...—¿Por qué no me oye usted un instante? Ya está usted viendo que transijo con mi orgullo... Ya está usted viendo que olvido sus ofensas...

—¡Ahora va á perdonarme la vida!— exclamó el *tío Claudio* bruscamente.

—No, *tío Claudio*, comprenda usted mis

palabras; reflexione usted en la imposibilidad absoluta de su pretensión. No es que yo quiero zaherir á su hijo, ni ensalzar á Matilde. Pero ¿qué harían? ¿Cómo vivirían? ¿Cómo sobrellevarían la existencia dos séres tan distintos en educación, en costumbres? ¡Sería una vida horrorosa la de los dos! Lo que usted cree la felicidad para su hijo, sería su desesperación, su muerte... y el remordimiento y la muerte de usted, *tío Claudio*. Usted es padre... Es un padre quien le habla. ¡Usted conoce á mi hija! ¡Sería matarla también! Le hablo á usted con el corazón, *tío Claudio*; sería matarla, y á mí, como á usted, me mataría el remordimiento. No, no piense usted en esa locura. Si hay alguna otra forma de que yo pueda rescatar esos créditos, dígalo, pero la que usted me propone, no... Mi hija le deberá la existencia... Yo también, *tío Claudio*, y siempre, siempre, estará usted en nuestro corazón, ¡yo se lo juro!, como un salvador y como un amigo.

Concluidas estas palabras, el viejo cayó como desmayado; era horrible lo que en aquel corazón pasaba; á sus terrores, á sus incertidumbres tenía que unir otro senti-

miento más repulsivo aún: el de haberse visto precisado á humillarse á un hombre á quien creía ignorante, brutal, desprovisto de todo sentimiento de humanidad y ternura. El *tío Claudio* comprendió, con su claro instinto, lo que pasaba en aquel corazón; lo que batallaba en aquel cerebro, y exclamó despreciativamente, encogiéndose de hombros:

—¡Doblegado al primer empujel ¡Hé ahí el hombre!

—*Tío Claudio*, ¿qué haría usted en mi lugar?—Y el marqués se irguió de pronto, revolviéndose como una fiera, á pesar de su abatimiento. El *tío Claudio*, con un desdén increíble, repuso:

—Decir no, siempre no. Eso es lo que yo hago. Señor marqués, creí encontrar un hombre al entrar en esta casa; no encontré un hombre, encontré un cobarde.

El marqués no pareció hallar un insulto en aquellas palabras, ni en aquel tono; acercóse dificultosamente al viejo del *Limón*. Cogiéndole con fuerza nerviosa de un brazo, señaló por la ventana al fondo de la huerta; aquel espacio luminoso y ardiente, aquel bosque sombrío, de fres-

cas sombras, aquellas sendas enarenadas, bordadas de árboles y arroyuelos, aquel pabellón originalísimo del invernáculo, de finos cristales que destellaban al sol... Y como nota delicadísima, entre todo aquello que sugestionaba el corazón y los ojos, la figura gentil de la *muñequita feudal*, apoyándose en el brazo del *gran hombre*, dichosa, emocionada, risueña. El *tío Claudio* disimuló su emoción; un velo de lágrimas cubría sus ojos. El marqués no pudo observarle.

—No es cobardía,—exclamó tembloroso;—es aquella mujer; es mi hija; ama, la la aman. De un modo ó de otro, casándose con su hijo de usted ó no casándose, yo lo presiento, he destruido su felicidad. Esa, *tío Claudio*... esa es mi cobardía. Fué el destino.

Todos los rencores, todos los odios del *tío Claudio* contra las razas privilegiadas y contra aquel hombre débil, en particular, subleváronse: miró al marqués con el infinito desprecio y orgullo de quien robusteció su pecho en la lucha fiera por la vida y llegó á la cumbre desde la nada, de donde

había salido. Le pareció aquel hombre cadavérico, tembloroso, indeciso, un miserable gusano representación de toda aquella raza degenerada, á la que había achacado siempre las miserias, las desdichas, las hecatombes sociales. Parecíale cobarde y vil aquel hombre, á quien en el fondo de su corazón tenía juzgado y condenado; aquel hombre que se adurmió placidamente en su propio dolor, desatendiendo familia, trabajo, fortuna; dejando al azar, no solo su propia suerte, sino la de su hija, para quejarse después de la fatalidad, que ninguna culpa había tenido de desgracias que él mismo acumuló sobre sí. No sabía el *tío Claudio* qué era más grande, si su indignación ó su desprecio... «¡Oh, raza degenerada!... ¿Y aquellos eran los hombres superiores?... ¿Y aquél estaría pensando allí, en tal momento, que él —el *tío Claudio!*—era un ignorante, un egoísta, sin corazón y sin principios?..»

No tuvo piedad; su voz seca, vibrante, desgarrada, resonó en el cerebro del marqués, como un anatema sombrío.

—¡Cobardía! ¡Vergüenza, sí! Creerse un deshaciado porque se nos ha muerto

un sér querido; es decir, por un dolor común á toda la humanidad; abandonar la patria, los hijos, los intereses más nobles, hundirse en vergonzosa postración, mil veces más repulsiva que las aberraciones más absurdas, olvidar á un sér inocente en manos extrañas; dejar que se desmorone la hacienda en el cobarde abandono, dejar que la misma vida se desmorone; languidecer, envejecer en la inercia como un parásito, digno de que se le arroje á los muladares; gastar locamente, sin preocupación, más de lo que se tiene—lo propio y lo ajeno—en viajes fantásticos, en locas quimeras, *para olvidar...* como si para olvidar no estuviese el trabajo, cruz y redención del hombre... y luego de repente, en un arranque ilógico amar á la hija abandonada, cuando puede hacerle ya la vida agradable; pensar entonces con terror, que en esos años de inercia, de imbécil holgazanería, se derrumbó la gran fortuna amasada dignamente por generaciones y generaciones; lanzarse á seguida, sin más reflexión, temerariamente, con la orgullosa suficiencia de los que, por su linaje ilustre, se imaginan que todo es fácil, co-

mo si su voluntad fuese un *sésamo* á cuya orden misteriosa todas las puertas se abriesen de par en par; hacer naufragar los restos de esa gran fortuna en empresas locas; perderlo, enagenarlo todo, robar á su propia hija, echando mano de bienes que solo á esa hija corresponden, y excusándose, para acallar su remordimiento, con la idea de que por ella lo hacía solamente, cuando en realidad había otra cosa más negra y dura, el demonio del orgullo, que le impedía reconocer sus pocas aptitudes para especulador, impeliéndole no obstante, á seguir especulando; arruinar también á la hija, dejarla sin hogar, sin pan, perder la salud, la fortuna, el honor y no morir después de todo esto como saben morir los hombres, sino refugiarse en la huerta, acorralado, tembloroso, en espera de la catástrofe final, sin una decisión, sin un arranque, sin un grito, sin el rugido de fiera de quien vive y muere luchando, eso, señor marqués, es lo más vil que en el mundo se vió; lo que más horrible castigo merece... ¡Oh tierra, gloriosa madre! Si todos los hombres de esta raza decantadísima de privilegiados; de esta ra-

za, de donde salen los reyes y los príncipes; de donde salen los primeros ornamentos de las sociedades y las naciones, son á ejemplo de los que yo, por desgracia, en mi ruda existencia conocí, abre tus entrañas nuevamente y húndela otra vez en tu seno para que no entorpezca al siglo en su marcha serena y majestuosa... Para que no le roben su fuerte savia y su vida augusta, los cárdenos, repugnantes labios del vampiro.

Respiró ardientemente, como si al fin hubiera logrado ensanchar su corazón, y añadió más tranquilo, con una frialdad no menos abrumadora:

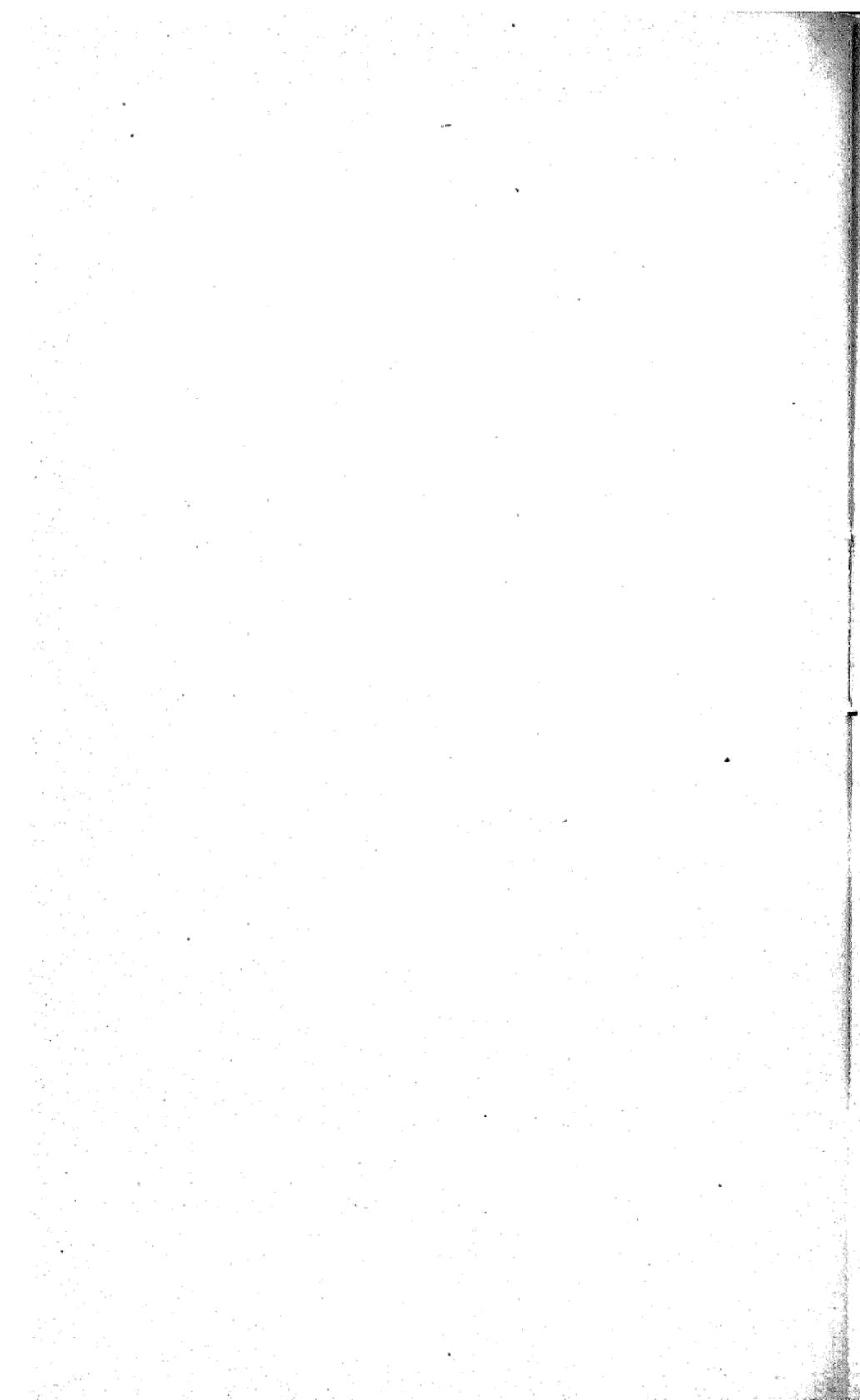
—Ea, basta ya, señor marqués; treinta minutos, ese tiempo concedo para una respuesta definitiva.

El marqués no habló; tenía oculto el rostro en las manos; temblaba. El viejecillo del *Limón* sintió de repente una piedad inmensa, pero quiso disimularla; era terco hasta lo increíble. Tenía un plan y era preciso llegar á lo último. Fué á salir, pero el marqués, incorporándose un poco, dijo temblorosamente:

—Espere usted; *tío Claudio*; he de

cumplir un deber; he de hablar con mi hija; he de revelárselo todo... Tenía la esperanza de poder evitarme este suplicio, pero ya es imposible. Sus palabras me lo hacen ver; yo, que no supe velar por su suerte, no debo inmiscuirme en sus decisiones. Lo sabrá todo.. Que ella resuelva... Se aproxima precisamente. ¡Cuán dichosa es, *tío Claudio!* El golpe será rudo, pero tiene corazón y sabrá resistirlo.





XXII.

Alfonso no vió á su padre; dirigióse apresuradamente al marqués y le abrazó conmovido.—Gracias, gracias,—decía con gran efusión.—Me lo ha contado Matilde. Señor, gracias.—Estaba radiante. «Había vencido también» Su padre le miraba disimuladamente, con gesto irónico. El marqués apartaba la mirada del *tío Claudio*, turbado, confundido.

La *muñequita feudal*, habíase quedado suspensa al ver al viejecito del *Limón*; aquella visita inesperada y sorprendente la inquietó, sin que se pudiera explicar el motivo; pero no dejó entrever sus inquietudes.

—*Tío Claudio*, ¿qué novedad es ésta?— exclamó alegremente, dirigiéndose á él, mientras Alfonso, y el marqués hablaban

—Una, muy singular... Hoy es día solemne.

—¡No lo sabe usted bien! ¡La gran noticia!—contestó ella, riéndose, sin querer fijarse en la actitud extraña del *tío Claudio*; sin querer recordar sus palabras de la noche antes... y de hacía pocos momentos.

—¡La mía sí que es grande!—repuso el *tío Claudio* sencillamente.

—Ya veremos, *tío Claudio*.—Y le miraba con sus ojos serenos y bondadosos, que parecían decir con elocuentísima expresión: «No viejo, de tí no vendrá daño para la *muñequita*». Y añadió en tanto, animadamente, con aquella malicia y gracia señoril, que con nada podía compararse: —Pero ¡quién había de pensar que iba usted á tener en su casa al *gran hombre*... y que le conocía usted!

—No le tenía en mi casa... Llegó con mi hijo.

Al recuerdo de *Troncho*, hizo Matilde un mohín, y repuso prontamente, mirando al viejo, con inquietud, que entonces no pudo disimular.

—*Tío Claudio*, hay casualidades increíbles.

—Esta no; soy un accionista; un socio casi, del señor don Alfonso; teníamos que tratar asuntos urgentes; le invité hace tiempo á pasar unos días en el *Limón*. ¿No se lo ha dicho él?

«No, no se lo había dicho; no le había preguntado ella tampoco. ¡Preguntar!...»

—¡Señor don Alfonso!—exclamó el *tío Claudio*. Acercábase éste: el viejo mirábase como diciendo: «¡Cuidadito!». Matilde no le observó. Exclamaba entonces, dirigiéndose al marqués, con aquel tono voluble y sutil, tan propio de ella:

—¡Ah, papá!. No sabes lo que me alegra de ver aquí al *tío Claudio*... ¡Pero si viene con buen fin!

—Ahora te diré á lo que viene, hija mía, —dijo el marqués gravemente.

Ella le miró confusa; miró también al *tío Claudio*. «¿Qué querría en su casa aquel hombre?... ¿Qué querría allí... en aquella ocasión?»

—Padre, soy dichoso... Nos casamos, —decíale Alfonso al *tío Claudio*, en voz baja.

—Me alegro.

Matilde hizo á su padre esta pregunta, muy bajo tambien:

—¿Qué ocurre?

—Será que lo presiente?—pensó el marqués, aludiendo á Matilde.—¡Me parte el corazón!

—Señor marqués, creo que se lo manifesté todo á vucencia—dijo el *tío Claudio*.—Y añadió en voz baja, á su hijo:

—Vente.

—«¿Qué querrá mi padre?»—pensó Alfonso.—*Tío Claudio*, nos iremos juntos.

Se despidió del marqués; de Matilde...

—Ven pronto—díjole ella. Y el *tío Claudio* murmuraba con secreto bienestar que invadía su corazón:

—¡Qué pareja!

Salieron. Y Matilde, apenas hubieron salido, quedó suspensa, inmóvil, sin atreverse á emitir la voz. Tal era el aspecto de amargura y desolación de su padre; él no la miraba, no la hablaba tampoco. Fué una pausa suprema.

—Entonces—dijo ella al fin, haciendo un gran esfuerzo—¿es que se trata de algún asunto grave?

—El *tío Claudio* que insiste en su pretensión.

—¡Su pretensión!

—La de que te cases con su hijo.

Matilde se tranquilizó... «¡Y aquél era un asunto grave!» Echóse á reir franca, ingenuamente.

—Por lo menos, no es para risa,—añadió el marqués desolado...—¡Ah, yo te lo aseguro!

—¿Que no es para risa? Bueno, no reiré; lo que tú quieras; será mejor que no ría... Sin reir, muy seria, te diré yo ahora que profeso simpatías al *tío Claudio*; la verdad, más que simpatía, un cariño afectuoso; pero sentiré concluir con él terminantemente, si persiste en esa broma ridícula.

—¡Y tanto como persiste! No sabes hasta qué punto, ni qué seguridad tiene de conseguir sus propósitos.

La *muñequita feudal* contempló á su padre un momento muy sorprendida. Dijo, revelando su profundo estupor en su tono, en cada una de sus palabras:

—Estoy pensándolo: parece que la pretensión de ese hombre no es absurda, que no está loco, que es muy natural lo que pretende, según la sangre fría con que él lo pide, según la gravedad con que tú hablas de ello, ¡qué sé yo!... y hasta según

cómo le escucho á él y cómo te escucho á tí, que casi estoy poniéndome seria de verdad... No, no,—añadió al punto.— Pero ¿quién toma en serio una cosa tan absurda?—Y echó á reir nuevamente.— Por supuesto; le habrás hecho comprender en buen romance lo atrozmente ridículo que está con sus pretensiones.

—¡Lo he pretendido!—Dijo el marqués gravemente.

—¡Lo has pretendido!—prosiguió ella muy afectada.—De modo que el *tío Claudio* puede cuando quiera, como quiera, sin que nadie le haga callar, atormentarme á mí con esa monstruosa combinación, sacada de no sé donde... ¿Puede entrar en esta casa, atormentarte á tí lo mismo y quedarte tú preocupado, sobrecogido, cuando por causas más fútiles,—infinitamente más fútiles,—has arrojado de tu presencia poco menos que á latigazos á quien vino á importunarte? Vamos, no; te digo que no.

Su voz pastosa, de timbre grato, había ido tomando una expresión singular, que su padre nunca había tenido ocasión de observar en ella; sus ojos de infinita dul.

zura siempre, chispeaban con misterioso fuego; en sus ademanes, en su actitud, revelábase una energía indómita, debajo de aquel cuerpecillo dulce, de flor. Quedó mirando á su padre, atenta, fija, como pendiente de sus labios, con secreto terror de lo que iba á oír... Pero el marqués se limitó á exclamar con un abatimiento que resultaba á Matilde mucho más penoso que las palabras más graves:

—Sus alternativas tiene el mundo, Matilde, yo te lo digo.

—¿Sabes que me vá dando miedo?—
Exclamó ella, involuntariamente.

—No, no tengas miedo... No lo tendrás,
—dijo él, mirándola vacilante;—es preferible que reflexiones. Miedo, no; sangre fría es lo que te hace falta.

—¡Padre!

No sabía el marqués de qué manera empezar; no lo había dicho todo aún y su lengua se trababa cuando pretendía decir lo restante. Ella, ante aquel silencio penosísimo, peor que todas las angustias, añadió impetuosamente:

—Pero es un talismán de influencia poderosa, de lo que ese viejecito dispone,

para que entremos todos en sus cábalas? ¿Para que seamos figurillas que dancen al soplo misterioso de la oculta maga que le protege? Basta ya. Si tú no le hablas, lo haré yo, descuida. Comprenderá de una vez.

—Seré yo quien le hable, descuida tú, —exclamó el marqués suspirando.—Le hablaré, sí; vendrá muy pronto. Nos concedió media hora para la respuesta definitiva.

Matilde se pasó las manos por la frente, como para apartar de su imaginación algo horrible.

«¡Nos concedió... Respuesta definitiva!» decía con lentitud, repitiendo las últimas palabras de su padre. Y después, en una explosión inmensa:—Pero padre, ¿no ves que voy á volverme loca?

—Calma, por Dios, Matilde; serena tu ánimo y apreciarás entonces debidamente el alcance de las cosas.

—Sí, sí, habla. ¡Si eso es lo que yo quisiera! ¡Comprender bien... Comprenderlo bien todo!

—Hay en lo que nos sucede una fatalidad, pero lógica al fin, como es lógico

cuanto en la vida vemos y tocamos, por inverosímil que nos parezca. Óyeme bien, Matilde: hace algún tiempo, por causas diferentes,—la principal de todas mi deseo de engrandecer nuestra fortuna para tu mayor esplendor y bienestar,—hice algunas operaciones bursátiles, con muy mal tino desgraciadamente.

—¿Tú?— exclamó Matilde, admirada.

—Yo, sí.

—¿A pesar de tus sarcasmos contra esos aristócratas que dicen horrores de los negociantes... y que no son luego los últimos en acometer un negocio, cuando cuentan, por buenos ó malos fines, con la ganancia positiva?

—A pesar de eso... Pero tuve mi castigo... ¡Ya ves cuan humillado estoy! Queriendo reponerme de aquel fracaso, insistí con otras operaciones... y con la misma ó mayor desgracia. Mi terror, al pensamiento de que tú supieses nuestra pobreza.. nuestra total ruina casi, me hizo continuar en el mismo camino, con verdadera ceguedad, con verdadera locura. Ya en la pendiente, caí, rodé... ¡Rodé hasta el fondo!

Matilde, oía con atención; más que dolorida, parecía admirada. Una pregunta ocurríasele ante todo. ¿Pero por qué su padre se había metido en aquellas especulaciones que no se podía explicar? ¿Por qué aquel ansia de dinero? Porque no era concebible que su padre se lanzara á tan extrañas aventuras, no siendo por un afán, súbito é inmoderado de riquezas. ¿Y qué necesidad tenía de esto, si eran poseedores de una gran fortuna, saneadísimas, que arrojaba enormes rentas? Tal como en su interior se hacían estas preguntas, se las hizo á su padre seguidamente. Pero no como quien pide cuentas, cosa que le hubiese sido en verdad repulsiva, sino por interés curioso, y obligada por las mismas revelaciones que su padre hacía. Pero sintióse presa de una impresión penosa cuando el marqués, confuso, en voz baja, apartando la vista de ella, dijo:

—Gran parte de esa fortuna, desapareció en los siete años que corrí por el mundo; hice mal; al verme otra vez contigo, pude darme cuenta de ello. Entonces quise recuperar lo perdido, metiéndome con repugnancia en esas combinaciones de

bolsa, creyendo reconstruir así una fortuna que era tu patrimonio.

Aquellas palabras, el tono en que fueron dichas, conmovieron á Matilde profundamente. Sintió pena grande, de verle confundido.

—¡Te has arruinado!—exclamó pensativa. Y de pronto, con generoso ímpetu:—Pero ¿qué importa, si no te deshonraste? ¿No tenemos todavía mi hacienda, lo que de mi madre heredé, que no fué poco? Yo te cedo una parte; la mitad. ¡Hay mucho!

El marqués inclinó la frente, con lágrimas de vergüenza y dolor. Pensábalo al mismo tiempo: ¡Qué caro pagaba sus errores!

—¿Pero qué?—prosiguió Matilde ardentemente, exaltándose más á medida que hablaba.—¿Por qué bajas la cabeza delante de tu hija? No, padre, no hagas eso. ¿No comprendes que viéndote de ese modo, humillado ante mí, me haces más daño que todas las ruinas y todos los dolores?

—Esta humillación mía, te hará comprender mi desgracia... ¡nuestra desgracia!

—¡Padre!—gritó ella desesperadamente.

—¡Perdóname, Matilde!

—¿Qué?—murmuró.—¿Entonces... todo en absoluto... todo se ha perdido?—Y se levantó lentamente, aterrada, lívida, muerta.

—¡Hija!

—¡Ah!—gritó ella.—Pero ¿cómo puede venir la desgracia tan pronto... tan silenciosa... arrastrándose para caer de golpe; para aplastar con su peso... para ahogar con sus anillos?—Fueron estas palabras gritos desgarrados de dolor y muerte. Levantando los brazos al cielo, parecía la estatua de la desolación y la ruina. Un sentimiento nuevo invadió el alma del marqués, ante aquella actitud inesperada de Matilde. Contaba con que sus revelaciones la sorprenderían, que la causarían pesadumbre también, pero sin sospechar nunca que pasase de ahí. Parecíale imposible que se revelase en su hija, como lo estaba viendo, en su edad juvenil, con sus ideas elevadas sobre el mundo y todo lo bueno, aquel sentimiento, por intereses tan viles.

—Mi dolor era muy grande,—dijo;



irguiéndose y saliendo un poco de su actitud abatida;—mi postración, mi vergüenza, son mayores ahora. Creí que sufrirías con esta revelación, pero nunca que te postrara así la pérdida del dinero. Soy joven aún, Matilde,—añadí orgulloosamente;—como mi secreto era lo que me aplanaba, yo recobraré mis fuerzas. Yo trabajaré. Yo te devolveré lo tuyo.

Un grito de indignación y protesta escapó del alma de Matilde. Retorcíase las manos con dolor convulso...—¡Oh, padre! —sollozó.—¿Es que la pérdida de tu fortuna y de la mía te hizo perder también el sentido de las cosas? ¿Tan desgraciado eres que no ves nada más allá del brillo de ese oro que derretiste? ¿Que no penetras en mi alma para ver, espantado, el golpe que ha recibido? Si eso pasaba... si tu ruina... si nuestra ruina se consumó, ¿por qué no hablaste á tiempo? Conserváramos la dignidad siquiera.—Y cerrando los ojos, apretando sus manos sobre ellos, como para ver mejor en el fondo de su sér una imagen adoradísima, terminó con estas solas frases de profundísimo duelo:

—¡Ay, Alfonso!

Creyó entrever su padre entonces el interior de aquel alma desolada; un sentimiento profundo de cólera y desprecio contra sí mismo llenó todo su sér; no solo había sido mal padre, sino que había dudado también de la generosidad y la grandeza de su hija.

—Matilde, — exclamó, acercándose á ella y apartando sus manos de los ojos, que besó contrito.—Si con la vida puedo consolarte, ya que no hacerte dichosa, pídemela la vida; pero no te postres así, que es ese mi mayor castigo. ¡Perdóname, hija mía! ¡Es tu padre quien te pide que le perdones!

—¡No, eso no! Pedir perdón á tu hija, no. Pasan las cosas... porque tienen que pasar...—Secó sus ojos; hizo un gran esfuerzo para aparecer serena, sentóse al lado de su padre, como si hubiese tomado una resolución; cogiendo sus manos y besándolas, añadió sencillamente:

—Ea, ya está hecho... Vamos á lo otro; á lo del *tío Claudio*... ¿Querrás creer que me olvidaba del *tío Claudio* y de sus pretensiones? Ya ves... Anda, dí.

XXIII.

Quedó el marqués silencioso un momento; precisaba llegar hasta lo último; un secreto instinto decíale, que era el medio mejor de no perderlo todo á los ojos de su hija, aquel alma superior y grande.

—¿Qué decirte? Tarde ó temprano, hubiera yo rescatado con mil privaciones nuestra fortuna, parte de ella al menos, sin que tú te apercibieses, sin darte el hondo pesar que hoy recibes... Pero el *tío Claudio*, valiéndose de sus agentes en Madrid, se informó de mis asuntos, logró adquirir todos mis créditos; de todas mis deudas, pequeñas y grandes, hizo una solamente; y esa deuda, Matilde, supera en mucho á cuanto poseemos.

—¿Y qué?—preguntó Matilde con profunda ansiedad.

— Que si no aceptamos á su hijo, se encantará de todo lo que fué nuestro, y nos arrojará de *Marrubiales*, que era ya nuestro único refugio.

—¿Y el *tío Claudio* ha hecho eso?— preguntó Matilde con gran estupor.

—¿Y por qué no, señorita?—dijo una voz grave.

Volvióse Matilde rápidamente, pálida, fiera. El marqués temblaba de ira... Quiso hablar ella, pero el *tío Claudio* había repetido:

—¿Y por qué no? Así y todo, imparcialmente, debiera usted elogiar mi conducta. Mi hijo la ama á usted y todo lo hago por la felicidad de mi hijo. Usted, que es aficionada á las comparaciones, puede comparar: todo lo que ha hecho el señor marqués en el mundo ¿ha sido en bien de su hija?

—¡*Tío Claudio!*—gritó el marqués indignadísimo, avanzando hacia él. Le detuvo Matilde.—¿Cómo se atreve usted á presentarse aquí sin permiso nuestro?

—Pasó media hora y soy puntual. En cuanto á pedir permiso, estoy en mi casa;

así, sin ambajes. Dejémonos de palabras huecas. Una contestación y me voy por donde vine, hasta nueva orden, se entiende.

Matilde, conteniendo á su padre, miraba al *tío Claudio* con insistencia; trataba de inquirir, por los rasgos acentuados de aquel rostro, lo que había en el fondo de aquel corazón tan amado hasta entonces, como el del mayordomo, y como el de su mismo padre. Parecíale haber leído en el alma del viejo desde que le conocía, como en un libro, abierto siempre, de par en par. No podía explicarse aquella actitud del viejo amigo; hacíase cargo de sus rarezas, de su excentricidad, de su áspera superficie, de aquel corazón magnánimo que ella hasta entonces había respetado y admirado como respetaba y admiraba todo cuanto ejercía en ella algún dominio, por la bondad, por la belleza, por la sabiduría, por otros sentimientos superiores. Dolíale que aquel hombre, en quien reconocía dotes valiosas de corazón y carácter, á quien debía ideas y pensamientos que ya se explicaba,—una vida nueva, ideal y elevadísima,—la tratase ahora como

enemigo, duro, sin corazón, que no concedía tregua, ni cuartel. ¡Era verdad entonces! Aquella locura de quererla casar con su hijo, sería locura y todo, pero era verdad.

—*Tío Claudio*—dijo lentamente, mirándole á los ojos, con infinita ternura;— la respuesta que le habrá dado mi padre es la mía.—Y el *tío Claudio* apartó la mirada de ella con remordimiento. Estaba leyendo en su alma; sabía lo que estaba pensando. Aquellos ojos... la tersura triste de aquella mirada, decíanle: «Viejecito mío... ¿por qué quieres hacer mi desgracia?»

—El señor marqués no me ha dado respuesta alguna;—contestó con sequedad; á la resolución de usted lo dejó... Y recuerde usted que si esa resolución no es favorable á mis deseos, no tendrán amparo ninguno; ni un modestísimo hogar, ni una pensión mezquina, para atender á las necesidades perentorias... Solo hay, en fin, la miseria y la vergüenza.

—La miseria, sí, *tío Claudio*,—repitió Matilde con dignidad;—pero la vergüenza ¿por qué? Eso no, *tío Claudio*, déjenos

usted eso al menos.—Y la palabra seca y fría del *tío Claudio* estuvo allí para responder inmediatamente:

—Ni aun eso; porque con todo lo que tenían ustedes no hay para pagar las tres cuartas partes de lo que es mío. Saldrá usted de aquí con lo puesto... Y con hambre á las pocas horas; con hambre... que no podreis mitigar.

—Pero saldremos,—exclamó ella valerosamente;—y será ahora mismo; ¿es verdad, padre que será ahora mismo?—añadió, volviéndose hacia el marqués, á quien halló postrado en la mecedora, abatido como nunca...—Pero ¿no me oyes?... ¿No oyes lo que dice el *tío Claudio*?

—Espera, hija...—suspiró él.

—¡Que espere!—repitió ella con hondo estupor. Y sonó de nuevo la voz del *tío Claudio*, sarcástica entonces, fría como la hoja de un cuchillo.

—El señor marqués, con más experiencia de la vida, sin duda, le pide calma... Pero no es necesario. La señora marquesa está pronta al *sacrificio*. Sabe que la fortuna del señor D. Alfonso es colosal, y que todas estas románticas algaradas, se

hundirán para siempre en un abismo de oro, casándose con él.

Matilde, le miró, encendida... trémula de vergüenza; sus ojos chispeantes por la fiebre, se clavaron en los del *tío Claudio*, en un reproche infinito.

—¡Qué, *tío Claudio!*—exclamó temblorosa y palpitante.—Entonces ¿usted cree que yo he de casarme con él?—Oh, Alfonso Alfonso,—añadió desoladamente;—tú que tanto nos oíste hablar de nuestro orgullo de raza, de nuestro horror á cuanto no fuese rancia nobleza y privilegios de sangre, cuando sepas nuestra ruina, nuestra miseria, ¿qué dirás de Matilde, de tu pobre Matilde que tanto te admira y tanto te ama? ¡De esta mujer que hubiera hecho por tí todos los sacrificios... Hasta el de la misma vida!

—¿Pero estás loca, Matilde?—exclamó el marqués humillado.

Y el viejo del *Limón* conteniendo las lágrimas trabajosamente, decía aparte, loco de ternura y amor:

—¡Me la comería á besos, ahora mismo!

Matilde, contestaba al marqués con explosión ardiente, de todos sus sentimientos:

—¡Loca, porque lamento mi desdicha .. una desdicha de la que vosotros no conocéis el alcance! Pero tú, ¿no comprendes que no es ya cuestión de pérdida ó ganancia, ni de ruina ó poderío? ¿Tú no comprendes que no es eso solo? ¿Qué hay más, Dios grande, más todavía? ¿No consideras que Alfonso puede creer ahora con razón muy sobrada, que si tan fácilmente, tú y yo cedimos á sus pretensiones, fué porque estábamos arruinados, para salvarnos con ese casamiento de la ruina?... Ay, que vil, que negro se ve todo, cuando se le aproxima como piedra de toque el sentimiento de un corazón honrado!... ¡Oh, Alfonso Alfonso, nunca...! ¡Todo acabó! ¡Madre... Madre del alma,—añadió con horrible desconsuelo.—¡Tú solamente me comprenderías.

Se sentó sin fuerzas; lo sabía ya, su alma estaba arrumizada, su juventud, su felicidad, su existencia, todo muerto. El marqués parecía haber envejecido en una hora, diez años; sin ideas, sin energías, limitábase á repetir en voz baja, desoladamente.—¡Pobre hija...! ¡Pobre Matilde!—El *tío Claudio* no podía ya resistir:

iba á echarse á llorar como un chiquillo; sentíase preso de una conmoción extraordinaria. Pero quería llegar hasta el fin; era un artífice, astuto, desconfiado, terrible. ¡Oh, cuándo él dejara de probar á Matilde,—aquel brillante purísimo,—como la pavorosa piedra de toque, ya podría pasar toda la existencia tranquilo. Ni el marqués ni su hija hicieron caso del *tío Claudio*, en la triste pausa que siguió. El viejo, aproximóse á ella cauteloso, y díjole quedo, muy quedo, sin que el marqués le pudiese oír, poniéndola una mano sobre el hombro:

—Usted es fuerte... Usted es joven y animosa... Podrá soportar la vida de tormentos y humillaciones que se le preparan. Pero ¿y el señor marqués?... ¿y su padre? ¿Podrá resistir acaso?

—Matilde, á estas palabras, miró á su padre, angustiada, furtivamente.

—Los viejos—añadió el *tío Claudio* en el mismo tono,—estamos aclimatados á nuestras costumbres, á nuestra vida... ¡Un cambio así nos mata! Ya que no por usted, por él al menos... ¡Usted se casará!

—Mi padre... ¡es mi padre!—pensó ella

con gran agitación, mirándole otra vez, furtivamente. Luego, mirando al *tío Claudio* cara á cara, muy cerca, añadió con suprema angustia.—¡Ah, *tío Claudio*! ¡Qué bien sabe usted herir las fibras que más duelen! Ayer mismo ¡cuán agena estaba, al llorar en sus brazos, de que era usted mi mayor enemigo!

El *tío Claudio* desvió los ojos, mirando á otra parte; pero Matilde no le observaba, hundida en su propio dolor é incertidumbre. «¿Qué haría? ¿Podía dejar á su padre de aquel modo?»—y le miraba abatido, postrado, sin fuerzas, sin ideas, como próximo á sucumbir.—«¿Podría ver en calma sus privaciones, su dolor, su muerte?... ¡Porque sería su muerte! ¿Tendría corazón para ello? ¡Qué locura! Le vería agonizar, sin que él la dirigiese un reproche, es cierto; pero con derecho á decir siempre: «Mi hija se vengó de mí, porque la arruiné, porque la dejé en la miseria... Porque no contribuí á su felicidad, como es obligación en un padre... No, que su padre no lo pensara... que no lo dijera nunca!... ¿No había una ley emanada de Dios? Los hijos, según esta ley, ¿no se debían sacri-

ficar por los padres? Ella haría lo que cualquier hijo... Sacrificarse también». Tomada rápidamente su determinación, levantóse con aire sereno, fué hasta su padre y le dijo con gran dulzura, besándole en la frente:

—Padre, ya lo he pensado; estoy resuelta.

El *tío Claudio* la miraba anhelante. El marqués, incorporándose vivamente, exclamó animadísimo:

—¡Te casarás, sí! ¿Es cierto que te casarás?

—¡Pero con D. Alfonso!—añadió el *tío Claudio* prontamente con horrible ironía.

—¡Con Alfonso, sí! ¿Con quién va á ser, desventurado?—prorrumpió el marqués, estrechándose á Matilde y mirando al *tío Claudio* con toda la elocuencia de su egoísmo.

—¡Con Alfonso!—repitió ella, soltándose de su padre, y mirándolos á los dos con ojos de asombro, como si verdaderamente fuese á enloquecer...—¿Y sois vosotros quienes lo pensáis?... ¿Y sois vosotros los que me lo decís?... ¿Y eres tú, padre?... ¿Pero qué idea del sentimiento...

pero qué idea del honor tienen ya los hombres? Si he de venderme, que sea á su hijo de usted, *tío Claudio*, no á Alfonso. Vea el mundo, al menos, que pude escoger las dos cosas, dinero y felicidad; y que solo escogí el dinero! Usted, *tío Claudio*... Su hijo de usted, saben ya por lo que me caso... Alfonso tendría el derecho de dudarle siempre! Dirán todos:—Se ha vendido; pero en su venta obró con lealtad; pudiendo tener la riqueza y la dicha, se contentó con la riqueza, pero la riqueza para su padre... Para ella... Para ella no quiso nada.—Y estalló en sollozos.

Los dos viejos lloraban como niños.

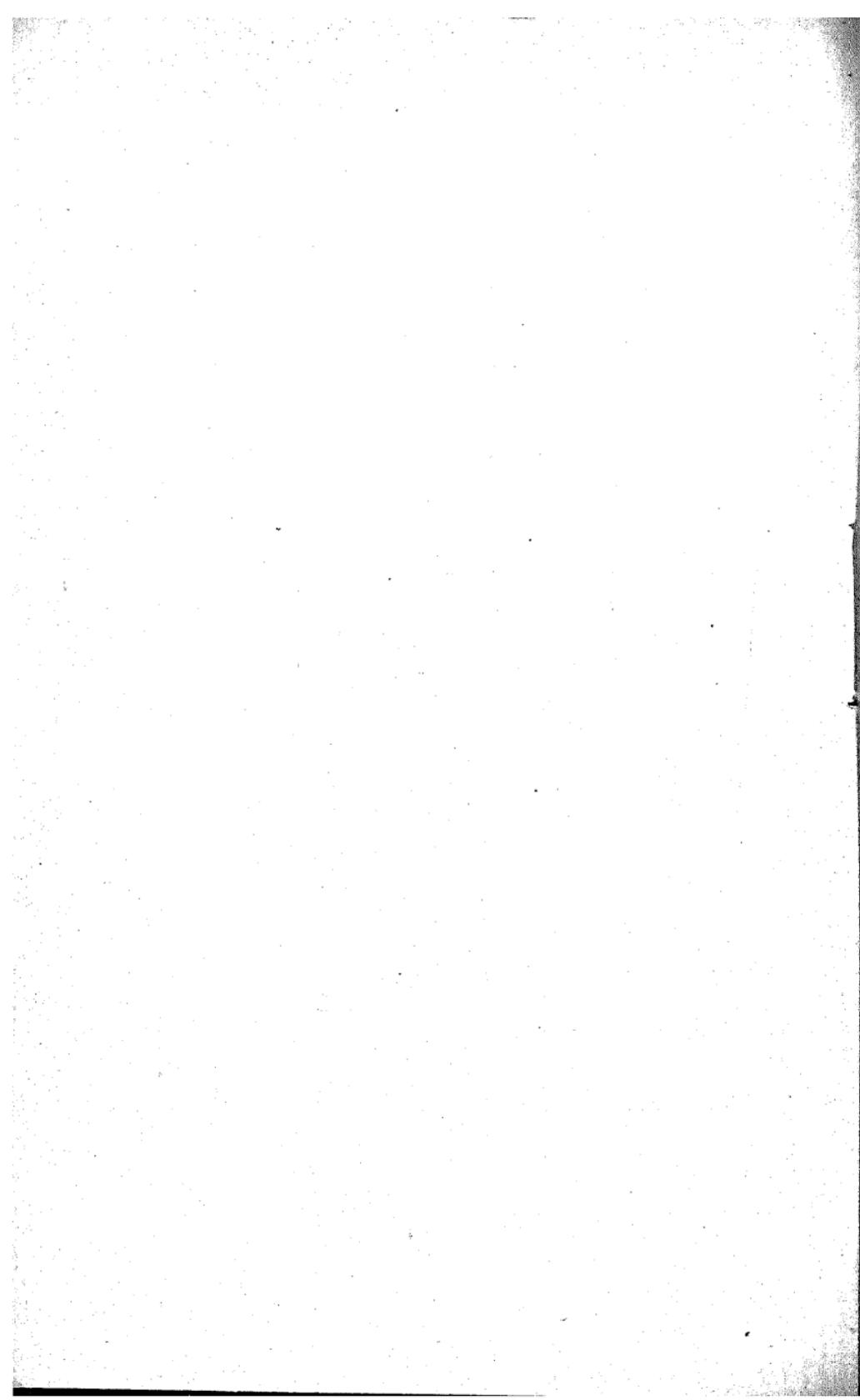
—¡No, eso nunca!—gritó el marqués.—
¡No te casarás con su hijo, yo te lo juro!

—¡Le dió usted libertad para que escogiera,—gritó también el *tío Claudio*;—
escogió y con mi hijo ha de casarse!—Y llamó así, frenéticamente, llegando hasta la puerta:

—¡Hijo... ven... hijo!!

Se presentó Alfonso.





XXIV.

Entró, exclamando con íntima alegría.

—¡Padre, gracias á Dios!

El marqués le miró como si soñara. Lo pensó á la vez, «¿se habría vuelto loco?»

Matilde, habíase levantado prontamente, y los miraba á todos, blanca como la cera.—«¡Su padre..! ¿Qué era aquéllo?»

—Mi padre, sí; mi padre... No sé para qué cábalas, me hizo ocultar durante algunas horas el lazo que nos une; yo le obedecí... Delante de él te lo digo, Matilde; yo le obedecí, porque es mi padre. Perdóname. . Perdóneme usted, señor marqués.

—Pero ¿qué es esto?—repetía el marqués trastornado completamente.

Matilde no dijo nada; una intensa emoción de bienestar refrescó su sangre. Fué

hasta el asiento más próximo y se sentó silenciosa... Los tres hombres la miraban con recogimiento religioso. El *tío Claudio*, con verdadero temor ahora, al pensar en el desquite que la *muñequita* en su justo agravio pudiese concebir. Ella seguía en silencio, sin mirar á nadie, baja la cabeza, fija la vista en cierto rayo de sol, tendido á sus pies como un listón de oro. Sin alzar la frente, exclamó al fin, muy bajo, con mucha lentitud, como si cada una de sus palabras fuera para los que la oían, un mundo de misterios.

—¡Conque era hijo del *tío Claudio*!

—¡Mi hijo, sí, mi hijo!—repitió el viejo anhelante.

—¡Alfonso hijo del *tío Claudio*!—repetía Matilde como si no oyese, y respondiendo sin duda á las ideas que en su cerebro batallaban... Y de pronto, añadió, mirando a todas partes con terror.

—Pero ¿y aquél hombre?... ¿Y Frasquito?

Y el terrible *Troncho* entró en escena de repente, como si la pregunta de Matilde hubiera sido una evocación. Adelantó hasta la *muñequita feudal*, sin encomen-

darse á Dios ni al diablo, en una mano la tranca y la otra mano en el pecho, y dijo ufanamente:

—*Pa servila*; en la cuadra, *tó* lo que sea *menesté*.

—No le extrañe á usted la aparición;—decía el *tío Claudio*;—como esperaba la pregunta que me ha hecho usted, le tenía ahí prevenido.

Matilde inclinó la cabeza de nuevo. Estaba muy pálida.

—Fuera de aquí,—dijo el viejo á Frasquito secamente:—ya concluiste. Agustín te dará tu propina.

El *tío Claudio* estaba irritado; lo peor era, que estaba irritado contra él mismo. Sentía como una especie de remordimiento, por lo que Matilde acababa de sufrir, é irritábase por aquel remordimiento que sentía. Sobre esta impresión desagradable, poníase la duda que le inquietaba ahora. El marqués, dicho sea con verdad, traíale sin cuidado; pero acordándose del orgullo de Matilde, empezó á desconfiar, creyendo que la *muñequita*, de ningún modo, dejaría las cosas así. ¿Era entonces que aquel *juego* suyo, aquello que él llamaba

una lección iba á resultar contrario? ¿Era entonces que él iba á ser enemigo de su propio hijo, siendo causa precisamente de que su felicidad no se realizase, cuando por la felicidad de Alfonso hubiera dado su vida? Su irritación cambi6se de pronto, por fenómeno singular, en sentimiento infinito. Era el caso, que hubiese dado por Matilde la última gota de su sangre, como por Alfonso... «¿Y él los había separado, quizás, en vez de unirlos? No, aquello no era posible.»

El marqués, mostrábase trastornado verdaderamente. Frasquito salía haciendo grandes contorsiones cómicas. Alfonso quiso hablar.

—No, cállate,—dijo el viejo autoritariamente;—yo soy quien debo hablar aquí.—Y añadió, dirigiéndose á Matilde, en tono que sonaba á llanto, conmovido hondamente:

—A ese que va ahí, que es mi mozo de cuadra, se lo hice pasar á usted por mi hijo., ¡por mi Alfonso!., ya ve usted que herejía. Pero fué una lección que se impuso., que no tenía usted más remedio que recibir... ¡Usted lo creyó sin difi-

cultad! Lo creyó por la idea que tienen ustedes, los del linaje ilustre, de que los hijos de un pobre diablo como yo—y valga el ejemplo—no pueden ser otra cosa que pobres diablos, ordinarios..., vulgarísimos. Con toda intención le hice vestir de manera tan ridícula, para asegurarme en mi creencia con ese dato más, tan elocuente. ¡No le extrañó á usted que fuera mi hijo un jayán, idiota, vestido de payaso!... Hablándome usted de la distinción, del talento de este Alfonso que tiene usted delante, decía que eso era propio, aunque yo lo pusiese en duda, de las razas privilegiadas. Y yo reía amargamente; porque sé muy bien que la distinción, el talento, no lo da el haber nacido de estos ó los otros padres, que lo da Dios. ¡Ya ve usted, señora marquesa lo que es mi hijo!... Acuérdense usted, en cambio, sin ceguera, con mucha sangre fría, de los miles de hijos de casas grandes que están en el mundo para risa y ludibrio de los humanos, por ser horribles, mucho más horribles, física... y aun moralmente, que mi pobre mozo de cuadra. ¡Ya ve usted si la lección es profunda, aunque la vista de

ese criado, le haya podido dar apariencias cómicas al principio. ¡Por usted lo hice, hija de mi alma! ¡Perdónemelo usted si la ofendí!—Y el *tío Claudio* lloraba entonces dulcemente, como no había llorado nunca. —Pero con la lección que me he atrevido á dar á usted recibí otra, y me enorgullecó en confesarlo; recibí la lección de que, en la aristocracia, como en las demás clases sociales, hay mujeres de gran corazón, que pueden honrar á un esposo y ser la gloria de una familia.

El *gran hombre*, no intentó hablar ahora, hondamente emocionado; su clara inteligencia había concebido por el discurso del viejo y por la actitud de Matilde, mucha parte de lo que entre los dos hubiese podido ocurrir. Quería saberlo todo, pero guardó silencio profundo, esperando anhelante la respuesta de Matilde. Lo comprendía en el fondo de su corazón. Su padre había jugado la última carta.

El marqués, sentándose de nuevo, con el rostro entre las manos, parecía no pertenecer á este mundo.

Cuando el *tío Claudio* acabó de hablar, esperaba como su hijo, con la muerte en el

alma. Conocía á Matilde, la conocía mejor que su padre, la conocía mejor que Alfonso y sabía bien que era aquel un minuto supremo.

Levantó Matilde la cabeza, y entonces, á plena luz, se iluminó vigorosamente su cara, de rasgos purísimos. Sus ojos centelleaban, con misteriosa luz, bajo la sombra de sus pestañas... Y dijo otra vez, lentamente, mirando ya al *tío Claudio*:

—¡Conque era hijo de usted!

Y de pronto, antes que el *tío Claudio* respondiera, gritó así, en una explosión de alegría y ternura:

—¡Ay, *tío Claudio* mío, ya lo descubrí! ¡Ya sé por lo qué le quería á usted tanto! ¡Por eso! ¡Porque era usted su padre!—Y se arrojó en sus brazos loca de felicidad.

—¡Al fin!—suspiró Alfonso; el pecho iba á estallarle. El marqués, fué hasta Matilde trabajosamente.

El *tío Claudio* no contestó á Matilde... no pudo; le ahogaban las lágrimas. La *muñequita feudal* vencía siempre... ¡Aun estando vencida! Retenía en sus brazos, besaba la cabecita pura, acariciaba los cabellos sedosos, riendo, llorando á la vez

y preguntando entrecortadamente, porque la conmoción impedíale hablar.

—Pero ¿me perdonarás lo que por mí sufriste?... ¿Me lo perdonarás, muñeca?

«¡Perdonar!» Matilde no contestó. Las anteriores angustias, la inesperada alegría, las hondas, contradísimas emociones, habían vencido al fin por un instante su fuerte naturaleza. «¡Perdonar!» Fué una crisis de sollozos y lágrimas, la más grande, la única quizás de su vida. Quedó un instante como muerta. No vió, no pensó en nadie en aquel momento. El marqués no pensó entonces tampoco; no se acordó de nada, para acudir á Matilde; esto le volvió á la vida.

Cuando Matilde pudo recobrase; cuando la inquietud desapareció de todos los corazones, dejando lugar á una serena alegría,—que al marqués era al único á quien quizás amargaba un poco,—el *tío Claudio*, dirigiéndose á él, dijo con gravedad:

—Señor marqués, aún no hemos concluido; aún tenemos que liquidar nuestras cuentas.

El marqués le miró ansioso; aquella

mirada la comprendió el *tío Claudio*; le quería decir:—«¿En presencia de Matilde?»

La comprendería el viejo del *Limón* sin duda, porque añadió calmosamente:

—¿Qué importa la presencia de Matilde? Lo sabe ya todo. ¿A qué más misterio? Que sepa una cosa más.

El marqués y el *gran hombre* miráronle con inquietud; pero Matilde fué hasta el viejecillo del *Limón*, estrechó su mano, y dijo tranquilamente:

—Hable usted, *tío Claudio*.—No añadió más; pero le miró como diciéndole: «Te conozco bien; tengo más confianza que ellos».

El *tío Claudio* no contestó á la *muñequita*; pero su voz, al empezar á hablar, fué temblorosa, como si su corazón se hubiese impresionado mucho con aquella mirada:

—Señor marqués,—exclamó, sacando unos papeles;—coja usted estos documentos, y cójalos sin prevención; yo los rescaté de sus acreedores, pero no por el valor que representaban,—que la usura los había gravado enormemente,—sino por

su valor justo... una quinta parte lo menos. Recupera usted así su fortuna y la de su hija, y esa cantidad ínfima, relativamente, que yo he desembolsado, me la abona usted en plazos prudenciales, cuando haya usted concluido con entera libertad y tiempo la reorganización de su hacienda. Una cosa tengo que pedir; que no se piense que tuve intención nunca de cumplir la amenaza de valerme de estos créditos para arrojar á la calle á los poseedores de *Marrubiales*. Desamparar así á dos seres, aunque me amparase á mí la ley, lo consideraba antes y lo considero ahora como una infamia digna de todos los anatemas. El *tío Claudio* quiere sus sueños tranquilos; el *tío Claudio* quiere sus días serenos. Este es el *tío Claudio*. La *muñequita feudal* me conoce, mi hijo también, aunque no tanto como ella; pero el señor marqués no me conoce y era preciso que oyese lo que he dicho. Algo he de añadir aún, para que mi tranquilidad sea absoluta. Si no pensaba desposeer á nadie, ¿por qué tantos trabajos y apuros para hacerme de esos créditos? Hé aquí la historia: Quise en varias ocasiones com-

prar á *Marrubiales*; se me dió de lado siempre; ofrecí mucho, se me rechazó también. ¿Tan ricos eran sus poseedores? Entré en curiosidad y quise averiguarlo. Supe que no se me vendía *Marrubiales*, no por ser muy ricos sus dueños, sino por todo lo contrario. Sobre *Marrubiales* y sobre todos los inmuebles que la casa de Nervión poseía, pesaban hipotecas enormes. El señor marqués estaba ausente; la única representante de la familia en Madrid era una hija, á la que yo detestaba de veras, sin saber el motivo, porque no la conocía. Pasó tiempo. Llegó la marquesa á *Marrubiales*; la traté, la conocí, pensé entonces en el porvenir que esperaba á un lindo muñeco, á quien llegué á adorar, no obstante las rabietas que me hacía sufrir cada cinco minutos; no quise permitirlo y, por de pronto, evité la acción de todos los acreedores, haciéndome de esos créditos. Por mi fe de viejo honrado, aseguro que solo esperaba una ocasión para dar cuenta al señor marqués de lo que había hecho, sin herir susceptibilidades. Como siempre estábamos peleando, yo no tenía humor nunca para dar este

paso; además, no corría prisa; como yo era el poseedor de todos los créditos, nadie molestaría á ustedes. Lo confesaré también. Mi pequeña venganza por todos los berrinches que sufrí al pie de la tapia, fué el pensamiento de lo confundido que el señor marqués estaría esperando la catástrofe, cuando en realidad la catástrofe estaba ya conjurada. Esto por un lado; además, hasta ayer mismo no supe,—porque la *muñequita feudal* me lo dijo,—el lazo que existía entre ella y Alfonso. Ella lo sabe; no podía yo, por lo tanto, haber adquirido los créditos para hacer de ellos el uso que á última hora hice. Soy un viejo con fe... Creí que todo había sido una inspiración de Dios. Estos papeles me han permitido salir adelante con mi tema. Lección hubo para todos... ¡Que el ejemplo venga después de la lección! He dicho, señor marqués. He aquí los créditos.

Matilde besó la mano que se tendía para alargar los papeles. Alfonso hacíase violencia para no llorar. «¡Aquel era su padre!»

—*Tío Claudio*,—dijo el marqués gravemente,—los tomo; el tiempo, aunque yo

no viva muchos años, dirá si supe aprovecharme de la lección que hoy recibo...

—Una palabra, señores.

Otra persona había en escena; era un hombre; fué el que acababa de hablar. Apareció poco antes, y oyó en casi toda su extensión el discurso del *tío Claudio*. Volviéronse todos rápidamente... Matilde se lanzó á él y le abrazó muy contenta. El marqués le acogió placentero. Alfonso estrechó también su mano francamente. El viejo del *Limón* no le conocía.

—Pero ¿qué te trae por aquí, viejo mío? —dijo Matilde alborozada.—*¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!*—añadió alegremente;—aquí está. ¿Le vé usted? ¡Aquí está el otro viejo!—Y unió la mano del nuevo personaje á la del *tío Claudio*.

Los dos viejos estrecháronse las manos rudamente.

—Gracias, señor,—exclamó el forastero en voz baja.—Usted ha completado mi obra... Lo he comprendido todo, por las cartas de Matilde. ¡Es usted un hombre!

Por primera vez en su vida sintióse el *tío Claudio* confundido por el rubor.—Pero ¿quién se fijaba en tal cosa?

El mayordomo habíase vuelto hacia el marqués.—He venido solo para dar una noticia y soy feliz, porque me encuentro aquí con otra que alegra mi alma.—Y estrechó la mano de Alfonso.

—La que tú has recibido no puede ser mejor, Mariano,—dijo el marqués un poco inquieto;—pero ¿y la que traes?

—Cuando él la trae ¿va á ser mala?—exclamó Matilde rápidamente.

—En efecto, es buena; señor marqués, cuando el último viaje de vucencia á París, disponíamos de una cantidad, no de mucha importancia ciertamente. Le pregunté á vucencia qué hacíamos de ella, y me contestó al marcharse que lo dejaba á mi albedrío. Como no habiéramos podido con aquella suma, atender las reclamaciones de un solo acreedor, y como por otra parte, ¡caso estupendísimo! ningún acreedor se presentaba, dispuse de ella, cometiendo una locura.

—¿La empleaste?—preguntó el marqués, interesándose ya, en el relato de su mayordomo.

Había unas grandes minas, cuyas acciones estaban en baja: no solo no llegó á re-

partirse ni un dividendo, sino que los accionistas hallábanse convencidos de que nunca se repartiría. Era un aluvión de acciones desbordándose por todas partes; llegó á ser una invasión, una locura... Bajaban... bajaban... Nadie las quería; se las miraba con odio, con terror. No he visto jamás catástrofe tan espantosa.

—¿Y usted, D. Mariano?...—exclamó Alfonso, pálido, anhelante, dando un paso hacia el viejo.

—Yo, señor D. Alfonso, me acordé entonces de un joven, altivo, honrado, á quien siempre tuve, no solo por un gran corazón, sino por un gran talento. Quise rendirle un tributo de fé, dentro de mi corazón y en holocausto á la felicidad que él merecía y á la que aspiraba.

—¡Mariano! —exclamaron todos anhelantes.—¡Y compré! ¡Compré con tanta locura como vendían! ¡Compré, invirtiendo la suma que teníamos en cajal ¡Compré, invirtiendo también todo mi patrimonio! ¡Compré, desprendiéndome de la parte del dote de Matilde que yo había reservado secretamente, con mil horrendos apuros! ¡Compré, desprendiéndome hasta de la

cantidad que durante diecinueve años— ¡toda la vida de Matilde!—reuní en mi lucha, para mi regalo de boda! ¡Compré sin pensar! ¡Compré con verdadero frenesí! ¡Fue algo misterioso, inexplicable, que me impulsó! ¡Compré! ¡Compré... Y soy rico... muy rico! ¡Y la casa de Nervión es poderosa, poderosísima como nunca! ¡Y el *tío Claudio*, más grande que todo en la tierra, por su corazón, por su saber y por el hijo con que Dios le ha premiado.

Abrazáronse los dos viejos, Matilde fué hasta Alfonso, le tendió las manos y pronunció estas palabras como un resumen brevísimo que solo el amor podía idear.

—¡Todo de tí!

El marqués, ante este nuevo golpe de fortuna, inclinó la frente. «Era demasiado. ¿Lo merecía él?»

El viejo del *Limón*, desentendiéndose de los brazos y de los elogios del *tutor*, adelantó, muy gentil, hacia el marqués, dándole la mano.

—Ea, señor marqués, —dijo alegremente;—lo pasado quedó atrás; el corazón y los ojos, á lo que ha de venir. Cada uno nace como Dios quiere: cada uno con su

preocupación; yo tengo la de mi sangre colorada; usted, señor marqués, la de su sangre azul... La preocupación de esta generosa pareja,—añadió, aludiendo á la *muñequita feudal* y al *gran hombre*, es la mejor; la de amarse mucho... La de ser muy dichosos... Ya somos viejos, señor marqués, y nadie nos sacará de nuestras creencias, pero vosotros sois jóvenes, vosotros luchareis y vencereis; vencereis con un poder que nadie domina... ¡Con el poder de las razas nuevas! Bien, hijos míos; adelante; adelante siempre; pero que no se os vaya de la memoria; un viejo batallador os lo dice... El filón que encontraste,—dirigiéndose á Alfonso, temblorosa la voz y centelleante la mirada...—ese filón, hijo, ¡cuán poca cosa es! La libertad, el amor, la enseñanza, el trabajo... ese... ese es el filón único! ¡El filón de donde brota la alegría de los hogares! ¡La paz y la fortuna de los pueblos!

La boda se efectuó muy pronto. La luna de miel la pasaron en el *Limón* y *Marrubiules*. Las dos huertas, se fundieron

en una, como se habían fundido los corazones de sus dueños. ¡Fuera tapias!

Cuando la *gran duquesa* tuvo noticia del *contubernio* aquel—léase boda,—rasgó sus vestiduras. «¡Triste destino el de Matilde!»

Del *tío Claudio* ¿qué diré? Era completamente feliz, con sus hijos, con sus clavetes... y con sus tulípanes. Del marqués, diré menos aún; aprovechó la lección. Hizo honor á su palabra.

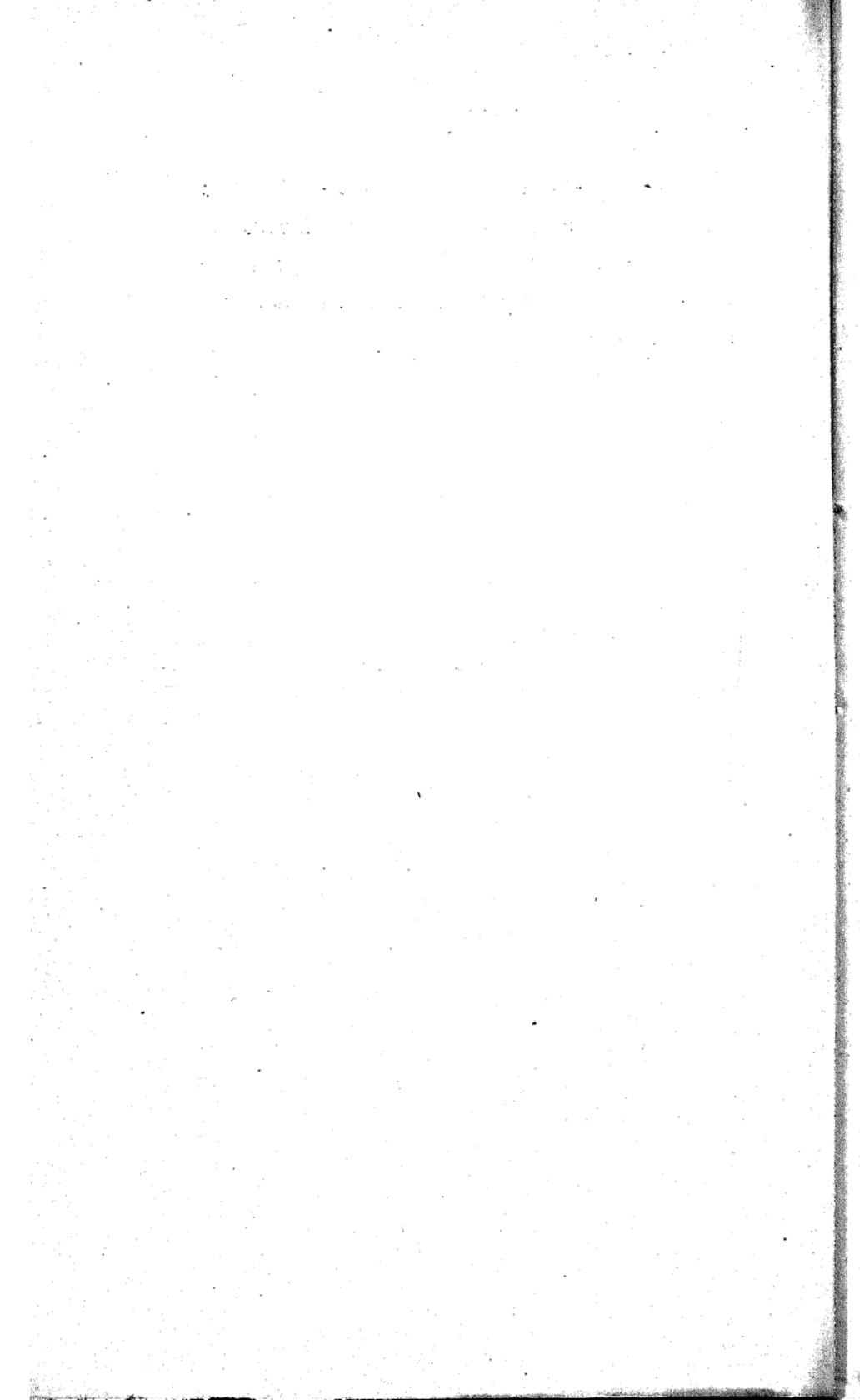
Al poco tiempo, cuando el *gran hombre* volvía á la dirección de las minas, acompañado de su mujer, detúvose en Madrid; viéronse en Madrid la *gran duquesa* y Matilde. La *gran duquesa* mostróse magnánima, al oír decir á Matilde, que ya no podría alternar como antes, con sus antiguas relaciones.

—¡Qué ocurrencia!... La verdad, te lo digo sin rodeos; mucho has bajado con ese matrimonio desdichadísimo; pero no dejarán de tratarte... No van á ser tan intran-sigentes.

—No, si no es porque he bajado—respondió Matilde con una risa sonora.—¡Si es porque he subido! Dejé de ser marquesa, para ser reina. ¡Reina de las minas!

A las minas se fué, y allí está como una reina de veras, con su Alfonso adoradísimo, que es su rey, y con un príncipe tirano, pequeñín y rubio, como una rosa besada por el sol.

FIN



LA ACEITUNERA

1

Entre unos mozos aceituneros que contrató *Chano*, para mi finca de *Las Palomas*, aquel pobre *Chano*, aperador mío, que murió de una puñalada á manos de *Farrán* delante de las ventillas, ví algunas veces á un tal Demetrio,—*Metrio* le llamaban todos los de la sierra—y fijó mi atención por su carácter reservado y pensativo, sin esas expansiones tan corrientes y ruidosas en los mozuelos del campo andaluz. En las noches invernales, aquellas noches largas y frías de la sierra cordobesa, cuando mis aceituneros, al concluir su trabajo, empezaban á contar historias y á proponer acertijos, formando corros en cualquier lado de la cocina ó junto al mismo hogar, deba-

jo de la gran campana de la chimenea, permanecía *Metrio* pensativo, sin mirar á nadie, desentendiéndose, si las mozueltas le dirigían alguna alusión, ó sonriendo á lo sumo, pero de un modo tan triste, que picó mi curiosidad algunas veces.

Yo no tenía con *Metrio*, como con *Chano* la tuve, aquella autoridad que me daban el largo tiempo que á mi familia había servido, y los muchos testimonios de liberalidad que había encontrado ocasión de ofrecerle; por eso no le hice pregunta alguna, pero me propuse observar sus actos en cuantas ocasiones pudiera. Mi trabajo no fué mucho; pronto, creí haber dado con las causas de la tristeza y taciturnidad de mi mozo de labor; le sorprendí constantemente,—de noche sobre todo, que era cuando mis indagaciones podían tener algún éxito,—con sus ojos clavados en *Parralita*, una aceitunera, de las cuarenta que había entonces en *Las Palomas*. Supe el nombre de *Parralita*, su apodo mejor dicho, porque lo pregunté. No la conocía; la ví en tal ocasión por vez primera; pero bien pronto, *Parralita*, llamó mi atención, más vivamente aún que el muchacho. El

mozo no cesaba de mirarla nunca, con triste recogimiento, pero sin hablarla, sin aproximarse á ella; ella, no miraba ni hablaba á nadie tampoco; de día, en su trabajo; de noche, metida en algún rincón. Manteníase así, adusta, inabordable, sombría la frente y fijos los ojos en algún punto indeterminado, como absorta en un cruel pensamiento. Yo quería hablar con ella, porque en su modo de ser y en aquella eterna tristeza entreveía algo sombrío y misterioso; pero anduve algún tiempo indeciso; aunque fuese una infeliz asalariada; aunque yo ejerciese sobre ella el influjo terrible del amo, tratábase al fin de una mujer; esto es ya mucho. A la mujer hay que respetarla siempre, ya sea en el surco recogiendo aceitunas, ó ya en un trono, representando papel de reina. ¿No es verdad, lector mío?

Mi preocupación era que pudiesen los demás echarlo á mala parte, si me veían hablar á la muchacha con algún detenimiento; podía amontonar sobre ella rencores y odios, francamente, y esto no me parecía justo. Además, tampoco estaba yo porque creyesen de mí una cosa que no

era. El amo tiene que parecer una especie de cariátide, de bronce ó mármol durísimo; ha de hacerse respetar, de las hembras sobre todo; deben pasar junto á él con recogimiento, como los devotos, junto al santo de su culto; no hay autoridad, no hay prestigio, todo viene abajo, en cuanto la aceitunera, esa abejita de invierno de los campos andaluces, se apercibe de que en el bronce ó el mármol de la cariátide puede clavar también su aguijón.

Pasaban los días; el frío era intenso; la temporada de la aceituna alargábase; la cosecha, como casi todos los años, fué magnífica; en Febrero, entraron á trabajar nuevas gentes... ¡Oh, coloristas! Vosotros hubiérais podido describir el hermoso aspecto de aquellas mañanas, con sus campos escarchados, como cubiertos de fino polvo de cristal, y aquel mundo de hombres y mujeres preparándose á la tarea, comiendo el pan sabrosísimo, con aceite *del nuevo* ó las migas humeantes, consolación y esperanza de affigidos estómagos. Había que verles, sí, á ellos, con sus zahones y sus zapatos claveteados, y á ellas, con sus pañuelos liados á la cabeza; encima, el gran

sombrero de palma; más ó menos abrigado el busto,—que tampoco pueden pedirse gollerías,—la falda remangada, sujeta en un soberbio retorcido, y cubiertas las suavisimas formas con pantalones propios de hombre; horrible tocado, aunque cómodo, para esta clase de faena, que hay que hacer en cuclillas, con esfuerzo penosísimo; pero así y todo, encontrando algunas, manera fácil de que la *toilette* resulte muy original, sin decir nada de lo tentadora.

Salí en una ocasión, poco antes que mi gente, á dar una vuelta por la finca; era de noche aún. Yo iba á caballo, bien resguardado del frío, con mis fuertes polainas, mis gruesos zahones de fieltro y mi manta de Palencia; y de la gente sospechosa, con mi fina escopeta terciada siempre en la grupa.

Más de tres horas anduve por la finca, y estoy seguro de que mi vigilancia de aquel día valió más que la de los guardas de *Las Palomas* en todo el año; dirigíame como remate de mi excursión, al extenso olivar donde mi gente trabajaba. Tenía que salir de un angosto sendero y atravesar la carretera de Córdoba; pero antes de

salir del sendero, por encima de un vallado, ví de repente, al pie de una gran adelfa que crecía al borde de un arroyo, un bulto informe, así, como un montón de trapos de color obscuro. Si hubiera ido á pie, no le habría visto. Me acerqué cauteloso. El agua del arroyuelo deslizábase con dulce rumor.

Me convencí cuando estuve cerca; no era un montón de ropa solamente lo que había llamado mi atención; el bulto informe hizo un movimiento, y entendí, ciertamente, que fué como de querer ocultarse á mi vista la persona, hombre ó mujer, que allí hubiera, aunque, comprendiendo al punto la imposibilidad de conseguirlo. Toqué el bulto con el cañón de mi escopeta; y dije en voz alta:

—¡Eh, buen amigo!

—¡Ni amigo ni amiga!—respondiéronme bruscamente. Fué una voz femenil, y no me pareció desconocida. En efecto, al incorporararse la mujer un poco, me encontré con *Parrala*.

—¿No eres tú de mi gente?—La hice esta pregunta, sin saber qué otra cosa decir en el primer instante.

—Si soy,— contestó con sequedad.

—Bien; ¿y qué haces aquí?—pregunté de nuevo, irritado por aquel tono que no me explicaba,—¿Por qué no estás en tu sitio con las otras? ¡Arriba!

Un sol tibio empezaba á dorar los objetos; á su luz suave, fuí contemplando por primera vez con alguna detención aquel rostro de blancura mate, como el de los enfermos en convalecencia; sus ojos negros, febriles, estaban clavados en los míos, sin pestañear, con fijeza imponente; he de confesarlo; en tal punto, sin más averiguaciones, entreví en aquella mujer un gran carácter. Tenía, como de costumbre, la cabeza liada en su pañuelo, viéndose solamente el óvalo de la cara, los ojos grandes, de una negrura intensa y sombría, la ancha frente, sobre la cual tendíase el pañuelo de la cabeza, como á especie de do-selillo, la nariz fina, dilatándose por la cólera, y los labios, en fin, que no había tenido ocasión de admirar hasta entonces; unos labios delgados, sin color, pero de finísimo y correcto dibujo, cuyas comisuras se plegaban imperceptiblemente casi, dando á la boca una expresión marcadísima de

desprecio y hostilidad. Se quedó sentada, con los pies en el suelo, dobladas las piernas, hasta dar casi en la barba con las rodillas, apoyados en las rodillas los brazos, y de las manos, largas y morenas, pendiente el sombrero de alas anchas, adornado con cintas rojas y azules.

—¿Qué haces?—repetí, viéndola inmóvil.

Se levantó, diciendo:

—Estaba mala; me tiré un rato.

—¿Qué tenías?

Y mi acento, sin querer, hízose más suave. Ella respondió, encogiéndose de hombros.

—Un dolor.

—¿Qué clase de dolor?

Me miró hoscamente y repuso, después de vacilar un poco:

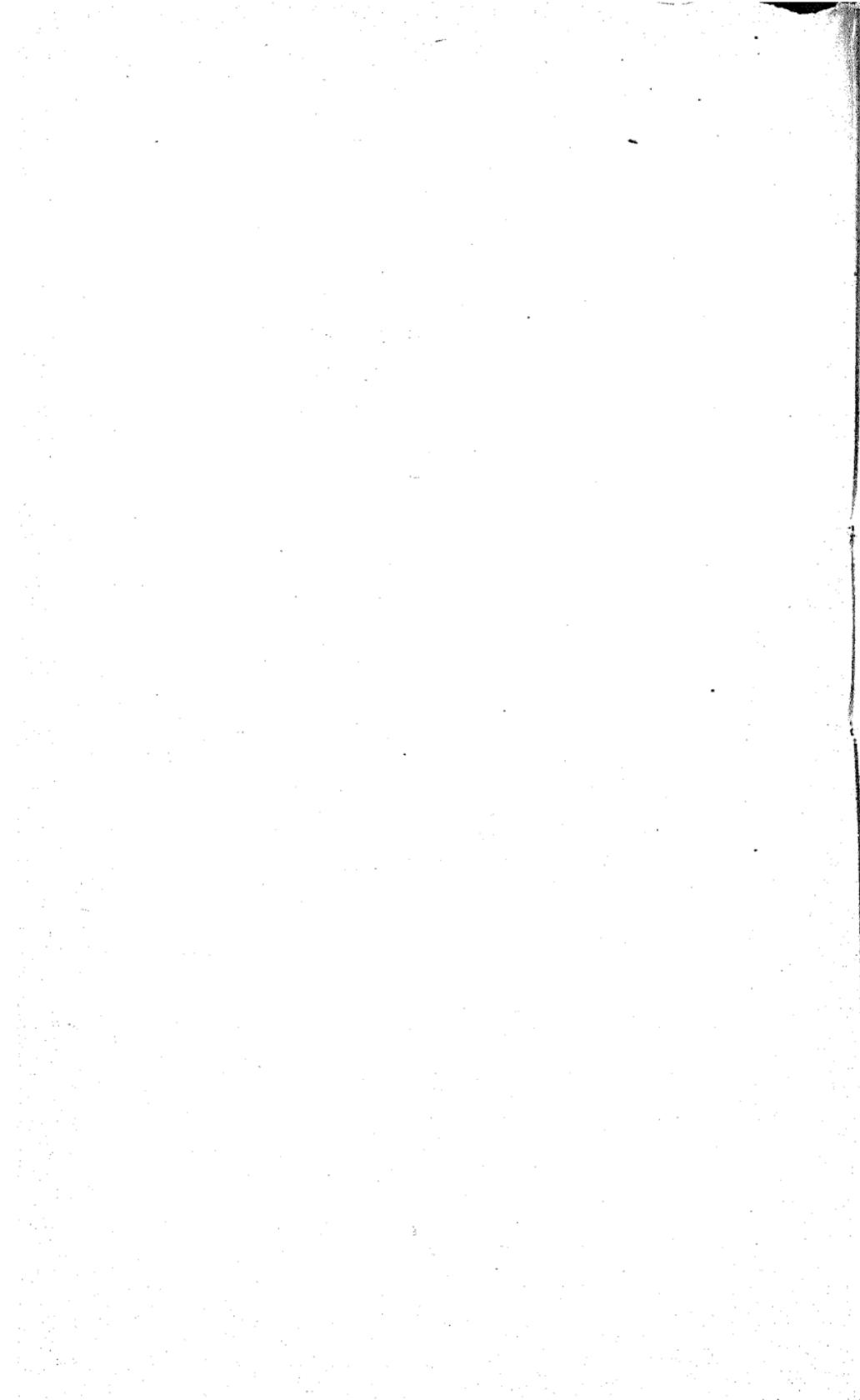
—Dije que un dolor; ya es mucho preguntar, mi amo.

—¿Pero tú no sabes que en *Las Palomas* hay botiquín, y que yo sé bastante de medicina, y que el mal fácilmente hubiera desaparecido, con haber hablado tú una palabra?

Estaba *Parralita* de pie; se había puesto

el sombrero; era imposible verle los ojos, por estar ocultos con las alas anchísimas. Pero levantó la cabeza cuando acabé de hablar y ví entonces aquellos ojos llameantes, y aquel rostro desencajado y livido. Pensé al punto, por vez primera, que su dolor era de verdad, un dolor terrible, infinito, un dolor del alma, que no podía curar nadie. ¡Ah, los grandes filósofos; los observadores profundos; los que sólo saben sorprender secretos de la ciencia psicológica, en los encopetados señores, y en las esplendentes damas, sin salir de sus misteriosos fantásticos camarines...! Vosotros, fisiólogos de *la grandeza* ¡qué impresiones tan extrañas sacaríais del estudio de cualquier personaje de éstos, aunque fuese una pobre aceitunera, tirada en un claro del monte, como res expirante que olvidó allí la jauría!





II

—Echa para el cortijo,—dije resueltamente.

—Sí, que voy,—contestó, encogiéndose de hombros.—¡Como que lo tenía ya pensado para que me diese usted la cuenta!

—¿Te vas?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor;—repuso lacónicamente, saliendo al sendero.

Yo eché detrás; de pronto, detuve mi caballo; al tender involuntariamente la mirada al sitio donde la aceitunera estuvo tendida, había visto brillar un objeto.

—¡Eh!—dije,—¿qué es lo que te dejas aquí?

Lanzó una exclamación y volvió precipitadamente al pie de la adelfa; allí estaba el objeto á que yo aludía; lo cogió presurosa, pero por pronto que lo quiso ocultar

bajo su falda, en la cintura de su pantalón de hombre, yo ví lo que era; era un cuchillo, de ancha y delgada hoja, tan delgada como los labios sin color de *Parralita*, al sonreír en aquel instante.

—¿Es tuyo eso?—pregunté admirado.

—Es mío;—repuso, mirándome risueñamente por vez primera.

—¿Y para qué lo guardas?

A lo que contestó, con aquel laconismo que expresaba tanto como un discurso:

—¡Quién sabe!

¡Y *Parralita* tendría diez y ocho años! ¡Tal vez no los había cumplido!

—Anda para el cortijo,—le dije al salir del sendero.—Voy á dar un encargo al aperador. Espérame allí.

Se alejó la muchacha y yo salí á la carretera. Indudablemente, me hallaba impresionado por el misterio que creí entrever en la actitud y la conducta de *Parralita*, sin contar aquellos síntomas tan extraños de su carácter.

Sentía una viva irritación contra mí mismo. ¿Por qué preocuparme de aquello? En realidad, lo único que tenía que hacer, era dar su cuenta á *Parralita*, puesto que

me la había pedido, y dejarla seguir su suerte.

Nada tenía que hacer con mi aperador; lo que dije á la muchacha fué un pretexto para separarme de ella y reflexionar un poco... ¿Y qué iba yo á reflexionar? Por un instante, tuve idea de hablar con el aperador y hacer mis indagaciones. ¿Quién era *Parralita*? ¿De dónde había venido?... Pero desistí; el aperador de *Las Palomas* nunca me había inspirado verdadera confianza; además, no soy amigo de encomendar á nadie asuntos que puedo resolver yo en persona.

Anduve un gran trecho, embebido en mis reflexiones: de todas ellas saqué una conclusión que me dejó encantado; la de dar su cuenta á *Parralita* y que tomara el tole bonitamente, yéndose á otra parte, con la música fantástica de sus misterios y su cuchillo.

Volví pues á *Las Palomas*, no sin lanzar una última mirada á la carretera, que se extendía en los declives de las colinas, festoneada de pitas y napolés; aquellas colinas que constituyen, por la parte de Córdoba, las primeras estribaciones de la

sierra; acá y acullá, las casitas microscópicas, como puntos blancos, que irradian sobre el verde sombrío de las arboledas; más lejos, el Guadalquivir, como festón de plata que borda el campo, y entre el festón de plata y los primeros declives de la sierra, extenso caserío gris, como bandadas de palomas que se apiñan en los surcos disponiéndose á levantar el vuelo... ¡Oh, Córdoba... Córdoba mía!

Después de mi resolución deseaba llegar al cortijo cuanto antes. Corté por la trocha de *la Cárcava*; *la Cárcava* es un socavón que hay en el camino á la derecha, formado por un hundimiento formidable de rocas; las aguas se despeñan allí con pavoroso fragor. Pasé *la Cárcava*, dejando atrás aquel ruido del torrente al precipitarse y caer en lo profundo, repercutiendo con gran solemnidad en el silencio de la campiña. Poco después, hallábame en *Las Palomas*, y tenía delante de mí, á la muchacha, esperando su cuenta, para emprender el camino.

Hacia yo números en un papel, con los ojos fijos en la punta de mi pluma. Estando resuelto, más que antes, á no decir una

palabra, sin saber por qué, sentíame nuevamente con deseos de hablar de su dolor... y de su cuchillo.

La puse en la mano algunas monedas, que guardó indiferente. Iba á salir y le pregunté de pronto:

—¿Eres sola?

Fué una pregunta escapada inconscientemente de mis labios.

—Sola;—repuso, dirigiéndose á la puerta. Se comprendía: pareció que vacilaba, como si algún otro detalle quisiera añadir, pero su paso era firme y resuelto. Alejábase. De pronto, añadió sombríamente:

—¡No lo sería, si no fuera por un hombre!

—¿Por qué te vas? ¿Te cansas de estar sola? ¿Vas á buscarle?

—¡Buscarle!—repitió con risa amarga.
—Me voy porque está aquí.

—¿Qué dices? ¿Quién es?—pregunté vivamente.

Parralita se encogió de hombros y fué á salir.

Lo confieso: sentí un instante rubor por mi afán de de inmiscuirme en historias que no eran mías, pero dominé mi rubor. La

curiosidad y ¿por qué no confesarlo?, el interés—porque no todo ha de ser egoísmo en la vida,—el interés que en aquel punto la suerte de *Parralita* me inspiraba, sobrepúsose á todo, y la llamé resueltamente.

Volvió hasta la mesa; su lindo entrecejo arrugábase; las aletitas de su nariz se aventaban, como por un impulso de cólera, que no se advertía sin embargo en el timbre de su voz. Díjome muy serena:

—Pero ¿qué manda usted todavía, mi amor?

—¿Quién es ese hombre?—pregunté sin dominio suficiente para disimular mi despecho.

—¡Ah! ¿Lo quería usted saber?—repuso en tono de burla.—¡Pues vaya si es usted curioso! Pero se lo diré, para que no pase usted mal rato.—Y se echó á reír. Sin explicarme la causa, me acordé oyendo reír á *Parralita*, del filo de su cuchillo.

Permaneció un instante como suspensa, y encogiéndose de hombros, de una manera graciosa, muy suya, prosiguió tranquilamente:

—Es *Pepillo*... Es decir, por *Pepillo* no

le conoce usted todavía, mi amo; en el libro, lo tendrá usted con el nombre de José Alonso.

Hojéé el libro; era cierto; allí constaba el nombre; era uno de los que habían empezado á trabajar aquella mañana.

—¿Te abandonó?—pregunté confuso, sospechando que *Parralita* fuese quizás una de tantas infelices á quien un hombre vil, después de su triunfo, abandonó á su destino.

—¿A mí?—gritó *Parralita* fieramente. Se calmó al punto, como confusa por haberse dejado arrebatarse de aquel modo, y añadió con gran calma:

—Mi amo, sepa usted que á mí no me abandona nadie.

¿Lo creeréis? Tenía los ojos clavados en mí; aquellos ojos inmensos, que brillaban como con calenturas de leona, haciendo resaltar fuertemente el pálido mate de su rostro oval, de líneas purísimas... Y yo incliné los míos, sin fuerzas para sostener aquella mirada. Ya había dicho cuando la ví, que *Parralita* era un carácter.

Pero sentía yo en aquel punto secretamente de no haber podido sostener la mi-

rada de una aceitunera y dije bruscamente, cortando la conversacion:

—Bueno, adiós ya.

—No,—contestó de pronto, arrojando sobre la mesa el dinero que acababa de darle;—lo pensé más despacio y ya no me voy. Ahí está eso; guárdemelo usted, mi amo... ¡No me voy, no!... Quiero decir... ¡si es que mi amo no me echa de verdad!

De repente, como si su naturaleza, contenida hasta entonces por una poderosa voluntad, se desbordara con algún poderoso recuerdo, estalló en sollozos roncós, salvajes, que parecían salir entre rugidos de la garganta de una fiera. Y así, ahogándose, escupió estas palabras:

—¡Mi amo; ese hombre fué mi ruina!

—¡Te perdió!—dije con una piedad inmensa.

—Me perdió, sí, pero no como se pierde á una mujer, en gañándola con la palabra mimosa y la dulce promesa; me perdió como un vil, dándome, sin yo saberlo, un zumo de hierba que me durmió; me perdió así, cuando mi padre, el pobrecito, acababa de morir; cuando sólo tenía á mi madre, la pobrecita, medio ciega, y

cuando tenía mi corazón y mi esperanza puestos en un hombre de bien que me quería de verdad, y á quien yo de verdad quería.. ¡Ay, ay mi amo... así me perdió ese hombre!

¡Callé! No sabía qué consuelo darla. Por otra parte, ¿no es verdad que hay desdichas que no tienen consuelo?

—¿Y tu novio?—pregunté á *Parralita*.

—Está aquí también.

—¡Aquí!—repuse, con viva inquietud.

—Está aquí, desde el principio de la aceituna, como yo lo estoy... No le miro ni le hablo. Es *Metrio*.

¡Ah, *Metrio*! Casi lo había adivinado! Sentí una profunda tristeza.

—¿Te abandonó...? ¿Fué él entonces?—pregunté á *Parralita*.

—Le abandoné yo—dijo con más firmeza aún. Antes de casarme, le conté con lealtad mi pesadumbre. Dudó y le desprecié. ¡Sola... Sola!

—¿Y sabe *Metrio* que fué José Alonso?

—Le confesé la ofensa, sin decirle quien me la hizo; callé el nombre por no comprometer á *Metrio*. Porque callé dudó; porque dudó, le he despreciado.

—Pero, desventurada, ¿qué hiciste después de tu desdicha? ¿Qué hizo José Alonso?

—¿Qué hizo José Alonso? Perderse. ¿Qué hice yo? Buscarle. Hasta anoche no le encontré, anoche, cuando llegé con la gente nueva. Por eso esta mañana no quise ir al trabajo; porque no me viera... Pero ya quiero... Ya quiero ir.—Y *Parralita* reíase de un modo que infundía pavor.

Lo digo sinceramente; no supe en aquel instante qué decisión tomar; permaneci silencioso y pensativo; ella dejó de llorar y secaba nerviosamente sus lágrimas; la cólera y las lágrimas, habían animado un poco su color, dándole un matiz muy dulce, de rosa; se quitó el pañuelo, de golpe, tirando de una punta, y pude admirar una mata hermosísima de pelo negro, que cayó largo y brillante, con relámpagos azules; para arreglar el pelo, se puso las horquillas entre los dientes. Inclinando un poco la cabeza, con gracia infantil, torcía el pelo y lo trenzaba con movimientos febriles; concluyó la trenza, se la enroscó en la nuca—un poco más arriba,—dándole varias vueltas y se la apuntó con las horqui-

llas, que fué quitándose de la boca. Cuando estuvo lista; cuando el rodete lució majestuoso, con todo su clásico plasticismo, inmediatamente, como luz que se extingue en un violento soplo, desapareció la línea de la cabeza gentil en el feo pañolón; se encasquetó encima el sombrero, ocultando con la sombra de sus alas de adornos de colores aquellas otras sombras de sus ojos profundos, y, restregándose fuertemente las manos, dijo, riendo, pero con una exaltación que no le era posible contener.

—Mi amo; y aquí no pasó nada.

—Pero ¿á dónde vas?—le pregunté vivamente.

—Al trabajo.—Y salió sin mirarme.

Aquel día, lo pasé con una preocupación grandísima; luego, de noche, absorto con unas cuentas de mucho interés, y entretenido además, por unos corredores que me compraron el orujo, dejé de pasar algunas horas, como era mi costumbre, sentado en mi sillón, fumando ó leyendo, cuando no me entretenía en oír á mi gente, aunque, sin mezclarme nunca en sus conversaciones. No bajé, y confieso con ingenuidad que mi sueño no fué tranquilo.

La gente del campo andaluz es muy enérgica en sus pasiones; una palabra, un ademán, el acto más insignificante, podía traer el conflicto. Lo más prudente era echar á José Alonso, por ser el último que había entrado á trabajar en *Las Palomas*, y porque un hombre de tan infame condición no debía permanecer un instante más al lado mío. ¡Oh, lector! perdóname este alarde de rectitud, que te parecerá quijotesco; pero en aquella época estaba yo seguro de que los hombres con excepciones ligerísimas, como la de José Alonso, eran unos benditos... ¡Los hombres... triste de mí!

Me levanté con la intención muy sana de decir prontamente á mi aperador que el tal José Alonso no podía estar en mi hacienda ni un solo minuto. Salí pronto, llegué al *tajo* y pregunté por el aperador.

—Allá, en la otra banda,—dijéronme.

Iba á seguir en la dirección que me indicaron, pero quedé inmóvil, oyendo, como si observase atentamente un olivo enfermo, el diálogo que mantenían dos aceituneras, alegremente, escondidos los rostros morenotes y expresivos bajo las alas

de sus sombreros; no reproduzco el diálogo porque sería imposible: se solazaban al recordar lo que se habían divertido la noche antes; el tal José Alonso, tenía unas manos como un querubín para la guitarra; se bailó y se cantó lo que había que ver; pero lo portentoso, lo que pasmó los corazones fué *Parralita* bailando. Nadie pudo competir con ella... ¡Y eso, que había en *Las Palomas* cada mujer para cosas de baile y cante, que era ya perder el juicio! «—Hija,—exclamó una muchacha—pero ¿tú viste? Bailó como un diablo; cantó como un ángel... ¡Y qué risas y qué primor de lengua tan resalada!» «—La verdad, hasta la noche anterior no se supo en *Las Palomas* quién era *Parralita*. Los hombres estaban locos; las mujeres locas también; los hombres de celos; las mujeres de coraje.» Y las muchachas, relamíanse el hociquillo de gusto, al pensamiento de que, aquella noche, también habría jolgorio.

Un zagal que estuvo oyéndolas, y que, indudablemente, no concurrió la noche antes á la fiesta, preguntó, mezclándose en el diálogo:

—¿Y con quién bailó *Parralita*?

Y la del discurso, respondió prontamente:

—Con José Alonso.

—¡Ah, pobre *Metrio!*—pensé con tristeza. Y me fui por otro lado, sin ganas ya de ver al aperador.

Quedáronse las muchachas y el zagal, haciéndose lenguas del donaire de *Purrallita*, y de los talentos singularísimos del tal José Alonso. Yo volví á la casa, repitiendo una vez y otra: «—¡Oh, mujer! ¡oh, arcano!»

Aquella noche no había chalanes que me entretuviesen, ni cuentas que ajustar; muy temprano estaba yo en mi sillón cerca del fuego; arriba, en el cañón de la gran chimenea, sentíase silbar el aire con solemne gemido; sonaban fuera los canales al chocar con las paredes. Hacía un frío horrible. Mujeres y hombres, venían al fogón á tender un instante las manos ateridas, por encima de las llamas, y alejábanse para dar paso á otros, porque junto al fogón no cabían todos. Algunos hombres, roncaban tendidos en el suelo ó en los poyetes, con los sombreros sobre la cara; otros, fumaban sosegados, sin preocu-

parse de lo que ocurriera alrededor: las mujeres, tendíanse también en los rincones más oscuros,—las viejas, por supuesto, que las jóvenes ya tenían que hacer con criticarse unas á otras y hablar de fulanito y menganito.—Esa mezcla de gente es inevitable en las noches del campo, después de concluida la faena; el aplanamiento de una labor ruda de muchas horas, no impide que se ría, que se cante, que se cuenten historias y cuentos, que se propongan acertijos ¡oh, pasmo! y hasta que se representen comedias improvisadas sobre el terreno, con una espontaneidad parecida á un tiro, y con un éxito que colmaría las esperanzas del autor dramático más *pulcro*.

Yo no parecía darme cuenta de nada; el fuego que ardía en el hogar, alimentado constantemente por los que iban á calentarse, y las cuatro luces que brillaban en los mecheros enormes de un velón de Lucena, más enorme aún, colgado por un gancho del alero de la chimenea, dábanme luz muy suficiente para leer los periódicos á mi sabor, y en mi lectura abstraíame, como si nadie hubiera en el cortijo.

Esto era costumbre en mí, ya lo dije; pero aquella noche ponía poca atención en la lectura.

No era á *Parralita*, ni á José Alonso á quienes quería yo observar. Era á *Metrio*. No quise llamarle, ni preguntar por él, para que los otros no se fijaran; pero entre tanta gente me era difícil, sino imposible, poderle hallar con la vista, mirando sin parecer que miraba, al doblar ó desdoblar el periódico, como por la exigencia de lá lectura. En esos momentos, sólo abarcaba una parte de la cocina; no viéndole allí, buscaba otra vez en otra; pero la cocina, desde el hogar al fondo, era de gran extensión, y allá, en lo último, las figuras de los aceituneros se distinguían confusamente, por estar todo hundido en vaga penumbra.

De un grupo de mozuelas próximo al hogar salió en esto una risa como un estallido; una risa de mujer, alegre y sonora, como trinar de pájaro. Me sorprendió esta risa; volví los ojos al grupo de las mujeres, y aunque ya lo sospechaba, adquirí la evidencia. Fué *Parralita* quien así rió. Yo en tanto, intrigábame, por no poder hallar

con la mirada á *Metrio*. Un hombre había entre aquel grupo de mujeres; era José Alonso; las miraba y reíase con aire ufano; creí sorprender que me miraba furtivamente, á la vez que escupía sus donaires para hacer reir á las mozelas. Todo esto fué rápido; al mismo tiempo de sentirse la risotada de *Parralita* y de encontrarse los ojos de José Alonso y los míos, se removi6 algo á mi lado, á mis pies, tocando casi con mi sill6n. Bajé los ojos y vi á *Metrio*. Me acordaré siempre; estaba sentado en el suelo con las piernas encogidas; apoyábase de espaldas en la pared. Le podía hablar sin que me oyeran.

--Hola, *Metrio*,—le dije—tengo que hablarte.

--¿En qué puedo servirle, mi amo?—pregunt6me abatido. Y fué á levantarse á la vez.

--No, espera—repuse, inclinándome para coger una astilla con que encender mi cigarro.—*Metrio*; sabes que el capataz de la *Dehesilla* dejó el destino y se fué á Córdoba. Hay muchos que quisieran irse allí, en su lugar, pero yo quiero que vayas tú. Tengo confianza en tu prudencia; y si

yo mejoro tu suerte mandándote de captaz á mi mejor finca, estoy seguro; tú has de darme buen pago. Hoy he tenido noticias de allí, que me tienen de muy mal humor; aquello está manga por hombro. No me es posible faltar un instante de *Las Palomas*, pero iré contigo para hacerte entrega. Mañana mismo nos vamos.

No puedo explicar la consternación que fué pintándose en el rostro del mozueto á medida que yo hablaba; yo me lo figuré; aquella noticia que en otra ocasión le hubiera vuelto loco de felicidad, porque colmaba todas sus aspiraciones, fué una puñalada que le atravesó el pecho. Se pasó las manos por la frente como si quisiera apartar de allí alguna idea tenebrosa. ¡Pobre mozo! ¡Cuán ajeno estaba de que yo conocía el motivo de su gran aficción! ¡De que yo veía su pensamiento, antes siquiera de que él lo concibiese! ¡Irse en aquel trance! ¡Dejar á *Parralita*, por quien sentía verdadera locura, no obstante su mancha y á pesar de las dudosas explicaciones que de ella obtuvo! Además, *Parralita*, había cambiado de conducta,—un nuevo tormento que le mataba.—A sus re-

servas, á sus mutismos, á sus ansias de soledad, sucediéronse de repente, en veinticuatro horas, una alegría sin tregua, una verbosidad inconcebible, un gracejo hasta entonces nunca demostrado; habíase vuelto risueña, decidora, comunicativa; en sólo una noche se hizo notar por su gracia en el baile, por sus méritos físicos, que, hasta entonces también pareció empeñada en que pasasen inadvertidos. ¡Y todo por aquel José Alonso! ¡Pobre *Metrio!* ¡Y para él los desdenes! ¡Y para él las penas...! Hubiérase podido hacer un verdadero estudio, por la contracción de las facciones solamente, en aquel corazón de hombre, virgen y sin doblez. Quería hablarme, quería darme las gracias con explosión de alegría, mirándome no obstante sin hablar, con los ojos espantados y volviéndolos sin querer, furtivamente, al grupo donde estaban *Purralita* y José Alonso. Las llamas del hogar levantándose vivas y alegres, iluminaron temblorosas con gran vigor aquel semblante lívido, de líneas acentuadas, desencajado ahora por el dolor de una nueva feliz que le desesperaba,

y de unos celos mortales que le enloquecían. Miré á *Parralita* colérico, encontráronse nuestras miradas casualmente, y creí sorprender en sus labios finos una sonrisa imperceptible casi, de triunfo, al pasar su mirada de mis ojos á los del triste desdeñado. *Metrio* no pudo observar esta sonrisa. Le abrumaba la pesadumbre.



III

Al día siguiente, pretesté una ocupación grave para no salir de *Las Palomas*, por lástima á *Metrio*, como supondréis. No fuimos á la *Dehesilla*... Desde aquella noche *Parrala* y José Alonso, no dejaron de aproximarse siempre que les era posible. Pude observar en ella una viveza, una alegría inexplicables: no he visto nunca coquetería de mujer más graciosa, más alegremente sostenida; no puedo decir de donde robaba espacio para su acicalamiento y compostura; no se la echaba de menos, no faltaba á su trabajo un solo segundo. Observé entonces que la mujer en las más rudas y apremiantes labores, en las más desoladas horas, en las crisis más grandes y solemnes de la vida, dispone sin excepción, sin que se advierta, para

más asombro, de todo el tiempo necesario para su *toilette*; por lo demás, la aceitunera, con su traje abigarradísimo,... con su sombrero anchote que guarda desairadamente el rostro; con el pañuelo, que cubre también su garganta, su cabello y su nuca; con el otro pañuelo, guardador estúpido del talle; con el pantalón y la falda caída encima, que oculta y deforma la cadera ¿puede hallar medio de distinguirse de algún modo, con una *toilette* más ó menos detenida, siéndole imposible salir de esa singular indumentaria? ¡Oh, portentoso femenino! *Parralita* sabía lograrlo. *Parralita* empezaba á volver loco á todo el mundo en *Las Palomas*, sin excluir ¡ay! á su dueño. Era preciso, indispensable, tomar una resolución con *Parralita*.

Manifiestamente estaba demostrado, para mí al menos: *Parralita* se propuso excitar la pasión de su antiguo novio, mortificarle, herirle. Yo no podía observar todos sus actos, porque no podía estar entre mi gente á todas horas: pero lo que observaba era bastante para que mi compasión por *Metrío* fuese mayor. De José Alonso nada quiero decir: era un hombre

repulsivo. *Metrio*, sin hablar con nadie, sin sospechar ni remotamente que el amo pudiese estar tan en pormenores de lo que en su corazón pasaba, sufría en silencio; desesperábase; algunas veces le sorprendí, con su mirada centelleando de odio y sangre, puesta en *Parralita* y José Alonso. ¡Ah, *Metrio*, si tú hubieras sabido lo que José Alonso tenía contigo pendiente!

¡Caso singular! Ni una sola de aquellas miradas de amenaza y desolación escapábasele á *Parralita*. Siempre, en tal momento, los ojos de *Parralita* buscaban los del afligido muchacho, como para confundirle más, haciéndole ver la dicha de su corazón. ¿De dónde puede sacar una mujer sin educación, sin principios, sin conocimiento del mundo, criada en la soledad del campo, ese dón admirable de leer en el corazón del hombre, de ahondar allí, como con un escalpelo, hasta descubrir la fibra más sensible y herir ó acariciar hasta matarle?

Parralita y José Alonso entendíanse; yo estaba seguro; pero no creía que hubiesen tenido ocasión de hablar despacio y á solas; además, estaba yo equivocadísimo,

ó ella negábase absolutamente á conceder aquella cita á solas al tenorio aceitunero.

Una tarde iba yo, á pie, al olivar donde trabajaba la gente; próximo ya, ví venir á *Parralita* con un cántaro á la cabeza, el cántaro al aire, sostenido por su asiento, nada más, sobre la airosa cabecita. No llevaba sombrero ni pañuelo. Detúvose al verme y se echó á reir. Pensé que el cántaro iba á caer, pero siguió en su sitio, moviéndose solamente para seguir, sin que yo me explicase como, las oscilaciones del cuerpo y la cabeza de *Parralita*.

No era *La Parralita* que encontré días antes tirada al pie de la adelfa; en su rostro advertíase una animación muy singular; sus bellos ojos negros habían perdido aquella expresión dura y hostil y aparecían como sus labios, húmedos de vida y juventud; en los labios, sonrosados ahora, de un dibujo purísimo siempre, llevaba una matita de oliva.

—Oye,—la dije con dureza;—lo siento bastante, pero tendrá que ser al fin.

—¿Y qué tendrá que ser, mi amo?—preguntó sorprendida, con un ligero tonillo de burla que me confundió un poco.

—Que te vayas,—repuse irritado contra mí mismo, por mi confusión.

—¡Irme!—Y su sorpresa crecía.—¡Pero si cambié de pensamiento, mi amo! ¿No se acuerda usted? Cambié de pensamiento y le dije que me quedaba.

—Te has quedado, sí, pero no me conviene lo que haces. Si no te vas, te echaré yo. Que las enterada.

Creí confundirla con mis frases duras y el tono más duro aún con que las pronuncié, pero el confundido fui yo cuando la ví hacer un gesto gracioso, á la par que decía mimosamente:

—Ni me abandona... ni me echa á mí nadie... Y usted mucho menos, mi amo.

—¡Te irás ó te echaré mil veces!—repuse indignadísimo.

—Ni me voy ni me echará usted,—respondió; y reía... reía. De pronto contavo su risa y exclamó, con un gracioso mohín:

—¿A que no me echa usted?

Y arrojándome á los ojos la matita de oliva, que tenía entonces en la mano, se alejó sin volver la cara, canturreando una copla.

¿Por qué no la eché? ¿Qué influjo mis-

terioso ejercía aquel diablo de hembra en los seres que la rodeaban? Quedé como petrificado; confieso que no era odio, ni repulsión, ni menosprecio lo que en aquel punto inspirábame. No pensé en su cuchillo ni en sus coqueterías, no pensé en su transformación ni en sus palabras enigmáticas de algunas veces, es decir, si pensé, pero como un recuerdo lejano, como si todo aquello hubiese ocurrido hacía ya tiempo y con otra persona que nada tuviera que ver con *Parralita*.

Aquella tarde fué de emociones: á los pocos pasos encontré á *Metrio*. No me extrañó. *Metrio* agonizaba; *Metrio* movía. Sentí un impulso de cólera. ¡Oh, mundo! La cólera que no desplegué, por falta de valor, contra *Parralita*, salió desbordándose contra *Metrio*.

—¿A dónde vas?—le pregunté con rabia.

No supo qué contestarme; se sintió aturdido, acobardado; no tenía costumbre de tales maneras en mí. No tuve compasión. Dios me perdone; me cegaba la ira.

—¡Contéstame!—repetí,—¡contéstame! ¿Donde vas? ¿O es que no soy nadie en mi casa? ¿O es que aquí se burlan todos del

amo, y que todos los golpes han de ir á él?

Metrio estaba más blanco que su camisa; aquella actitud de su amo, que siempre, en todas ocasiones le demostró preferencia, unido á las congojas que ya le consumían, fueron el colmo. No pudo contenerse; un ronco suspiro se escapó de su pecho y se sentó, sin fuerzas, sobre un pedruzco.

—¡Levántate y mírame!— grité furioso; pero sintiendo ya secreta consternación por haberle abrumado tan sin piedad.

Se levantó sumiso; un lagrimón enorme formábase en aquellos ojos negros, grandes, noblazos, de mirada inteligente y dulce como la de un niño; la lágrima rodó al fin y *Metrio* volvió la cara avergonzado, porque no le viesen llorar. Mi furor, al ver aquella lágrima, no tuvo límites. Le cogí de un brazo violentamente y grité, cimbrándolo con toda mi fuerza:

—Pero ¿no ves, imbécil, que se burla de tí? ¿No ves que no es acreedora á tu cariño? ¿No ves que coquetea con todo el mundo y que da la preferencia á José Alonso, ese hombre antipático y repulsivo? ¿No comprendes que, después de su marcha, todo lo que hace es en contra su-

ya, y que una mujer en su caso, si es buena, lo que tiene que hacer es morirse de sentimiento, por las dos cosas más grandes que podía perder? ¿Por su honor y por tu cariño?

Estuve para gritar, también, que la culpa de *Parralita* era más grande, por ser José Alonso precisamente el hombre que la sedujo. Me detuve aterrado; comprendi, de repente, el efecto que mis palabras le hubieran podido hacer.

Pero más todavía que la andanada que cayó sobre la cabeza del pobre *Motrio*, aturdiale y volvía loco la idea de que era yo quien así le estaba hablando. El asombro le impedía hablar á él. ¿Cómo podía haberme yo enterado y con tanto detalle de aquella historia íntima de su alma y de su existencia?

Le dejé con su asombro y añadí como complemento:

—Mañana á la *Dehesilla*, ¿entiendes?

Hizo un ademán desesperado, como indicándome que obedecería. Lo mismo era ya para él una cosa que otra.

—¿A dónde ibas?—pregunté entonces más tranquilo.

Guardó silencio, con la cabeza baja, y conció su intención de volver á los olivares; seguí hablando, porque estaba seguro de que él no diría una palabra mientras continuasen mis preguntas sobre el mismo tema.

—Ibas siguiéndola ¿no es verdad? ¡Como si estuviese eso bien! Siguiéndola y pensando que quizás iba en busca de José Alonso. Estoy seguro; José Alonso tampoco estará en el sitio que le corresponde... ¿Es así como se cumple con un amo bueno, que paga con religiosidad y es amigo y protector de sus trabajadores?

—Perdone usted, mi amo,—dijo *Metrio* como enternecido,—no volveré á hacerlo; que me riñan por lo que quieran, pero no porque falte á mi trabajo.

Soltó un suspiro que hizo retumbar su pecho, y añadió destempladamente:

—¡Es que esa mujer me trae loco!

—Y por eso, porque estás loco, no puedes reflexionar un instante; si reflexionaras no pasarías tanto apuro. ¿Qué te ocurrió con *Purralita*? ¡Vamos á ver! Cuenta.

Me miró irresoluto y confundido.

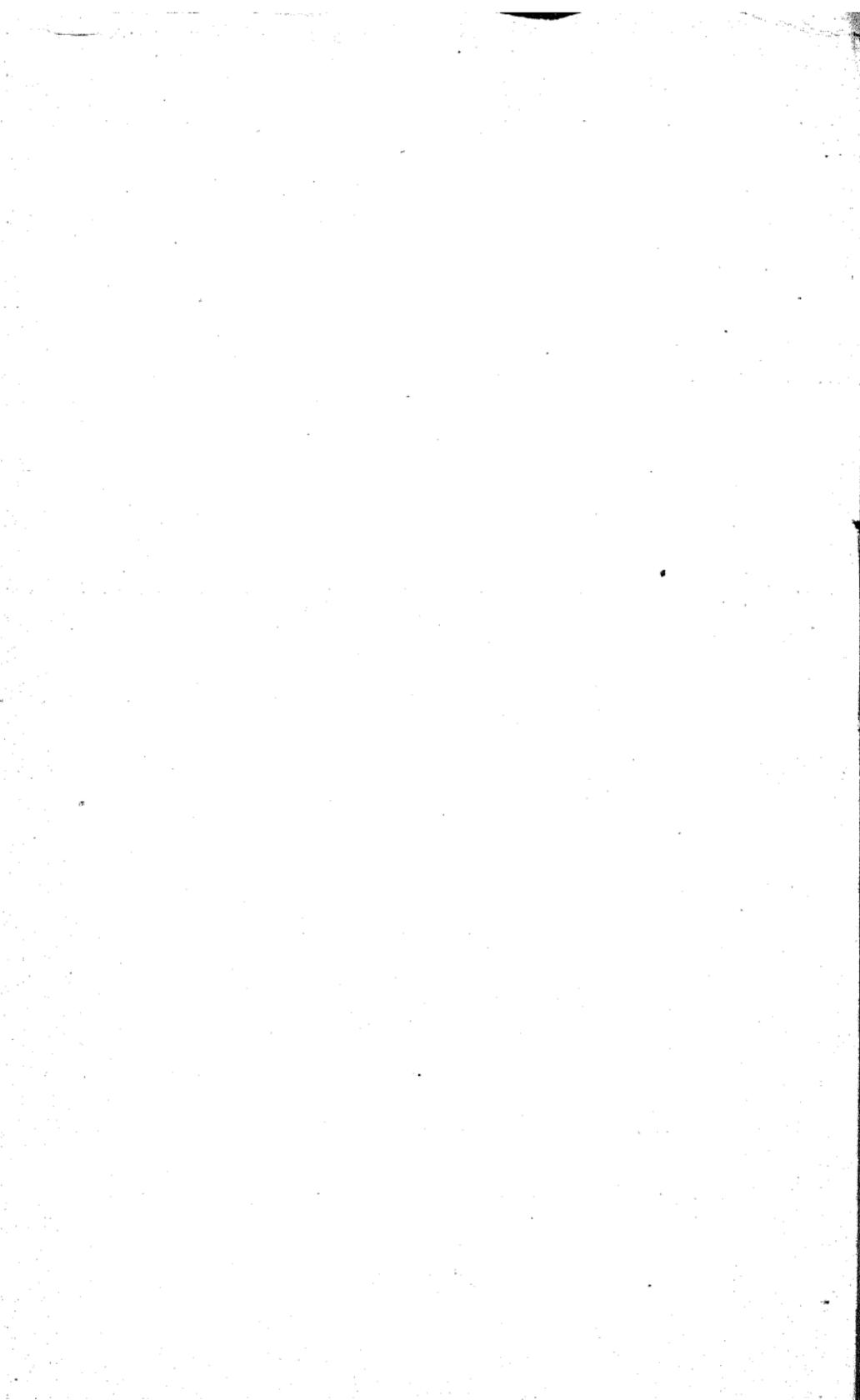
—Te pasó,—proseguí impaciente,—que

ibas á casarte con ella, pero antes del casamiento, ella, de quien no tenías entonces pesadumbre ninguna, te cogió y te dijo con lealtad, francamente: « Mira, *Metrio*, me pasó esto y esto.» ¿Qué te contó? Que se había cometido una infamia con ella. Te contó el milagro, pero no te dijo el nombre del santo. ¿Por qué no te lo nombró? Por no comprometerte ¡porque no le buscaras y no os matárais! pero tú no la creíste... Si no tenías confianza en ella ¿por qué, entonces, empeñarte en resucitar un muerto? O tenías confianza ó no; si no la tenías, á morir los caballeros y á no hablarle más; si la tenías, á casarte con ella y á no pensar más en cosas tristes; los malos sueños, son como el humo; se sopla, se aventan y se van; pero tú, ni una cosa ni otra; ya lo ves: y hoy, ella está mareándote; ¿qué tienes tú que decir? ¿Con qué derecho vas á ponerte con ella?

—¡Pero, por los clavos de Jesús divino, —gritó *Metrio*, como si el corazón se le escapara por la boca;—aunque yo me muera por *Parralita*; aunque yo me mate, porque yo me mataré, si no me muero, ¿cómo quiere usted que la hable ni que la mire,

con estas dudas que me abrasan? Si ella me quería, y lo que pasó, pasó como ella dijo, ¿por qué no me dijo quién fué, y por qué no me lo señaló, gritándome, ¡ese!... ¡ese! y ¿por qué no me ayudó á matarlo también, si yo no podía?—Y *Metrio* retorciase las muñecas desesperado.





IV

En este punto volvimos la cabeza rápidamente; una mujer pasaba junto á nosotros; era *Parralita*. ¿Cómo llegó hasta allí sin que lo hubiéramos advertido antes, por absortos que estuviésemos? Pasó de prisa, con su cántaro en la cabeza; no saludó, no habló; balanceaba un brazo al compás de la marcha; el otro caía á lo largo del cuerpo, y sus dedos nerviosos jugueteaban con un pliegue del vestido.

¡Allá iba!... Fué perdiéndose el rumor que hacían sus zapatos en las piedrecillas de la senda; el cántaro vidriado recortábase á lo lejos, y el sol, arrancándole risillas, parecía complacerse en formar con un prosaico cántaro de agua el nimbo brillante para la alegre cabecita morena...

Metrio y yo nos mirábamos suspensos;

no se habló más. Aquella noche, precisamente, hubo jolgorio como nunca en el cortijo de *Las Palomas*. La gente se desbordó por ser día de mi santo; no era, por otra parte, de extrañar; de noche, en el tiempo de la aceituna, cualquier cosa basta para armar en un cortijo un fandango de mil demonios. Excuso decir que con *Metrio* no iba aquello. Yo estuve gran parte de la noche, sentado en mi sillón como un patriarca, sin preocuparme al parecer, de las mezquindades de la tierra.

Parralita era el alma del jolgorio: en sus ojos de negrura intensa, resplandecía un fuego febril; José Alonso, como un perro, seguía la á todas partes; había *el conquistador* abdicado de todas sus ínfulas; como *Metrio*, no hacía más que mirar á *Parralita* y sufrir su yugo; pero sin la dignidad, sin la altivez de *Metrio*, iba detrás de ella, halagándola, adulándola, suspirando, con ojos pedigüeños, frases de súplica y cara contrita.

Salí al llano á eso de las diez, y *Metrio*, como si le aterrara quedarse solo al pie de mi sillón, sin el amparo y la ayuda que de mí pudiera recibir, salió detrás.

Observé al salir, y *Metrio* debió observarlo como yo, que *Parralita* y José Alonso, después de terminar un baile, cuchicheaban misteriosamente. José Alonso pedía algo con verdadero ahinco. *Parralita*, en el instante preciso de pasar nosotros, exclamó resueltamente:

—Bueno, en la *Cárcava*; á las doce... Junto al peñón.

Y se alejó corriendo, entre la multitud, á la vez que nosotros salíamos y José Alonso lanzaba un suspiro de triunfo, alejándose por otro lado.

Fué una cita; yo quedé reflexivo; ella había hablado en voz alta, como si no se diese cuenta, en aquel instante, de lo que ocurriera á su alrededor; pero una mujer, y una mujer como *Parrala*, ¿pierde tan pronto, aun suponiendo que esté muy conmovida, total noción de las cosas? ¿No dijo aquellas palabras... no las dijo en aquel tono, para que las oyese *Metrio* al pasar? ¿Para que, así mismo, las hubiese podido oír yo, tal vez?

Aunque mi cabeza trabajó mucho para explicarse esto, quedé en la misma confusión é incertidumbre.

Una idea absorbíame sobre todo; cuando *Parralita* indicaba la hora y el sitio, para verse con su amante á solas, aquella misma noche, y por primera vez sin duda, envolvió á *Metrio* al pasar en una mirada inmensa, y sus pupilas brillaron en la sombra como diamantes heridos por la luz.

Paseé por el llano, preocupadísimo; *Metrio*, sentado en el poyete, permanecía inmóvil con la cabeza inclinada. Una pregunta me hice entonces; «¿La habría oído *Metrio*?» ¡Quién sabe...! Pero, ¿no era estúpido abrigar duda alguna...? La habría oído tan bien como yo. Sin embargo, me propuse saber la verdad, sin preguntárselo. Si, milagrosamente, no la oyó, ¿para qué abrir más una herida que manaba ya sangre? Hacía una noche espléndida, sin frío, sin calor; el aire no movía las hojas; de allá lejos, como un vago clamor, venía el ruido de *la Cárcava*; el cielo, sin una nube, mostrábase en toda su magnificencia; la atmósfera, limpia, permitía ver el cielo estrellado, en toda su clara y bella diafanidad. No había luna. ¿Qué será que siempre, aún en los trances más difíciles de mi

yida, me sentí conmovido y absorto en la contemplación del cielo en estas magníficas noches? ¡Oh, Byron! ¡Oh, Flammarión, y tantos otros divinos cantores del cielo! Decidme: en esas estrellas de brillo purísimo, lejanos, misteriosos mundos, átomos brillantes, polvo de oro del infinito, ¿habrá seres animados también?... ¿habrá *Parralitas* aceituneras, de ojos negros, brillantes, que quemén el corazón?... Pero pronto dejé de pensar en las constelaciones de estrellas de arriba, para pensar en otra constelación de abajo; en la constelación de una loca, de un tonto, de un pillo y de un Quijote... ¿Necesitaré decir que era yo el Quijote, *Metrio* el tonto, José Alonso el pillo, y la loca *Parralita*?

Yo fumaba y paseaba nerviosamente; interesábame *Metrio*, sí; pero mi nerviosidad, mi irritación, eran por comprender que *Parralita* no me interesaba menos; quiero decir aquí, como si quien esto lea fuese mi confesor, que no era un interés material el que *Parralita* me inspiraba; era otra cosa cuya explicación no me dí hasta más tarde; era el interés que nos inspira una persona á quien creemos de

talento y comete una torpeza; un hombre á quien se cree honrado y comete un crimen. Y después de esto, amonestábame yo mismo, furioso, por haber encontrado en *Parralita* una superioridad de que carecía y una honradez, que, como el talento, nunca existió. Realmente ¿era una gran decepción la que yo había sufrido? ¿No era *Parralita* lo que yo pensé, al verla y oirla aquella mañana, al pie de la adelfa, al borde del arroyo? ¿Era una coqueta, casquivana, embrollona, intrigante, sin el sentimiento de dignidad innato siempre en la mujer? Y pensando así, sentí el rocecillo de la matita de oliva, como si acabase de arrojármela á la cara.

Pasó tiempo; la gente iba recogándose. Cerca ya de media noche, mandé á *Metrio* con un recado al molino; el molino está muy próximo; lindante con la casa; pero *Metrio* debería entretenerse allí; el molino trabajaba día y noche.

La misma diligencia suya en aquel momento para ir al molino, me hubiera hecho comprender, si no hubiese estado seguro, que oyó las palabras de *Parralita* citando á José Alonso. Adiviné su inten-

ción; para convencerme, le seguí sin que me viera. En efecto; *Metrio*, anduvo en dirección del molino; pero, cuando creyó que nadie le veía, deslizóse junto á los muros, y echó luego á correr hacia la *Cárcava*.

Yo le seguí sin apresurarme; había tiempo; *Parralita* y José Alonso, tardarían aún, y con seguridad no irían temprano ni tarde. Hay, para la gente del campo, un reloj en el cielo, que nunca se equivoca; cuanto más años tiene el campesino; más adelanta en la ciencia de su reloj; hay viejos que dicen la hora con sus minutos y sus segundos. Pronto empezó á oirse con más fuerza el rumor de las aguas. Pocos instantes después hallábame en el lugar de la cita. La *Cárcava* presenta á todas horas un espectáculo imponente, pero de noche es aterrador, sugestivo: el agua de un riachuelo, precipítase con ronco clamor por aquellas peñas enormes, salientes, revestidas de verdín; deslízase por un cajón accidentadísimo de rocas; se precipita por allí con furia, saltando, volteando, rugiendo, retrocede hervorosa como feroz enemigo que se retira, buscando un hueco en el mu-

ro para acometer otra vez con más fuerza; en la balumba espantosa, salpican las espumas alrededor como veneno escupido por un monstruo, en su fantástico cabil de bloques; lentiscos, adelfas, higueras bravías, crecen en todas partes como nacidos en las mismas rocas y unen sus ramas sobre el cauce profundo; con esta poesía de las hojas verdes, enlazadas, y del cielo azul transparentándose por ellas, resulta quizás más lúgubre el rugido del fondo, cual súplica eterna de millones de réprobos que se revuelven allí, clamando piedad á las alturas sonrientes... Y allá, en las alturas, la inmensidad silenciosa y magnífica, poblada de mundos solitarios, de eterno, misterioso brillo.

—¡*Metrio!*—grité de pronto,—¡*Metrio!* Mi voz confundióse al punto entre el ruido de las aguas; pero *Metrio* me había oído. Una sombra se adelantó hasta mí. Era él. No le ví el rostro, pero estoy seguro; su confusión, por haberse alejado de *Las Palomas* sin mi permiso, era entonces tan grande como las angustias de su alma. No pudimos hablar. *Metrio*, se replegó inmediatamente. Sus ojos acostumbrados al

campo, de noche, habían divisado, allá, en el fondo, un bulto; me escondí con *Metrio* detrás de una gran piedra que había al borde de la *Cárcava*. A los pocos instantes, llegó José Alonso. *Parralita* no se hizo esperar.

José Alonso salió á su encuentro; detúvose allí, donde se habían encontrado, pero *Parralita* llegó hasta la piedra que nos ocultaba. No nos separarían ni tres pasos. La respiración de *Metrio* era anhelante, estertorosa; yo le así fuertemente de un hombro; hallábame tras él.

—¡Espera! —le dije muy bajo, —¡espera!

Veíamos á José Alonso de perfil, á *Parralita* de frente; el brillo de las estrellas, la dulce diafanidad del cielo, permitían ver hasta el movimiento de las facciones de *Parralita*. La *Parralita* de ahora, no era la que poco antes había atolondrado el cortijo con su verbosidad y sus carcajadas; no era, no, la del baile y el jolgorio; no la que caminaba por el sendero de *Las Palomas*, con su cuerpo gentil, con su cantarito en la cabeza y su matita de oliva en

los labios risueños, para arrojarla al rostro del primero que se presentase.

Se mostró á José Alonso, seria, adusta.

—Ya estoy aquí—dijole secamente;—
¿Qué querías?—Yo escuchaba tembloroso,
tan tembloroso quizás como *Metrio*. ¿Era
que *Parralita*, la *Parralita mía*, empezaba
á reaparecer?

Contestó José Alonso con protestas de enamorado: «él no podía vivir de aquella manera. Vivir así, era peor que morir».

—Bueno. ¿Y qué quieres?—preguntó *Parralita* con una insistencia singular.—
¿Fue ilusión mía? Me pareció que miraba furtivamente al enorme pedrusco, como si nos presintiese detrás de él; más aún, como si estuviese segura de que estábamos allí. No sé decir si estas observaciones pudo hacerlas *Metrio*. Créo que no.

—¡Que me quieras!—había contestado José Alonso, apenadamente.

Y *Parralita*, como si de pronto hubiese dado con un tema de conversación ansiadísimo, repuso con espantosa ironía:

—¡Que te quiera! ¿Y qué falta te hace

á tí que te quiera ninguna mujer? ¿No es bastante con que la quieras tú? Si te quiere, bueno; si no te quiere, también. Si á buenas no, á malas.

—Cállate, *Parralita*, cállate!—exclamó el mozuelo, en voz temblorosa;— de aquello no se habla más.

—¿Que no se habla?—continuó *Parralita*.—¿Por qué, si es una gloria para tí? ¿Que una mujer no te quiere? Pues tú vas y sales al campo, coges unas yerbas,—que para eso tienes gran sabiduría,—las machacas, coges el zumo y, si por casualidad la que tú quieres es una pobre chiquilla que vive sola con su madre, en un chozón á todos los vientos, no tienes más que meterte sin que te vean, echar aquello en el comistrajo de las dos, y entrar á media noche en el chozón perdido en mitad de la campiña... Entrar tranquilamente, y salir de tu empeño con honra. ¿Y qué? ¿No es para eso, para lo que Dios hizo á los hombres? ¿Para ganar siempre, sea como sea?

—¡Oh, *Parralita*!...--*Metro* bramaba sordamente detrás del peñón.—¡Cállate! ¡Cállate!—decía yo, sujetándole con todas mis fuerzas. En el fondo rugían las aguas; en

lo alto, la inmensidad brillaba llena de sonrisas.

—¡Perdóname!—decía José Alonso, con voz ronca por las lágrimas;—¡Perdóname!

—¿Que te perdone?—repuso *Parralita*, echándose á reir de aquel modo que yo no había olvidado.

—¿Por qué? ¡Si hubieras hecho alguna cosa mala! ¿No estuviste á mi lado hasta que desperté, para contarme, riéndote, lo que hiciste? ¿No te alejabas con aquella gran risa, dándome memorias para mi novio?... ¿Qué más quería yo?

—¡Por Dios, mi amo!--rugía *Metrío*, queriéndose soltar.--¡Por Dios que me muero!

Yo luchaba por retenerle é impedir que gritara. Mi corazón oprimíase; gruesas gotas de sudor bañaban mi piel. José Alonso repetía, sumiso:

—¡Perdóname. *Parralita*!

—¡Que te perdone! ¿Me hiciste algo?—añadió *Parralita*, riéndose.—Seguí tu consejo. No le dí memorias tuyas á mi novio, porque nombrándote os hubiera comprometido á los dos; os hubiérais buscado, os hubiérais matado; pero le conté lo que me pasaba; se lo conté, y no quiso creer-

me. ¡Puede venir la deshonra sobre una mujer, de tantas maneras! Se quedó con sus dudas... Yo me quedé con mis alegrías. Ya lo estás viendo; está ahí ¡ahí!... En el cortijo. Ni me mira ni me habla... Y yo, ¡buscándote! ¡buscándote siempre! ¡Buscándote, José Alonso!

—¡Buscándome!—exclamó José Alonso, con necio orgullo, olvidando el perdón que demandaba por la vileza cometida.

—¡Buscándote!--repitió ella, riendo aún. —¡Como que tenías que hacer algo en el mundo todavía! Pero no daba contigo... Para que veas; y de pronto, nos hemos encontrado aquí... ¡Aquí!... ¡Y con *Metrio*! —añadió *Parralita*, con una insistencia extraña.—¡Qué cosa tan particular! ¿No te lo dije?

—¿Y qué tengo que hacer? ¡Dimelo, dímelo; verás qué pronto!—exclamó el mozuelo, feliz con la idea de que los cargos iban á terminar.

—Poca cosa; hacerle ver á *Metrio*,... probarle tú mismo, que yo no le había engañado.

—¿Hacer yo eso?—exclamó José Alonso con rabia.

—Hacerlo, sí; y en seguida, darte yo mi recompensa... ¡Si tú no sabes, loco,—añadió con acento apasionadísimo,—lo que te tengo yo guardado!

—¿Y cómo lo haré?—preguntó José Alonso, sin saber lo que decía. ¡Dímelo... Dímelo tú!

—Confesándolo aquí. ¿Lo oyes? Confesándolo en voz alta, como si él estuviera oyéndote; ya ves qué poco; con eso me contentaré; es una manía; pero luego... ¡Ya verás luego! ¡Confíesalo! ¡Confíesalo, José Alonso!

Y José Alonso, con voz vibrante, como salida de unos labios de metal fundido y á impulsos de un poder superior é irresistible, vencido, sugestionado, gritó:

—¡Sí, lo confieso! ¡Yo lo hice! ¡Yo cometí la mala acción contigo, porque me despreciabas siempre y porque juré vengarme!—Y de pronto, en un arranque misterioso, como si creyese estar hablando con su rival infortunadísimo, añadió con rabia poderosa:—¿Lo sabes, *Metrio*? ¡Yo fui! ¡*Metrio*! ¡*Metrio*! ¿Lo sabes?

Lo que sucedió entonces, fué rápido, espantoso: *Parralita* lanzó un grito salva-

je de placer. *Metrio*, desprendiase de mí, forcejeando como un león. *Parralita* rugía al otro lado do la peña:—¿Lo oyes, *Metrio*? ¿Ves como no te engañé? ¿Lo oyes? ¡Si para eso lo traje aquí! ¡Si para eso te traje á tí también, sin hablar contigo siquièra!—José Alonso, como perdida la razón, lanzósé á *Parralita*; *Metrio*, en una sacudida horrible, se desprendió de mí; pero, aunque estaba José Alonso tan cerca de él, y aunque él se precipitó á su enemigo como un rayo, *Parralita*, rápida como el rayo también, había tenido tiempo de sepultar antes, por tres veces, su enorme cuchillo, en el pecho de José Alonso, gritando á cada golpe, con clamor horrible de lágrimas y furia:

—¡Por tu traición! ¡Por mi honra! ¡Por el pensar de mi *Metrio*!

José Alonso, cayó á la *Cárcava*, sin dar un grito; fué rebotando de roca en roca con golpes horribles y se oyó al fin un zumbido espantoso en las aguas. El cuchillo se fué con él dentro de su carne.

Metrio y yo, corrimos á *Parrala*; estaba en el suelo como sin vida. La llevamos entre los dos á *Las Palomas*. En aquel mismo

instante, salí para la ciudad con *Metrio*, dejando á *Parralita* muy recomendada á los capataces. Desde Córdoba mandé médicos. Estuvo á la muerte muchos días.

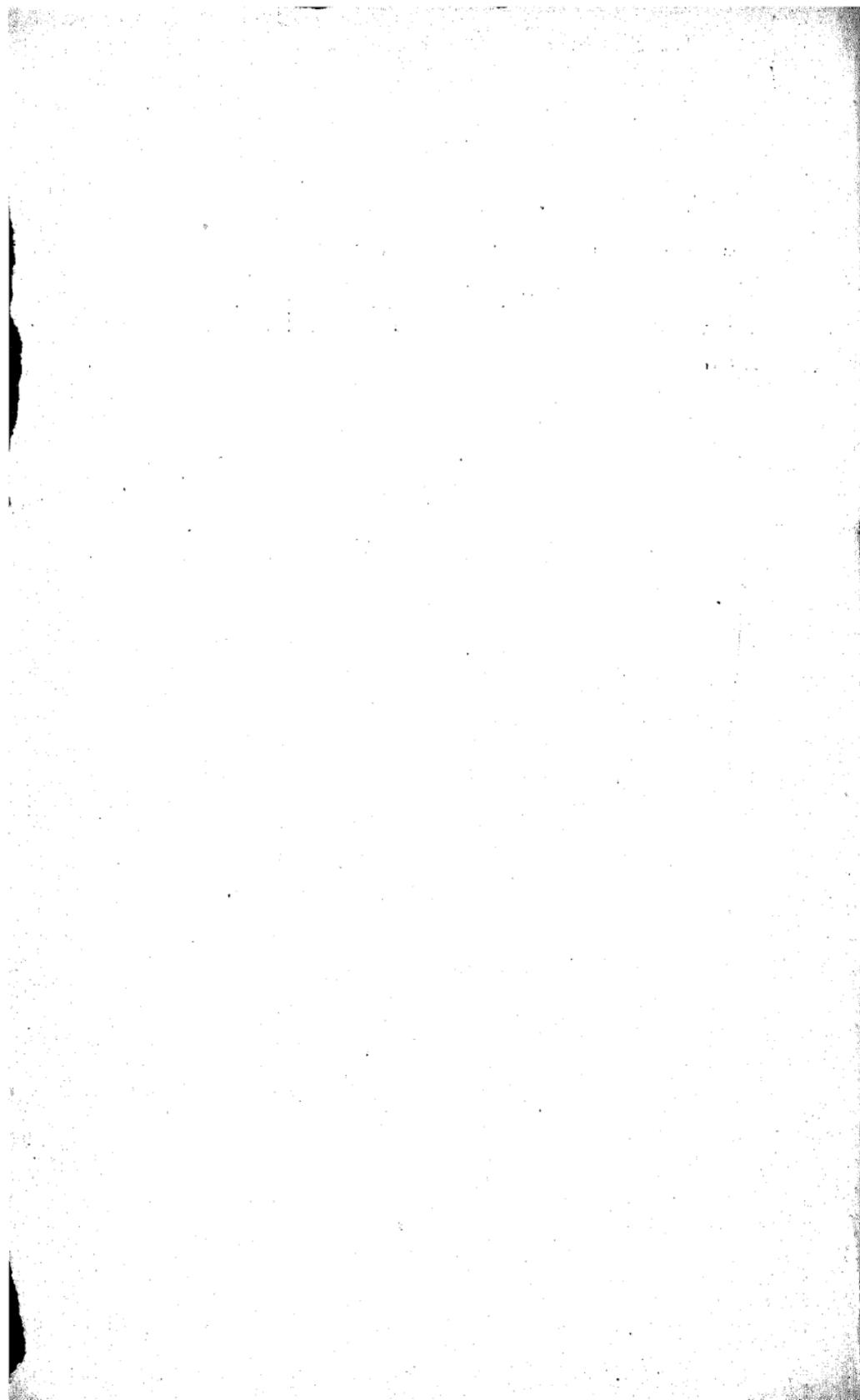
En Córdoba trabajé lo indecible. Hubo cabildeos, declaraciones, idas y venidas; pero, por último, salí vencedor. A José Alonso se le sacó de la *Cárcava* como Dios quiso y fué enterrado. A *Parralita*, no la molestó nadie. Cuando se puso buena, hubo casorio y bastante bulla. Mi mujer y yo, fuimos los padrinos.

Parralita y *Metrio*,--mis capataces de *La Dehesilla*,—son hoy, como antes lo fueron, dos buenas personas que viven felices, con un chiquitín que es un diablo, pero un diablo lindísimo y juguetón; que se arrastra por aquellas eras, como una florecilla del campo que barre el viento.

No voy mucho á *La Dehesilla*, pero cuando voy y recae la conversación sobre cierta historia, y *Parralita* muda entonces y pálida de terror, eoge mis manos y las besa y las moja con sus lágrimas, ¿por qué no decirlo? me conceptúo feliz. Esta feli-

ciudad no me impide ver á *Metrio*. *Metrio*, vuelve el rostro, para ocultar su emoción y estampa un beso que suena como un tiro en la boca risueña de la florecilla del campo.





PASTORA EXCELSA

I

Sepa el lector amable, que á Peñasquito, el famoso contrabandista, le llegaron las duras por cierta muerte que se le achacaba; pero yo sostengo con informes de mucho valer que el tal Peñasquito no ofendió á nadie en su vida, de palabra ni de obra, como no fuese á los del resguardo, que estaban con él á la greña. Era Peñasquito derrochador, generoso, alegre, y en lo tocante á valentía, un demonio; pero no la valentía que el lector está quizás suponiendo, sino la valentía especial del hombre que se arriesga á mil peligros, impávidamente, para burlar á todo aquel que con él se ponga, escapando á uña de caballo, sin hacer resistencia, sin derramar sangre, y volviendo despues, con doble terquedad y doble astucia, hasta salir ai-

roso de gran empeño. De aquí la *gloria* que había alcanzado en todo el campo de Gibraltar y en las serranías rondeña y cordobesa.

Nunca la mala suerte, le puso en el trance de matar ó herir á un prójimo; le achacaron *aquello* por una delación misteriosa, y andaba el pobre á salto de mata, pero no había cuidado; era difícil que la guardia civil lo cogiese; le querían en la sierra como al chiquitín del hogar; no había cortijo, chozón ó zahurda, donde no se le ocultara; hasta decíase, aunque no lo creáis, que los mismos guardias civiles, habían hecho la vista gorda en alguna ocasión... Y no digo la gente de la serranía, ni la guardia civil, aunque es ya cosa de mayor aprieto; hasta los pedruscos de las torrenteras, se hubiesen admirado y enternecido, viéndole pasar en su magnífico potro cordobés, con su manta jerezana, y su retaco á la concha, con su cuerpo de rey, muy entallado, con su graciosa cara morena, con sus ojos negros que abrasaban como soles, y sin pelo de barba, sin apuntarle el bozo aún, que era lo que á las tiernas serranas más conmovía... ¡Y de la ropa,

Virgen, qué voy á decir! ¿Y aquél calzón corto, con broches de plata á los costados, muy ceñido á la pierna, de elegante dibujo? ¿Y aquéllas polainas de becerro con respuntes y correillas? ¿Y los zapatos, de becerro también, con sus espuelas vaqueras que daban la hora?... ¡Y qué diré, valgame Dios, de la pechera cañoneada, de cuello bajo, cerradito, con broches también, pero broches de oro, y unos brillantes engarzados en ellos, que valían un Potosí, ni de la corbata de nudo, larga, de seda azul, cogida con la faja, de seda azul también... ni del chaleco de gran escote, ni del marsellés finísimo? ¿Y aquél tan rico pañuelo, que le cubría de la frente á la nuca, atado atrás con primoroso lazo? ¿Y el sombrerito calañés?... Todo, todo en el mozuelo, era fino, señoril, crugiente, estallante de lujo y gallardía... ¡Dios que lo creó..! ¡Y como iba nadie, sin dolor de su alma, por duro de alma que fuera, á atreverse con aquel querubín, salido de no se sabe qué cielo, y bajado á la tierra, con no se sabe qué alas?

Así era Peñasquito, famoso en el campo de Gibraltar y en las serranías rondeña y

cordobesa. Pero no hay nada perfecto en el mundo y la imperfección del contrabandista era su cariño á Rosario, la del lagar de los Murales. Lo de la imperfección, decíalo Pepete, un viejo guarduño, fornido, feroz, de ojos redondos, que echaban luces, de barba canosa, crespa, como almohaza viejísima, y cejas formidables, cuyos pelos pinchaban como *plumas* de puerco-espín. Pepete, era la sombra de Peñasquito, su corre-ve-dile, su esclavo, su perro; no era pasión la que por él sentía, era locura; por eso rabiaba, y hasta hubiera mordido, al pensar en el amor del mozo á la mozuela, creyendo que este amor iba á perderle. Peñasquito, alguna vez, preguntábale al guarduño, riéndose y entornando aquellos ojos, capaces de volver locas á todas las mujeres cordobesas y de la Andalucía:

—Pero qué: ¿no la quieres tú?

Y el guarduño callaba, soltando un suspiro capaz de echar abajo á un templo; y callaba sin duda por saber muy bien, que no amar á Rosario, hubiera sido no tener alma. «¡Ay Rosario! ¡Aquello sí que era gloria de Dios! Que no le hablaran de aquello á Peñasquito, porque se volvía loco!»

Rosario, para que lo sepais, era una flor de la sierra, con diecisiete años no cumplidos, garrida, briosa, que así se dan por aquellos andurriales, con una cara como una bendición, de divina y de blanca, por que el sol en diecisiete años, no había logrado ponerla morena, con un pelo negro, con una cintura... con un busto... Dios misericordioso ¿dónde aprendiste á modelar á las mujeres cordobesas? Y á todo esto, sencilla como un niño, y mansejona y humilde, como si toda ella hubiese estado amasada con rosas de fuego, claveles blancos y gloria bendita.

A esta Rosario iba á ver Peñasquito con frecuencia; y cuando estaba algún tiempo sin darse la satisfacción gloriosa, se moría de un tan mal morir, que el mismo Pepete, tragándose su rabia, tenía que decirle:—¡A los Murales!—Y allá iban los dos, al galope de sus caballos, y en los Murales recibían á Peñasquito en palmas, con gran placer de Rosario y no menos placer de los tíos, mientras Pepete, gruñendo como nunca, quedaba á la puerta con los caballos del diestro, sin dejar de encomendarse á la Divina Pastora, virgen

de su devoción, para que en una de estas, la guardia civil, que podía estar en acecho, no atrapase al imprudente.

Juan Antonio, se daba á los profundos por estas relaciones de Rosario y Peñasquito: era Juan Antonio, otro que tal en lo tocante á bravo y guapetón; no era contrabandista ni diablo que lo pintara, que era hijo único de un ricachote, arrendador de las Umbrías, cortijo próximo á los Murales. Tenía fama, Juan Antonio, de correntón y campechano; viajó mucho; estudió un poco; en una fiesta era imprescindible por su gracejo, en un cónclave de mocitos. un rey por su rumbo, pero sin algaradas ni ufanías; era cortés, comedido, dadivoso y muy popular en toda la sierra, por tan generosas y humanas dotes. Había sus dares y tomares, entre Rosario y Juan Antonio; las mozas de los cortijos cercanos, y los mozos también, para que todo se diga, los habían visto en alguna ocasión, juntos, en el Rivazo y allá por los paredones del molino de los Roquetes, muy encendida ella, con la vista inclinada, doblando con mucho primor los picos de su delantal, y estirándolos luego cuida-

dosamente, como si otra cosa no hubiera tenido que hacer en el mundo, y hablándola él, bajo, muy bajo, como habla el hombre, que entona de verdad, por vez primera, su gran himno. Hasta decíase que ella le oía temblando, porque mira, lector, que Juan Antonio, sin calzón ceñido, con broches de plata á los costados, sin polainas con respuntes y correillas, sin atavíos de seda y demás zararandajas, era un portento, por lo guapo y por lo hombre, hasta el punto de haber muchas mozuelas en toda la serranía, que hubiesen escogido á ojos cerrados, á Juan Antonio, si las dejaran escoger entre Juan Antonio y Peñasquito. ¡Ay! escoger... ¡Que más hubieran querido ellas, válgame la Pastora!

Como las gentes son tan malas y Cachitas en tal ocasión más malo aún—ya diré quien era Cachitas,—llegó á Juan Antonio la historia obscura de que Rosario estaba engañándole con Peñasquito. Juan Antonio odió á muerte desde entonces á los contrabandistas en general y á Peñasquito en particular, jurando y perjurando que él bastaba y sobraba para quitar de enmedio en un periquete á cuantos con-

trabandistas hubiera en el mundo, empezando con mucho método, como supondreis, quiero decir, por el novio... ó lo que fuera, de la sin par Rosario.

Dicho y hecho; sin permiso de nadie, porque Juan Antonio era lo que Dios sabía y se callaba en poniéndole algo entre ceja y ceja, con el cinto atiborrado de hermosas doradillas, que no faltaban entonces.— porque mi historia, para que se sepa, ocurría, sino cuando Fernando VII gastaba paletó, cuando Isabel II gastaba cocas y miriñaque,—bien atiborrado el cinto y al hombro su escopeta vizcaina, que era una gala de Dios, con tanto arabesco de metal precioso y tanto ven-que-te-vas de musarañas bonitas, allá traspuso á hacer un buen oficio á la Guardia civil, que no estaba en pormenores del voluntario que le salía para la persecución del justamente ponderado peñasquito.

Y aquí tienen ustedes á la niña de los Murales, hecha una lástima, gimiendo y llorando, porque Juan Antonio le dijo que era una infame, engañosa con sus ojos divinos, engañosa con su cara de virgen, engañosa con su voz de sirena, engañosa

con todo, Dios bueno... Y el sin ventura no se dió muerte en su dolor, al decírselo, porque Rosario, la misma Rosario, se echó sobre él como una leona, para sujetarle, jurando después con las manos en cruz, que ella no era capaz de una tropelía como la de hacer cara á dos hombres; que Peñasquito era Peñasquito, y Juan Antonio, Juan Antonio, y allí estaba ella para mantenerlo y que Dios la matara en aquel punto si mentía; con cuya verdad pero-grullesca, se quedó Juan Antonio con el mismo coraje, y se fué por no matarla, pero jurando por Dios y por la Virgen, que donde á Peñasquito viera, había de partirle el corazón de un balazo, sin más miramiento.

Con estas y con las otras, los padres de Juan Antonio, andaban tristonos y mal humorados; conocían al mozo y vivían sin vida, con el temor continuo de saber una desgracia. No pusieron mal cariz, cuando les llegó la nueva, tiempo atrás, de quien era la moza en quien el niño puso los ojos, que era Rosario un dije, por lo salada y honesta. Anduvieron además, en secretas averiguaciones, de las cuales averiguacio-

nes, no resultaron datos profusos, pero sí los suficientes para comprender que aquellos tíos de la muchacha no eran tíos ni quien tal vió, y que detrás de la niña había un protector grande y quizás, quizás, una carretada de peluconas que iba á meter miedo... de aquellas peluconas doradas y desgastadas un tantico, pero que todavía y con todo eso, pesaban más de la regla, que hubo un tiempo ¡ay! en que el oro de cuño español tenía poca ó ninguna liga y las monedas además, las pesaban con *gallo* y todo. No sé si me explico.

Así, tenéis que los padres andaban abispados y cari-tristes, Juan Antonio, con las de Caín, por carros y cañadas, Peñasquito, cuidadoso y paliducho por tener noticia quizás, del buen arrimo que con su rival iba á echarse, Rosario, muerta de susto, sin saber á qué santo dirigir sus rezos, y sin saber nadie tampoco, quien era entre los dos santos de su devoción, el santo bonito á quien la mal aconsejada encendía velas, Pepe gruñón, iracundo, jurando y perjurando y encomendándose de camino á la Pastora Divina con lo que hacía prorrumpir, sin que se supiera por

qué, en risa alocada á Peñasquito,—aunque la cosa no estaba para risas ni el horno para bollos—esperando la gente, en unas cuantas leguas á la redonda, porque tal fama tenían los tres sujetos del cuento, que anocheciera alguno y no amaneciera de una puñalada limpia, ó de un balazo en el corazón... Y dije los tres, porque metí también á Rosario, y por pensar todos que no era Rosario la que mejor iba á librar.

Pues señor, bueno: llegó la *viaja* de San Miguel, y toda la serranía estaba de fiesta. Aquella mañana se levantó Peñasquito, como un sol de hermoso y risueño, en las ventillas de Alcolea, donde había pernoctado. Inmediatamente mandó á su guardaño á Córdoba, á un negocio de mucha gravedad, citándole para aquella misma noche en el cortijo de los Cameros, que estaba muy cerca de los Murales, quedando entre los dos, el molino de los Roquetes y la hacienda de las Tres Cruces, donde se había hecho un robo algunas semanas antes, sin que hubiese sido posible hasta entonces encontrar al ladrón, sin que hubiese dejado rastro ninguno, un

robo misterioso en fin. El garduño se fué á Córdoba muerto de inquietud, porque sabía que aquella noche habría en los Cameros un fandango de mil demonios, y que Rosario tendría que estar allí, y Juan Antonio también, y que Peñasquito, no iba á dejar de presentarse por eso., ni la Guardia civil tampoco, probablemente, porque ya le andaba á la ronza y mucho más con el robo del cortijo de las Tres Cruces, que traía á la Guardia civil de cabeza... Y en fin, que hasta los árboles y hasta las yerbecillas del suelo iban á fenecer del tormentazo que amagaba.

Los datos verídicos son los que siguen: salir Pepete para Córdoba y tomar Peñasquito al paso en su potro cordobés el camino de los Cameros, todo fué uno; estaba el cortijo cuando él llegó, como corral alborotado, de zagalas y mozos, disponiéndose ya para ir á la fiesta. Allí estaba Cachitas, el pastor más embustero, de los conocidos en toda la redondez del globo, y muy renombrado por eso de no decir la verdad nunca; allí le vió Peñasquito con su zamarra y sus calzones de zaleas, su sombrero de alas caídas, como embudo

vuelto hacia abajo, sus ojillos de astuto y ardiente mirar y su bocaza de dientes enormes; allí podía vérsese, mandado por la Bastiana y el Metidito, arrendadores de los Cameros, que bautizaban á su primer infante aquella noche y el zagal iba desde el día anterior de cortijo en cortijo, invitando á la fiesta, sin otra insignia de su embajada que el zurrón sucio y la gran cacacola.

¡Y que no era jaleo el que había en el cortijo, con las bromas al zagal y el pensamiento de la próxima fiesta! «¡Se iba á ver cada cosa en los Cameros aquella noche!» ¡Y el zagal soltaba unos discursos...! Pero era lo que decía la Trini, una serranota con cada remo y cada carrillo y un corpachón que hacía retemblar la sierra: «¡Valiente tremolina de embustes que soltaba Cachitas, con solo abrir la bocaza de buey!» Los cortijeros con las personas graves, habíanse metido en conversación, comentando el robo del cortijo de las Tres Cruces, robo que estaba dando mucho que decir. Solo faltaba que se lo achacasen también á Peñasquito. ¡Rosario sí que se encendía con esto! Hubiera sido cosa de

morirse. Peñasquito encogíase de hombros, aunque también estaba intrigado, por lo misteriosamente que el robo se había hecho sin que quedase pista por donde ventear al ladrón ó los ladrones; pero estaba Peñasquito muy seguro, de que nadie, ni aun la guardia civil, sospecharía de él; tenía grandemente sentada su reputación de hombre honrado; él en *lo suyo* siempre, sin salirse de allí, y ya se sabe que en España, robar al gobierno, no es delito si moralmente se considera, y más bien que quitarlo, da honor, no sé si por un refrán que atañe á los ladrones, del que no quiero hacer mención en este punto. En cuanto á la muerte que se le achacaba, he dicho que nadie creía en aquello.

Lo principal del barullo en los Murales, más aún que la idea del próximo jolgorio eran los embustes de Cachitas dichos con una gravedad pasmosa, mientras miraba á traición con sus ojillos ruines, á Rosario, hecha un brazo de mar, oyendo las ternezas de Peñasquito, y á Peñasquito, hecho otro brazo de mar, diciéndoselas... Diciéndoselas, ¡ay, Dios!

Estaban, el galán y la moza, sentados

en el poyete del cortijo, muy ajenos á los ojazos feroces que Cachitas dirigiales, y al pensamiento negro en que sin duda se regocijaba, porque no saben ustedes hasta qué punto tenía Cachitas el alma torcida, por haber nacido así con ella, ni hasta que punto se le había torcido más, desde que se enamoró ¡Dios bendito! de Rosario la de los Murales, y desde que dió en discurrir que Rosario no sería para él; en su chozón del monte pasábase las horas en una pura queja, rabiando y echando vilis de la herida de su corazón gangrenada; no tenía que meterse en averiguar lo cierto de su desventura, preguntándosele á Rosario, porque sabía de más que Rosario moriría mil veces antes que consentir que él tocara con las puntas de sus dedos de uñas horribles, uno de aquellos picos del delantal que ella torcía y destorcía tan confusa cuando Juan Antonio decíale ternezas, aunque por extraño contraste cayesen muy aderezados, si quien la hablaba era Peñasquito.

Rosario, temblorosa, pálida, dolíase en tal ocasión, entrecortadamente de la temeridad del mozuelo; algunas parejas de la

guardia civil habían pasado por los Murales con frecuencia sospechosa; alguna vez se habían detenido con un pretexto... Y echaban unos ojazos á todos los rincones!» Y Peñasquito, reía, reía siempre, mirándola, comiéndosela con los ojos, llenándola de requiebros que hacían sonreír á la niña de los Murales á través de sus lágrimas y acabando siempre también el testarudo del mozo con el mismo estribillo, de que aquella noche la llevaba en su caballo á la fiesta de los Cameros para hacer rabiar á todo el mundo, y á las florecillas de la tierra y á los luceritos de la altura.

Oyó el zagal á Peñasquito y se fué con el corazón amargado. Iba camino de los Cameros, sin dejar de ver la pareja del poyete, no ya en los Murales, sino allá, en un oscuro rincón de su cerebro, diminuta como una estrella lejana, más diminuta siempre y luciendo más cuanto más diminuta, hasta parecer solo el rayo de luz de un diamante, pero un rayo que le atravesaba las sienes como un cuchillo, y le partía el corazón y le rasgaba los pulmones.

Fué en las Tres-Cruces, aquel cortijo

del robo, donde encontró al niño de las Umbrías; allí había también una gran marejada de la gente que iba á los Cameros, sin necesidad de avisos ni músicas de otra clase, por estar ya al tanto y esperar la noche de San Miguel como quien espera la gloria. Bien pronto hízose visible Cachitas y empezó la zumba... Y como si Cachitas hubiese sido un imán, á él se fué Juan Antonio, como el imán se vá al acero, preguntándole:

—¿Y Rosario?

Pronto contestó Cachitas: «á Rosario la había visto hacía hora y media, en los Murales, sentadita en el poyete de la fachada, *clándose el agua á buches* con Peñasquito.

—¡Con Peñasquito!

Fueron las frases únicas que pronunció Juan Antonio; se escaparon de su boca con una vibración lúgubre; sus ojos llameaban; cogiendo la escopeta, salió sin decir más; iba á los Murales... Y fuéronse también los otros camino de los Cameros, con Cachitas á la cabeza, tocando su caracola...

Los últimos ecos de la caracola, llegaban al corazón de Juan Antonio quejum-

brosamente. Era al oscurecer; cuando las golondrinas se recogen en sus nidos; cuando las estrellas empiezan á lucir; cuando el silencio del campo llená el alma de quietud, y en la inmensidad silenciosa, cree el hombre estar más cerca de Dios.

Iba Juan Antonio por un camino solitario, sin oír el rumor de sus pisadas siquiera; sólo tenía pensamiento para acordarse de que la noche anterior habló con Rosario; fué en el molino de los Roquetes; ella estuvo extremosa, apasionada; le convenció; «á nadie en el mundo podía amar como no fuese á él; no había hombre tan valiente, tan hermoso, tan digno de ser amado». Le parecía sentir su voz vibrante y dulce, su aliento suavísimo, la presión de su mano fina... Empezaba á salir la luna. «A la luz hermosa de una luna como aquella había visto la noche antes la cara de Rosario, serena y pura, los ojos pensativos... la vió mover los labios blandamente, como dos flores que se besan, para decir quedo... muy quedo, en un suspiro, que él era el hombre de su amor... Como él no la quisiera, ella moría.» ¡Y le engañaba... le engañaba ella!

Apretó el paso y apretó la escopeta en sus manos crispadas... Pero al llegar al molino, desfalleció de pronto; su sangre dejó de circular, su corazón no latía... Allí fué donde Rosario le hizo sus juramentos la noche antes, en aquel lugar misterioso lleno de jaras y adelfas, con sus florecillas pintadas de nieve y sangre, brillando á la luz de la luna, entre aquellos álamos que se inclinaban levemente al impulso del viento y al son de aquellas aguas, despeñándose sin cesar con ecos graves que vibran como la voz de Dios en el silencio de la noche.

Sacándole de su delirio, oyó de pronto una voz que conocia bien; incorporándose, afianzó la escopeta; era la voz alegre de Peñasquito, animando á su caballo... ¡Gran Dios... era verdad? ¿No estaba loco? ¿No era Rosario la que iba á la grupa? ¿No era ella rodeando con su brazo para sostenerse, el cuerpo de su rival? Por un instante, el cielo, la campiña, el molino con sus muelas enormes, con sus muros negros, con sus aguas despeñándose, todo se metió en su cerebro, chocando, destruyéndose allí... ¡Era ella! ¡Y que grupo aquél.

el de Peñasquito y Rosario sobre el potro andaluz!...

Se echó la escopeta á la cara, fué á disparar, pero tirando la escopeta de repente lejos de sí, en un súbito arranque del fiero corazón generoso; había que verle, queriéndose rasgar las ropas en su locura para presentar el pecho desnudo; había que oírle, diciendo á Peñasquito:

—¡Mátame por Dios! ¡Un balazo en el pecho, no me hará tanto daño, como ver á esa mala hembra, en tu caballo contigo.

—¡Aparta!--gritó el contrabandista fieramente.

Rosario, temblorosa, anhelante, transida de dolor y miedo, murmuraba:

—¡No, no, Juan Antonio!

Pero él no la oía; no la oía, diciéndole á Peñasquito:

—¡Mátame ó deja que te mate yo; por la Virgen, que me escuches! Sino quieres aquí, dime donde, los dos solos, para que esa mujer que es mi ruina no se ponga por medio.

—¡Habla... habla!--decía Rosario á Peñasquito en voz moribunda—¡Ay!... pero no ves que está loco?

--¡Aparta!--repitió Peñasquito sin oírlo. Fué el de entonces un diálogo ardiente, corto, como choque de aceros, como cruce de balas.

—No, el sitio y la hora.

—Ahora, paso; que Dios dirá luego.

—No, dime el sitio; dime cuando... ó márame aquí, delante de ella, ya que soy tan cobarde que no os mato á los dos.

—Ni sitio ni hora; donde primero nos veamos.

—Pues donde primero nos veamos... Pronto, esta misma noche será.

—Sea esta noche.

Y todo esto, acompañado con los suspiros, con las lágrimas, con los lamentos de la niña de los Murales... Y de pronto, unas voces duras, imponentes...

—¡Alto... ¡Alto á la guardia civil!

—¡Salta, caballito de fuego!--gritó el contrabandista, clavando la espuela en el hijar. Y el ardiente bruto, dió un bote, resoplando furioso, se plantó del bote, allá, en la espesura, y se perdió al segundo, con la sin par Rosario y Peñasquito el famoso, cual visión trágica de luz y sombra, en las soledades de la sierra.

La guardia civil pidió informes á Juan Antonio, del lugar donde Peñasquito pudiera haberse encaminado; él movió la cabeza con orgullo, sin contestar; pero Cachitas, presentándose de pronto, señaló hacia los Cameros. «Peñasquito prometió llevar á la fiesta, á la niña de los Murales, y lo haría, sin que la guardia civil, ni el mundo entero lo impidiese» Y allá traspuso la guardia civil por una senda á paso regular en el cumplimiento de su deber; allá traspuso, por otra, Juan Antonio, rápidamente, empujado por sus celos, y allá traspuso en fin, el zagal por la espesura del monte en carrera loca, empujado, por sus celos, por su maldad y por su envidia.

¡Y que no era barullo el de los Cameros cuando llegó Peñasquito! Había debajo del gran emparrado y fuera de él, un personal de mozas y mozos que metía miedo. Llegó la niña de los Murales, abatida, silenciosa, bebiéndose sus lágrimas, como quien dice, para que su dolor no se trasluciera; y Peñasquito nervioso, febril, traduciéndose su impaciencia y nerviosidad en requiebros á las mozas, requiebros que ardían como leña seca arrojada al fuego.

—¿Y Pepete?—había preguntado al llegar.

Dijéronle que no le habían visto desde la última vez que pasaron por allí los dos y un frío de muerte taladró sus huesos. Iba de acá para allá, metiendo bulla como nadie, pero á Rosario, que le conocía bien, no se le escapaba la ansiedad de que era presa; volvía sin cesar los ojos al camino de Córdoba, en medio del alegre frenesí á que parecía entregado, como si esperase ver llegar por allí, la salvación de su alma y la de su cuerpo...

Pero lo que iba á llegar era otra cosa, era la benemérita con sus carabinas y sus tricornios, y no ya una pareja, sino varias, y no ya por un camino, sino por varios también; de lo que se trataba, sencillamente, era de coparle, con todas las de la ley. Los últimos que llegaron á los Cameros, estaban allí para jurar que los habían visto con sus ojos. No era necesario hablar, por otra parte, del niño de las Umbrias... Y á todo esto, las mujeres, sin sacar una, procesaban, sentenciaban á muerte, ejecutaban la honra de Rosario, por aquel trance en que había puesto á dos

hombres de tanto valer, y Cachitas, embutido en un rincón desde hacía pocos segundos, como reptil apretado entre dos piedras, miraba á Rosario jadeante, con ansiedad de furia, comiéndosela, devorándola con los ojillos flamígeros, y miraba también al contrabandista, relamiéndose, como perro de presa próximo á dar la dentellada.

Bueno, señor; á Peñasquito que no le fueran con andróminas; él no se movía de allí, aunque se descolgaran en el cortijo todos los tercios de la guardia civil, españoles, y Juan Antonio y todos los mocitos en celo de la España y sus Indias; allí esperaba él, muy quietamente, es decir, quietamente no, que lo que él quería era pareja; «si alguna moza de rumbo estaba en lo mismo, allí le tenía á él, digo, si él era bastante, y si no, lo mejor sería que cantara Rosario, por dar gusto y nada más que por eso». Se aproximó Rosario muerta de inquietud, á una silla que Peñasquito colocó junto al de la guitarra; empezó el tocao, empezaron á jalear, empezó la fiesta, pero Peñasquito, muy alegre al parecer no estaba en lo que hacía, sino en

aquel camino de Córdoba por donde Pepete no llegaba nunca— «¡Ay, Garduño... Garduño!» Y retorció sus manos con desesperación, sin que nadie le viera y lloraba... lloraba por la ausencia de Pepete, ni más ni menos que, como una mísera hembra.

Cantó Rosario y el cortijo iba á hundirse; la flor de los Murales, sería todo cuanto se antojara, y habría dado que decir con Juan Antonio y Peñasquito lo que hubiera dado, pero era la moza andaluza de más rumbo y más fina que hombre ninguno vió; cuando cantaba el cielo alegrábase, cuando bailaba, la tierra se estremecía; los palillos en sus manos eran campanillitas de oro tecadas por serafines; había que verla en una fiesta, pero había que verla y oirla también al echar al aire su copla, restellando el látigo al son de los casca- beles de las mulas, sentada en el trillo; todo el campo cantaba y reía, y hasta los granos de trigo saltaban de los granzones, como cuentecitas de oro, para ponerse en su corona de reina.

En su copla hallábase, y con un tal gorgo, que todos los ruiseñores estaban

muy callados, muertecitos de envidia, y todo el mundo oyéndola suspenso, sin respirar, con el corazón encogido; un gorgoeo tan de la gloria, tan sutil, tan puro, que hasta se oía el gotear de la alcarraza en las losas del poyete... Pero de pronto, cortó Rosario el gorgoeo, y cortó la copla, estrellándola como un juego de cristales sobre una piedra... Cortó la copla, con un grito de espanto que hizo estremecer los corazones, lanzándose á la vez como una fiera á Juan Antonio, que acababa de presentarse, blandiendo su cuchillo, cuya hoja relucía siniestramente á la luz de la luna. Le adivinó, le presintió, más que verle; le vió antes que nadie.

El revoleo que hubo fué para visto y no para contado; otras mujeres, lanzáronse también á Juan Antonio, y las demás á Peñasquito, que se cruzó de brazos sin recurrir al hierro... Y ahora viene á punto, hacer observar que no se sabe de donde sacan esas mujeres—como no sea de donde sacan todo lo demás, de Dios, único para repartir sus dones—aquel valor tremebundo para ponerse con gran oportunidad, que es otra condición, entre los cuchillos

de dos ó más hombres que se acometen, y luchan con ellos á brazo partido, hasta desarmarlos y hacer concluir la pendencia. ¡Ay, cuantas acabaron trágicamente, para gloria y honor suyo, en trances de esos! ¡Ay, cuantas veces, la sangre brava y generosa de la mujer andaluza, selló la paz de dos hombres que combatían, muriendo feliz la mujer, por haber evitado á ellos la muerte.

—¡Soltadlo!--decía Peñasquito--¡soltadlo!--y sonreíase con una tan amarga piedad, que parecía imposible en aquel rostro de mozalejillo, aprendiz de la vida.

--Soltadme, sí--repitió Juan Antonio, forcejeando con las hembras; y su voz era lamentosa y lúgubre--Que me suelten, y acabará de pronto mi penar, como ella acabó su copla.

Y las mujeres gritaban, los hombres interponíanse, la niña de los Murales moría de terror, y sus ojos de muerta tenían unas lágrimas paradas en los párpados á medio abrir, como dos estrellas grandes, de las más grandes que había en el cielo... Y de pronto, como un terror sobre otro, como una herida sobre otra, la guardia

civil por todas partes, acá, allá, rodeándolo, apuntándole con las carabinas, y vi-
brando aquí y allí, téticamente, aquellas
voces:

—¡Alto!... ¡Alto!

Fué un instante de quietud inmenso, de frío en el alma, de pánico absoluto. Juan Antonio bajó el cuchillo, Rosario, entre las mujeres, parecía acabar, el contrabandista, mordíase los labios de rabia, mirando siempre al fatal camino, y la consternación de las hembras mostrábase en las lágrimas silenciosas y los desmayados ánimos. ¡Qué segundo! ¡Entonces sí que se oían los alientos, y los ruidillos de la campiña y hasta el gotear de la jarra en las losas del poyo.

Los nardos y los alclíes de las cabezas de las mujeres, y las otras flores de los tiestos y los arriates, llenaban la escena de perfumes; la luna la alumbraba.

Los cañones de las carabinas y las fundas de charol de los tricornios, despedían risillas siniestras arrancadas por la luz, como aquella otra risa del zagal de los Cameros, metido siempre en su rincón, con su zamarra y sus calzones de zaleas y es-

condida la espantosa cara de bruto del apocalipsis en el embudo particular de su sombrero destrozado.

Pero aquel segundo formidable, lo cortó también de repente, como la guardia civil había cortado la dramática escena, y como Juan Antonio cortó la copla de la niña de los Murales, el furioso galopar de un caballo. Lanzó el contrabandista una exclamación febril y preguntó en un grito, cuyos ecos llenaron por un segundo la sierra silenciosa.

—¿Lo traes?

—¡Sí!—contestó el garduña en un gruñido espantoso... Y al instante, el caballo y Pepete que llegan, Pepete que salta al suelo, que corre á Peñasquito, y le dá, en fin, un papel...

Cuando el contrabandista estaba ya entre los civiles que se disponían á atarle codo con codo; cuando las mujeres protestaban con lágrimas y lamentos, cuando los hombres tragaban vilis de coraje por la situación de Peñasquito, y por su terquedad, que le puso como á un infeliz, en poder de los guardias, cuando la niña de los Murales, transida de dolor, sin pensar en

Juan Antonio, miraba á Peñasquito como si con él fueran á írsele los pocos hábitos que ya tenía, cuando Juan Antonio, apretaba su cuchillo, con el alma muerta, viendo á Rosario mirar á su rival, sin que pudiese hundirle la hoja en el pecho, cuando Cachitas, revolviase en su cubil, con espantosa convulsión de alegría y revolviase sus ojillos centelleantes de perversidad y locura, entonces fué cuando Peñasquito cogió el papel, y sin mirarlo, sin desdoblarlo, lo entregó al sargento, diciéndole risueñamente, con una voz de armonía maravillosa:

—Estoy libre. Es mi indulto.

Fué cosa de enloquecer. ¡El indulto, sí! Los guardias alejáronse, después de saludar, en busca de otro sujeto de mucha más cuantía,—del ladrón misterioso del cortijo de las Tres Cruces,—muy satisfechos, porque Peñasquito quedaba libre. Las mujeres alzaban los brazos con frenesí espeluznante, para dar gracias á Dios; los hombres se daban las manos y jaleaban á Peñasquito. ¡Qué revoleo! El tocaor dió cuatro golpes al guitarro, una moza, salió como un demonio con una copla que pare-

cia una bala; todos gritaban y reían... Hasta cantó el gallo.

La niña de los Murales salió de su estupor de muerte, y corrió á Peñasquito, abrazándole, colgándose de su cuello, sollozando, mirándole con sus ojos y su cara de Doloresa; le besó febril, en los labios, en las mejillas... ¡Ah, pero estaba allí Juan Antonio! Tal latigazo sintió en su alma, ante las expansiones de la imprudente en su ardor de alegría, que se lanzó á ellos con su cuchillo, para herir de firme y acabar de una vez, sin que pudiera nadie contenerle. ¡Derecha iba la hoja, Cristo piadoso! Peñasquito en un supremo arranque, empujó á la muchacha que cayó atrás en brazos de otras personas y él se echó atrás también en un movimiento de pantera, salvándose así los dos, por dón milagroso. Fué el niño de las Umbrías sujeto por los hombres, y bramaba de coraje, pero con razón sobradísima, al decir de algunas escandalizadas hembras, por el desgarramiento y poca compostura de Rosario. Un grito de súplica de Rosario, dirigido al contrabandista, hizo sonreír á este, pero no ya con la anterior amargura, sino de

placer franco, que destelló como el sol en sus ojos y en su boca. Riéndose aún, dijo con mucho ángel á los hombres que sujetaban á Juan Antonio:

—Vamos, lo que no pasó antes, va á pasar ahora; que suelten á esa fiera; que la suelten pronto, que tengo también un indulto para librarme de su cuchillo.—Y reía locamente con pasmo general de los espectadores.

Rosario, soltándose de las mujeres, se lanzó á Juan Antonio, llorando, con rostro divino de indulgencia y piedad, y diciéndole:

—Pero mira á Peñasquito... ¡Mírale bien! ¡ay! ¿no estás viéndole?

Y Peñasquito, riendo siempre, exclamó otra vez:

—Vamos, soltadle ya, y no haya miedo. —Y después, de pronto, añadió, en voz temblorosa, de risas y lágrimas:—Que lo suelten! ¡Que venga y mate á una mujer!

Y quitándose el sombrero de paredilla y arrancándose de un tirón el dique del pañuelo de seda, dejó rodar sobre sus hombros y espaldas, en bellas ondas un mar desbordado de cabellos negros.

Fuó un instante indescriptible. Era ya demasiado. Los corazones retorciáanse queriendo saltar de impaciencia. ¡Peñasquite una mujer! Éra para volverse locos. El niño de las Umbrias tiró el cuchillo, como si la luz se hubiera hecho en su cerebro. Al volver los ojos á Rosario, vió su sonrisa y sus ojos, llenos de lágrimas. Dió un grito de muerte.... muerte de alegría, para que lo sepais, y aproximándose á Peñasquite, pudo decir apenas, tan conmovido y tembloroso estaba:

—¡Tú eres Pastora...! Pastora, la hermana de Rosario.

Y Pepete, limpiándose unos lagrimones como puños, exclamaba, acongojado de felicidad:

—¡Válgame la Pastora!

—Sí, Pastora soy.—¡Con qué sal habló, despues que se hubo recogido graciosamente el cabello! Dirigiase á Juan Antonio al hablar, pero le escuchaba un inmenso círculo, con atención religiosa.—Soy aquella hermana de quien Rosario te habló tantas veces diciéndote que estaba lejos, muy lejos. Porque Dios lo quiso, fui contrabandista, como lo fué mi abuelo,

como lo fué mi padre; pero no quise que lo fuera mi hermana chiquita, este pimpollo que aquí ves.—Y rodeo en un abrazo con ternura de madre, el airoso busto de Rosario.—De la misma Córdoba, que es nuestra tierra, la traje aquí á guardar á personas de mi confianza, que no son tíos nuestros, sino parientes de Pepete, el garduño que aquí ves también, y yo pude navegar más tranquila con mi ropa de hombre y mi garduño, el amigo generoso y fiel compañero de mi padre. ¿Qué más? Se calló que éramos hermanas, para evitar que la justicia molestase en alguna ocasión á Rosario; se guardó también el secreto contigo hasta probar primeramente si era verdad que la querías, y para castigarte despues, por haber desconfiado de esta pobrecita santa... Cuanto más desconfiado eras, más coraje tenía yo y más te hacía penar; y le prohibí á Rosario que te contase nada, bajo penitencia y ya ves que no era floja, de no casarse contigo si desobedecía. No me descubrí por miedo, Juan Antonio, yo te lo juro—añadió Pastora, lanzándole una mirada fiera;—sino porque Rosario no pene más, y porque bastante

has penado tú, aunque no estoy del todo á bien contigo. Pero ¿qué importa?. Mi indulto es la señal de paz: como no robé, como no maté ni herí á nadie, se pidió, se trabajó y me lo consiguieron, quitándome de encima también, el achaque de aquella muerte que no hice... ¡Y en qué hora tan buena llegó el papelito, santa Madre! ¡Ea! Y se acabó mi cuento.

—Perdóname, Pastora.—suplicó Juan Antonio tristemente;—todo fué por amor á Rosario.

—A mí no me has ofendido, fué á ella, que ella te perdone.

Volviéndose Juan Antonio á Rosario, confuso, turbadísimo, encontró como siempre, los ojos dulces, y la cara de Virgen, de la niña de los Murales. ¡Perdonar á Juan Antonio! No solamente eso, sino que tuvo ocasión todavía, de decirle bajo, muy bajo, como un suspiro:

—Ay, perdóname tú, que yo no te lo dijera; pero lo mandaba Pastora y ya ves... ya ves el castigo que me prometía.

De los comentarios, de los aspavientos de hombres y mujeres, no he de hablar ahora. ¡Peñasquito una mujer! ¿Sería posi-

ble? Pero la nota más hermosa y humana —que en la serranía, los corazones, como la sierra y el ambiente, son sanos y puros— fué el estallido de todos los pechos, hinchados de lágrimas, en una aclamación atronadora á la niña de los Murales. Nadie supo, nadie dijo por qué; pero estaba latente en todos; aquella aclamación fué para absolverla.

—Ea, gritó Pastora, llorando de alegría; —cante y baile, y desde mañana, á vivir tranquilos, sin aperreos y á casar á los muchachos.

—¿Y tú, Pastora, exclamó de pronto, uno de la fiesta, —cuando te casas?

—Si yo no encuentro con quién, contestó ella prontamente, con viva gracia, me quedaré para vestir santos, con mi hermanita de mi corazón, y con este tonto que ha querido matarme. Contrabandista fuí, pero fué por mi hermana que no tenía pan, y porque no supe ser otra cosa; mi oficio, que no me lo aféen, que otros hay más malos; mucho aprendí en mi vida de agestreo, pero sin faltar al orden y á la compostura. Y se acabó. Ea; cante y baile, que es lo que aquí hace falta.

Se armó el jaleo, cantaron algunas mozuelas; cantó también Rosario, pero esta vez tampoco pudo acabar su copla. Interrumpió la fiesta la guardia civil, que regresaba, para tomar otra dirección, desde el cortijo. Iba con un preso... ¡Y qué preso. buen Dios! Era Cachitas.

Cachitas se volvió loco, y el alma y el corazón se le salieron por la boca al enterarse de que Peñasquito era una mujer; al pensar que la historia se acababa y que no iban á matarse dos hombres rivales, porque la rivalidad era ya imposible; mientras aquella rivalidad existió pudo vivir, pensando que ellos podrían matarse ó matarla á ella, todo menos saber positivamente que tenía un dueño. Al estar seguro, de que solo quedaba casar á Rosario, arrastrándose como un reptil salió á la campiña; se revolvió allí, golpeando el suelo con pies, cabeza y puños, haciéndose pedazos, escupiendo veneno y maldiciones, como bestia rabiosa. Lo encontraron así los guardias y atemorizáronse, creyéndole quizás un monstruo que abortó la noche en el camino. Le cogieron con mil fatigas, entre todos, herido, magullado,

estropeadísimo, con los ojos saliéndosele de las órbitas, la cara horrible, cayéndole la sangre y el sudor de la frente para unirse abajo con la viscosidad blanquiza de la boca enorme. Le preguntaron quién era y que hacía allí, por no reconocerle en el estado en que estaba y en el inconsciente impulso de aquella aterradora expansión de sus facultades de hombre y de bestia, en gritos horribles lanzó su alma por la boca, la verdad única que llegó á decir en su vida:

• —Soy Cachitas, el pastor de los Cameros: que me lleven y me ahorquen. ¡Yo hice la muerte que á Peñasquito le achacaban; yo lo delaté, para perderlo. Yo hice el robo de las Tres Cruces!

Y cuando convenció á la guardia civil de que debían atarlo y llevárselo, entró en calma, una calma siniestra, como al pensamiento de haber cumplido ya su misión en el mundo. ¿Sería un filósofo á su modo? ¿Se habría vengado de la humanidad en sí mismo?

¡No fué tira de cuerda la que le liaron al hombre! Pasó por los Cameros cuando la niña de los Murales echaba su copla,

bien ajena de que había sido el destino de aquel hombre. ¡Qué mundo! Pasó con los guardias sin levantar la cabeza. Allá iban... Allá iban, hasta que se perdieron en la sombra, con las risitas calladas, siniestras, de los cañones de las carabinas, del charol de los tricornos, y de los ojillos flamígeros.

¡Ay Dios! ¡Con que fué por Cachitas, por quien Pastora tuvo que andar á salto de mata! ¡Con que fué Cachitas quien hizo la muerte! ¡Con que fué Cachitas el delator! ¡La que hubo allí de felicitaciones á Pastora porque al fin se veía libre de verdad del achaque de aquella muerte! ¡Y habían tenido á Cachitas tan guardado, allí, en los mismos Cameros!

Como el trance de Cachitas á nadie dió gran apuro, porque él no se hizo querer de nadie nunca, y como la humanidad no es tampoco perfecta, sucedió, que pidieron á Rosario que cantara, y cantó al fin, y acabó la copla y empezó y acabó otras muchas, y no fueron primores los que allí hizo, sin contar los otros primores que las demás hicieran, todo esto, hasta el mediar de la nochecita, que llevaron á las dos her-

manas, como en procesión al Cortijo de los Murales, con un parrandazo que se estremecía la tierra, y gran algazara de gritos y risas y retruécamos á montones...

Cuéntase. que Rosario y Juan Antonio, que iban muy juntos, quedáronse un poco atrás, cuando pasaban por el molino de los Roquetes, y allí, en aquel lugar misterioso, en aquella magestad de la noche, ante aquella decoración fantástica y peregrina de árboles susurrantes, con aquel fondo del molino, cuyos muros viejos blanqueaban vigorosamente á la luz de la luna y aquellas aguas espumosas desbordándose con estrépito de un cauce en otro, y salpicando con sus gotas de diamantes las adelfas, las juncias y las hiedrecitas humildes, en aquel lugar en fin, arca santa de los recuerdos apenadores ó alegres de la niña de los Murales, dijo ella, en su voz más dulce, mirando conmovida á Juan Antonio:

—Aquí, aquí mismo, me dijiste mala hembra, esta noche.

—Sí, sí,—repitió él, tristemente—y aquí mismo te dije anoche que eras una santa. Pero ahora... ¿que te podré decir

ahora? De cualquier modo la lección, no puede ser más dura para mí. Pero yo te juro, que no serán mis palabras las que me justifiquen solamente; serán mis actos... mis actos y el tiempo.

Volviéronse al sentir ruido y se encontraron con Pastora.

—Vamos—dijo ella á Juan Antonio; lo que acabas de decir me reconcilia del todo contigo... Pero óyeme, Juan Antonio, óyeme tú también, Rosario; no es una muchacha de vuestra edad poco más ó menos, la que os lo dice; es una mujer que trabajó en lo que supo y pudo, para que su hermanita menor no pasara miserias y que aprendió más, tal vez, de lo conveniente, en sus recios trabajos; no os guieis por apariencias, si quereis vivir tranquilos. Las apariencias engañan y esos engaños, pueden ser disdichas para algunos. Ya ves, Juan Antonio lo que has sufrido, guiándote de apariencias, al tomarme por un hombre; ya ves, Rosario, que has estado á punto de perder tu reputación, porque los demás, como Juan Antonio, se guiaron de apariencias también, por apariencias y nada más que por eso, se me ha

creído á mí hombre, y hombre valiente capaz de todas las heroicidades, y no sé lo que hubiera podido acarrearne esta fama á seguir así, cuando solo soy una pobre mujer loca siempre de miedo, al pensar en lo que podría ocurrirme á cada hora y en el abandono en que mi pobre Rosario quedaría. De todo esto y de otras cosas que no digo, puede sacarse la consecuencia, de que, el hombre, tanto como la mujer, deben vivir seguros de sí mismos, con un corazón independiente, con una conciencia limpia, sin orgullos necios, sin juicios vanos, cogidos á la verdad y á la razón, como al único apoyo que nos evite caer ó nos alivie la caída al andar por el mundo. Creedme, niños míos, si esta no es la felicidad, porque la felicidad no se encuentra ni con candil, le anda muy cerquita... Y no hay que preguntar á Peñasquito quién le enseñó estas cosas; no hay que preguntárselo, porque vosotros no sabeis lo que se aprende corriendo por el mundo como yo lo hice. Que Dios me lo perdone por la buena intención; mucho aprendí, pero sin perder lo más hermoso que una hembra, para serlo como Dios lo exige,

debe tener más guardadito: la ternura del alma y su buena opinión de mujer. He dicho. ¿Hay para mí un abrazo?

Abrazáronse. Las aguas seguían saltando espumosas, y salpicando con sus diamantes heridos por la inna, todos los objetos. Los juncos del borde del cauce, las piedrecillas del pie del muro, las flores silvestres las hiervas del suelo y hasta las hojas de los álamos, todo susurraba con suavidad como si comentase el discurso de Pastora... Un diamante, de aquellos de las aguas, saltó sobre una margarita y detúvose en su botón amarillo. La margarita, inclinándose temblorosa, susurró también, misteriosamente:

—¡Le parece á usted, señor diamante!

—Y el diamante, en tonillo de burla, respondió, rodando un poquito hacia las hojas:

—¡Qué mundo, señora mía, qué mundo!